

MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA

REVISTA NACIONAL

LITERATURA - ARTE - CIENCIA

DIRECTOR HONORARIO:

RAUL MONTERO BUSTAMANTE

AÑO VIII - FEBRERO DE 1945 - N.º 86

MONTEVIDEO — URUGUAY

1945

MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA

Ministro Secretario de Estado:

DOCTOR ADOLFO FOLLE JUANICO

REVISTA NACIONAL

LITERATURA - ARTE - CIENCIA

SUMARIO

Nº 86 — FEBRERO — 1945

	Págs.
JUAN JOSE AMEZAGA. — Mensaje a la Juventud	177
JUANA DE IBARBOUROU. — El grito	179
JOSE SERRATO. — La palabra del Uruguay en la Conferencia de San Francisco	181
CARLOS MARTINEZ VIGIL. — Lingüística americana	191
JOSE IRURETA COYENA. — Polonia	202
JOSE MARIA DELGADO. — Doce años	207
FERNAN SILVA VALDES. — La pintura y las ideas de Don Pedro Figari	217
JESUALDO SOSA. — Prólogo entusiasta a la vida y obra de José Pedro Varela	223
JUAN CARLOS GOMEZ HAEDO. — La Constitución de los Estados Unidos. — Importancia y actualidad de su estudio	237
CARLOS M. PRINCIVALLE. — La gran hacienda y la mesa grande de nuestros mayores	241
CLAUDIO SCHAEFER. — Reseña de las actividades artísticas de 1944	250
VICTOR PEREZ PETIT. — José Oxilia y la gloria de los cantantes de la ópera	258
JULIO GARET MAS. — Los ruseñores ciegos	271
PAGINAS DESCONOCIDAS	
ALBERTO PALOMEQUE. — El general Eugenio Garzón	280
SECCIONES PERMANENTES	
REVISTA SOCIAL Y POLITICA. — El acta de Chapultepec	300
REVISTA LITERARIA. — La Misión Francesa en la Academia Nacional de Letras. — La palabra de Julio Supervielle ante la causa en que nació Julio Laforgue. — Un juicio honroso para la REVISTA NACIONAL. — Difusión de nuestra cultura poética	304
REVISTA ANECDOTICA. — Las vacas no tienen divisa. — El buen humor parlamentario. — El voto de un proscrito. — Emplazado ante la historia	317
REVISTA ECONOMICA Y FINANCIERA. — Un juicio sobre el año 1944 ..	319
BIBLIOGRAFIA. — «Memoria del Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social. Años 1943-44»; «Rivera. Caudillo y Confidente», por E. de Salterain Herrera; «Artigas antes de 1810», por Lorenzo Barbagelata; «Poesía», por Emilio Oribe; «Historia Universal. - Oriente. - Grecia. - Roma. - Edad Media. - Epoca Contemporánea», por O. Secco Ellauri y Pedro D. Baridón; «Ciprés de púrpura», por Sarah Bollo; «Boletín de la Biblioteca Nacional», dirigido por Juan Silva Vila	331

MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA

REVISTA NACIONAL

LITERATURA — ARTE — CIENCIA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

	En el país	En el Extranjero
Un semestre	\$ 5.00	\$ 6.00
Un año	> 10.00	> 12.00
Número suelto	> 1.00	> 1.20

Pago por adelantado en efectivo o en giro postal o bancario.

Se venden números sueltos en la Administración y en todas las librerías.

Director Honorario de Administración: JUAN PEDRO CORRADI.

Administración: Ministerio de Instrucción Pública. 25 de Mayo 376. Montevideo.

Teléfonos: 8 04 49 y 8 45 89.

Casa impresora: L.I.G.U., Paysandú 1011, Montevideo.

ADMINISTRACION NACIONAL DE COMBUSTIBLES, ALCOHOL Y PORTLAND

MONTEVIDEO — URUGUAY

Oficinas Centrales: 25 de Mayo 409. — Dirección Postal: Casilla Correo 869

Dirección Telegráfica: ANCAP. Montevideo

DIRECTORIO. — *Presidente:* Don Ricardo A. Ruiz; *Vicepresidente:* Don Latham

Clark; *Vocales:* Don Mario Segredo, Don Silvio Moltedo, Dr. Oscar Canessa.

La ANCAP ejerce los monopolios de alcohol y refinación de petróleo, otorgados por ley del 15 de Octubre de 1931.

Capacidad anual de la Refinería de Petróleos:

Petróleo crudo para elaborar	240:000.000 litros
Producción de nafta	130:000.000 >
> > kerosene	48:000.000 >
> > gas-oil	10:000.000 >
> > fuel-oil	35:000.000 >
> > gas de 2.500 calorías/mt. ²	10:000.000 mt. ³

Producción anual de la Planta Industrial de Alcoholes:

Capital anual de la Planta Industrial de Alcoholes:

Alcohol potable a 96°	6:000.000 litros
Anhidrido carbónico	130.000 kgs.
Farelo Fresco	7:500.000 >
Aceite	219.000 >
Tortas de germen de maíz	1:700.000 >

En la elaboración de estos productos se emplearán aproximadamente: 15:000.000 de kilos de maíz y 525.000 kilos de cebada.

BANCO DE LA REPUBLICA

INSTITUCION DEL ESTADO

DIRECTORIO. — *Presidente:* Gral. Arqto. Don Alfredo Baldomir; *Vicepresidente:* Dr. Don Alberto Domínguez Cámpora; 2.º *Vicepresidente:* Don Domingo Baqué; *Vocales:* Don Enrique Givogre, Don Carlos Sapelli; *Secretario General:* Don Raúl Montero Bustamante.

Gerente General: Contador Don Fermín Silveira Zorzi

El Banco de la República está dividido en dos grandes departamentos independientes: el propiamente bancario, regido por el Directorio, y el Departamento de Emisión, regido por el Consejo Honorario, integrado por el Directorio del Banco y representantes de la banca nacional y extranjera, del comercio y de la industria.

BANCO HIPOTECARIO DEL URUGUAY

Casilla de Correo, 79. — Plaza Constitución. — Montevideo

DIRECTORIO: *Presidente:* Dn. Andrés Martínez Trueba; *Vicepresidente:* Dn. Fernando García; *Vocales:* Dr. Dn. José Irueta Goyena, Arq. Dn. Diego Noboa Courrás y Dn. Mario Sadi Barbé; *Gerente General:* Ing. Dn. Armando Aresti Hervé; *Secretario General Letrado:* Dr. Dn. Humberto E. Capozzoli; *Sub-Gerente General:* Esc. Dn. Gerardo M. Romero.

CAPITAL	\$ 5.000.000.00
RESERVAS Y PROVISIONES	> 23.826.435.35
AVALUO DE PROPIEDADES HIPOTECADAS: Urbanas ...	> 263.430.600.00
» » » » Rurales ...	> 127.677.500.00
VALORES HIPOTECARIOS EN CIRCULACION	> 170.391.750.00

SECCION FOMENTO RURAL Y COLONIZACION

CAPITAL	\$ 5.000.000.00
RESERVAS Y PROVISIONES ...	> 2.830.595.96

Caja Nacional de Ahorros y Descuentos

Dependencia del BANCO DE LA REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

Sección Vales Amortizables. — Préstamos Amortizables a plazos hasta de 30 meses al más bajo interés de plaza. Cuotas de amortización de capital e interés; en 10 meses, \$ 10.37; en 20 meses, \$ 5.36; en 30 meses, \$ 3.69. Trámite rápido.

Sección Administración de Propiedades. — Administramos propiedades garantizando el alquiler sin cobrar recargos. Nos encargamos de la venta de solares a plazos. Comisiones mínimas.

ADMINISTRACION NACIONAL DE PUERTOS

DIRECTORIO

Presidente: doctor Raúl Jude; *Vicepresidente:* Don J. Américo Beisso; *Vocales:* Contador Bartolomé Vicens, Contralmirante Gustavo Schroder, Ingeniero Santiago Micheliní, Ingeniero José L. Buzzetti, Don Enrique Storace Bordaberry, Don César Benenati Roldós, Don Horacio García Méndez, Don Carlos Sapelli; *Secretario del Directorio:* Don Manuel Cean; *Gerente y Administrador:* Don Héctor Pochintesta.

REVISTA NACIONAL

LITERATURA — ARTE — CIENCIA

Año VIII

Montevideo, Febrero de 1945

Nº 86

MENSAJE A LA JUVENTUD ⁽¹⁾

Jóvenes: Defender el Derecho mismo; practicar las leyes morales que nos dicta nuestra conciencia; asociarse para lograr un mayor bienestar material y moral; y ajustar los actos de conducta al ideal de una permanente y franca solidaridad de los seres humanos, tal es el programa de acción que reclaman las almas buenas que anhelan un mundo mejor para sus semejantes.

Al dirigirme a los jóvenes que poseen las fuerzas inextinguibles y siempre renovadas de la vida, no puedo olvidar a uno de mis grandes maestros, José Enrique Rodó, catedrático de Literatura que en época de intensa crisis y de graves peligros para nuestra patria, nos iluminaba con la claridad de sus pensamientos y con el optimismo propio de los que creen y confían en la eficacia de las fuerzas morales. Aquel maestro, nos repetía a fines del siglo pasado, que «sólo nuestra voluntad puede dar al derecho lo que constituye su esencia, «la realidad», palabras con las que Clarín, en hermosísimo prólogo presentaba a los pueblos de habla española, la magistral obra de Ihering «La lucha por el Derecho». El Derecho como ley de Estado y como convicción del pueblo, y como costumbre y como obra artística de la jurisprudencia, es obra del trabajo humano y obra que exige esfuerzos y lucha constante con muchos obstáculos de distinto género. «Porque no es sólo la lucha con la ignorancia, con la inexperiencia, lo que hay que considerar; también es la lucha con los intereses que el Derecho necesita contrariar; pues no se trata de un álgebra jurídica cuyos términos son por su materia indiferentes; el Derecho camina como el carro de la deidad Indica, sobre las entrañas de la víctima que es necesario sacrificar; camina sobre las injusticias de la tierra que son para los tiranos, para los explotadores del género humano, como sus entrañas. El cincel del legislador o del jurisconsulto trabaja en la carne viva; todo derecho que se logre mata algo que debe morir, pero que alguien defiende hasta el último aliento: el que

(1) Esta bella y grave alocución, en la que se prolonga el acento magistral con que Próspero hablaba a sus discípulos en los primeros días de este tumultuoso siglo que vivimos, fué dirigida por el Presidente de la República, Doctor Don JUAN JOSE AMEZAGA, a la juventud del país, el último día del año 1944. Urge recoger y meditar palabras que, como estas, vienen de tan alta cátedra, y que constituyen una lección de conducta, de optimismo y de esperanza en estos días de inquietud y de incertidumbre, en que se están preparando los elementos que han de llevar, a los hombres y a los pueblos, a la recuperación de la verdadera Democracia.

vive de lo injusto. He aquí ya la necesidad tristísima de luchar a veces hasta verter sangre».

En nuestra adolescencia recibimos estas enseñanzas que nos señalaban el ideal, que nos hacían aborrecer el escepticismo y condenar los fatalismos apáticos, perezosos, resignados, de aquellos indiferentes que renuncian a la defensa y la acción. En el espíritu de los jóvenes florecen los sentimientos más puros y nobles que en todos los tiempos y en todas las manifestaciones de la vida personal y colectiva han señalado las rutas que conducen al progreso y mejoramiento de la humanidad. El Derecho es una ciencia, pero también es un arte, y si como ciencia tiene sus raíces en la investigación y en el raciocinio, como arte descansa enteramente sobre las emociones que nos producen lo justo y lo injusto, el bien y el mal, lo honrado y lo arbitrario. Así como se experimenta la emoción estética antes de que la crítica nos puntualice los detalles de la belleza que contemplamos, así también la coincidencia, bajo el imperio de los sentimientos morales impone soluciones que luego el razonamiento sereno no tarda en confirmar. Los que vamos despidiéndonos de las fuerzas creadoras de la vida, contemplamos con alegría a los jóvenes que llegan para sustituirnos en los puestos de dirección y de lucha, animados por nobles ideales, por energías día a día renovadas que encierran la fecundidad inagotable de la vida y que no se detendrán ante los obstáculos que se oponen al progreso moral y jurídico de los pueblos. Creo que en ningún momento habremos de olvidar los viejos y los jóvenes, que la riqueza espiritual que todos poseemos en mayor o menor grado, pertenece a la Humanidad que ha acumulado en muchos siglos de labor lenta y dolorosa, los principios y enseñanzas que son fundamento de los actuales conocimientos; que esa riqueza pertenece a la nación que proporciona y ofrece maestros y materiales de estudio; y que pertenece también a la sociedad en que vivimos, fuente permanente de intuiciones y de experiencias. Todos aprovechamos en las diversas orientaciones de nuestra conducta y en la determinación de nuestras voluntades, los valiosos aportes que generosa y gratuitamente hemos recibido de nuestros antepasados y de nuestros contemporáneos y es justo que cada uno en la medida de nuestras fuerzas, tratemos de devolverlos, haciendo participar a los que nos rodean, de lo poco o mucho que sabemos. Ayudaos los unos a los otros, en franco y leal entendimiento, para arraigar y divulgar los conocimientos adquiridos; desterrad de vuestros corazones los celos de la sapiencia; cultivad los sentimientos de solidaridad desde vuestros bancos de estudiantes; preparaos a compartir desde la adolescencia vuestro saber con el ajeno, como escuela de educación sin egoísmos —que os servirá mañana para conciliar vuestros intereses materiales con los ajenos—. En esta forma prepararéis terreno más fértil en felicidad para las futuras generaciones. Luchad por el Derecho, por la cultura y por el bienestar de vosotros mismos y de vuestros semejantes.

JUAN JOSE AMEZAGA

EL GRITO

Yo gobernaba el día; era mi barco.
Gobernaba la luz; era mi río.
Y no quería más que peces de oro
En el destino.

Nunca se vió más libre marinero,
Ni barco más lujoso de banderas.
Lo escoltaban delfines,
Arpas eran las velas.

Luna y constelaciones,
Dábanme las totales pedrerías.
De noche, ruiseñores,
En el alba la alondra, rosa en el mediodía.

Nunca se vió más rica criatura.
El mirto y el laurel vallas ceñían
Al cauteloso paso de la loba,
Y en las frutas maduras,
La miel a los colores ascendía.

Yo decía:
— La mañana celeste,
Está en el equilibrio de los mundos.
Se rompe la armonía si anochece.
No es verdad si no el himno, y el profundo
Sentido de la rosa al mediodía.

Yo decía:
— Solo el grito de gozo es la palabra
Y la flecha de Eros es la cifra.
Está en la sangre la bondad antigua
Del principio sin mancha y la sonrisa.

Yo decía:
— Cierta y exacta es la esperanza.
El cielo anda en el sueño y la vigilia.
La balanza,
No existe porque todo es inocente.
Mentira son la muerte y la batalla.

Así llegué hasta el límite, confiada.
Rotos habían, los crinados vientos
Las vallas de laureles,
Y sobre un pronto mar de furia,
El tiempo naufragaba.

Yo grité entonces:
—¡Quién me ayuda al ancla?
Respondieron los ecos:
—¡Quién me ayuda al ancla?

Y sentí que ya era, en el silencio,
Un grito desolado, mi llamada.

JUANA DE IBARBOUROU

LA PALABRA DEL URUGUAY EN LA CONFERENCIA DE SAN FRANCISCO ⁽¹⁾

Señor Presidente; señores Delegados:

Me complace y me honra dedicar mis primeras palabras en este recinto tributando, en nombre de mi país, el homenaje de su respetuosa admiración a la memoria del ilustre Presidente Franklin Delano Roosevelt, a ese gran demócrata y ciudadano del mundo, cuya muerte deploran todos los hombres y todos los pueblos de la tierra, tanto libres como oprimidos.

Su nombre ocupará un sitio preeminente en la Historia de la Humanidad, por su inmolación voluntaria por servirla, sin límites, ni descanso, sin temores, ni suspicacias y, con inspiraciones nobles y superiores — en sus legítimos y comunes anhelos de libertad y bienestar.

También rindo tributo al heroísmo y la gloria de los grandes pueblos combatientes — Estados Unidos de América, el Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda del Norte, la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas y China — a cuyo esfuerzo victorioso debemos la derrota de las fuerzas de los países del Eje, y la reunión de todas las naciones amantes de la paz, para organizar la sociedad internacional y crear el sistema de seguridad mundial que ampare y garantice, en sus legítimos derechos, a todos los pueblos.

La bizarria, el denuedo y la espiritual grandeza de esos pueblos merecen la gratitud de la humanidad civilizada, y serán siempre recordados por la historia. Su sangre, su dolor y sus lágrimas — para emplear la memorable expresión del ilustre Winston Churchill — han traído al mundo, tras sublimes holocaustos, esta aurora de justicia.

Pero, quiero también, en nombre del Gobierno y del pueblo de la República Oriental del Uruguay, tributar homenaje a todos los países — cualesquiera sean su entidad y su fuerza — que han acompañado en su heroica cruzada a Estados Unidos, Gran Bretaña, la Unión de las Repúblicas Socialistas, China y Brasil; han corrido su

(1) El memorable discurso pronunciado por el Presidente de la Delegación Uruguaya, Ingeniero Don José Serrato, ex presidente de la República y Ministro de Relaciones Exteriores, en la cuarta sesión plenaria de la Conferencia de San Francisco, celebrada el 28 de abril de 1945, constituye la más alta afirmación de los postulados democráticos y de los principios de derecho público proclamados por la República. Son ellos el aporte de nuestro país al orden jurídico internacional, cuyas bases han sido elaboradas en la histórica conferencia, dentro del cual deben convivir los pueblos, una vez afianzada la paz que las Naciones Unidas acaban de conquistar definitivamente.

suerte a través de la contienda; y han sacrificado la vida de sus hijos, luchado y padecido, sin límites y sin tregua, para asegurar y afirmar el triunfo de la civilización. Homenaje que alcanza al pueblo francés, erguido en la lucha contra el nazi-fascismo no obstante la temblorosa claudicación de sus dirigentes en 1940, y a cuyo Comité de Liberación, el Gobierno uruguayo fué el primero en reconocer.

El Uruguay, en las horas más duras de la conflagración, tuvo el honor de ser fiel al llamado de la civilización en peligro. Sin titubear y sin temer el poderío del Eje, desafiando riesgos y represalias, su pueblo se alistó, desde el primer momento, en la lucha contra la agresión. Impidió en su territorio la traición a las naciones combatientes; reprimió enérgicamente a la quinta columna; concedió el tratamiento de no beligerancia a los países que luchaban por la libertad; abrió sus puertos y sus bases a las naves y aeronaves aliadas; puso sus materias primas a disposición de los pueblos en guerra con el Eje; rompió relaciones diplomáticas y comerciales con los miembros del Pacto Tripartito; declaró luego el estado de beligerancia con Alemania y el Japón; y no mandó oficialmente sus tropas a los escenarios de la contienda, porque no le fueron reclamadas, pero sus voluntarios — grupo inolvidable de jóvenes fervorosos — dejaron despojos sagrados en los campos de batalla de Africa y Europa.

Para honra de América, los pueblos del Hemisferio Occidental, no se arredraron ni vacilaron. Contribuyeron con medidas de defensa política, procedimientos de no beligerancia, lealtad democrática, materias primas, rompimientos de relaciones y declaraciones de guerra, a la lucha y al triunfo sobre las potencias del Eje; y en la hora aciaga del pérfido ataque de Pearl Harbor, el 7 de diciembre de 1941, estrecharon vínculos y esfuerzos para expresar, materializar y sostener, sin declinaciones, ni reticencias, ni temores, su solidaridad más amplia y activa con Estados Unidos, el grande y heroico pueblo continental agredido a mansalva y sin perdón. Otro pueblo hermano, el Brasil, ha mandado su bizarro ejército expedicionario al frente de Italia, donde coopera con honor en el triunfo aliado.

Han sido los pueblos americanos, pues, leales colaboradores en la lucha contra la agresión y la conquista; y así como prestaron un eficiente e indudable concurso a través de la contienda, dentro de sus posibilidades y recursos, también desean prestarlo — respondiendo a los altos ideales de su historia y su conducta — en las tareas de organizar el mundo y consolidar la paz y el bienestar de los hombres.

No son los llamados países latinoamericanos, estados que puedan rivalizar en población, ni en fuerza militar y económica, con las grandes potencias; pero poseen, en cambio, una invulnerable y preciosa fuerza moral de adhesión al derecho, amor a la libertad y respeto a los ideales democráticos, que no puede ser desdeñada ni preterida sin mengua y perjuicio de los destinos humanos.

Los pueblos pequeños, sin poder bélico, constituyen siempre una

fuerza en beneficio de la paz y la justicia internacional, porque todo lo esperan del derecho y tienen que execrar, invariablemente, las agresiones, los atentados y las violencias. La espada del conquistador y el hacha del verdugo son por ellos maldecidos. De ahí que en la futura organización del mundo, esos pueblos sin soberbia y sin afanes ni propósitos de conquista, pueden y deben ser considerados como una nueva gran potencia al servicio de la convivencia pacífica de las naciones, el imperio de las leyes internacionales y los principios éticos y jurídicos de la civilización. Entre lo justo y lo injusto, siempre se pronunciarán por la justicia; entre lo jurídico y lo ilícito, siempre resolverán en favor del derecho; entre la violencia y la seguridad, siempre lucharán para mantener y fortificar el reinado de la paz. Asegurar en la sociedad internacional la intervención de los pueblos pequeños, por su tamaño y su fuerza militar, asegurar la vigencia de sus derechos y la natural gravitación que les corresponde por su proporción considerable en la población del planeta; y asegurar, por último, su espíritu, su orientación moral, sus riquezas y sus posibilidades en el intercambio comercial — equivaldría a construir y consolidar una eficaz e inmovible garantía para el cumplimiento de las finalidades esenciales y supremas del organismo de solidaridad y pacificación que surgirá de las históricas deliberaciones de San Francisco.

Los pueblos latinoamericanos constituyen una elocuente prueba de cuanto afirmo. No habían sido directamente atacados en la anterior guerra mundial, ni en la actual; no tenían pleitos territoriales ni litigios fronterizos con los países agresores; no alimentaban planes de expansión, ni proyectos de codicia; pero, una y otra vez, sin embargo, no trepidaron en decidirse por la libertad contra la opresión, alineándose fuertemente con las naciones que defendían en el mundo, según la iluminada palabra de Woodrow Wilson, los «tesoros del derecho».

El Uruguay, en cuyo nombre hablo, ha guardado y guarda indeclinable fidelidad a ese espíritu. No ha venido a San Francisco a defender intereses particulares ni egoístas, ni a realizar lucros políticos o económicos de especie alguna, ni a discutir preeminencias o granjearse honores, ni a entorpecer con menudas interferencias los acuerdos fundamentales sobre los que reposará después de la victoria próxima y definitiva, la función solemne y mayor del mantenimiento de la paz. El Uruguay ha venido a San Francisco a colaborar lealmente en la organización del mundo y de la seguridad internacional, con intención constructiva, sin prejuicios ni quimeras reñidas con la realidad pero con el anhelo y la esperanza de que el Universo del futuro responda y satisfaga al ideal de justicia que anima a los pueblos y los hombres de todos los continentes.

La victoria no es un desideratum, sino se la emplea en beneficio de la humanidad; y de poco valdría el cruento esfuerzo de los

años de contienda, si las Naciones Unidas no demostraran que, tanto como la guerra, son capaces de ganar la paz, dando vida en los hechos, encarnando en la realidad palpitante y perfeccionando toda vez que sea posible, cada día y cada hora, el espíritu de cooperación y de concordia universales que inspiró los acuerdos y planes de Dumbarton Oaks.

El Uruguay acepta esos planes y acuerdos, convencido de que lo primordial y previo es crear en el mundo una organización y un sistema de seguridad que repriman el bandolerismo internacional y eviten el retorno a la ley de la selva; pero, junto con sus hermanos de América, según lo acordado en la Conferencia Interamericana sobre Problemas de la Guerra y de la Paz, celebrada últimamente en México— aspira a que el futuro organismo mundial alcance el máximo de eficacia, no adolezca de omisiones ni fisuras, y perfeccione su estructura hasta el más alto nivel posible.

Antes de Dumbarton Oaks, el 28 de septiembre de 1944, el Gobierno de mi país, por intermedio del Ministerio de Relaciones Exteriores, a mi cargo, expuso su concepción de la organización internacional y de la paz; y, a las ideas entonces expresadas ha mantenido y mantiene su adhesión.

El Uruguay se complace en que se instituya una organización mundial en que las naciones participantes sean reconocidas como jurídicamente iguales, y se destine a garantizar la seguridad internacional; pero, también desea que, entre sus fines más decididos y precisos, tengan los de realizar permanentemente los ideales por que los pueblos libres han luchado y sufrido en esta guerra: el imperio del derecho, el triunfo de la libertad, el respeto a la dignidad de la persona humana, la proscripción de la violencia en cualquiera de sus formas como instrumento de solución, y el repudio a las doctrinas de división y preeminencias raciales.

A esta aspiración agrega la de que la organización mundial consagre de modo expreso y categórico la inviolabilidad de la independencia, la integridad territorial, las fronteras y los derechos de las naciones, y cree la técnica adecuada para prevenir o reprimir las agresiones.

Para el Uruguay, el país que ataque a cualquier miembro de la comunidad pacífica de las naciones, debe ser considerado agresor por todas ellas solidariamente; y todas ellas, a la vez, deben actuar para imponer la solución jurídica del conflicto, y, en su defecto, defender al estado agredido, incluso con las armas.

El Acta de Chapultepec, aprobada por las Naciones Americanas en la Conferencia de México, ha consagrado este principio y organizado procedimientos de prevención y sanción de los atentados agresores, a iniciativa del Uruguay, Brasil y Colombia. Mi país desea fervorosamente que ese memorable instrumento internacional se integre con la organización mundial, y cimente las bases necesarias

para estudiar la forma de establecer que la defensa material y en los hechos de la personalidad independiente de los países y la profilaxis y castigo de las agresiones, se efectúe por las organizaciones regionales con el respaldo de todos los miembros de la sociedad internacional.

El regionalismo continental debe estar en conexión con la organización mundial y sólo movilizar fuerzas con la aquiescencia de ésta. Evitaremos así crear nuevas formas de conflictos y caer después, en la dirección del más fuerte.

La seguridad debe ser colectiva, universal y coercitiva.

Respecto a la estructura misma del organismo a establecerse el Uruguay admite los acuerdos de Dumbarton Oaks como un sistema impuesto por las necesidades y contingencias del estado de guerra y del que lo subseguirá en el futuro inmediato; en carácter de primera etapa imperfecta, pero perfectible en el porvenir; transitoria y tradicional por índole; y sólo duradera hasta que sean liquidadas las consecuencias últimas de la contienda, y sea posible, por lo tanto, instaurar un estatuto de la sociedad internacional sin las deficiencias que resultan en aquellos acuerdos.

No es la paz de la fuerza la que deseamos, sino la de la armonía, la justicia y el bienestar general.

La contención por la coacción organizada — única forma en su caso valedera — del agresor que apoya en la fuerza pretenciones que la justicia le niega y a las cuales no podría dar satisfacción por los medios jurídicos regulares pacíficos, es una realidad que debemos también contemplar.

El orden que haya de establecerse para regular la vida institucional, no será perfecto pero debe sí, ser eficaz.

Sólo por la colaboración de las grandes y pequeñas naciones, por su extensión, fuertes o débiles, por su poderío militar, sean cualesquiera sus credos, color y organizaciones políticas — será posible estructurar un sistema seguro de paz en el mundo. Para ello es indispensable, ante todo y sobre todo, y lo recalco expresamente — cumplir leal y correctamente, lo que se pacte.

Acepta el Uruguay la organización de una Asamblea como cuerpo plenamente representativo de las naciones, en el concepto de que todas ellas actuarán en su seno con la misma categoría jurídica y en un plano de perfecta igualdad, es decir, que no haya estados superiores y estados inferiores, ni estados con privilegios y estados desmedrados, ni estados que ostenten una forma de jerarquía y calidad y estados que aparezcan en una especie de fila rasa de países con derechos disminuídos. En ese mismo concepto, estima conveniente que se robustezcan las facultades de la Asamblea para promover y facilitar las soluciones tendientes a consolidar la paz y a estimular la cooperación internacional.

Con relación al Consejo de Seguridad proyectado, mi país declara que, de acuerdo con sus tradiciones nunca declinadas, sustenta

el ideal de que sea integrado por procedimientos de origen democrático, debiendo ingresar a su dirección los asociados por elección de la Asamblea y sin diferencias de prerrogativas ni derechos.

En las circunstancias presentes, sin embargo, acepta, con carácter transitorio, que a los cuatro grandes países — Estados Unidos de América, el Reino Unido, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y China — que han soportado el más duro peso de la guerra, han contribuido con más decisivos aportes a la victoria y tendrán los más graves deberes y responsabilidades en el mantenimiento de la paz futura, se les asegure puestos en el Consejo, pero no indefinidamente, sino por un plazo que se juzgue prudencial, ocho o diez años por ejemplo.

Mas como ya lo sostuviera en su exposición del 28 de septiembre de 1944, desea se incluya a Francia en la categoría de los grandes miembros del Consejo no sujetos a la elección de la Asamblea, como homenaje a su magisterio de libertad, a su significación moral, a su dolor y su sacrificio en las horas de prueba de la guerra, y a su colaboración permanente en el proceso y los destinos de la cultura universal.

Estima, también, que debiera tenerse en cuenta a las naciones de América Latina para integrar el Consejo, en consideración a sus probados ideales de paz y armonía internacional.

Pero, por las mismas razones de la integración especial que tendrá el Consejo — en función de las realidades actuales — el Uruguay considera que deben establecerse garantías de los derechos de los estados no representados en dicho organismo, y, en particular de los estados menos fuertes.

A tal fin, pone el acento en dos medidas que juzga indispensables:

- a) Requerimiento de mayorías especiales para la adopción de resoluciones de trascendencia; y
- b) Derecho de las naciones no representadas en el Consejo, pero afectadas por sus actos o interesadas en ellos, a estar presentes en sus deliberaciones con voz, pero sin voto.

En lo que respecta a la constitución de la Corte Internacional de Justicia, el Uruguay estima que a su competencia y juzgamiento deben ser sometidos todos los diferendos y conflictos entre los pueblos, que no pudieran ser solucionados por medios amistosos o procedimientos arbitrales, sin excepciones de especie alguna. Así lo sostiene, porque alienta la convicción de que todos los conflictos internacionales son materia de solución por el derecho; y porque tiene el temor de que, si se distinguiese entre disputas políticas y disputas jurídicas y se eliminase a las primeras del área de la Corte Internacional de Justicia, se podría rehabilitar la intervención de la fuerza en las oposiciones o controversias entre los estados.

La Corte, a su juicio, debe tener carácter de universal y de única, como corresponde a los atributos mismos de la justicia, no debiéndose

permitir, por consiguiente, cortes para regímenes ni zonas determinadas del mundo.

También adhiere el Uruguay el establecimiento del Consejo Económico Social, directamente elegido por la Asamblea, la que tendría libertad, en materias sociales y económicas, de hacer recomendaciones a los estados miembros del instituto.

En esta organización y en su sabia acción futura, mi país cifra grandes esperanzas, luego que, antes de ahora, ha tenido el honor de declarar que «la paz no debe ser juzgada como un fin en sí misma, sino como un punto de partida, un medio y un instrumento para realizar el mejoramiento de las condiciones económicas y espirituales de la vida de los pueblos».

No será posible alcanzar la paz internacional por todos anhelada, si no se logra la paz social. Para ello es indispensable que la vida económica del mundo se asiente sobre bases más justas; que la cooperación entre los pueblos responda a principios activos y se realice con equidad y amplitud; y que las masas populares no sufran la peligrosa insatisfacción en su nivel de existencia que produce los choques sociales, las rebeliones y las guerras.

Para nosotros la mayor riqueza es el hombre y, por consiguiente, el pueblo sin líneas divisorias — la humanidad en una sola palabra — que los hombres componen bajo todas las banderas. Propender, pues, al bienestar económico y al desenvolvimiento de la especie humana, es combatir la guerra y fundamentar una paz perdurable entre la armonía de intereses y la extensión de la justicia.

A esa riqueza fundamental y preciosa, el Uruguay ha tratado de preservarla, defenderla y custodiarla, disponiendo por decreto de 26 de julio de 1944, que sus delegados a las Conferencias y Congresos de post-guerra expresaran la necesidad de combatir el ejercicio perturbador del «dumping» en el comercio internacional. A esos fines ha propuesto que «los gobiernos y los pueblos prefieran, en el intercambio comercial, las mercaderías y productos de los países en que rijan y se cumplan los principios éticos de protección y amparo de los trabajadores contra la explotación de Estado o de los particulares; desechen las mercaderías y productos de los países que obtienen el menor costo de los mismos a expensas del derecho, la salud y la libertad de las masas trabajadoras; y no concierten convenios comerciales con las naciones que mantengan organizaciones de trabajo opresivas para la persona humana».

Este principio, en concepto del Uruguay, debiera orientar la actividad y la obra del Consejo Económico-Social.

En procura de fines idénticos, el Uruguay reitera su opinión de que «sería conveniente y aun necesario que se diese realidad y aplicación a los principios de la Carta del Atlántico, se buscara de impedir o aminorar los nacionalismos económicos y se tratara de organizar la cooperación y el intercambio de los pueblos».

Ahora bien: si habrá un organismo encargado de la seguridad, otro de la justicia, y otro del ordenamiento económico-social del mundo, debería haber, a su vez, un organismo encargado de la cultura.

Mi país considera que será de utilidad organizar un Consejo destinado a promover, estimular y encauzar las relaciones del comercio cultural entre las naciones, por lo mismo que cree en el espíritu, en las fuerzas morales y en los factores de la inteligencia que, en definitiva, han sido impulsos decisivos para mover armas y conciencias en la lucha contra las potencias del Eje.

No habrá tampoco paz en el mundo, si no la hay en los espíritus.

Es necesario alcanzarla por el renacimiento de los ideales al término de la crisis lacerante de la guerra, el conocimiento y el intercambio de los valores de la cultura, la difusión de nobles ideas que encalmen las almas y aproximen a los hombres, la propagación del espíritu pacifista y el desarrollo del movimiento llamado «desarme moral», que predica el respeto y el amor al derecho y a la ética, recomienda la corrección de textos de historia y geografía que obstan al entendimiento y la concordia, y unifica naciones, clases e individuos en el sentimiento y los deberes colectivos de la civilización.

Si palabras envenenadas y maestros pérfidos han podido preparar la guerra, palabras generosas y maestros veraces deben mantener la paz.

Pero, no se lograría una paz sana y estable, si nada se hiciera por la democratización del mundo y el imperio de la libertad.

Para el Uruguay, paz y democracia, constituyen términos complementarios, en los cuales cada uno es garantía y motivo del otro. Tal es su tesis de derecho.

Para ello entiende que en la organización internacional que se proyecta, no debe admitirse la incorporación, según ya lo ha sostenido, de naciones que profesan doctrinas de agresión y de guerra y estén predispuestas a socavar, remover o destruir el orden de la paz jurídica del mundo.

Mas, para ser miembro de la sociedad internacional no basta, en su concepto, presentar los títulos de «nación amante de la paz», sino que hay que ser, además, nación amante de la libertad.

De ahí que, reiterando un pensamiento que le es grato, propicie una fórmula según la cual se exigiría a los estados aspirantes a integrar la comunidad de naciones, el respeto efectivo a las libertades esenciales e inherentes a la persona humana. Sin esa condición, no se podría ni debería integrarla.

Llenado tal requisito, las naciones asociadas deben considerarse, proclamarse y reconocerse como jurídicamente iguales.

El concepto de esa igualdad, impone necesariamente el principio de no intervención, el cual debe ser consagrado con firmeza y am-

plitud por la sociedad internacional, bajo las siguientes y únicas condiciones:

- a) La libertad de un Estado no puede llegar, en ningún caso, hasta un extremo incompatible con los derechos y la convivencia pacífica de los demás; y
- b) En la emergencia de que algún Estado atentase, o se preparara solamente para atentar contra tales derechos y tal convivencia pacífica, procedería y se justificaría la intervención colectiva de todas las naciones a los efectos de restablecer la paz.

La idea de la intervención colectiva para los fines concretos y específicos que he citado, no puede ni debe ser resistida si no se resiste primero la idea misma de la comunidad internacional. En la organización mundial es indispensable que los países coordinen sus respectivas personalidades para fines comunes. Lo que se proyecta, por lo demás, no será sino la expresión jurídica de una sociedad de naciones existente de hecho, como consecuencia de la interdependencia universal.

Dentro de la comunidad internacional caben y hasta pueden ser indispensables las organizaciones regionales, como el sistema interamericano — a condición expresa de que actúen en la órbita de aquélla, no puedan producir en ningún caso la oposición de un continente o una región a otros continentes o regiones, y no representen el aislamiento de naciones que los integran con respecto a las otras naciones del mundo.

El Uruguay considera que la coexistencia de los sistemas regionales, con la comunidad mundial, podría efectuarse sobre las siguientes bases:

- a) Los sistemas jurídicos de la organización mundial y las organizaciones regionales, no deben excluirse ni sustituirse, sino articularse y coordinarse, fortaleciendo el imperio del derecho; y
- b) Los estados que integren una organización regional, tendrán el derecho de dirigirse a todas las jurisdicciones de la organización mundial y participarán de las garantías jurídicas, los planes de seguridad y los sistemas de cooperación que rijan en ella.

El Uruguay, pues, señor Presidente y señores Delegados, otorga su adhesión al establecimiento de un orden jurídico internacional que no malogre, sino que consolide los frutos y resultados del empuje victorioso de los pueblos libres contra las potencias del Eje. Obra de pueblos aun en plena contienda, entre ruinas, batallas y esperanzas, no poseerá todavía una perfección acabada y completa, pero ella ha de venir, sin duda alguna, en el curso del tiempo, como consecuencia del anhelo y la decisión constructivos de todos los países

de buena voluntad. La etapa del perfeccionamiento empezará inmediatamente después de la fundación.

El primer día de su existencia será, también, el primer día de trabajo, de renovación y de progreso. Entonces, como ahora, como ayer y como siempre, la República Oriental del Uruguay actuará al servicio del derecho.

JOSE SERRATO

LINGÜÍSTICA AMERICANA

El profesor brasileño, don A. Tenorio de Albuquerque, ha tenido la gentileza de obsequiarme con ejemplares de «Atentados á Gramática» y «A Evolução das Palavras». Ambas obras son dignas de la fama de que viene precedido su nombre.

Me cautivan en el autor su erudición de buena ley, su contracción ejemplar al trabajo, su amplio conocimiento de la ciencia del lenguaje y la ponderación de su criterio, que le permite, como peritísimo piloto, evitar los escollos del camino, confirmando una vez más la verdad observada, de que todo punto de vista exclusivo es una fuente permanente de errores.

No me es posible detenerme a considerar las numerosas cuestiones de índole fundamental que el ilustrado autor plantea y resuelve; pero séame permitido, como viejo aficionado a estas materias en que él es verdadero maestro, tejer algunos escolios que sirvan para demostrar que estamos de completo acuerdo en todo, lo que para mí constituye una satisfacción y un honor.

Es digno de atención el hecho de que los errores en que repara y los fenómenos lingüísticos que estudia, nos son comunes. Nada de ello es extraño si se piensa en el origen de nuestras lenguas, su similitud en lo pasado, su paralelo desarrollo al través de la historia y su creciente asimilación recíproca, favorecida para nosotros por las vinculaciones de todo género que crea, acalora y acrecienta nuestra condición de vecinos y buenos amigos. Corroboraré la aseveración con algunos ejemplos que tomo al azar.

*
* *

Analiza Tenorio de Albuquerque múltiples errores ortológicos, ortográficos y sintácticos del lenguaje del vulgo, y estudia el extranjerismo, el neologismo y la evolución morfológica y semántica de los vocablos, es decir, la vasta materia que abarca su notabilísimo libro «A Evolução das Palavras», premiado con toda justicia por la Academia Brasileira de Letras.

Sin darse cuenta de lo que hacen — observa — los individuos déjanse llevar por la analogía, y surgen creaciones más o menos curiosas: vocablos estropeados, frases con construcciones anormales, cruzamientos sintácticos, modificaciones de sentido, etc. Esa su observación es exactísima.

Para saber escribir bien, se ha dicho, es menester tener el valor de violar algunas reglas. Se ha dicho más, y es que las incorrecciones y las demasías son indicios de la presencia de la verdad. Puede ser. Pero las más de las veces son prueba inequívoca de grosería e incul-

tura. Esto sin reparar en los descuidos, que se advierten en los literatos más de veras.

No se me oculta la parte de verdad que contiene la observación de don Juan Valera, de que a veces en obras irregulares, y si se quiere un tanto informes, viene encerrada el alma del pueblo, toda la idea viva de una generación gloriosa y de una edad o época brillante; pero no vacilo en afirmar que desde el punto de vista literario, aquellas obras lograrán la sanción de las edades que unan a la belleza, intrínseca el don glorioso de la expresión.

Don Miguel Cané pluraliza el impersonal *haber*, y dice «*harían* unos seis meses»; don Nicolás Avellaneda, «*habían* ya caudillos»; Sarmiento, «*habían* escuelas», «*hayán* vagos», «*habían* palabras»; el padre Isla, «a pies juntillos»; Montalvo, *cónyugue*; Lista y Aragón, *alhaga*; Manresa, Miquel y Réus, *andase*, a la antigua; *tenete* dicen algunos; otros, *ereis joven*, a la portuguesa; no pocos, *medios muertos*; *sursum corda* (por bajo cuerda) los de más allá, y no faltan, como en el Brasil, quienes a la arterio esclerosis española la transformen en *arterioclorosis*. . . . La lista es interminable.

Sostuvo en la prensa de Santiago de Chile Sarmiento, el de la «adulteración innecesaria del idioma», que no debían tolerarse en público los letreros mal redactados, o escritos sin ortografía, asunto éste a que acaba de consagrar un importantísimo trabajo el afamado profesor Cornejo, de Quito, bajo el título «El anuncio, enemigo de la lengua». Entre tanto, leo en «Discursos Populares»: *ópimos*, *zelos*, *devisorias*, *areonauta*, *azonada*, *concólega*, *inapercibido*, *tomado a pechos*, *quizo*, *trosan*, *suscinto*, *háyamos*, *metalurgia*, *albaca*, *la sabia* (de las plantas), *adove*, *enorabuena*, *absorviendo*, *séantos*, *telégrama*, *privilegios*, *hornalla*, *areólita*, *impropiciar*, *culpémosnos*, *ni no fue*, *preveer*, *décano*, *en valde*, *atrazados*, *revindicar*, *resuscita*, *a travez*, *clucilllas*, *intérvalos*, *hace veinte años a*, *Ituzaingo*, *picarezca*, *parentezco*, *atravezado*, *el levita*, *cornizas*, *díploma*, *aproximativamente*, *poliglotos*, *levántate y camina*, *en voga*, *antidiluviano*, *lo que es yo*, *hallabámosnos*, *pocos educados*, *sordos mudos*, *Heleogábalos*, *sotometerlos*, etc.

Don José Zorrilla, el autor de «Don Juan Tenorio», en su obra «Granada», registra: *acostumbro a ocuparme*, *Córdova*, *pécsimo*, *inerente*, *estaláctita*, *horfandad*, etc.

Don José María Samper, en «Artículos Literarios» de Vergara y Vergara; *desternillar*, *a lo que* (por cuando), *penino*, *bocanada*, *relumbroso*, *ama a un otro*, *siño* (por si no), *por eso es que*, *de por demás*, *hacer* (por ser), *imprecaución*, *monomaniaco*, *calzoncillo*, *viejito*, *consuatario*, *kerosino*, *ninguno otro*, etc.

El ya citado Cané, en «Ensayos»: *hacerse ilusiones*, *hilación*, *cólega*, *gefe*, *exeso*, *exhuberante*, *cérebro*, *periodo*, *revindicar*, *gravar*, *absorver*, *hetereogéneo*, *pretencioso*, *exitación*, *banalidad*, *ape-sar*, *telégrama*, *décano*, *Mesiada*, *en definitiva*, *Mephistopheles*, *changador*, *es por eso que*, *exesivo*, *exitado*, *hay* (por ahí), *perfectamente*

insoponible, bibliomano, andubo, Pénates, cohatar, sincero, soldadeca. Exequia no puedo menos que, Iliada, bajo todos sus aspectos, suceptibilidad, gaz, bastantes, calorosos, exelso, etc.

Y don Pompeyo Gener, en «Amigos y Maestros»: *irradia, nostalgia, en ciertos de sus cuentos, parisién, cahótico, acostumbrar a, vacía, acrobacia, alfileretazos, moirdoré, un pandereta, etc.*

Nuestros comunes medios muertos y hubieron fiestas están admirablemente estudiados en «Atentados á Gramática»; y por haberse censurado el pecado del impersonal *haber* en plural — «este solecismo realmente feo, cuasi bestial» según su propia frase — el insigne Camilo Castelo Branco hizo de él una curiosísima defensa, obligado por la necesidad, o impulsado por el amor propio herido.

Pero yo no conozco defensa más eficaz del gastado solecismo que la del famoso autor de las «Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano». Dijo, con efecto, el maestro Cuervo: «Hará dos o tres años se discutió en el Ecuador sobre la naturaleza de las frases *hubo fiestas, había traidores*, y se alegaron muy buenas razones para probar que *fiestas, traidores* son realmente sujetos, y los que mejor conocen hoy la sicología del lenguaje no opinan de otro modo; y, sin embargo, sin ser común decir *hubieron, habían*, tal locución es hoy mal vista entre los más, y eso basta para que uno la evite al escribir. Figurémonos que en virtud de la razón psicológica se vaya extendiendo el *hubieron toros* y que al fin queden pocos que digan *hubo*: aquello otro será lo gramatical».

Hay, pues, errores más o menos graves difundidos en todas partes y que hoy campean y pelean en las escuelas. Por esa razón exclama Sbarbi: «Así como en el Evangelio se dice que es menester que haya escándalos, es conveniente, y aun saludable, que haya verdaderas blasfemias gramaticales». Y ello es conveniente, porque llaman la atención del lector y provocan la reacción que conduce al restablecimiento de lo correcto y propio.

*
* *

Entre las causas generadoras de errores tales están el extranjerismo, y especialmente el influjo del francés, idioma éste sujeto a mil trabas gramaticales, a diferencia de los nuestros, que se caracterizan por su sintaxis generosa y amplia. Los malos traductores, o «traduznadores» como el autor los llama, no contribuyen poco al acrecentamiento del presente desbarajuste.

¿Es el francés, dijo el Dr. Adolfo Valderrama, el opulento banquero a quien la lengua española va a pedir que le abra un crédito para los casos de urgencia? El hecho es que los galicismos, y los extranjerismos en general, mil veces espantados, volverán otras mil, como las moscas.

Han sido censurados como tales: *ten la bondad, pretencioso, hacerse un nombre, profesar una opinión, no te extraña, notabilidad, ha-*

cerse ilusiones, hacer valer, al primer golpe de vista, pasar desapercibido, actitud expectante, propósito marcado, hombre importante, ir lejos, hacer furor, ser una eminencia, de todos modos, en definitiva, alguno te alude, erigirse en juez, tomar la revancha, con aplomo, mirar de alto a bajo, ha tenido lugar, afrontar el peligro, decir toda la verdad, después de todo, batirse con alguno, marchar a grandes pasos, marchar hacia el fin, aplaudir en masa, las gentes de bien, mi amigo, hacer el amor, dama del gran mundo, hotel confortable, conducirse, no haber medio, hacer sensación, buena fortuna y mil otros por el estilo, que Baralt en su famoso Diccionario combatió con acritud y exageración notorias y aludiendo a los cuales pudo muy bien argumentar el baturro de Larra: «Lo mismo da decir las cosas de un modo que de otro». «Dice mi sobrino que la lengua española es la suya, y que puede hacer con ella lo que más le viniere en voluntad».

Pero ese criterio cerrado y exclusivista de que hablo, hoy anda de capa caída.

El que los idiomas tengan entre sí las mayores semejanzas posibles, ha dicho con razón don Miguel Luis Amunátegui, dilecto discípulo de Bello, no es un inconveniente, sino una gran ventaja. Lo que ha de censurarse, lo que ha de evitarse en materia de lenguaje, es la imitación o la adopción de una práctica extranjera que sea contraria a la naturaleza propia del idioma, y que pueda deslustrarlo o viciarlo.

Ya el maestro Bello había consignado acerca del particular: Se puede ensanchar el lenguaje, se puede enriquecerlo, se puede acomodarlo a todas las exigencias de la sociedad y aun de la moda, sin adulterarlo, sin viciar sus construcciones, sin hacer violencia a su genio.

Y el autor agrega: «Escribidores desprovistos de sintaxis, acogedores de toda clase de extranjerismos, traidores más que traductores de páginas francesas, proclaman su desamor a la lengua patria y se las echan de modernistas, como si tal vocablo pudiera ser sinónimo de solecista, galiparla, barbarizador».

Traducir es de ordinario desfigurar; fuera de que los malos traductores, según se ha observado, son como los lacayos lerdos: cuanto más delicado es el mensaje que se les confía, tanto más torpemente lo transmiten.

El autor se hace eco de estos conceptos, e invoca a favor de su tesis irrecusables autoridades.

Por mayor que sea el ardor combatiivo, exclama, de los puristas y gramáticos, creando barreras para impedir la entrada de vocablos extranjeros, éstos continuarán siendo recibidos. Es un intercambio natural.

El siempre recordado Bello dice: La introducción de vocablos tomados de las lenguas antiguas y extranjeras ha dejado ya de ofendernos cuando no es manifiestamente innecesaria, o cuando no descubre la afectación y mal gusto de los que piensan engalanar así lo que escriben.

Y sus compatriotas Rui Barbosa, Figueiredo y Ribeiro agregan, el primero: «Todos los idiomas vivos permutan unos con otros. Sería desatinado rehusar esos subsidios tan inestimables, casi imprescindibles, que se prestan las lenguas no fosilizadas. Condenar en absoluto los extranjerismos, sería no tener sentido común». Añade el segundo: «Hay galicismos que en el transcurso de los siglos han pasado al dominio de nuestra lengua por conveniencia o necesidad; hay galicismos que son inútiles, y hay otros absolutamente disparatados o ridículos». Y Juan Ribeiro concluye: «La lengua portuguesa, como sus demás congéneres latinas, sufre el influjo incontrastable del francés. Suprimirlo sería lo mismo que suprimir la gravitación».

De todas estas citas se desprende que lo malo no es el galicismo ni el extranjerismo en sí, sino la acción de la ignorancia de «rapazinhos desprovidos de cultura» y «radamecos ignaros»; lo malo es que *traduzinhadores* sin conciencia, por no ser menos que el marqués de «Flor de un Día», de Camprodón, sigan la moda de acuchillar el francés... y el portugués, y el español; lo malo es para nosotros que en vez de radicarnos en la verdadera índole de la construcción castellana y portuguesa, despreciemos lo bueno propio y vayamos a pedir al extranjero lo que tenemos de sobra, imitando al perro de la fábula, de que nos habla Juan Owen, que adariciaba al adúltero y ladraba al amo de la casa.

En conclusión, en algunos casos se puede tolerar el galicismo de palabra. Lo que es inadmisibile, lo que merece todo repudio y cuyo uso es denotativo de ignorancia supina, es el galicismo sintáctico, la construcción galicana contraria al genio de nuestros idiomas y atentatoria de sus bellezas.

*
* *

Exactamente lo mismo pasa con el neologismo en general. Y es que con las palabras ocurre lo que con los nuevos medios de guerrear: al principio se les rechaza por bárbaros; finalmente se les acepta por su eficacia. En un comienzo se les impugna, hasta que nos familiarizamos con ellos por efecto de la costumbre, ese monstruo, se ha dicho, que se cansa de la hermosura y se olvida de la fealdad.

Estos conceptos que emito sin fundamento mayor, pudieron pasar por revolucionarios en otros tiempos. Hoy nó. Hoy los gramáticos sutilizadores y de conciencia estrecha están cediendo el paso a los buenos escritores y a todos aquellos a quienes la experiencia ha enseñado que la conclusión a que el estudio conduce es la liberalidad. El ejemplo suministrado por Cuervo es realmente decisivo. En carta de sus años postreros a un amigo, el incomparable maestro decía: «Estará Ud. pasmado de mi laxitud, y debo confesar a Ud. que la he aprendido en el estudio de la lengua misma».



La verdad fundamental, aquella que no debe olvidarse jamás, es que la lengua está en perpetua evolución, en constante movimiento, que es la esencia de su vida. Y es que el lenguaje no es ya aquel mecanismo inerte y sin alma, perennemente sujeto a fórmulas inmutables. «Todo se muda en él: la pronunciación, la escritura, la morfología, las acepciones de las voces, la sintaxis». (Cuervo).

Hay un neologismo genial, que nace de la lengua misma, expresó don Miguel Antonio Caro, como brotan del árbol hojas con una misma forma regular y constante, con un mismo verdor perecedero. Y hay un neologismo parasitario, que envuelve la planta y, prescindiendo aparente lozanía, acaba por agotarla.

El autor comprueba esta verdad con citas de autoridades tales como Dauzat, Darmesteter y Whitney.

Las lenguas hacen adquisiciones y las pierden como los pueblos, añade Philarette Chasles. Como los pueblos, compran las unas al precio de las otras.

Los conceptos y las voces que son el escándalo de un siglo, ya se sabe, suelen ser vulgaridades para el siglo siguiente.

«Quien quisiere ser culto en sólo un día,
la *jeri*, aprenderá, *gonza* siguiente».

consignó burlescamente un poeta español, al tiempo que enumeraba una serie de palabras hoy vulgares a fuerza de repetidas y que a la sazón eran verdaderas jerigonzas.

Nada ni nadie, entre tanto, es capaz de detener el movimiento del lenguaje. Cada época tiene sus reglas, y lo que ayer fue disparate es hoy elegancia.

La lengua portuguesa no puede parar en Frei Luis de Souza, ni el castellano en Alfonso el Sabio o Don Juan Manuel.

Todos los días, consigna Dauzat, vemos que nuevos términos hacen irrupción en la lengua. Ellos apartan a sus predecesores de su situación de privilegio y los hacen caer poco a poco en las mazmorras del arcaísmo.

Son voces más o menos nuevas, *finanzas*, *prospectado*, *financista*, *financiar*, *financiador*, *control*, *presupuestal*, *presupuestar*, *intervención*, *totalitario*, *totalitarismo*, *maquinista*, *chofer*, *piloto*, *cinematógrafo*, *grafófono*, *radio*, *inflación*, *balanza de pagos internacionales*, *huelga*, *lock-out*, que un acreditado escritor colombiano analiza y acepta sin distinción. En idéntico caso se hallan *agredir*, *planear*, *editar*, *alarmista*, etc.

Bájanse los adarves y álzanse los muladares, reza un antiguo refrán español. Y, con efecto. ¿Quién va a hablar hoy como se habló en los primeros tiempos del idioma y aun mucho después? «Lo que pertenecía a lo que tañe en la cirugía», dijo Don Alfonso el

Sabio. «E dos lácremas corriendo, por sos oios destelaron», se lee en una vieja poesía. «Porque rraçón abiva la criatura que nasce de nueve meses, e a syete, e non la que nasce a ocho», se intitula un capítulo del «Lucidario» del rey don Sancho. Todo ello pasó de moda. Y es que «no hay nación que pueda sufrir hoy el lenguaje que en ella misma se hablaba doscientos años ha». (Feijoo, «Paralelo de las lenguas»).

No es posible, consiguientemente, hablar en la actualidad el castellano puro. Los que lo intentaran serían mirados como hombres del tiempo de los godos.

*
* *

En materia de lenguaje, ha expresado Darmesteter, y Tenorio de Albuquerque lo repite, el pueblo es soberano. Sus errores mismos, una vez adoptados, hacen ley.

Sobre ese lenguaje tienen poder, al decir del autor del «Quijote», el vulgo y el uso. Y Luis Vives agregó: «Son dañosas las opiniones del vulgo. Téngase por sospechoso todo aquello que el pueblo con gran consentimiento aprueba, hasta que con buen tino torne a pasar por la balanza en que pasan todas cosas. Todo depende del criterio y del buen gusto con que los escritores selectos acojan las voces y los giros inventados por el pueblo».

Conviene hacer aquí una distinción. Cuando Luis Vives habla de *pueblo* y *vulgo*, hace una involuación injusta e inconveniente.

He dicho no ha mucho tiempo: Nuestro castellano sufre los tirones del arcaísmo y del neologismo; sufre la influencia nefasta del extranjerismo y del barbarismo invasores; sufre la acción malsana del compadrazgo y las contaminaciones inferiorizantes del vulgo. Pero pueblo y vulgo, lingüísticamente a lo menos, no es lo mismo. El primero funde y pone en actividad la lengua corriente; el segundo la empobrece y la deforma. El vulgo es la ignorancia, el montón anónimo, la chusma, que poco pesan en la balanza del idioma. El pueblo, en cambio, lo formamos todos, y el uso popular respetable es el de los buenos escritores, sujeto a las normas de las eternas leyes horacianas.

«Como al girar el círculo del año
sacude el bosque sus antiguas hojas
y con nueva verdura se engalana,
así por su vejez mueren las voces,
y nacen otras, viven y campean
con vigor juvenil...»

En el concepto del autor de la «Epístola a los Pisones», el uso es el árbitro, juez y norma del lenguaje.

Y así es, en efecto. Cuando él es general y uniforme, debe privar sobre toda otra consideración.

No otro es el sentir de Alberto Lista, quien dijo con absoluta verdad: «El uso general es la razón suprema del idioma».

*
* *

El uso, afirmo; no la etimología, que otros prefieren.

El autor consagra a este aspecto del problema un capítulo tan concienzudo como interesante, en que estudia el origen de multitud de vocablos con extraordinaria erudición.

A ambos factores, el uso y la etimología, denominó don Juan Iriarte «poderosos caudillos que tienen desde tiempo inmemorial tiranizada la república de las lenguas».

Don Andrés Bello enseñó sobre el particular: Si el uso es decididamente contrario al origen, debemos atenernos al uso; como en *acedo* (ácidus), *rubrica* (rubrica), *alvedrío* (arbitrium), *trébol* (trifolium), *tinieblas* (ténabras), *atmósfera* (atmosphera), *púdico* (pudicus), *cerebro* (cérebrum), *imbécil* (imbecillus o imbecillis), *Proserpina* (Proserpina), *Pegaso* (Pégasus), *Cerbera* (Cérberus), *Aníbal* (Hánibal), *Asdrúbal* (Ásdrubal).

No hay nada más ridículo, agrega Barcia, el sabio autor del «Diccionario Etimológico», que hacer valer una presunción de origen contra la realidad del uso.

Y Tenorio de Albuquerque observa: «Convengamos en que entre *juniperu* o *finiperu*, y *zimbardo*, la diferencia es enorme. *Eveux*, del latín *aquosus*, tiene solamente una letra de su origen. *Ajedrez* es en lengua sánscrita *schthrantsh*. *Chivo*, del árabe *djubb*, no conserva ninguna letra. De donde se infiere que no iba muy descaminado Voltaire cuando afirmó que «la etimología es una ciencia en que las vocales no tienen nada que hacer, y las consonantes muy poco».

*
* *

De esos dos poderosos caudillos a que antes me refiero, el que ha prevalecido en el transcurso del tiempo es, pues, el uso; pero ¿obediente a qué leyes?

Indudablemente las posee, aunque el uso tiene sus caprichos y la lengua su libertad.

Obedece a leyes arbitrarias, o para expresarme con mayor propiedad, a leyes para nosotros en parte desconocidas, porque, según se ha observado, no hay caprichos en el espíritu humano como no hay casualidades en la naturaleza: nuestra ignorancia da esos nombres a las causas que aún no ha podido descubrir.

Hay infinitas deformaciones que se explican por la ley del menor esfuerzo, que es una economía de energía, no una prueba de debilidad. Por ella se suprime o disminuye todo aquello que demanda un esfuerzo violento; así como existe la tendencia contraria a poner en relieve y de manifiesto todo lo que es necesario.

Entre esas deformaciones a que me refiero figuran la asimilación, la disimilación, los metaplasmos, etc., que actúan conforme a principios fisiológicos en su parte material, y en lo espiritual, de acuerdo con procedimientos psicológicos bastante conocidos.

Pero esas deformaciones o rarezas del lenguaje tienen su límite, no menos respetable, por carecer de fijeza, que los lindes materiales de que somos guardadores fieles y que establece en cada caso la naturaleza del asunto que se trata y el buen criterio del escritor.

*
* *

De esa ley del menor esfuerzo son hijas las palabras formadas con iniciales, que el autor detenidamente examina.

Los alemanes tienen una especie de pan denominado *caca*. En Río de Janeiro funciona, entre mil otras, la empresa de ómnibus *Útil*. Nosotros tenemos muchas otras voces por el estilo: *Ancap*, *Rio-ne*, *Funsa*, *Cutcsa*, etc., representativas de instituciones o empresas. El comercio emplea a cada paso *Cif* y *Fop*. *Inri*, según el autor «Jesus Nazareno Rex Iudaeorum», significa según otros la depuración por medio del fuego: «Igne Natura Renovatur Integra».

Todo ello sin contar las múltiples contracciones en uso: *cine*, *bus*, *foto*, *subte* y sus innúmeras similares.

En presencia de todo ello, acuden a la memoria los conocidos versos de Campoamor:

«No es menester saber para esto, arguyo,
ni el griego ni el latín»,

y uno piensa en el intrincado e irresoluble problema que tales originalidades crearán a los etimologistas de lo futuro.

*
* *

Existen en el lenguaje, independientemente de las leyes o principios recordados, fenómenos lingüísticos cuya importancia es innegable.

Los fenómenos lingüísticos a que aludo han sido esclarecidos mediante su confrontación en dos o más lenguas. Millardet expresó, y el autor oportunamente lo recuerda, que dos rayos luminosos convergentes sobre un mismo objeto lo esclarecen más potentemente que uno de esos rayos aislados. Carlos V decía que cada idioma que se conoce es un alma nueva que se posee.

Prescindamos de lo que se ha observado con respecto a la letra *n*, presente en el *no* de múltiples idiomas, y detengámonos un instante en la *m* de madre, en griego *meter*, en latín *mater*, en alemán *mutter*, en castellano *madre*, en portugués *mae*, en francés *mère*, en italiano *mama*, en sánscrito *mada*, *mata*, *madra* o *meddra*, en persa *madar*, en egipcio *may* o *mau*, en vascuence *ama*, en quechua *mama*, en la

lengua moja *memé*. La presencia de la *m* en idiomas de tan diverso origen y de tan diferente naturaleza, ha inducido a algunos a afirmar que ello sucede por lo fácil que es de pronunciar dicha letra para las criaturas. Sea de ello lo que fuere, este hecho y sus semejantes sirven para demostrar la existencia de esos fenómenos de difícil explicación en el estado actual de los conocimientos.

Con cuánta razón, pues, dijo Goethe que nada sabe de su propio idioma quien ignora los extranjeros.

*
* *

En el capítulo de «Atentados á Gramática» intitulado «Deturpação dos vocábulos» estudia el autor una serie de casos de etimología popular que nos son comunes. Entre nosotros, como en el Brasil, hay quienes dicen *vagamundo* y *pantomina*. Su «chifre do rei da Italia» ha llegado a nosotros bajo la forma de «figlio del re d'Italia»; y respecto al caso de *orquite*, me refería mi muy distinguido amigo Dr. D. Iturbide Esteves, de Río de Janeiro, hijo del preclaro repúblico Esteves Junior, que Jovita Eloy, de Santa Catalina, de donde los Esteves eran oriundos, consultó por correspondencia á un fulano que se anunciaba como médico, acerca de la naturaleza de la dolencia de que padecía. El galeno-advino, entendiendo por el nombre ser mujer el consultante, le contestó de inmediato que estaba afectado de *metrite*.

El caso me lleva como de la mano a considerar la sorprendente acepción de la voz *portugués* en Argentina y Uruguay. A estar a lo que al autor le refirieron en Buenos Aires, el origen se relacionaría con la visita del ex-presidente brasileño Campos Sales a la capital argentina, visita que según mis recuerdos se efectuó alrededor del 1890. Ahora bien; de acuerdo con mis informaciones, no se trata de ningún invento rioplatense. En una de mis libretas de apuntes obra una cita bastante antigua según la cual en un teatro de Milán un artista de nacionalidad portugués se encontró al entrar con un vacío impresionante en la sala; y, afligido, exclamó: —Ah! Ojalá estuvieran aquí mis portugueses! Alguien que escuchó la exclamación la repitió como una gracia, y la palabra *portugués* de nuestra historia pasó a formar parte de la jerga teatral.

*
* *

Analizando Tenorio de Albuquerque los diccionarios portugueses, observa que «lo que sorprende es la cantidad enorme de voces que nuestros diccionaristas no acogieron». Y agrega: «Decenas de millares de vocablos, aún permanecen fuera de los léxicos. No comprendemos el porqué de la diccionarización de regionalismos portugueses y el rechazo de ciertos brasileñismos empleados por centenas

de millares de personas». Y abona su aseveración con una copiosa lista de vocablos al final de «Atentados», formados por sufijación.

La observación es exactísima, no sólo con referencia al portugués, sino a nuestro propio idioma, víctima de idéntica injusticia por parte de los diccionaristas españoles, para quienes suele valer más y tener importancia mayor el uso provincial o local de cualquier vocablo empleado por unos cuantos miles de personas, que los empleados por millones en nuestra América hispana. La injusticia en que reparo ha comenzado a desaparecer merced a los tenaces y meritísimos esfuerzos de insignes lexicógrafos americanos, a la cabeza de los cuales figura presentemente el Dr. Malaret, de San Juan de Puerto Rico. Y tales trabajos conducirán, como tiene que ocurrir con el portugués hablado en el Brasil, a la inclusión en los léxicos europeos de infinitas voces destinadas a incorporarse al idioma por razones de justicia y otras razones de interés superior, como son las del mantenimiento de la unidad del idioma, que debe estar ahora y siempre por encima de ensimismamientos vanos y de tontas vanaglorias.

Reparando en ese mismo importante hecho, escribía yo en vez pasada lo que transcribo a continuación: Un sentimiento más alto y respetable que la pueril vanidad, que el subalterno interés de poseer un idioma independiente, debe impulsarnos a la conciliación y la armonía; a borrar toda barrera opuesta a la confraternidad de pueblos de un mismo linaje; a hacer de nuestra habla hispanoamericana una sola y misma habla, y a bregar por todos los medios por que el inmenso caudal del léxico del continente que habitamos se incorpore a la lengua de Castilla, a fin de que desaparezca una vez por todas la hoy incomprensible anomalía de que carezca de sitio en el diccionario académico parte importantísima del precioso tesoro que representa el lenguaje hablado por más de cien millones de hombres en las naciones del continente americano de origen español.

CARLOS MARTINEZ VIGIL

POLONIA ⁽¹⁾

Las palabras que voy a pronunciar — polacos amigos, — no son quizá las que vosotros desearíais oírme, y mucho menos las que yo anhelaría que me oyéais. No me pertenece a mí, simple conclavista, colocarme en el lugar de los cardenales y no quiero tampoco imitar al filósofo que por contemplar las estrellas mientras andaba, se hundió en las ondas de un lago cristalino, cuando de mirar el espejo de sus aguas, hubiera visto en él reflejarse la bóveda maravillosa de los cielos.

Lo que yo quiero deciros escuetamente en este momento, es que amo a Polonia con toda la exaltación natural de un espíritu sencillo, por todo lo que ha hecho en favor de los demás hombres, por todo lo que les ha enseñado y con radical singularidad por todo lo que ha sufrido.

No es posible olvidar que durante seiscientos años, desde el siglo XII hasta el siglo XVIII, constituyó Polonia la insalvable muralla que los tártaros y los turcos encontraron a su paso en la marcha despojatoria hacia Europa, y que fué uno de sus preclaros hijos, el Rey Juan Sobieski, héroe epónimo de la raza, el que conquistó en tan dramáticas lides, el glorioso título de *Defensor de la Cristiandad*.

No se puede preterir tampoco, como soberbia demostración de virilidad, de heroísmo, de abnegación, de espíritu de sacrificio, de immaculado patriotismo el esfuerzo desplegado por Polonia en las legendarias sublevaciones de 1830, de 1846, de 1847, de 1863.

No se puede cerrar los ojos finalmente, ante la magnitud del acervo aportado por este pueblo de trato ingenuo, virtudes ascéticas e inteligencia fulgurante, al tesoro de la cultura occidental, por la videncia científica de hombres como Copérnico, por el excelso estro de poetas como Mickiewicz, por la penetración política de regulos del pensamiento y de la acción como Pilsudski, por la fascinante imaginación de novelistas como Sienkiewicz, por la limpidez y agudeza de escritores como Wyspianski, por la magia musical de artistas como Chopin, por el santo nacionalismo de héroes legendarios como Kociusko.

No existe manera de sustraerse ni al dolor de su tragedia ni a la lección de esperanza que comporta el epílogo de tanta desdicha. Polonia se desvanece por la presión de ambiciones ajenas y reaparece por el sacrosanto calor de sus propias virtudes. Muere después de tres ominosos desmembramientos en 1795, surge larvadamente con el nombre de Ducado de Varsovia, obtiene la independencia de Alemania y Austria en 1916 por miedo a Rusia, y de Rusia por reacción

(1) Este discurso fué pronunciado por el autor en el aula mayor de la Universidad en el acto de homenaje a Polonia.

contra Austria y Alemania en 1917 y se incorpora a la vida por los Tratados de Versalles en 1919, sucumbe de nuevo en 1939 y se emancipa al fin y para siempre, en Yalta en 1945. Para siempre digo, porque lo exigen los principios, lo requieren los pueblos, lo reclama la Humanidad y lo manda Dios; para siempre, insisto, porque está en el orden que el reposo suceda a la convulsión, la calma al estremecimiento, la luz a las tinieblas y la tregua del Destino al ensañamiento de la fatalidad.

Cómo logra sobrenadar Polonia al torbellino mortal de tanto naufragio, es uno de esos milagros que hace que la Historia cobre a veces los tonos vivos de la leyenda como la leyenda se revista de cuando en cuando con los opacos reflejos de la Historia. Milagro he dicho, pero observo que me he expresado mal; no es milagro, no; es la perennidad del espíritu frente a la violencia de la Historia, el triunfo del proceso sobre el episodio, de la esencia sobre la forma, del impulso sobre el suceso; es la victoria de un pueblo heroico en lucha fatídica con la adversidad; es el verbo profético del luminoso espíritu de Estanislao Staszic, el verbo que se vuelve realidad y que llega con leve murmullo hasta nosotros y nos golpea el oído, con la explosión de esta sentencia: *«Puede caer cualquier gran Nación; pero desmoronarse sólo una nación indigna»*.

El Mundo, señores, se ha servido muchas veces de Polonia y es hora ya de que Polonia se sirva a sí misma, para bien de sus hijos, y provecho de la Humanidad. Primero fueron los Papas que la utilizaron para galvanizar la influencia política externa del Sacro Imperio; después Europa, que la emplea como puerto de abrigo contra los vientos de tempestad que soplan desde el Asia; luego Napoleón I, que cifra sus esperanzas en ella como el primer reducto contra los eventuales arrebatos imperialistas de Rusia; y ahora es el fervor de una doctrina que pretende hacer presa en ella para seguir su curso, dinamizada por fuerzas extrínsecas de signo misterioso quizá incierto y puede ser que dramático.

Es hora, ciertamente, pero debemos admitir que no es Polonia la que impulsa en este caso, las sutiles agujas del reloj. Las agujas las mueven muchas manos y no sólo una; el reloj no es un reloj y sí el instrumento del Destino; y el Destino, lleva en su seno, además de la suerte de Polonia, el futuro de la Humanidad. Somos viajeros y quizá tripulantes de la misma nave, y nos salvamos todos en ella o nos hundimos todos con ella, para desaparecer en el fondo del mar. No existen dos soluciones: una que trastorne a Polonia y otra que serene al Mundo; es la Justicia la que dirige el reparto y la Justicia constituye un simple avatar de la igualdad.

Todo el mundo sabe, crepuscularmente, lo que tienen que hacer los embajadores en la Gran Conferencia para que las cosas salgan bien, y lo que tenemos que hacer nosotros para que las cosas que ellos hagan no redunden o se conviertan en mal.

En primer lugar, deben los estrategas de la paz, proscribir para

siempre la idolatría de la constrictión de todos los reductos o guaridas en que se abrigue, y particularmente de los secretos rincones del corazón del hombre. La fuerza engendra la violencia, la violencia el miedo, el miedo el odio, y el odio la venganza que es el mejor reactivo conocido de la inflamación de la voluntad. La compulsión comienza por la fuerza y concluye en la fuerza, para volver a empezar en una eterna ronda que nos describe la Historia, ronda o mejor siniestro torbellino de aniquilamiento de muerte y de desolación.

El mal radica en el error de creer que las voluntades fraguan como los cementos, en aplicar las leyes de la mecánica a las evoluciones de la voluntad, los principios que rigen la colaboración de la materia a las construcciones del espíritu; en confundir solidaridad y soldadura, entendimiento y aleación, comprensión y comprensión; en querer organizar con un elemento vivo y fluido como el arbitrio, una cosa muerta e inerte como la arbitrariedad. Al fin todo se derrumba y lo que era sólo obra de la compulsión, vuelve a su quicio por el esfuerzo secreto e incontenible de la expansión. ¿Qué queda ya del satanismo de Hitler, de la énfasis vesánica de Mussolini, del sadismo de Himmler, de la raposería sanguinaria de Ribbentrop? ¿Qué resta ya como vestigio de tanto derroche de soberbia acumulada, sino montañas de cenizas caldeadas por el odio y la protesta de millones de seres que se interponen como un granítico muro entre el mal y el olvido, entre la venganza y la paz?

Deben los líderes retener en el espíritu con la fijeza de una obsesión, que todo lo que estructuren bajo el imperio de las circunstancias al margen del postulado de la igualdad de las naciones, es mudable y perecedero y sólo puede aceptarse a título de régimen transitorio, condicional y evolutivo en la organización definitiva de la paz. El hecho de ceder, en el desfiladero de tales contingencias, no equivale, señores, a una abjuración; las manifestaciones del principio sufren una deformación, pero el principio queda como un reflejo invariable del noumeno de la inmutabilidad. Es un engaño el creer que las declaraciones principistas sólo sirven para embriagarse momentáneamente con el susurro estimulante de la esperanza y hundirse luego y para siempre en el nirvana de la ideología. Las ideas se realizan poco a poco al divino conjuro de la evocación. Proclamad la libertad y seréis libres; proclamad la igualdad y seréis iguales; proclamad la Democracia y seréis soberanos. Las ideas tienen la génesis del rocío. Primero, es la gota de agua que se evapora; después la sombra crepuscular que se levanta de la tierra; y luego el amplio tul de gotas cristalinas que se vierte sobre las hojas y las flores y envuelve a la Naturaleza semejando a una gasa recamada de diamantes que ofrendaran los cielos.

Deben también aceptar con la fijeza ineludible de un mandato cesariano, la premisa de que con hambre no hay paz, y de que ningún país puede quedar en situación de que su consumo racional mínimo,

sobrepase el límite de su producción racional máxima. Alguien ha lanzado el aforismo, *de que los pueblos mueren de indigestión*; creo que es verdad, pero esta verdad no puede ocultarnos su antítesis, de que también se agitan, luchan y se extinguen por inanición. ¿Habrá que arrasar las barreras aduaneras? ¿Bastará con reducir su diámetro de altura? ¿Habrá que darles tractores al que ara con bueyes y arados, al que remueve la tierra con el poder de sus brazos? ¿Habrá que enseñarle al que no sabe y obligar a trabajar al que rehuye la fatiga? Yo no sé nada; yo sólo recuerdo que cuando los Estados Unidos, después de la paz de Versailles, suprimieron sus compras en América del Sur, desataron diez y ocho guerras civiles y no sólo recuerdo sino que sé, que la sangre que se derrama en una guerra civil, se esconde en las mismas arterias que la que se esparce en una guerra internacional; que todo, en suma, consiste en matarse y que los hombres prefieren morir combatiendo un pabellón extranjero que despojarse de la vida, bajo el mismo pabellón.

Los líderes de la paz, deben como véis, saber muchas cosas, pero estimo que nada se logrará por su cumplimiento, si nosotros no comprendemos tanto como lo que ellos tienen la obligación de saber. Debemos comprender, señores, que esta organización en la que se cifran tantas esperanzas no puede salir perfecta de las manos de los arquitectos, como surgió Minerva, según la mitología, del cerebro de Júpiter. Es preciso resignarse de antemano, a que el Tiempo madure lo que por temor a las lluvias resulte necesario cosechar antes de la madurez. El *desideratum*, se alcanzará paso a paso y por corrección o sólo adquirirá la deleznable consistencia de un sueño. Existen dos justicias en puridad; una metafísica, que es perfecta desde su origen y otra simplemente evolutiva, que exige paciencia, tolerancia, espíritu de enlace y virtudes de adaptación, para perfeccionarse. La primera es como un oasis en el desierto que retrocediera a medida que el camellero se acerca a la sombra de sus palmeras; la otra, es una justicia desmedrada, que reconoce su falta de jerarquía y pide perdón por sus harapos. Hay que dirigirse hacia aquélla y marchar con ésta, sin esperanzas de llegar nunca a la superposición. *Quien cree — ha dicho el maestro Radecki — que se sienta en este estrado, — haber alcanzado el ideal, deja de ser un idealista».*

Debemos comprender también la supremacía de los tres grandes, que no es, aunque parezca lo contrario, un vil homenaje a la fuerza. Hay cosas que parecen lo que son, otras que son lo que no parecen, y algunas de doble imagen, y cuya identidad real depende de la colocación. Se le pidió una vez a un artista, que pintara un caballo a la carrera, y el artista trazó en la tela un caballo con los remos hacia arriba, en la actitud de revolcarse. Como se le observara el error cometido, el pintor se limitó a invertir la tela y apareció un potro en libertad, hebiéndose los vientos a todo escape.

Resulta más certero y sin disputa alguna más generoso ver en esa hegemonía pasajera un merecido tributo a los países que gana-

ron la guerra, y tienen que asegurar la paz, con una suma mayor de sacrificios, de complicaciones, de responsabilidades y de dramáticas zozobras.

Debemos comprender finalmente si por acaso, estimáramos disminuido el acervo de la integridad nacional, que no existe soberanía colectiva sin mengua de la autoridad individual, que lo que gana la agrupación lo pierden los agrupados; y que eso que sucede cuando se asocian las células, se combinan las ideas, se apandillan los animales y se aunan los hombres, debe también ocurrir cuando se conciertan y solidarizan las naciones.

Y vuelvo nuevamente a Polonia, si es que en algún momento he dejado de pensar en ella al pensar en los demás. Vuelvo, para pedirlos corear en silencio, anhelosamente, las palabras de una estrofa del egregio poeta eslavo, Ejsmond que voy a repetir, en voz alta con el acento y el fervor de una plegaria:

Polonia ha de florecer en la vetusta trinchera
Ser astro de Naciones, — sol de Europa
Libre, grande y preclara como un cielo de Primavera.

JOSE IRURETA GOYENA

DOCE AÑOS ⁽¹⁾

I

El pueblo estaba habituado a los rigores tórridos. En el apogeo del estío las veredas se caldeaban hasta no atreverse a desafiarlas ni los pies de los tapes, blindados a prueba de cardos y ortigas vizcacheras. Equivalía a posarse sobre ascuas. Los chicuelos nos divertíamos observando a las hormigas que osaban cruzar las lajas candentes: estallaban como granos de pisingallo en la sartén. Desde los alberes de noviembre los aguateros «hacían su agosto». Los aljibes rápidamente se agotaban y era menester comprar el agua a dos vintenes el balde. Los menesterosos debían abastecerse de ella en el río o en la cachimba, a donde afluían en caravanas rumorosas, a son de baldes y tachos que llevaban pendientes de las manos o en carritos improvisados, enfadosamente chirriadores. El precioso líquido se depositaba en tinajas puestas a la sombra de los parrales, pero aun en tal forma protegido, de allí se le extraía poco menos que pronto para infusiones. Sólo el grillo y el mangangá afrontaban el bochorno con ánimo de música. Los pájaros parecían esperar la muerte en el fondo de sus jaulas, con los picos abiertos por la anhelación y los párpados desplomados. Algunos misericordiosos les entrecortaban el plumaje. Y el averío libre se refugiaba en los nidos, al amparo de las frondas, abandonando el espacio a la violencia de un sol tan tremendamente sediento que en un abrir y cerrar de ojos se bebía albercas y tajamares.

Todo lo cual apenas alcanzaba a alterar el ritmo vital del pueblo, ya de sí filosófico y pachorriento. La gente, aspaventando temores de verse disuelta como terrón de azúcar en los ríos que de los poros le manaban, seguía concurriendo al juzgado, al correo, a la jefatura, a la junta económica administrativa y, ni que decirlo, a los boliches y cafés.

Los tres «rippers» que llenaban las necesidades del tránsito público, seguían pasando cada media hora por la calle Real con su terno de mulas y el corneteo de sus aurigas; aunque éste menos estrepitoso, y aquéllas más adormiladas que de común. Como la prisa no affligía a nadie el servicio ripperero podía permitirse el lujo de ser el más complaciente del mundo.

—Ché Maluco —gritaba un vigilante, subiéndose al estribo del vehículo, — me dijo don Gerónimo que lo aguaitaras un chiquito. Fué a cumplir una diligencia, aquí a media cuadra.

(1) Capítulos de una novela que aparecerá en breve, leídos en la Academia Nacional de Letras en el Ciclo de Lecturas académicas correspondiente a 1944.

Otras veces era una pasajera la que solicitaba dos minutos para dejar un encargo a la comadre, o comprar unas fruslerías en la tienda. Ni Maluco ni los otros dos cocheros ponían reparos a estos pedidos; y no porque ganasen con ello algo (las propinas no se avezaban) sino porque les venían de perlas para mojar la garganta ardecida y cambiar unos parrafitos en las pulperías, generalmente invitados por pasajeros tan amigos como ellos de humedecerse y parrafear. Al fin y al cabo siempre se llegaba a donde se iba. A los impacientes reconvenían: «vea, amigo, hay que saber conllevarse; hoy por mí, mañana por tí». Cuando no lo anonadaban con algún refrán lapidario.

A las veintitres corría el último ripper, conducido por Lunanco, así apodado a causa de su cojear, secuela de una bala de remington que lo había herido en la batalla del Quebracho. El impacto aunque le dejó descalabrada una cadera, no le mermó la capacidad para el trabajo, ni menos el buen humor que, en coplas cargadas de malicia, iba desperdigando a lo largo del camino con acompañamiento de chas-chases, arrancados por los artejos o el mango del chicote al revestido metálico del pescante. En aquel viaje, por ser el último, las condescendencias se extremaban. Lunanco no sólo sabía los puntos topográficos en que subían o bajaban los pasajeros, sino los suspensivos de sus retardos. Aquí paraba por un jugador impenitente al que, después de llamar en vano con la guampa, gritaba:

—Vamos, Eustaquio, abordo.

Asomaba el timbero por la trasera de un boliche, rogando:

—Aguardame un momento, Lunanco; dejame hacer la del desquite que me han dejado en cueros.

—Hacela nomás, hermano —accedía el auriga, aprovechando el intervalo para descargarse las modorras con un desperezo drástico, si es que no dejaba las riendas en manos de un pasajero y a brincos rengos iba a brujulear la jugada. Nada le hacía repicar tanto los cencerros de la emoción, como el ir inquirendo lentamente, por los despuntes de las barajas, la decisión del azar; porque según cantaba:

El avestruz pa correr
Pa mangrullo el benteveo,
Pa calvarios la mujer
Y el naipe pa el orejeo.

En la otra cuadra el ripper se detenía por la cocinera de lo de Nogales, una parda tan succulenta como famosa por sus alfajores. Se atrasaba sólo de zangandunga que era, y pagaba a Lunanco la demora con rebanadas de postres traídas a ocultas bajo el reboso, y permitiéndole algunas libertades de mano que al cochero gustaban más que las golosinas.

En la esquina del Molino era por Panmarmota, un guarda no-chero de la Aduana a quién ni con candiles hubiera podido hallár-

sele empleo más a su revés; pues, despierto, le ganaba en blandura a la miga mojada, y, dormido, a la piedra en dureza. El sueño lo adulaba constantemente, sin tener necesidad de cerrarle los ojos para conquistarlo, lo cual tornaba tan difícil saber cuando estaba de verdad en estado de vigilia, como fácil garantizar que nunca lo estaba del todo. Y como las cosas se miran según nos aprovechen; cuanto tal idiosincracia representaba para los contrabandistas el Paraíso — pues en el turno de Panmarmota podían pasar sin cuidado hasta catedrales— significa para la esposa el Purgatorio, no sólo por las quitas y rebajas que a las dichas específicamente conyugales imponía la dormidera, sino porque la obligaba a transformarse en verdugo, ya que sólo a alfilerazos conseguía despegar al marido de las sábanas.

El siguiente paréntesis correspondía a don Ruperto, un ciudadano que a pesar de sus agobios setentones, y de presidir todas las santas cofradías lugareñas, tenía por los alrededores de la Plaza de las Carretas un nidito supernumerario. Urgido por los cornetazos, el viejo venía exigiendo a las piernas la poca prontitud de que eran capaces. Se le veía aparecer y esfumarse según entrara o saliera del halo de los faroles. Llegaba sofocado, con el gabán a medio prender, y se excusaba:

—Perdoná, Luncano, se me escabulló la hora.

—Yo sé cómo embelesan esos bailes —lo absolvía socarronamente el cochero.

La morena, que era tan espaciosa cuando llamaban a fajinas como ligera para entreverarse en churreteos, enhebraba una aguja:

—¡Mi Dios: ¿ahora también bailan los bichocos agalletados?

—Bailan los martes y los viernes —contestaba Luncano, aludiendo a los días en que don Ruperto, rutinario como buen viejo, acostumbraba tirar sus canas al aire— y si no pueden bailar juegan a la pizpirigaña —añadía, pellizcando a la parda que, por gustarle esos juguengues, aunque alardease lo contrario—, siempre se sentaba en el primer banco.

Enseguida Lunanco largaba el freno, azuzaba las mulas y volvía a sus machaqueos coplistas:

Clara tanto prometía
Que hasta el mismo Fray Mostengue
Al verla cruzar decía:
¡Qué clara para un merengue!

En resumen: por mucho que el sol aguzara e incendiase sus flechas siempre se habían tenido a éstas por tan imaginarias e inocentes como las que desde época inmemorial amenazaba lanzar a los transeúntes el charrúa de bronce, colocado sobre el dintel de la «Farmacia del Indio». Pero, de repente, los dardos adquirieron un realismo aterrador. Comenzaron a derribar vidas, sin dar tiempo a sen-

tirles el silbido y aún atravesando las paredes, como si los disparasen arqueros diabólicos, escondidos en una floresta de llamas. O como decía Parsimonio: el tostadero se había transformado en crematorio.

II

El primero en caer fué el lomillero Carigoy, hombre a quien la celebridad había empinado hasta darle asiento de honor en el romancero comarcano, y aun en el de los departamentos limítrofes. Tal renombre no estaba ligado a ninguna hazaña o barbaridad sublime, respondía íntegramente al caballo decorativo que apesebraba en la lomillería: un lobuno dos albo, con entrañas de aserrín y ojos de vidrio, pero tan bien modelado, retobado y crinado que, de verdad, parecía estar enseñando en una pista de vareo la fogosa flor de su sangre parejera. Aun más que en su donaire, la nombradía del corcel descansaba en la pompa del recado que lo enjaezaba. Desde la bajera hasta la sobrecincha, desde las ataujías de los estribos hasta los labrados de las arcadas del lomillo, sin contar con las virolas de las riendas y el pretal, y con la pontezuela del freno, cincelada en plata y oro, no había en aquel avío cosa donde no quedaran deslumbrados los ojos del paisanaje. Podía éste —y es suponer imposibles— tornar a sus pagos sin dejar en tapetes, reñideros, mostradores y casas de faroles colorados, la plata de las tropeadas y las esquilas; pero jamás sin antes ir a renovar sus pasmos y alabanzas frente al apero incomparable. Decía el romancillo de «La Novia Afeitada»:

Ya empezaba a murmurarse
En la rueda del fogón:
Mañana será la boda,
Mañana, pero no hoy;
Cuando apareció don Frutos
En un bayo braceador,
Con más lujos aperao
Que el pingo de Carigoy.

Después de almorzar el lomillero, sentado en una silla ratona, a las plantas de su mentado corcel, solía ponerse a pescar el sueño, usando como carnada —y a fé que no podía ofrecerle cebo mejor— un número de «El Informativo Comercial».

Cerradas las celosías y cohibido, merced a una curiosa cortina hecha con marlos secos, el torrente de luz que se abalanzaba por la puerta, el negocio permanecía sumido en una penumbra adormecedora. Pronto Carigoy comenzaba a cabecear como jábega mecida por la marea. Las letras al compás del balanceo, se ponían a danzar y a romper los alineamientos, burlándose de los esfuerzos que gastaba en arredirlas, y el buen hombre concluía por irse a pique santa-

mente, sin dar más muestras de vida que el profundo tromboneo de sus renquidos.

No teniendo dependiente ni cuzco que lo vigilara, el comercio, durante el término de aquel beato naufragio, quedaba fiado a la honradez pública, confianza merecida por cuanto, a pesar de ser notorios los hábitos del lomillero, nunca le había faltado un tiento. Siempre era algún parroquiano el que lo despertaba sacudiéndolo, y esta vez también eso tentó hacer Chuichuí, el gurí mandadero del bar «América». Cruzaba por allí y, sin que se lo hubiesen encargado ni le importase un pito, sólo por satisfacer una de las tantas ocurrencias a que su curiosidad era cargosamente afecta, entró en la lomillería a preguntar por el precio de un cojinillo. No hacía mucho que Carigoy, en circunstancias y por motivos análogos, lo había sacado «cortito», prometiéndole rebencazos para otra vez que le estropeará la siesta. Recordando la amenaza y sabiendo al lomillero muy capaz de cumplirla, el gurí, cauteloso como ratón por donde sabe que hay gato, traspuso el rompiente de marlos, y, deteniéndose, llamó:

—¿Don Carigoy?

Silencio y sombra. Volvió a preguntar, atreviendo un paso más:

—Don Carigoy: ¿ta jugando a la comadreja?

Acomodadas las pupilas a la penumbra, descubrió al lomillero en la silla tan enana que, más que sentado en ella, parecía estar en cuclillas. La inmovilidad y el color vinoso de los mofletes, no dejaron de sorprenderlo. Pronto a disparar en cuanto amagara prenderlo, se le fué acercando y le golpeó un hombro. Tocarle, caer Carigoy como inánime, y ponerse Chuichuí a gritar desaforadamente, sacando la cabeza por entre los choclos del cortinado, fué todo uno.

¿Quién iba a desconfiar que aquella muerte se debiera a un homicidio solar? El pueblo siempre achacaba a atracones las zancadillas bruscas con que el destino suele tumbar definitivamente a los mortales, sin dar tiempo a extramaunciones. Enseguida atribuyó el caso del lomillero a uno «furibundo» que de chatasca y sandía, según fué rápidamente inquirido, se había dado en el almuerzo.

Pero poco después, bajo los paraísos de la Plaza Vieja, frente al cuartel, rodaba igual «pa la cueva del finiquito», valga otra expresión de Parsimonio, el jefe del batallón. A eso de las quince acostumbraba éste ir a sentarse y tomar mate al amparo de la fronda centenaria, rehuyendo compañías, so pretexto de gustarle la soledad, y de preferir a la sombra confinada la libre de la arboleda. Era verdad esto último. Al Comandante, criado a lo gaucho, le gustaba ver el mundo sin paredes. Y también era cierto lo de la soledad, siempre que la escribamos con mayúscula, como corresponde a los nombres propios. Porque la tal soledad era señorita, directora de una escuela pública, por más señas; y, justamente, también a eso de las quince, pasaba por la acera de los paraísos, rumbo al colegio que hacía esquina con el cuartel.

La escuela no funcionaba en verano, pero la señorita Soledad

no dejaba de visitarla diariamente, cualquiera fuese el cariz del cielo. ¡Cuántos paraguas le había hecho perder el pampero, y ver-güenzas sufrir el norteño con esa pícara costumbre que tienen sus remolinos de meterse bajo las enaguas y enseñar cosas que no pueden exhibirse en escaparates! Sobre todo donde el código patriarcal, en materia de bajíos femeninos, señala al pudor como límite de lo mostrable la punta del botín.

Proclamaba la señorita, con mayor vehemencia de la que convenía para que la creyeran, serle más necesaria la escuela que el corazón para vivir. Lo cual era sincero aunque la mayoría lo tomase como hueso de añagaza, capaz de engañar únicamente a perros zonzos. Veían los verdaderos motivos de esa fidelidad en los tiroteos que se cambiaban al cruce con el Comandante. Y acertaban, porque aquellas alharacas de afecto al ámbito escolar traducían sólo la corteza de la verdad, mientras estos contrapuntos contenían el meollo.

Por otra parte, la señorita Soledad podía dar cabida holgada a todo en su pecho, pues lo tenía como para regalar y vender al por mayor. Lo mismo era válido para las caderas, envidia de perchero-nas. ¡Y qué de pájaros en esa fronda de pulpas! No había en ella punto que no estuviese cargado de romanticismo. La señorita Soledad nadaba constantemente en claros de luna, ansiosa de amor, y había tenido que conformarse con fantasmas. Ya estaba resignada a su vacío, cuando apareció el comandante. ¡Ah, sólo piedras que, de pronto, se vieses convertidas en rosas, serían capaces de apreciar la exaltación que tal encuentro le despertó!

Y he aquí el sarcasmo: aquellas exuberancias reacias a ayunos y ejercicios, a las que consideraba culpables de su fracaso femenino, fueron, finalmente, el pedestal de su victoria. Porque al comandante, le agradaban las que «tenían donde agarrarse», y estaba lejos de suponer que las gallinas jamonas sólo ponen huevos sin yema y empollan basiliscos.

La cosa con la señorita Soledad se hallaba aun en los preliminares y tanteos. Puro fuego de guerrillas patrulleras, sin propósito de entablar batalla campal, aunque tampoco de rehuir la, llegado el caso, pues el comandante estaba tan hecho a campo de hierro como de plumas. De pirotecnias inocentes y algunas demostraciones más ostensibles, pero no menos ligeras —como la de hacer desfilar a bombo y platillo sus cuatrocientos infantes por los balcones de la señorita Soledad cada vez que los sacaba de paseo, y consagrarle, cuando la enfrentaba, los mejores escarceos de su flete alazán— el enredijo no había pasado; aunque «el correo de las jetas», tan activo en los villorrios, hiciese circular versiones picantes como cumbarí.

Esa tarde al caer del reloj parroquial la segunda campanada de las tres que señalaban las quince, la señorita Soledad ponía el pie en la vereda de la plaza. El rostro prójicamente retocado, al llegar allí, a causa de los colorettes derretidos y lambeteados por el sudor, parecía una jaula de churrinches. Las ropas interiores de tan hume-

decidas se le pegaban a las piernas haciendo ruido de chapoteo; lo cual no era estorbo para que a medida que se acercaba al comandante, acentuara los meneos, hamacando las carnes como quien en ello juega los últimos pío-píos de sus cimbeles.

Y como si no quisiera dar pié a los atrevidos, y sí demostrar que los columpios eran cabrilleos naturales de sus pulpas, carentes de intención, avanzaba con la cabeza bajo la sombrilla, haciéndose la que nada veía.

El Comandante iniciaba el fuego:

—¿Por qué hace relumbrar la gloria y cierra los zaguanes, ingrata? ¿No le gusta mirar bagres?

—No —replicaba ella, fingiendo sequedad—, y, menos, si son cargosos, porque los hay que ni moscas de tambo.

—Cierto; pero también los hay, tan feos para mirarlos como lindos para comerlos; ¿y quién le afirma que yo no resulte un bagre de esos?

—Dígaselo a quién le atraigan los pescados de agallas y espinas duras. A mí no me seducen.

—Pero le tiran los perendengues. ¿Mire el que se le cayó?

—¿Qué? —exclamaba la señorita, asomando el rostro pintarrajeado por entre los flecos que guarnecían el quitasol.

—Nada; quería sólo explorar si era tan curiosa como rollicita y cimbradora.

—¡Odioso! —reconvenía ella, pero envolviéndolo en una caída de ojos que el Comandante se quedaba con los suyos en blanco, parecido a los chingolos embrujados por el canto del caburé.

De este linaje agudo y terruñero —porque a los dos le gustaba encender la yesca porfiando a quién sacaba más chispas del pederنال— eran los diálogos que venían manteniendo desde que el batallón fuera destacado al pueblo, unos seis meses atrás.

Esa tarde asombró a la maestra que el jefe no le brindase ni una mísera salva. Antes de entrar en la zona de fuego lo había escudriñado, extrañándole, aunque sin darle monta, la inclinación flácida del busto y la cabeza del comandante, porque sabía cómo cuidaba su tiesura. Pensó, rabiosa: el muy zonzos se ha dormido. Y, dándose vuelta, iba a lanzarle esta andanada: «se ha puesto tan cara la pólvora que no quiere despilfarrarla en chimangos» —cuando el instinto, más suspicaz que la conciencia, le hizo reptar un tremendo escalofrío a lo largo del espinazo.

Días antes el comandante le había dicho a su asistente:

—Che, ¿nunca te has hecho examinar los ojos? A mí me da que sos quitilipe.

—¿Por qué lo desconfía, mi comandante? —preguntó el milico, intrigado.

—Porque en pleno sol no ves cuando sos paleta.

El soldado —que no era tal albino legañoso, ni mucho menos— no necesitó más para comprender que cuando apareciera la señorita

Soledad debía hacerse humo y suspender los cimarrones. Pero, como él manifestaba, «desaparecer no es dirse». Oculto en la garita de la puerta, no perdía pormenor de la galante escaramuza porque, a su vez, andaba a los tiritos con una chinonga y deseaba tomar lecciones de puntería.

Desde su escondite notó el helamiento de la maestra, y seguro de que algo grave le había ocurrido a su jefe, corrió a saberlo. Fué inútil cuanto hicieron por reanimarlo: el comandante había pasado a mejor vida.

A nadie faltó motivo para lamentar su muerte. El comadrería se quedaba sin el plato más sabroso que los idilios y aventuras lugareños ofrecían a su voracidad. Los soldados deploraban al jefe arquetípico, forjado no como los «mamitas» de la Academia, sino entre balas y campamentos, tan pronto para ampararlos si iban derechos, como para curtirlos a lonja y dejarlos podrir encepados, si se resbalaban. A todos, particularmente a los gandules, apesaraba pensar que volverían a hacerse sentir los crepúsculos interminables cuyos lilas y violetas untuosos el comandante despegaba de las almas a fragores de parches y clarines.

Porque antes de él los jefes de batallón, musicalmente hablando, se habían mostrado tacaños en extremo, amén de alicaídos y agringados en el gusto. La banda sólo tocaba las noches de retreta y no salía de la melodramática italiana. Al Comandante los Hernanis, Trovadores y Rigoletos empalagaban. Decía que eran «arrorróes pa manfloras».

También manifestaba que la música «no se había inventado pa meterla en corral de atriles». A él le gustaba marcial y errabunda. No bien se encargó del mando, dispuso que la banda arrumbase fascistoles y melazas melopéyicas, y anduviera por las calles del pueblo, a tronar corrido, desde la puesta del sol hasta cuando encendieran el alumbrado eléctrico, tan flamante que recién acababa de desterrar a los faroleros.

En fin, pesadumbres sinceras, pero poco menos fugitivas que la de los niños a quienes quitan una peonza. ¡Cuán distintas a las de la señorita Soledad! Ella sabía ciertamente lo que era enterrar ilusiones. ¿Qué cementerio de quimeras podía compararse al de su alma? Las sepultaba poéticamente, y volvía al mundo con el corazón triste, pero no helado. En el fondo de la sombra la esperanza persistía, diciéndole con voz mágica: no hay Sábado de Gloria sin Viernes de Desolación. Pero allí comprendía que no enterraba un ensueño más, sino su última oropéndola...

Todavía los oficiales y milicos, a los clamores del asistente congregados, andaban, unos, atendiendo a la maestra desvanecida y, otros, trasladando el cuerpo del comandante al cuartel, cuando se supo que el estanciero Casacuberta acababa de caer «redondito», en el correo, tan instantáneamente que, para mojar un sello, había sacado la lengua y le quedó colgante. Luego fué una de las mulas del

ripper, a la que se vió rodar, frente al Casino, como trabada por un pial de payanca. En seguida le tocó el turno a «don Priorato — un albañil italiano, solista del orfeón «Unione e Benevolenza», y primer premio de tomadores de «bon vin». Atestiguaban que de un andamio se había venido al suelo, «mismito que si en el medio del mate le hubiera encajado un bolazo perdido».

Los casos se sucedieron y no tardó en descubrirse que eran originados por la insolación; mal desconocido hasta entonces y el que, como afirmaba la turba pintoresca, se vino, de cero a la izquierda a mayoral de la diligencia de la Quinta del Ñato, cuyos pasajeros, — cinco o seis diarios, corrientemente — aumentaron hasta el punto de tener que conducirlos en la baca.

El pánico cundió. Se atravesaban las solanas sólo obligado a extremo y a raja-piernas, como quién debe elegir entre disparar o ser difunto. Los animales, desde los pichichos regalones hasta los bueyes lucieron capirotos. Los entierros se verificaban a la madrugada o a la anochecida, a veces con auxilio de faroles. Y mucha gente, siguiendo el ejemplo de don Zacarías, el boletero del teatro, vivió con el cuerpo metido hasta el pescuezo en un bocoy lleno de agua.

Únicamente los tilingos se atrevían a desafiar los rayos mortales. Entre ellos estábamos la pandilla de muchachos que teníamos por ancladero la cancha abierta del mallorquí Feijó, cerca de «El Palomar». Allí, mientras suelo y aire desollaban, seguíamos, como en el mejor de los mundos, disputando en partidos furiosos, vintenes, bolitas o figuras de caja de fósforos.

Otros lo hacían de taitas nomás: por puro alarde de mostrar que no pertenecían al rebaño de los Vicentes, sino al rodeo de los Torunos que andan a tajos con la corriente y no se ladean, aunque ven gan degollando.

—Pero ninguno igualaba, ni por laya de heroísmo ni en espectacularidad al «loco Latorre». Todavía lo veo cruzar, escuálido, pero muy pulcro, con el jacquet negro, la galera de felpa, el bastón de ébano. Marchaba tan hidalgo y cumplido que aún a las chinas cuarteleras daba la pared, y hasta a los polluelos que recién rasgábamos la cáscara, sacaba el sombrero y decía: a sus pies, señor mío. Irradiaba simpatía, sobre todo por las hebras de la barba, a las cuales, para mantener meticulosamente enruladas hacía sufrir entrecasa martirio de pirulines. Su juego mímico, desde que comenzara a «lloversele la azotea», adquirió cierta tonalidad misteriosa que duplicó los efectos expresivos, ya de natural muy acentuados. Las «goteras» se iniciaron por el lado místico y sus consecuencias no se hicieron esperar. Las relaciones que Latorre cultivaba circunspectamente desde la infancia con los santos, tomaron, de súbito un cariz de familiaridad extremadamente sintomático. Primero fué el mentarlos cercenándoles el título, igual que si se tratase de hermanos acostumbrados a comer de la misma olla. Luego, el verlos y saludarlos como a transeuntes conocidos que pasan rozándonos. Y, más tarde, el abandonar los

corrillos, previo cortés pedido de excusas, para ponerse en un rincón a charlar con ellos. Podía observarse, porque, en vez de atenuar la voz y los gestos, los aguzaba, cómo les asía las manos, les palmeaba los hombros, les aplaudía las bromas y los acribillaba a preguntas y consejos: «¿dónde dejaste el perro, Roque»? — «cuídate, Francisco, te advierto muy pálido». Con todos andaba a tuteo corrido, y con san José, a Pepe va Pepe viene.

A más de éste declive su demencia tenía otro. De pronto, así estuviese en medio de la calzada, Latorre se descubría la cabeza con aire ceremonioso, colocaba en el suelo la galera y el bastón, y entre ambos arrodillado, se ponía a mirar el sol fijamente, sin que ni las bullas ni las pedradas de los granujas lograsen perturbarlo. Los ojos, de tanto arriesgar tales desafíos, se le habían puesto del color de los mirabeles. Aguantaba el bárbaro relumbre sin pestañear, durante varios minutos, y todo lo que conseguía provocarle era una lágrima que se le iba espesando en un ángulo de las órbitas hasta adquirir tamaño de poroto pallar. Cuando este grano cristalino se desprendía y se extraviaba entre la madeja de sus barbas, Latorre se levantaba lentamente, sacudía el polvo de las rodillas y la galera, cogía el bastón, y echaba a andar firme, risueño, como si todo se hubiera limitado a encararse con un candil.

En suma, un loco de los llamados lindos, al que se dejaba suelto, acaso no sólo porque a nadie dañaba, sino porque dentro de su escasísimo programa de curiosidades, representaba uno de los dos números sensacionales (el otro era un gato de cola bifureada, perteneciente al marmolista Lamberti) que el pueblo, enorgullecido, podía ofrecer a los forasteros.

A nadie extrañará que el pavor bruscamente promovido por su ídolo, fuera tomado por Latorre como calumnia sacrílega, y acusara su heliofilia. Deseoso de probar que el astro continuaba siendo tan inocente como cuando bastaba para curar el exceso de sus caricias frotarse los pies con entrañas de pichón de paloma recién muerto, a modo que el miedo se extendía, multiplicaba y alargaba las adoraciones; con lo cual éstas añadieron al interés que siempre habían despertado el de las expectativas angustiosas. En cuanto alguien gritaba: «¡le dió a Latorre!» — no había quien no dejase lo que tenía entre manos para correr a contemplar el espectáculo y seguirlo con el alma en un hilo, esperando momento por momento el virotazo fulminante. Y hay que decir la verdad vitanda: mostrando cara de haber sido defraudado cuando veía a Latorre salir de sus arrobos tan fresco como sale del agua un capibara...

JOSE MARIA DELGADO

LA PINTURA Y LAS IDEAS DE DON PEDRO FIGARI

En estos momentos se está organizando en Montevideo una gran exposición de la obra pictórica de Don Pedro Figari, fallecido el 14 de Julio de 1938, el mismo día que Carlos Reyles.

«Carlos Reyles y Figari
murieron el mismo día:
Pedro Figari el pintor
y Reyles el novelista».

Así anota el romance, que en la voz afónica del Pampero, los *cuarteó* en su último viaje al campo celeste.

La exposición la organiza, oficialmente, la Comisión Nacional de Bellas Artes, con carácter de homenaje al gran artista, admirado en ambos países del Plata.

La revelación de Figari como pintor, constituye un acontecimiento que cobra caracteres inesperados a punta de un misterio lindando en lo milagroso.

Hombre bien conocido como abogado y como señor — ya que fué tronco de una familia numerosa y de claro prestigio en la sociabilidad de Montevideo — luego de hacer sonar su nombre de criminalista defendiendo la inocencia de un militar, en uno de los procesos más apasionantes que viera el país, el Doctor Pedro Figari — a quien entonces nadie conoce como pintor — desaparece durante cierto período de años de la espectación pública desempeñando importantes, bien que silenciosos, cargos políticos y administrativos, al par que viaja por algunos países europeos. Así, vive; sufre grandes penas familiares; pierde su hijo — que era su gran compañero, apoyo y confidente estético — pierde bienes de fortuna; fracasa, seguramente por incompreensión de sus contemporáneos, en la realización de uno de sus más caros ideales: la creación y funcionamiento de la Escuela Industrial; y un día, pisándole los talones a los sesenta, allá por el 1921 — año que la historia tendrá que señalar con *tarja*, como época señera en la realización de un movimiento de arte autóctono en el Uruguay — un día, repetimos, aparece realizando en Buenos Aires una exposición de pintura que levanta los ánimos en las dos orillas del Plata suscitando polémicas inolvidables; esas controversias características que trae aparejado todo anuncio o revelación audaz de algo inesperado.

Y nunca, en nuestro medio, se discutió tanto la aparición de un pintor.

Si Figari hubiera sido un hombre anónimo, habría suscitado menos lucha de opiniones; pero — decían sus muchos negadores — ¿có-

mo nos van a convencer de que este señor Abogado, de la noche a la mañana se va a improvisar en pintor? Además, ya era bastante la consagración de Figari como hombre de leyes, para concederle, de buenas a primeras, una nueva fama.

En lo que a mí concierne, confieso con satisfacción que fui de los primeros en aplaudir su obra y en escribir sobre ella. Recuerdo que, sobre lo caliente nomás, a raíz de su primera exposición en Montevideo, publiqué en una página de arte, que dirigía el arquitecto Carlos Herrera Mac Lean — actualmente su más distinguido biógrafo y organizador del homenaje desde la Comisión Nacional de Bellas Artes — publiqué un modesto trabajo exaltando con fervor los valores artísticos de su obra, bajo el título «La pintura *Nativista* de Don Pedro Figari»; y recuerdo igualmente que era la primera vez que empleaba el término *nativista*, calificando una obra de arte; tan es así, que no me *sonaba* la palabra, la cual dejé, con cierta timidez, por no encontrar otra más adecuada para signar una obra que yo sentía tan hermanada con la mía. En dicha publicación, que data del mes de Febrero de 1923, cuando aun no había opinión formada sobre nuestro gran artista, decía yo lleno de fervor ante el primer encuentro con su obra: «Sobre los cuadros de don Pedro Figari no puedo hablar o escribir nada más que a impulsos de emoción. Veo y comprendo las telas de este pintor con ojos y corazón de pueblo. Los poetas populares son la multitud con un curso de estética; la propia multitud parada en puntas de pie. Por eso yo, payador encumbrado, creo que lo que hoy siento frente a estos cuadros de costumbres nacionales, es lo propio que la masa popular va a sentir mañana». Y más adelante, llevado por igual fervor, agregaba: «Su arte no encaja en una moda. Su éxito, por lo tanto, no ha de parar aquí; tiene mucho que andar y agrandarse, porque no se apoya en novelorías ni en oportunidades más o menos fugaces. La sensación que produce no es epidérmica, tiene hondura racial, que es virtud de las obras madres, de las obras amaneceres». Y concluía así mi pergeño crítico: «Figari, en esta parte de América es un pintor inicial, un pintor aurora, que viene desde abajo como los árboles, como el fuego, trayéndonos un arte bebido en la tosca fuente popular».

Naturalmente que en este *pro* y *contra* ante la aparición del gran viejo que venía a traernos la pintura más joven que jamás tuvo el Uruguay, los pintores consagrados, así como otros artistas poseedores de moderna sensibilidad, recibieron — por lo menos con respeto — ese desfile de cartones luminosos, luciendo gauchos y chinas bailando *gatos* y *pericones*; o bien mostrando aquellos grupos pintorescos de negros retorciéndose debajo de sus altas galeras de *días de Reyes*, al rítmico y selvático son de los parches candomberos.

Mas, justo es reconocerlo, la consagración de Figari como pintor, tuvo su letra inicial en el ambiente artístico de Buenos Aires; y ello resulta lógico, desde el momento en que nuestro compatriota eligió dicha Ciudad para iniciar desde allí su carrera de pintor profesional.

Esa inicial de su consagración que se hizo palabra entera y luminosa en París, pocos años después, fué relámpago que siguió iluminando toda su trayectoria.

Así cuando sus pequeños cuadros llegaron a nuestra Capital, ya venían nimbados con cierta aureola — bien que discutida — de cuño argentino, ratificada y continuada en Montevideo, como otras veces ha sucedido en la breve pero jugosa historia de nuestros más preclaros artistas. Y luego, decidiendo el empate, vino el rápido y consagratorio triunfo en París; triunfo total, con entrada a algunos museos y con ventas registrando los precios más elevados del momento. Recuerdo crónicas y cartas comentando el desfile de personalidades del arte, ante los cartones de Figari. Todo París lo vió y comentó, ese todo París — frase clásica — que siendo una minoría representa un total, como la flor es el sumo o la síntesis de la planta.

Pero ¿qué le pasó a este hombre, a este buen señor y distinguido abogado para un día trocar sus pinceles — seguramente académicos de aficionado a escondidas — en pinceles de profesional y convertirse en un gran pintor, mejor dicho todavía, en un gran artista? Se cree que ello fué obra de un gran dolor; de algo psicológico que lo puso en la cruz de dos caminos. Por uno pasaban las leyes, utilizando las cuales otrora había triunfado; por otro pasaban los recuerdos coloniales de su niñez y mocedad; la historia, la épica del país, mostrando sus gauchos y sus chinas; sus morenas de polleras color papel de cometa, y sus diligencias alegres y sonoras cruzando los campos, como esos chasquidos de arreador de mayoral cruzan la carne celeste del aire con una borla roja en la punta. Así, el hombre, aturrido por el *run run* de su problema doloroso, tomó la diligencia del ensueño y empezó a andar la Patria con los ojos entornados hacia dentro y la paleta de colores en el antebrazo. Y pintó durante varios años, de sol a sol, sus recuerdos; de sol a sol como un obrero del color; con el solo modelo de la estampa episódica retenida en la memoria; devolviendo así, al mundo del arte, toda su niñez y su juventud hecha color, gracia, humorismo y a veces tragedia, en tan singular contraste con la vida descolorida y sin sabor típico de la época, que a la simple contemplación de sus cartones evocadores, el público — aunque no entendiera mucho del arte de la pintura — sonreía y alegraba su ánimo como ante uno de esos cuentos jugosos de gracia filosófica y sabiduría popular.

Mas todo esto no sería suficiente para justificar el milagro. Esto lo hubiera llevado a un triunfo relativo por el camino de lo anecdótico, de lo criollo pintoresco, pero no por el de la pintura *en si*, con la equivalencia del triunfo total a que él llegó.

Porque la manera, el estilo de Figari — sea cual fuere el no bien conocido proceso de su formación — lo conduce a tal realización artística, que deja *un limpio* de pintura tan original como único dentro de una cabal calidad. El ha encausado el realismo costumbrista de sus emociones épicas — como que traducen la vida jugosa de nuestro

ayer romántico — en unos desdibujados movimientos enriquecidos por deformaciones graciosamente expresivas, las cuales nunca empalman en la caricatura, aunque encierran cierto principio potencial de ella, tal una salmuera de ironía que nos moja la emoción y que a la postre nuestro paladar, luego de un esguince de sorpresa, agradece y concluye por amar.

Sabemos que Figari, antes de pintar en serio, realizó dos viajes a Europa. El primero en el año 1886, y en 1913 el segundo. Es lógico suponerlo, entonces, recorriendo los museos; atento a las obras maestras de todos los tiempos, singularmente ante aquellas que representan los movimientos estéticos de la época moderna. Nos lo imaginamos interesado por los problemas de la luz que puso en auge el *impresionismo* de Monet y sus compañeros de cruzada; así como atento a los virajes con que la transformaron el genio creador de un Cézanne, de un Van Gogh, o de un Gauguin — tres solitarios y silenciosos como él — en su saludable vuelta hacia las formas puras.

Es de figurarse en un hombre como Figari, la asimilación de experiencias que habrá realizado al contacto de las obras de otros maestros — Vuillard y Bonnard acaso. — ¿Qué chispa de tantas luces habrá recogido su mano, de pasada nomás, así como quien caza un bicho de luz a la orilla del día?

Por la riqueza colorista de su paleta, Figari se mueve dentro de la gran cauda que siguió al movimiento *impresionista*; pero de un impresionismo sin «plein air» — aunque parezca paradoja — ya que siempre pintó dentro del taller (su modesto taller: un cuartito cualquiera). Mas si sus contornos no se diluyen en la luz física de la intemperie, con los cambiantes propios del sol al andar las horas del día, sufren, en cambio, la fuga de sus líneas al ser ejecutados sin modelo, en *presencia* de figuras y episodios evocados por la imaginación, los cuales llegan a él en el carril de la memoria, desfigurados e *iluminados* por el recuerdo. Es decir: que llegan a la punta de sus pinceles, cálidos de luz y dentro de una atmósfera de arte *desrealizado*, que lo actualiza evadiéndolo de la mera y simple reproducción realística o fotográfica.

Es indudable que sin una intensa y previa cultura artística, Figari no hubiera pintado con esa valentía inocente propia de un salón de emancipados; como si alguna audacia colorista y desformante de los «fauves», hubiera envalentonado la gracia instintiva de su pincel. Pero es indudable, al par, que los jugos que pueda haber bebido en su visita al París de 1913 — año histórico, gran final de la civilización en paz — al llegar a la Patria fueron olvidados en el alvéolo transformador del subconsciente, a la vez que una firme idea de independencia artística lo recuperaba con el tirón de su imperio, para darnos en su obra nativo platense, más que una miel de abeja de laya europea, una miel acendrada de avispa *Camuati*.

Buena parte de su obra, Figari la pintó en Buenos Aires — vi-
viendo en la calle Charcas — luego en París, y los últimos años de
su vida, en Montevideo. De París y Buenos Aires poseo cartas suyas
donde me habla de su arte, de lo que desea realizar con los motivos
nuestros, teorizando a veces con un fervor juvenil y con una fé en
el destino de su obra, que lo mantuvo con el arco en perpetua ten-
sión hasta la hora de la muerte, acaecida en plena ancianidad.

He releído algunas de sus cartas — que nunca publiqué — y de
todas ellas, por considerarla más jugosa y rica en ideas americanis-
tas, voy a transcribir casi íntegra, la primera que me escribió, a raíz
del envío de un ejemplar de mi libro «Agua del tiempo», la cual
constituyó la inicial de nuestra futura y fervorosa amistad. Está fe-
chada en Buenos Aires el 4 de Diciembre de 1921. Entrando al texto
que puede interesar a los lectores, dice: «De día en día más conven-
cido de la necesidad de observar nuestro incomparable ambiente ame-
ricano, con alma americana, puede imaginarse si leí con avidez y con
satisfacción sus preciosos versos. ¡Cuánto cuesta ver las cosas senci-
llas!... Se diría que hasta ahora pasaban los cultores del terruño
como seres simples, que se conforman con cualquier cosa, lo que los
hacía simpáticos, así como su inconfundible inofensividad. Ahora, las
cosas van cambiando, felizmente. No obstante, no hace un mes, ha-
blando con un joven pintor argentino que llegaba de Europa, al ha-
cerle yo el elogio de un cartón que pintara antes de su partida sobre
asuntos caseros (mancarrones a la sombra de una higuera) me decía:
«He cambiado de numen, en Europa. ¡Ahora traigo uno más civiliza-
do!» Y eso ha ocurrido siempre. No ven que esto es cambiar oro
por «dublé», no porque sea inferior lo europeo, sino porque, para un
americano, optar por lo europeo es abdicar de lo que le es propio,
y alistarse en donde no pasa ni pasará de ser un simple invitado. ¡Y
es triste tener que vivir definitivamente fuera de casa!

Parece pequeño y hasta pobre lo propio, porque no nos hemos
acostumbrado a estimarlo. Me refiero a la poesía de América, capaz
de inspirar en todas las artes a los que han mantenido contacto con
el medio, y tratan de comprenderlo.

Es de Tartarín eso de poner un boabáb en maceta, y es obra de
tartarines eso de ir a buscar la flora y la fauna europeas, desdeñan-
do las nuestras que son tan ricas y hermosas. Por ahí es que nos he-
mos desconceptuado ante el europeo, por ese afán de imitarlo, sin
caer en la cuenta de que es eso lo peor que pueda hacerse en ma-
teria de mal gusto, por no decir algo más fuerte y exacto también:
es una prueba de ausencia de criterio.

Poco a poco, van poniéndose las cosas en su lugar, y lo primero
que habremos de hacer es poner al americano en América, que es
donde puede estar mejor. Yo vengo de vuelta porque también me
dejé seducir por esa admiración incondicional por el Viejo Mundo,
que a tantos deslumbra todavía, y si me salvé, y puedo volver es
porque no perdí jamás contacto con nuestro ambiente. Siempre con-
servé cariño a las cosas del campo, especialmente, y los perfumes sil-

vestres siempre me atrajeron. Sin saber por qué, *sentía* los paisajes, los tipos y costumbres nuestros, y digo «sentía» no en el sentido cursi que se da a la palabra por los ramplones, sino para indicar que ejercían cierta fascinación en mi espíritu. Después, a medida que fui observando, para comprender, me parece haber encontrado caudales múltiples y multiformes, que sería insensato desdeñar. Eso, y el tener alguna aptitud pictórica, me hizo interesar en una obra que quiero cada vez más, como se quiere a una prenda personal de buena ley. Ahora, —y muy particularmente cuando considero la paupérrima repetición en que vejetan los europeos, — ya voy prefiriendo una bagatela nuestra, un yuyito criollo al boabab de Tartarín.

Figari era un poeta del color y del folklore, evocador genial de un pasado pintoresco. Al pintar de memoria sus recuerdos, se colocaba en un trance de *realismo imaginativo* que daba a sus escenas ese sentido poético aludido. Por eso no es extraño que en otra carta, fechada también en Buenos Aires, el 14 de Febrero de 1923, me dijera: «Así, por ejemplo, nosotros que hermanamos tanto y tan *gemelamente* nuestra manera de sentir y comprender las cosas del terruño, ¿por qué no intentamos hacer algo juntos? Yo podría pintar sus poesías, y Vd. poetizar mis pinturas. Ya, Julio Supervielle, tenía ganas, —y me lo manifestó más de una vez, — de hacer alguna poesía sobre mis temas pictóricos, concretos, que a él le hacían evocar bastante. Quizá por no estar suficientemente informado de nuestras cosas regionales y costumbres, no lo hizo aún. Esto nos daría tema para alguna conferencia de corte científico, moderno, nuevo y muy interesante». Más adelante, insistiendo, agrega: «le anticipo la idea para que la medite, y después me dirá si le resulta».

Como puede comprobarse por estas ideas, Figari, aun cuando había encontrado su camino artístico, y aun cuando éste lo conformaba plenamente, vivía en continua inquietud estética, más propia de un joven que de un hombre de edad avanzada.

Y por último, en carta escrita desde Bruselas, en Enero de 1926, me dice: «creo que presto un servicio a mi raza y a aquellos países, pues con motivo de mis exposiciones, se habla de ellos con gran simpatía, y se les mira idealizados, con la idealización de lo esencial típico, que siempre es poético y subyugador». Y finaliza con este párrafo, lleno de esperanza: «La Europa espera que el alma Americana se pronuncie: hay que trabajar y traer ese verbo nuevo, virginal».

Tal fué — en ideas y realizaciones — Don Pedro Figari, aquel señor abogado, defensor de causas sonadas; tímido pintor a escondidas que — de buenas a primeras — como tironeado por las voces milagrosas del arte y de la Patria, se convirtiera en el gran pintor nativo de los tiempos nuevos; cuya obra no han de borrar *escuelas* ni mañanas, porque se apoyó en dos valores fundamentales: el de su pintura *como pintura*; y el de sus temas, como epopeya de su pueblo.

FERNAN SILVA VALDES.

PROLOGO ENTUSIASTA A LA VIDA Y OBRA DE JOSE PEDRO VARELA ⁽¹⁾

Hoy que iniciamos la tercera etapa de este Congreso sobre la Escuela Rural, uno de tus desvelos, Reformador; bajo el aire de tu severidad y de tu serena pero tenaz presencia, perfil el tuyo que el tiempo acrece para la admiración cada día más, desolviéndonos en esa devota moneda que afina nuestro orgullo, te quiero evocar con entusiasmo, como rendido homenaje que los maestros hacemos a tu obra. Quiero verte y tocarte y sentirte, encendidamente, patricio y demócrata, como si me caminaras por dentro de la sangre y en las huellas que dejas yo fuera viviendo el rastro de tus hechos y tus días. A tí, *Pedro José Varela*, que hasta cambiaste tu nombre para que no te confundieran con el débil y entregado presidente de los días inciertos; a tí, Reformador, que hasta nos pareces a veces que naciste con madura barba, hijo del mediodía romántico y forjador de la aurora moderna de nuestra cultura... cuando contemplamos la trayectoria de tu destino y la armonía de tus obras.

Amigos maestros: sostenido por el sencillo signo tutelar de esta comunión que existe entre un pasado profético, como fué el de Varela, y nuestra mirada segura hacia el porvenir, que ha de ser también profecía en algún tiempo venidero, quiero hacer el recuento a grandes rasgos, de lo que fué la substancia de su vida y actitud en el corto pero intenso período de su existencia.

(1) JESUALDO SOSA, cuya obra literaria y pedagógica y el eco de sus campañas y sus luchas se han difundido con el simple nombre: Jesualdo, nació en Tacuarembó el año 1905. Cursó estudios magisteriales y se graduó de maestro normalista a los 17 años. Inició sus funciones docentes en Rivera, y pasó luego, con una beca, a Montevideo, donde obtuvo, por concurso de oposición, otro destino. Designado director de la escuela rural de Canteras del Riachuelo, Colonia, realizó allí, durante varios años, un ensayo personalísimo de enseñanza, al que fué propicio el medio ambiente rural y la población escolar, formada, en su casi totalidad, por niños hijos de las familias obreras del lugar. Esta experiencia, que se dirigía a lograr la educación del niño estimulando el sentido de la expresión en todos los planos, tuvo resonancia pedagógica y literaria, y dió materiales, al joven maestro, para escribir una novela autobiográfica titulada «Vida de un maestro», editada en 1935, en la que reprodujo, dramáticamente, la vida de su escuela, con su original sistema que constituía la antítesis de los métodos oficiales, y por lo tanto la crítica de éstos. Esta circunstancia dió lugar a reacciones que pusieron fin al intrépido ensayo, y alejaron al maestro de su escuela. Completó entonces su obra con un segundo libro titulado «Fuera de la escuela», realizado, también, con materiales vivos. Al mismo tiempo inició una cruzada con el fin de difundir sus ideas pedagógicas, y para ello ocupó, en Buenos Aires y La Plata, las cátedras de la Escuela Normal Zeballos, Escuela de la Primera Junta, Amigos del Arte, Hebreaica, Facultad de Humanidades, Dirección General de Enseñanza, Liceo de Señoritas. Recorrió también la Patagonia, con el objeto de dictar cursos a los maestros de la Liga del Sur, todo ello animado con exposiciones de dibujos y acu-

Varela nace bajo la señal del huracán, pero también de los acordes de los himnos de la libertad. Montevideo se aprieta contra el marco del río y el ejército sitiador, ceñuda y bravia, y a punta de coraje empieza a escribir la historia que habría de acabar con los bárbaros del 40. La ciudad sangra por los cuatro costados y una tenaz gangrena interna amenaza la resistencia de la heroica Defensa. Son los días torvos y silenciosos en que los tamboriles negros no sueñan por los malecones y las recobas; en que la gente, atropellada y sollozante, llena la ciudad de lamentos; «afligidísimos días, en que a las ocho de la noche aún no había que dar de comer a la guarnición», como los llama un Ministro, y en los que el Gobierno, pidiendo recursos al Parlamento, decía, sombríamente, «que la Patria puede no existir mañana...»

Nace proscripto, cuando para los Varela, «poetas menores de aquella familia de Gracos que dió a las musas poemas y tragedias clásicos, pechos y gargantas de martirio», — como tan acendradamente así los clasificara Sarmiento —, que huían del vendabal de sangre de Rosas, el destino ya había creado el privilegio de la santificación histórica. Viene de padre culto y de madre patricia: Don Jacobo Dionisio Varela es de los primeros que traducen libros de pedagogía para el Río de la Plata, como si algo de esta materia hirviera en la sangre de los Varelas. Su madre, Benita Berro, distinguida y delicada, transmite a su hijo el mensaje de otros sacrificados más, de la historia.

Por una de esas trágicas ironías, sus padres enraízan en su unión las tradiciones que juegan el drama del Río de la Plata, en esos momentos: los Varela procedían de lo que bien se ha llamado «la gi-

relas realizados por sus alumnos. Desplazado de la enseñanza primaria, concurrió a la oposición de un grupo de Literatura de Enseñanza Secundaria y conquistó el cargo de Profesor. En 1939 aceptó la invitación que le hizo el Gobierno de México para trasladarse a aquel país con la función de Asesor Técnico de la Secretaría de Educación, y permaneció en ese cargo hasta el año 1942. Organizó allí los seminarios de capacitación de maestros rurales y las cátedras de ciencia de la educación y literatura y teatro infantiles, las cuales dictó en el aula de la Escuela Nacional de Maestros de México, y realizó, a la vez, un estudio completo de planes, programas, métodos de enseñanza, etc. Invitado por Estados Unidos, participó como Delegado del Uruguay en las deliberaciones de la VIII Conferencia Internacional de Educación de 1941 reunida en Ann Arbor, Michigan. Recorrió luego, con carácter oficial, todo aquel país, y dictó conferencias en las Universidades de Michigan, Minnesota, Wisconsin, Nordwest, Chicago, etc. En viaje a su país, dió conferencias en las ciudades de escala, y ciclos completos en la Universidad e institutos de Cuba, y en Perú y Chile, donde también expuso las acuarelas de sus alumnos. Al regresar a Montevideo fué designado Asesor del Ministerio de Instrucción Pública, y, a la vez, el Consejo de Enseñanza Primaria le designó Profesor de Pedagogía en los Institutos Normales. Es miembro de la Junta de la Federación de Asociaciones Magisteriales, de la Aiape, de la Asociación de Enseñanza Secundaria Formativa, de la Comisión de Literatura Infantil, de la Asesoría de la Biblioteca Nacional, etc. Inició su labor literaria en «La Razón», y en 1927 publicó su primer libro de versos titulado «Nave del alma pura», poemas de tendencia simbolista. Siguió a éste el volumen de poesías, «El hermano Po-

ronda unitaria, especie de heroico y férvido romanticismo que exaltaba las almas hasta la muerte», y los Berros, de los blancos que aliaron infelicísimamente su partido a Rosas, en una desoladora aventura histórica. Nunca por vieja, la historia de Romeo y Julieta, dejara de ser auténtica, como se ha advertido: presumo que en los Varela y en los Berro, tanto por el propio romanticismo de la época como en esa su generosidad al proscrito, el amor cumplió su inexorable ejercicio de heroicidad!

Apenas camina el niño, cuando entre los muros de la sitiada Nueva Troya, Fernando Quijano liberta las palomas de los himnos para los países de América y pone música también a nuestro: «orientales, la patria o la tumba». Crece entre toques de clarines, sonos de tambores, cañonazos maldecidos y contestados, imprecaciones de angustias, cortedad de medios, asedio, hambre, enfermedades y pestes; pero crece como niño de invernáculo. Ni siquiera forma entre esa chiquillería desastrada y vagabunda, estorbosa, que muere a veces en las líneas de fuego, espionando la bala que arrojan del Cerrito para traerla, caliente y olorosa aún, y venderla al Ejército de la Defensa. Crece entre apuros y lentitudes; a veces golpeado por la tragedia en la propia frente, como cuando apuñalean de muerte a su tío, el gran Florencio, por luchar contra los bárbaros; ese tío del que trae los labios finos, la frente despejada, la nariz de corte impecable y esa distinción física que lo sobresalía.

A los quince años, José Pedro, al igual que el gran argentino, era dependiente de comercio. Pero como ni el comercio era su fuerte, ni los números su vocación, leía, leía, leía. En seis años aprendió tres o cuatro idiomas; leyó media biblioteca de su padre; se instruyó y desentrañó su vocación poética.

En el correr del año 66, mientras el país discute si ha de se-

lichinela», premiado por el Ministerio de Instrucción Pública, y «Siembra de Pájaros», canciones para niños con música del maestro José T. Mujica, oficializado por el Consejo de Enseñanza y muy difundido en América. La novela «Vida de un maestro» y «Fuera de la escuela», a quo nos hemos referido, fué completada con la colección «Ciento ochenta poemas a los niños de la escuela de Jesualdo». En 1940 dió a la estampa «Artigas», obra biográfica premiada por el Ministerio de Instrucción Pública, y en 1942, «Sinfonía de la danzarina», que fué elegido como el mejor libro de poesía para disputar el premio internacional de Venezuela, Lazo-Martí. Su bibliografía se completa con los volúmenes «Problemas de la educación y la cultura en América», premiado en el Concurso anual de 1944, «Literatura Infantil», primer premio de pedagogía anual del Consejo de Enseñanza Primaria, y «Los fundamentos de la nueva pedagogía». Su drama «El conquistador» fué premiado en un reciente concurso teatral. Tal es, en breve síntesis, la vida y la obra de este escritor, pedagogo y poeta, hombre de lucha y de avanzadas ideas, que maneja con igual pericia la prosa y la forma rítmica, la elocuencia de la cátedra académica y la ardiente oratoria de la tribuna popular, y cuyo acento, a menudo agresivo, sabe hallar también el tono de la gracia y la emoción cuando el poeta da rienda suelta a la fantasía o cuando el maestro habla de su escuela y de sus niños. La semblanza de José Pedro Varela, que publicamos, fué leída en el acto inaugural de la tercera etapa del Congreso Nacional sobre Escuela Rural realizado en el Ateneo de Montevideo el 22 de Febrero de 1945.

guir con la dictadura florista o reorganizarse constitucionalmente; y todavía siguen entrando a Montevideo esclavos con «frescas huellas de látigo»; y en las cuarenta suertes de campo de don Carlos Reyles pastaban ochenta mil vacunos y ovinos; y la gran crisis inglesa de ese año repercutía con su tristemente famoso «viernes negro»; y para los casi ciento doce mil habitantes de Montevideo apenas habían treinta y ocho escuelas..., en ese año del 66, digo, es que aparece *La Revista Literaria*, tribuna romántica en la que el seudónimo de *Cuasimodo* escondía el pudor de poeta cursi a veces, de ensayista serio en otras, de José Pedro Varela, adolescente. Y con el haz de esta producción en la mano, un día, viajero en productos de barraca, embarca para Europa. Lleva un pensamiento fijo como un tornillo: visitar en la isla patriarcal de Guernesey a su devoción, Víctor Hugo, «pobre roca perdida en el mar y en la noche», dominando allí su drama con «una soledad grandiosa y voluntaria». Varela lo admiraba como a un Dios y el Dios, magnánimo, prologó sus *Ecos Perdidos*, porque, le dijo, «tenía de la materia del poeta... y que le aseguraba porque el herrero tenía por qué conocer el oficio». Una imprenta de Nueva York, a su regreso, los recogió en un tomo y Sarmiento debió ser de los primeros en recibir su ejemplar.

Ahí, frente a ese viejo peleón, «de belfo caído y ojos de moscatel», el Ministro argentino en Estados Unidos, este jovencito barbado y pálido, de afinada expresión y ojos ardientes, no sabe siquiera como estar. ¿Qué han de poder estos sus ecos románticos, tan perdidos que casi no son suyos ya, frente a este huracán desatado, inquisidor del trabajo y del realismo? En esa entrevista, en la que el otro determinó el destino de su vida encomendándole la ardua tarea de la lucha por la educación común, quedó demostrada toda la ineficacia poética de los jóvenes frente a la trágica realidad de nuestra América.

«Diríase al leer la nomenclatura de los libros que nos llegan de los extremos del Continente —dice Sarmiento haciendo la bibliografía del libro de Varela, precisamente— que la América está de plácemes, coronada la sien de rosas, cantando las felicidades presentes y deleitándose en la espectación de las futuras». Exacto. El caudillismo latifundista que estructuraba vorazmente su economía nacional era dueño del Continente; las guerras civiles menudeaban; la ignorancia era sorda y total; la miseria roía a América por todos sus flancos, más las juventudes románticas seguían cantando, como las alondras a la luz de la mañana, sus ecos perdidos. Sarmiento, en recia crítica, desmenuza esta «aspiración a tiempos mejores», que se prometía Varela en sus *Ecos*. Con su «prosa desaliñada como el rudo vestido del labrador», como escribe, señala que el libro de Varela, como el de casi todos los poetas, «arrojado a la corriente de América», significa lo mismo que las frutas y las flores que engalanan la superficie de las aguas de nuestras selvas primitivas; significa que hay una lujosa e inútil vegetación y que el trabajo humano escasea, para ha-

cer de aquellos dones así prodigiosos una bendición para el hombre». ¡Cruda verdad que Varela debe haber oído con todo su sentido, en especial en su reconversión final: «¡Comienzos, no olvide! Un libro de poesías es una carátula», y luego de recordarle los ejemplos de Hugo, Lamartine y Dickens, le terminó gloriosamente, y de seguro que casi a gritos: «La gran poesía de nuestro siglo es el trabajo». Pocas veces un eco como éste golpeó tan vivamente en un alma humana, como en la de Varela.

Sus poemas fueron, eran, allí lo acabó de comprender bien, el polvo, si no vano, frío, de la cultura occidental —que revelaron su correspondencia desde Europa—; polvo que Sarmiento le ayudó a aventar del alma para bien de nuestro país. Las palabras del viejo encontraron la pasión adolescente todavía, pero henchida de devoción mesiánica por realizar algo, de Varela, el mejor campo para fructificar en una hazaña de la que diera cuenta después esa actividad que consumió los días finales de nuestro héroe. El pragmatismo norteamericano barrió todo dolor del alma de Varela. Aquella imagen que traía en los ojos, de una España aherrrojada por la clerecía fanática y el reaccionarismo político, sufría allí en Estados Unidos, frente al espectáculo de su apasionante constructividad, su quiebra total. Y Sarmiento, llevándolo de la mano como a un niño al que se quiere que experimente todos los sobresaltos pero en medio de una dulce paternidad, no escatimó esfuerzo para que sus oídos oyeran, sus ojos vieran y sus manos palparan esta inmensidad que se despertaba al mundo, como se debe despertar un gigante. Las comparaciones, escalas diabólicas para la mente humana, reflejaban su excitación en ese abismo que es la conciencia del hombre: Filadelfia tenía ciento once mil casas y ochocientos mil habitantes y París con dos millones de habitantes, sólo cuarenta y cinco mil... ¿qué ésto no es pedagógico? Ya me lo diréis. ¿Qué son tantas mujeres juntas? Alguien le contesta: —Son las mil empleadas de tal Ministerio que salen de su empleo... Oh, pero eso no es nada. Tenemos cien mil maestras en las escuelas de todos los Estados. ¿Qué ésto no es pedagógico? Ya me lo diréis. «Esta vez, dice Varela, en lugar de murmurar algunas palabras de desprecio, pasé mi mano por la frente como para alejarle en la idea que la abrumaba». Fué entonces cuando la batalla estuvo ganada, porque no en vano una idea llega a abrumar la frente del hombre. Aquella indignación que le llevaba antes a no comprender a «Mad. Maurice, médica» o a «Mad. Carleton, famosa astróloga», y que hasta le colmaron la medida, trócase de pronto en inusitada admiración.

Y todo sirve entonces a su experiencia: calles, teatros, asambleas, escuelas, bibliotecas, conferencias, visitas. Sus cartas nos muestran en ese estilo vivo, juvenil y por momentos fresco, como se operó ese proceso en su alma y cómo, ya en Estados Unidos, el terror de nuestro panorama educativo (cuando recibe noticias estadísticas) empieza a cavarle el alma obsesionantemente. Aquellos nuestros quince

mil niños que se educan, ¿qué pueden representar frente al Estado de Rodhe Island, por ejemplo, que tiene un niño en sus escuelas por cada tres habitantes? Por eso es que, desde Estados Unidos, alucinado y mesiánico, nos grita a través del mar: «La mirada de todos los americanos está por así decirlo, fija en la cuna de los niños. En las nuevas generaciones es que está el porvenir. La República es un organismo, no un mecanismo. Crece, no se hace».

En agosto del 68 deja Estados Unidos. Regresa con Sarmiento electo presidente de los argentinos y dispuesto a hacer una escuela, sí, una escuela de toda la República. El problema de la educación, a través del entusiasmo de su amigo, y del que le había inyectado, y el revuelo de su propia correspondencia, empezó a ser la brújula de la juventud de Montevideo, en donde Carlos María Ramírez ponía un hombro poderoso para avanzar sobre la tierra purpúrea, en la que más que la influencia de una escuela existente, privaban como maestros los caudillos lanceros y los gauchos payadores; como escuela verdadera y respetada, la sola experiencia revolucionaria; como contenido de su conocimiento, proezas de matreros y revolucionarios, «sucesidos» de la guerra y cuentos de brujas y «lobizones», y el maestro de escuela, en definitiva, no era más que un vago, considerado como enemigo público número uno.

Cuando Varela llega al Uruguay, acaba de finar una revolución más, y nuestro descrédito en el exterior era tal, que un diputado norteamericano dijo que éramos cualquier cosa menos una República... Los aventureros de las finanzas especulaban con la inseguridad económica del gobierno creado en esos momentos por el terror del cólera, la paralización de los saladeros, la tremenda depreciación de los frutos que habían echado abajo nuestras exportaciones, las importaciones inmovilizadas en los depósitos de las aduanas, la falta de moneda circulante y un montón más de desgracias nacionales. Es en ese momento crítico cuando Varela reúne a toda la intelectualidad montevideana y hace un amplio análisis de nuestro atraso americano, y finca en la educación la panacea universal a todos estos males sociales. Su entusiasmo contagió la población. Su palabra juvenil y ardorosa llamó a razón y a la lucha a sus amigos, y desde ahí arrancó el principio de una fecunda transformación, la Reforma, que vosotros conocéis bien...

Desde setiembre del 68 hasta octubre del 79 —once años y un mes—, Varela se dedicó a levantar esa montaña con la palanca de la educación. Buen discípulo de Sarmiento hasta en sus errores, confundió en su visión a Estados Unidos, la causa por el efecto. Supuso el auge de su economía y de su industrialización, más que a otra causa, a la educación; cuando en realidad no había habido más que una interacción entre el crecimiento de su economía y los buenos y lógicos efectos de la educación para aumentarla. Pero esa misma confiada confusión, fué lo que mejor sirvió a su entusiasmo y armó su quijotismo contra todos los males. Sabía que había empezado la

misión del maestro de escuela porque la del ejército había terminado, usando la frase de Lord Braughtman, que tanto gustara repetir Sarmiento. Y que se imponía una urgente lucha para acabar con aristócratas y plebeyos en que estaba dividido el pueblo.

La visión de esta dulce Arcadia, en cuyas campiñas todavía demoraba la edad de oro, como así la había visto Hudson hacía tan poco, había que suplirla por la otra visión, la del futuro que le embargaba: una campaña, hoy casi desierta y salvaje convertida en un hogar santificado y una familia constituida; el rancho trocado en casa; el diario y el libro acompañando el paisano en sus veladas nocturnas; el chiripá y el poncho sustituido por el traje modesto, pero decente del campesino; las costumbres de ociosidad y desorden convertidas en hábitos de trabajo y moralidad; el montero convertido en ciudadano... Esa era la patria para Varela, la patria que soñó, la que expuso en sus artículos lapidarios contestando a un feudal desesperado por el progreso de los conceptos democráticos que trahuntaba la prédica de este mensajero de un mundo nuevo.

Pero nada detiene la obra de la Sociedad de Amigos de la Educación en la que Varela era el alma, el guía, el teórico y el constructor; lo era todo, como lo reconocían los propios miembros de esta Sociedad. Y esta obra, de inmediato gana el campo. No importaban sólo los núcleos ciudadanos o el capitalino; había que ganar la campaña; y allá va la semilla de la juventud derramada en escuelas de la Sociedad, en bibliotecas públicas, por Nueva Palmira, Paysandú, Durazno, San José, Fray Bentos; poblaciones que bien pronto cuentan con agencias espirituales de esta magna cruzada. Y que grite la reacción; y que proteste la iglesia en su lucha en contra de una «escuela sin Dios», como la llamaban horrorizados; que se agiten todos los caudillos en contra de sus lemas educativos.

Y cuando la *predica* necesitó la teoría, ahí estuvo Varela doblado sobre las carillas una noche y otra, puliendo los conceptos que durante ocho años mascara en la acción y en la meditación, síntesis apretada de todo lo más notable de su tiempo en educación, para dar a la Sociedad los originales de «*La Educación del Pueblo*», libro escrito ya, como nos dice, con «una especie de actividad febril, como si temiese que a cada momento causas imprevistas vinieran a turbar la tranquilidad de espíritu y la serena felicidad», que lo alentaba a escribirlo.

Político principista, demasiado leal a la letra y al sentido legal para tener éxito en los vaivenes y turbulencias de su tiempo, en una época tan dura y compleja en donde el triptotaje y el candombe decían consultar con las raíces populares y la conciencia de una barbarie que estaba presente y no había que abstraerla, sino entenderla y encauzarla; desengañado por los fraudes, las artimañas y los motines de sus contemporáneos, se retiró del escenario político, y periodístico a su actividad puramente educacional y a meditar la concepción de una reforma orgánica, esperando quizás que algún

providencial, un día recogiera sus ilusiones y diera forma legal a sus premisas sociales para el porvenir. Y así sucedió, como sabéis.

¡Terrible contradicción, y una más en su tradición! «Liberal, realiza su obra dentro de una organización política reaccionaria, se ha dicho muy bien. Demócrata, con fe y acción probadas, se mueve amparado por la fuerza absolutista de una dictadura. Sirve los intereses de su pueblo, y para ello no vacila en reclamar el apoyo de un régimen que niega las libertades individuales». Por su dura crítica a la sociedad y a los intereses que le sustentan en la parte expositiva en su «*De la Legislación Escolar*», que escribe tres años después de su anterior, así como el hecho de servir al Dictador Latorre se hecha encima hasta sus propios amigos, los orgullosos universitarios, un poco intocables, los que, como su amigo Ramírez, no vacilan en usar en su contra, en las famosas polémicas del Ateneo, hasta sus propios defectos físicos para combatir la obra que su alucinación había echado a andar.

Aquí, en esta misma tribuna, supongo, señores, libró Varela la batalla revolucionaria de su época, por la educación. Creo que a esta misma tribuna, amigos maestros, subió Varela un día, a las ocho de la noche, pálido como un muerto, en medio de un silencio sepulcral, dice la crónica, y ante una sala repleta de público enemigo, a contestar por primera vez a Carlos María Ramírez. «Un mechero colocado al costado de la tribuna, acentuaba los rasgos sobresalientes de su frente ancha y despejada; sus pupilas estaban dilatadas y sus ojos brillaban con fulgurantes centelleos; las mejillas las tenía hundidas y los pómulos salientes; su boca estaba contraída en nervioso recogimiento; en su fisonomía, en su actitud toda, había algo de altanería y de resignación al propio tiempo; sabía que tenía delante suyo un público que le era totalmente adverso y paseaba su mirada sobre aquella enorme cantidad de cabezas humanas sin dar muestra de temor». Cuando bajó de la tribuna, luego de su magnífica réplica, si no envuelto en ese aplauso cálido y popular de quien ha tenido éxito total entre los suyos, bajó con la convicción de que su obra no habría de ser tan fácilmente vulnerada por la oposición. Y no se equivocó!

Fué capaz de superar la miseria política de su tiempo, con visión realista y ánimo decidido frente a la Historia, porque sabía que la tiranía no era un hecho de Latorre, sino un fruto espontáneo del estado social del país, como le contestara a quienes se echaron sobre él. Tenía ingénua aunque inmensa fe en la escuela como capaz de transformar las condiciones sociales y acabar con dictaduras y tiranías, y supo pesar, con elevada conciencia, el valor de su colaboración en el juego de los acontecimientos. «El prestigio que pueda dar a esta dictadura será transitoria, contestó al implacable Ramírez. El influjo de la Reforma será duradero y profundo. Peso en mí conciencia ambos hechos y no tengo la menor duda de que hago a mi país más bien que mal». Porque supo pe-

sarlo; porque pasión y razón en él fueron un equilibrio consciente, y porque su trabajo y carácter indoblegables ante el mandonismo, en ningún caso desvirtuaron su propósito denunciado, ejecutivo, la Reforma ganó la batalla no ya en la Historia, sino en su mismo tiempo. Toda la realidad material de los hechos, pensamientos y actividades de esta etapa es materia de vuestro exacto conocimiento.

Quiero creer que Varela entendió perfectamente bien la consigna de la burguesía liberal y progresista de su tiempo, la que Sarmiento planteara como nadie en su famoso pensamiento sobre lo que debía ser la educación de su tiempo: «Instrucción, educación difundida en la masa de los habitantes para que sea cada uno elemento y centro de producción y de riqueza, de resistencia inteligente contra los bruscos movimientos sociales, de instigación y freno al gobierno». Y quiero creer también que, como nadie, alcanzó conciencia de su destino hasta para morir. El abrumador trabajo que pesó no sólo sobre su responsabilidad, sino sobre su virtud de obrero, pronto socavó su organismo, tal vez con viejas grietas escondidas. Su obra es un poco la de un desesperado: como de quien advierte que su vida se escapa, irremediable, por extrañas fisuras. Roído por mal incurable, que le postrara en lecho casi enteramente el último año de trabajo, dictando desde la almohada sus últimas memorias e informes, con desvelada responsabilidad, tiene algo de santificado que alcanza contornos de inverosimilitud.

Sobre su rostro y su alma anochece. Perdonadme esta desafortunada última visión evocadora de sus momentos finales, escrita ha tiempo, pero en la que aún reconozco mi admiración a esa su tenacidad para enfrentar lo desconocido, con la serenidad que tiene este perfil que nos está guiando siempre... En sus últimas horas, Varela quiere sentir de nuevo la emoción que le causaran las confesiones de su amigo Ramírez, reconciliado públicamente con su obra, cuando se las leyera por primera vez su gran colaborador y amigo Romero. Fué tan grande ésta, que hubo de detenerse su lectura porque su corazón latió más a prisa que a menudo, como arrebatado. Rodean su lecho las personas más queridas. Reconoce algunas; otras caras le parecen ya borradas del tiempo y el espacio. Todavía pide algo sobre sus memorias, sus informes, y pierde un poco la voz. Queda con una fatiga perceptible. Mueve la cabeza como separada del resto del cuerpo, como si estuviera viviendo sin necesidad del cuerpo y que pareciera ya no responder más a sus tan agudos sentidos. Pero quien le observe atentamente ve que aun su frente no se ha hundido del todo. ¿Hay sol afuera, cantan los niños afuera, juguetea la luz primaveral sobre las enredaderas de la vieja casona? ¡Ah, morirse con un día de sol! No; no se ha hundido del todo su frente; sigue ligeramente curvada, anchísima como un mar que se mirara, sentado, desde la playa, en un día de calma. ¡La luz, la luz inunda todo, la luz inunda! Sus ojos se llenan de esa luz que llega en el arco de la tarde, caliente y postrera como derramada de un va-

so. Su boca de gesto contraído, caída a un lado en vana protesta, todavía no ha perdido la palabra, medida que le unió a los hombres. Y su barba de profeta refulge aún sobre la lividez del rostro que se ha ido transparentando minuto a minuto. Todos los ojos que atisban desde la penumbra del cuarto sus menores movimientos, están clavados sobre él; en sus treinta y cuatro años estirados sobre la cama; en su Cristo derrotado y amargo aunque seguro del día del juicio final.

—Ramírez, eh? — musita... Y pide a alguien que lea de nuevo aquellos párrafos: «...la bandera del espíritu moderno, la bandera de nuestra regeneración social está en manos de J. P. Varela. Si militamos bajo esa bandera no tengamos embarazo en honrar el abandonado. Yo, por mi parte, me complazco en saludarlo con el título que ya le han discernido las simpatías populares: con el título de Horacio Mann Oriental».

Varela lo oyó como quien oye la lluvia armoniosa, por la noche, leyendo un libro que ya no se volverá a leer más nunca. Y repitió muy bajo: «Horacio Mann Oriental...» No era vanidad, no; eso no cabía en su alma; era recogimiento para morir tranquilo. Su mujer toma su mano entre las suyas como si tomara una paloma que quisiera escapársele. Varela todavía agrega:

—Demasiado tarde, esa bandera la tendrán que llevar otros... y mira a Jacobo, tal vez a Jacobo. Intenta reincorporarse de nuevo y pide, casi extenuado, papel y tinta, lo pide insistente. Será tal vez para sus últimas palabras; para firmar quizás una imaginaria memoria sin terminar. Las personas que rodean su cama se le acercan más. Un rayo de luz muy claro se cuela nostálgico y llega hasta la frente casi ausente. Parece que sobre él entrara la muerte con su callada sandalia de espanto. La luz se posa sobre su pecho; sube a su cabeza y adelgaza sus labios hasta convertirlos en cuchillos. Todos quedan admirados de aquel espíritu que parece no ser de tierra ni siquiera para morir. Una angustia enorme crece en torno a su cama, como una flor de llanto contenida. Todas las palpitaciones se unen en una sola inquietud... Cuando una hermana regresa con los útiles de escribir pedidos, roja de sufrir y callar, Varela se incorpora casi solo, casi como por encanto. Se sienta en el lecho e intenta tomar los utensilios, pero la fatiga, aquella antigua fatiga, le atropella una vez más, la última vez! Un frío tremendo le corre desde los pies hasta las cuencas de los ojos y allí se detiene. Entonces se aferra de la mano de su compañera y, lento, muy lento, se recuesta sobre la almohada. Y así queda para siempre, mirando al techo con los ojos fijos y la boca afilada. Queda con su perfil, como una proa que tiene un rumbo absolutamente fijo...

Amigos míos, sabed: aquella bandera es la que llevamos nosotros para ir marcando las etapas que nos faltan aún. Sostenedla firme. Podéis hacerlo. Nuestra meta final es el infinito; pero en el tiempo,

la realización, es la geografía que se va conquistando en cada paso. Que aquella proa, que fué un rumbo fijo, no os deje olvidar nunca que para algo los grandes hombres mueren como han vivido: enteros, y como una sencilla lección de dignidad.

JESUALDO SOSA

LA CONSTITUCION DE LOS ESTADOS UNIDOS (1)

IMPORTANCIA Y ACTUALIDAD DE SU ESTUDIO

La Constitución de los Estados Unidos es, seguramente, el documento jurídico más importante que haya engendrado la literatura constitucional de todos los tiempos. Por lo pronto es aquél de más prolongada duración y el que ha originado la producción más abundante y rica, que integra los anales del derecho público.

Desde la época de su sanción a fines del siglo XVIII, la Constitución que sirvió de base a la organización política de las 13 colonias independientes, ha seguido rigiendo la estructura y el desenvolvimiento de aquel pueblo de un potencial humano considerable; y fuera de las modificaciones no fundamentales que se han hecho a la misma, puede decirse que se mantiene íntegramente en la actualidad. Por otra parte, es también la Constitución de mayor prestigio, de mayor autoridad que haya existido.

La tuvo desde los primeros momentos en el país y en los otros pueblos, inclusive aquellos que, como los de Europa, habían influido decisivamente en las ideas del movimiento político y jurídico que engendró la Constitución de los Estados Unidos. En la propia Francia, los hombres de la Revolución, volvieron a la Constitución americana, muchas veces, como fuente de inspiración y de renovación.

Seguramente todos conocéis la discusión promovida a propósito del origen de los «Derechos del Hombre y del Ciudadano», sostenida entre dos eminencias jurídicas como Jellineck y Boutmy.

La demostración de Jellineck parece concluyente: la fórmula de la declaración «De los Derechos del Hombre y del Ciudadano», está tomada de las Constituciones particulares de los estados.

Esto prueba hasta qué punto y en la época de su elaboración, el pensamiento político de los Estados Unidos influía en la ideología europea. Además basta señalar ligeramente la literatura constitucional, para advertir la atención con que Francia ha seguido el desenvolvimiento y la evolución de esta Constitución.

El primer estudio fundamental realizado por un espíritu superior, sobre los Estados Unidos, fué la obra de Tocqueville «La Democracia en América», publicada en el tercio inicial del siglo XIX. Y aún cuando no es más que el reflejo de las observaciones sobre un mo-

(1) Versión taquigráfica de la lección inaugural de las clases de Derecho Constitucional, 2º año, en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, dictada el 21 de marzo, como introducción al estudio particular de la Constitución de los Estados Unidos de Norte América que el catedrático se propone desarrollar con más amplitud durante el presente curso universitario.

mento histórico, todavía hoy, algunos de sus puntos de vista merecen ser tomados en cuenta, por lo certero y lúcido de la visión.

Bajo el Segundo Imperio y en su curso de Derecho Político en el Colegio de Francia, Laboulaye tomó como motivo de sus disertaciones la Constitución de los EE. UU. Había en la elección de este tema, y en el plan de sus trabajos, algo más que un mero propósito de investigación científica. Dominaba (él mismo lo declara en el prólogo de su libro), una finalidad de carácter práctico. La carta que dirige al general Cavaignac y que incluye en el prefacio, señala bien cuál era el objetivo de la obra. Buscaba que las ideas de la Constitución de los EE. UU. pudieran penetrar en el espíritu de la Francia de la época, para que sirvieran de base como pensamiento director, capaz de orientar una nueva Constitución durable, libre, verdaderamente republicana, que rectificara en parte, los errores que en materia de organización política se habían padecido hasta entonces (1).

Con posterioridad a estos libros, que marcan como jalones de la curiosidad con que Francia ha seguido el movimiento político de los EE. UU., puede señalarse, también, la serie de tesis y los numerosos estudios particulares, que han ilustrado con su análisis, la historia del derecho constitucional de aquel país.

En la misma Inglaterra, madre de las instituciones jurídicas de los Estados Unidos, bien que sus organizaciones son diferentes, no han faltado investigadores que han hecho estudios notables sobre la Constitución que nos ocupa. El libro de Bryce, sobre la *American Commonwealth*, puede citarse como ejemplo.

Pero no es tanto en la materia de la doctrina constitucional y de las investigaciones sobre esta disciplina, donde es más fácil señalar el desarrollo considerable y la influencia de la Constitución de Estados Unidos en las ideas, sino en la gravitación directa de la Constitución misma como modelo o arquetipo de otras constituciones.

Por lo pronto, la Constitución de los Estados Unidos, ofreció para su época, la originalidad de ser la constitución de un estado federal, forma hasta entonces desconocida para el mundo, y, además, porque importó la aplicación en vasta escala del régimen republicano que, según la teoría tradicional, se consideraba que solamente podría dar

(1) He aquí el párrafo de la carta de Laboulaye en que alude a la Constitución de los EE. UU., al remitir a Cavaignac sus *Considérations sur la Constitution*.

Au General Cavaignac, president du Pouvoir exécutif.

General,

« En remettant dans vos mains les destinées de la patrie, les événements vous ont fait une position comparable a celle de Washington. Déjà dans une guerre plus cruelle qu'une guerre étrangère, vous avez montré une fermeté et une humanité dignes de ce grand homme. Pour que l'histoire achève un parallèle si noblement commencé, il vous reste a fonder avec nos législateurs, une constitution durable, une constitution vraiment libre, vraiment républicaine. Puissent en ce point vous servir également d'exemple et la sagesse et le sens exquis du héros des Etats Unis!... »

resultado, en su fórmula democrática, en países de pequeña extensión, como Suiza o en la antiguas repúblicas griegas.

Los Estados Unidos presentaron, pues, un ejemplo nuevo y único, acabadamente realizado para países que, como los de la América Latina, iniciaban casi simultáneamente, el ensayo de su organización. No es extraño, pues, que ese prestigio natural de la Constitución de los Estados Unidos fuera una de las causas que influyera para que los países sudamericanos adoptaran también seducidos por la liberalidad de sus principios y la autoridad de sus tribunales, la fórmula republicana y el dogma democrático.

La República Argentina, en 1860, recoge de la Constitución de los Estados Unidos, el sistema político y los principios generales de su organización. En igual caso Nueva Granada, Venezuela en 1811 y 1925, México en 1857 y 1917, el Brasil en el año 1891, también toman como modelo de sus instituciones, la Constitución de los EE. UU.

Es más: en algunos países, como la República Argentina, por ejemplo, ha llegado a insinuarse por alguno de sus intérpretes, el principio de que la adopción de la Constitución de los EE. UU. permite prescindir de los antecedentes nacionales propios; que basta la doctrina y la interpretación de aquella, para resolver todos los problemas y las dificultades que suscita la aplicación de la Constitución.

Contra esta teoría se afirma la tendencia, cada vez más acentuada, a buscar en el propio país y en los precedentes nacionales, los orígenes del federalismo, y a reconocer que el principio federal, no obstante la fórmula común, por la modalidad del federalismo argentino, obliga también a una interpretación particular, fundada en las características propias.

A las circunstancias de carácter histórico y tradicional respecto del prestigio de la Constitución Americana, hay que agregar todavía el valor de su contenido jurídico, en la actualidad.

En primer término, el hecho extraordinario de que la Constitución primitiva, adaptada a un país de tres millones y medio de habitantes y de modalidad agrícola, haya servido para regir los destinos de ese mismo país cuando éste tiene 130.000.000 de habitantes y ha alcanzado una transformación profunda de sus características, pasando del régimen agrícola primitivo, al régimen industrial intenso. Y que esto se haya cumplido, sin comprometer la garantía de los derechos, facilitando el desarrollo de su extraordinario potencial económico y haya podido realizarse conciliando el equilibrio entre el orden y el progreso, entre la justicia y la libertad, importa una experiencia única y fecunda en materia de gobierno, que es acaso la lección política más extraordinaria cumplida en más vasta escala por la humanidad.

Este destino feliz de la Constitución ha sido también un motivo para que muchos políticos europeos, en el período posterior a la guerra de 1914, cuando en Europa se pensaba en la necesidad de fundar un sistema de convivencia vital sobre la base de la paz, se

creyera posible la realización de una federación de pueblos, que organizaran sus instituciones inspirándose en el principio federal.

Es, pues, la Constitución de los Estados Unidos, el instrumento jurídico más completo, más típico, la experiencia práctica más rica y fecunda para el estudio del derecho constitucional. Y ese valor de la Constitución, como experiencia jurídica, es particular y singularmente útil para los países sudamericanos, especialmente para aquellos, que, como el nuestro y la mayoría de ellos, se basan en el sistema bicameral, o como los que tienen establecido, como la República Argentina, el régimen federal en sus instituciones.

Hay, además, otro aspecto de la Constitución que resulta muy útil, y es el valor de su jurisprudencia. La Corte de los Estados Unidos, en sus decisiones que importan interpretaciones de la Constitución, ha ido fijando, especialmente, el alcance de los poderes.

Esa jurisprudencia constitucional, esa fuente de experiencias en la aplicación jurídica de la misma es, en más de un caso, utilizable, por analogía, para la interpretación de constituciones como la nuestra.

Completando todavía el examen de sus valores, podemos agregar que la Constitución americana ha sido el instrumento jurídico que, prácticamente, ha permitido funcionar en la más vasta escala hasta ahora conocida en la historia del mundo, la experiencia democrática integral, como jamás se ha realizado hasta el presente en ningún otro pueblo de la tierra.

No obstante todos estos particulares valores de la Constitución, no han faltado quienes formularan críticas o reparos. No todos han visto o siguen viendo el instrumento constitucional de los Estados Unidos desde este ángulo sobradamente optimista. Un autor francés, que citaremos frecuentemente en nuestro curso, Jacques Lambert (1), estudiando la Constitución de los EE. UU. y particularmente su prolongada duración como instrumento jurídico constitucional, hace notar que en la propia constitución existen concomitantes, dos elementos de valores desiguales: por una parte un pacto internacional que pone término a la anarquía en la que se debatían las colonias, que creó una unión permanente entre los 13 estados, con un lazo estrecho, que al mismo tiempo repartía en el nuevo Estado, las distintas actividades o funciones del gobierno. Pero junto a este pacto internacional que daba nacimiento a ese Estado, se había organizado una Constitución. En los EE. UU., la solución democrática republicana está de tal manera unida al elemento de la organización federal, que no es posible realizar una separación, entre el pacto y la Constitución. Esta distinción cabe hacerse desde el punto de vista del orden formal. Pero señala Lambert que la prolongada duración de la Constitución y el éxito de la aplicación de sus principios, no deriva principalmente del acierto de sus soluciones, a veces discutible, sino de la circunstancia

(1) *Jacques Lambert. Histoire Constitutionnelle de l'Union Americaine. Paris. Librairie du Recueil Sirey, 130.*

de que esa Constitución está vinculada al pacto de unión nacional y que lo que asegura el éxito, la eficacia y permanencia de la misma, son factores de orden adventicio, como es el principio de la unidad establecida entre el pacto y la Constitución.

Observemos el caso de la división de los poderes, que el constituyente de Filadelfia ha aplicado con excesiva rigurosidad, creyendo poder realizar de modo perfecto ese equilibrio entre la triple función del Estado de gobernar, legislar y establecer el derecho. Esa división de los poderes, tan estrictamente mantenida, al parecer, en la teoría, si no ha llegado a producir desequilibrios en la práctica, trayendo como consecuencia el fracaso de las instituciones, ha sido precisamente la causa del desequilibrio de los mismos. La conclusión es paradójal, pero tiene su explicación. Se ha mantenido en la teoría de sus instituciones el principio de la división, mas el avance o desplazamiento que los poderes han ido realizando, ha permitido conservar eficacia en la acción, corrigiendo los errores del sistema que de otro modo hubieran determinado su crisis (1). Tenemos, por ejemplo, el caso práctico que se planteó a Estados Unidos, cuando, después de la guerra de 1914, Wilson impuso a Europa los principios de la paz, que fueron más tarde rechazados por el Senado de los EE. UU. En el precedente que Lambert señala, hay evidente desequilibrio entre una autoridad y otra, que resulta del sistema presidencial americano, que tiene facultades ejecutivas considerables, acompañadas de un control a retardo, como es el que realiza el Senado con respecto a la función del Presidente en materia de aprobación de tratados.

De manera pues, que en tesis general, para este publicista, la Constitución ha durado porque era un instrumento de orden internacional, que para modificar fundamentalmente sus instituciones resulta necesario obtener el acuerdo casi unánime de los Estados.

Todo esto, demuestra acabadamente, en la actualidad, la utilidad del estudio detallado y metódico de la Constitución de los EE. UU.

En primer término, porque ella representa la legislación fundamental de un estado llamado a ser, en la historia del mundo, por lo menos en la época presente, el factor más considerable de civilización en los destinos de los demás pueblos. Porque esa legislación constitucional y los principios de ella derivados, en lo que se relacionan a la actividad y a la vida de un pueblo, han permitido plenamente el desarrollo en vasta escala del orden democrático, que se traduce en aciertos pocas veces alcanzado, por los otros países (sobre todo, si aplicamos el principio de juzgar el árbol por los frutos) y que sintetiza el conjunto de soluciones más completas y perfectas con relación al progreso social, como son las de su legislación en los puntos capitales de la libertad, del trabajo, de la industria, de la organización y desenvolvimiento de todos los servicios públicos, etc. En este sentido la legislación de los Estados Unidos constituye una fuente

(1) *Lambert*, obra citada, pág. 17.

inagotable de sugerencias para la legislación de los demás países. Y esta legislación y ese sistema constitucional resultan todavía más útil para los países de Sudamérica, que para los países de Europa. Los estados de Sudamérica, renovando la empresa de Sísifo y retomando continuamente, el problema de la organización constitucional, no encuentran todavía la solución perfecta de sus instituciones. Ellos pueden hallar en los EE. UU. la rectificación de esta ilusión candorosa, pues la experiencia de ese país admirable nos demuestra que no es tanto en las formas políticas donde reside la eficacia de un sistema gubernamental, sino en el pleno rendimiento que saben dar a las instituciones, procurando interpretar sus verdaderos fines y ceñirse lealmente a sus principios.

Cuando nos referimos a la Constitución de los EE. UU. en general, no solemos aclarar que nos referimos nada más que a la unidad del vasto Estado; no pensamos particularmente en los 48 Estados miembros que lo integran, ni que cada uno de ellos, a pesar de la unidad de lengua, de raza y de tradición que tienen, importa una historia singular y particular tan distinta, casi, como cualquiera de los países sudamericanos, dentro de la unidad del continente. Ni recordamos que cada uno de esos estados posee una Constitución propia, y que la historia de los Estados Unidos y la aplicación de la Constitución, están condicionados a la modalidad de cada uno de ellos.

Para comprender, pues, plenamente, la constitución de un pueblo, (y a ello no hace excepción la Constitución de los EE. UU.), es necesario explicar la Constitución en su evolución.

Una constitución no surge nunca como la Constitución de Solón en Atenas y de Licurgo en Esparta, de la cabeza de un hombre, como la Minerva de la cabeza de Júpiter. La constitución es una obra de depuración al través de la historia, del sentimiento y de la voluntad de un pueblo. Y en ninguno se cumple más acabadamente esta modalidad contingente de su naturaleza social, como en la Constitución de los EE. UU. Es necesario, pues, conocer los factores ideológicos, políticos y sociales, y las grandes transformaciones de la historia, para explicar y alcanzar el sentido de las constituciones.

Es cierto que la Constitución de los EE. UU. es hija de las instituciones de Inglaterra, porque la legislación de los EE. UU. surgió por obra de los inmigrantes puritanos que transportaron a la América salvaje, de la cuna secular de Inglaterra, el patrimonio invaluable de su civilización. Pero con esta particularidad: que todo lo que ellos incorporaron a la América, fué el sentimiento y el culto de la libertad, el alma y el espíritu; todo lo que importaba una herencia feudal aunque existiera en Inglaterra, no prosperó o no tuvo arraigo en los EE. UU.

Estos gérmenes y principios de libertad, que estaban en el espíritu de las instituciones inglesas, llevados a un país nuevo y libre, se desarrollaron hasta alcanzar su plenitud.

Las vicisitudes que nos ofrece la Constitución de los EE. UU.,

nos permiten señalar desde ya tres etapas necesarias en la división del curso: en primer término: 1) el período relativo a la organización de las primitivas colonias; 2) la formación de la Confederación de los estados y la elaboración de la Constitución. Por último, 3) el estudio de las constituciones de los estados.

El hombre extraordinario que fué Franklin, a quien el destino le confirió la suerte única, entre sus conciudadanos, de poner su firma al pie de los tres documentos fundamentales de la vida de aquel gran pueblo, que fueron: la Declaración de la Independencia, el Tratado de Paz con Inglaterra, y el suscribir la Constitución, al terminar las sesiones de la Constituyente de Filadelfia, volviéndose hacia el sillón presidencial donde estaba dibujado un sol nascente, hizo notar a los miembros que lo rodeaban, la dificultad que hay para distinguir el astro en el ocaso, de una aurora.

«A menudo y bien a menudo, —dijo Franklin—, en el curso de «nuestras reuniones, en las vicisitudes de nuestras esperanzas y de «nuestros temores relativos al resultado de nuestras deliberaciones, he «mirado esta pintura sin saber decir si el sol se levantaba o se ponía. «Ahora, al fin, tengo la felicidad de ver que es un sol que se levanta «y no un sol que se extingue.»

Franklin tenía razón; —dice Laboulaye— era la aurora de un mundo nuevo, era el advenimiento de la democracia organizada, era la libertad que se levantaba en el otro lado del Atlántico, para iluminar y fecundar el Universo.

El Sol levante que veía Franklin, está hoy en el cenit. Vale la pena de contemplar su radiosa ascensión.

JUAN CARLOS GOMEZ HAEDO.

LA GRAN HACIENDA Y LA MESA GRANDE DE NUESTROS MAYORES

Al canto de la Villa de Santo Domingo de Soriano, la vieja Reducción chaná, primera semilla de civilización echada en suelo uruguayo por la mano misionera de Fray Bernardo de Guzmán, — se extendía, allá por los términos del Siglo XVIII, una muy gran Hacienda y privada posesión, donde, a su turno, el trabajo del hombre había arrojado la simiente de esos frutos de la tierra que, al colmar los trojes, son para los pueblos las verdaderas monedas de su progreso y parte fundamental en su felicidad.

Mitad selva y pajonal, mitad pampa y malezal, era uno de esos inmensos fundos dados sin tasa ni medida, al que sólo localizaban y limitaban los ríos y arroyos, como a un trozo de geografía. Estancias realengas las llamaban, porque del Rey venían. La real gracia que confería tan generosos derechos de propiedad, entremezcla de lo político y lo económico, no solía ser acto de caprichosa y cortesana regalía. Sólo alcanzaba a varones de cuenta, doblados de señores y pioneros, y capaces de colonizar bravamente. Azadón en mano para volver los duros terrones de la tierra virgen; espada al talabarte, siempre presta a defender los sembrados y el principio de propiedad en las nuevas tierras de América, frente a la doble anarquía de la salvaje naturaleza y de su indio, al capitán de la conquista relevaba el capitán del trabajo y el afianzamiento.

Por fortuna, todo fué propicio al señor de esta realenga posesión de Soriano: clima, aguas, tierras de labrantío. Y para facilitar su feliz asentamiento, junto a la tierra pródiga, encontró la buena arcilla humana del aborigen de la región, que la mano suave del misionero ya había moldeado tan fácilmente como luego el propio indio, amasó el barro del Hum para los adobes de la Capilla de la Reducción. Y si el ánimo del indio se agitó dócilmente para balbucir el Credo con pronto olvido del culto ancestral, también su lengua, tenaz, se movió para moldear las palabras oídas del hombre blanco hasta perder la memoria del bárbaro lenguaje natal. En su tiempo, el Padre Larrañaga, llevado de su noble y bien conocida curiosidad científica, sólo logró oír resonar en boca de algunos ancianos de las tribus, como eco trémulo y lejano, los últimos acentos de la lengua moribunda.

El indio, pues, lejos de oponerse en contra bravía a la historia colonial de la comarca, le arrimó el hombro. Como a lo demás, se hizo también al trabajo. Verdad que su natural pasivo de pescador ancestral y la labranza no se avenían. Para el arado debió traerse equipos de esclavos africanos. Pero ayudaban al arreo del ganado montaraz, al corte de leña, y, sobre todo, a las pequeñas tareas se-

dentarias. Amaban la manualidad de una industria modesta y primitiva, en piedra, en cuero, en madera, en hueso. Salidos directamente de la Edad de Piedra, tenían un particular instinto mineral. (1)

El señor de estas tierras de Soriano llegó a ser lo que podría llamarse un rico home. Sus muchas tahonas molían el trigo propio, bastante a abastecer de blanco pan y rubia hogaza a la entera comarca y su Villa. En el amplio, espacioso comedor del amo, se bendecía y partía el blanco pan de lpropio horno sobre una muy larga, ancha y grande mesa orlada de familia. El padre, don Patricio Gadea, severo y dulce al par como patriarca antiguo, se sentaba a un cabezal. La madre, doña Clemencia Paredes, al otro. Era la segunda esposa de don Patricio. Mucha prole le vino de su primera mujer, fallecida joven aún. También mucha, de la segunda. Pero todos sus hijos fraternizaban en armonía de corazones, tal como si el mismo canto hubiese arrullado sus cunas. Juliana y Teodora, señoritas ya formales, hijas de la primera hora, sentaban a la grande mesa junto a Martina y Eugenia, niñas todavía, traídas por la cigüeña en el vuelo de las segundas nupcias. Y entre ellas y otras, y a su frente, se sentaban mozos fornidos y barbados a la vera de niños y adolescentes. Rebosaba vida la grande mesa. Era la mesa de nuestros Mayores, abundante en hijos pero también en pan; abundante en virtudes pero también en sana alegría desbordada del corazón, no del cauce del grave comedimiento y respeto debidos a los padres. La coqueta mesita oval del pequeño comedor moderno a que se sientan el matrimonio solitario, y cuando más, también el hijo único, es el triste antípoda de la antigua, pesada y grande mesa cuadrangular, siempre dispuesta a volverse más grande para la hospitalidad, con el añadido de sus tablillas complementarias, tal como si abriera los brazos.

La historia de esta mesa comenzó con piedra negra. Un día, las gruesas vigas del rústico artesón, parecieron pesar sobre las cabezas. Lentos y silenciosos cucharas y tenedores, se comía sin comer. Podría oirse el pulsar de las venas. Aunque obstinados en los platos sin tocar casi, los ojos soslayaban de cuando en cuando y como a su pesar, hacia el sitio de una silla vacía. Miradas rápidas y como a hurtadillas. En la silla vacía se sentaba ayer no más, uno de los hermanos menores. ¿Qué había sido del travieso Nazario? Pocas semanas atrás, Nazario quiso acompañar a los leñadores de la Hacienda hasta el monte del Arroyo Bizcocho. Mientras los hombres «monteaban», el muchacho se internó en la tupida maraña hasta perder sus oídos el resonar de las hachas sobre los duros troncos de los talas. Caía la tarde. Los leñadores echaron de menos al hijo del amo. A los gritos y llamados de la busca, Nazario contestó desde la copa de un árbol.

(1) De niño recuerdo haber visto en mi casa paterna, un mortero hecho por un indio de esa Hacienda. La tradición familiar le daba más de un siglo, siempre en uso. Por su perfecta forma y el impecable pulido que hacía resaltar el blanco marmóreo de la piedra en que estaba tallado, se diría un almirez de farmacia fabricado a molde por la moderna industria.

No se atrevía a bajar, temeroso de un perro cimarrón que le atacara, sin darle más tiempo que el de treparse al árbol salvador con la redoblada agilidad de su juventud y el instinto de conservación. Pero no tan rápidamente que escapara su pierna a los colmillos del perro, en un último y terrible balance. Llevado a casa y curado, la herida cerró. Ya había olvidado el lance, cuando, de pronto, el muchacho comenzó a retorcerse atrozmente, lanzando espantosos aullidos. Escalofrío y terror en todos. ¡La rabia! Al plazo fatal de los cuarenta días, el virus infernal quemaba la médula del infeliz. Un viejo aconsejó sorda y sombríamente: —Hay que desangrarlo. Nadie curó de esto, por más que rezaron las mujeres a Santa Quiteria.

Murió atado y trincado como una res. Al cesar sus aullidos, un suspiro de alivio ensanchó los pechos oprimidos. Pero en el corazón y los nervios de los suyos, siempre hincaría el colmillo de aquel atroz recuerdo. Abuelas ya, las hermanas de Nazario, trémulas, narrarían más de una vez a sus nietos, el atroz acontecimiento.

No mucho después de aquel suceso, otra silla, la segunda, se mostró vacía ante la gran mesa familiar. Dulce tristeza tocaba las frentes. Pero esta vez, a la vista de la silla vacía, los ojos del padre reflejaban cierta satisfacción entereza, y las maternas pupilas una tierna resignación orgullosa. Era Lázaro, otro de los jóvenes hijos, el nuevo ausente. Verdad que no podría retornar. Pero si su ausencia no tenía regreso, era porque el mozo había marchado para cumplir y realizar el más alto sueño de una familia de honda españolidad que anhelaba ver a uno de los suyos servir al Señor mientras los demás hermanos sirven al Rey. En una palabra, el sueño del hijo Cura.

En la ciudad, pocos años bastaron a este adolescente venido del lejano campo rudo y bravo, para alcanzar las órdenes. Su inteligencia clarísima, y su contracción singular a todos los estudios y disciplinas de la árdua carrera, le transformaron, joven aún, en el Presbítero Lázaro Gadea. Raras virtudes se ocultaban modestamente bajo el manto del nuevo sacerdote. Sentía su religión pero también su patria. Y apenas ordenado, se dió al gran problema de la educación popular, problema siempre grave en el país, pero agudizado y más sentido por un corazón patriota, desde el día en que Portugal extendiera su guantelete de hierro hasta el Río de la Plata, apoderándose de Montevideo aquel infausto 20 de Enero de 1817.

Corría 1822. En Noviembre del año anterior y en esa misma Montevideo, se había fundado la Sociedad Lancasteriana para fomentar la enseñanza pública a base de un sistema pedagógico muy en boga a la sazón en Europa y Norte América. Era el plan de la enseñanza mútua ideado por Lancaster y Bell, que resolvía, sobre todo, el punto relacionado con la gran escasez de maestros de escuela. Para esto, a aquellos alumnos que se destacaban, se les transformaba en pedagogos o repetidores de sus condiscípulos menos avisados o más soñadores. Solución económica más que cosa propiamente pedagógica.

Al Padre Larrañaga, gran propulsor del movimiento educativo

en nuestro país, se debió la Sociedad Lancasteriana. A su tacto y diplomacia, que el mismísimo Barón de la Laguna le diera su auspicio y protección. Sólo así, en medio de la dominación extranjera, podría salvarse la causa de la instrucción pública que era nada menos y también, la causa de la lengua materna, sutil y verdadero reducto moral de la resistencia al invasor. Dentro del propio Fuerte, asiento central de las autoridades foráneas, se asentaría también la Escuela Lancasteriana. Para dirigirla, llegó de Buenos Aires don José Catalá y Codina, quien no dejaría más esta tierra con la que se identificó. Era la más alta autoridad del nuevo sistema en el Río de la Plata, y ya en la otra Capital había fundado y dirigido el primer instituto del género. Ilustrado pedagogo, ese mismo año de 1821 en que viniera a Montevideo, había dado a la Imprenta de los Niños Expósitos, de Buenos Aires, su «Compendio gramatical de la Lengua nacional llamada Castellana» tal vez el primer texto docente publicado en estas latitudes, y del que se conserva un ejemplar en nuestra Biblioteca Nacional.

Catalá y Codina contaba para su escuela en Montevideo, con la colaboración del maestro don Francisco Calatayud. Pero a pesar de que el sistema se caracterizaba por la economía de personal enseñante especializado, como se anunciaba muy numerosa la clientela escolar, se hizo imprescindible un Ayudante. Se llamó a concurso. El Presbítero Lázaro Gadea no tuvo a menos aspirar al modesto destino. Obtenido el cargo, su primer clase de aritmética se inició por una operación de resta moral. De cincuenta patacones en que estaba fijada su asignación mensual, se rebajó a sí mismo, veinte patacones, los que debían quedar a beneficio de la Escuela. ¿Qué habría pensado Lázaro de las modernas sumas de las acumulaciones?

En tanto que el joven Ayudante se daba por entero a los bancos lancasterianos enfilados en un salón del Fuerte junto a las oficinas donde se hablaba un idioma extraño, — allá, en los paternos lares, otra silla aparecía vacía, la silla de la joven Martina. Campanas de boda habían señalado esta ausencia. Y digno de una Gadea, en lo social, era el enlace. Pero en el corazón de los hermanos varones y tal vez del propio padre, no todo era alegría por la felicidad de la desposada. Un Fidalgo portugués, llegado a Soriano tal vez por cosas oficiales; un lusitano, había logrado conquistar el corazón de la muchacha Oriental, en el campo neutral del amor. Llamábase Antonio Moreira, y era de Oporto. Más tarde, gustaba mentar su pergamino de nobleza menor. Martina Gadea, su mujer, se burlaba entonces graciosamente, aunque en la intimidad de los suyos:

—Bien sabemos, querido, de dónde te viene ese título...

Y afirmaba que cuando el Rey visitó Oporto, su marido formaba parte de una Comisión de Notables que habían de agasajarle. Agregaba que los Notables se echaron de rodillas, al verse ante el Rey. Y concluía:

—¡Levantad, galgos! — dijo Su Majestad. Se refería a la perruna actitud. Pero vosotros comprendistéis: —¡Levantad, Fidalgos!...

En la chanza había más gracejo y dulzura que intención de ofensa a los sentimientos un tanto rancios y fuera de lugar del esposo, que éste era el primero en festejar. Pero también las veras andaban en la broma. Y estas veras venían del espíritu de la joven América frente al de la vieja Europa, adherido como yedra a los seculares y carcomidos árboles del privilegio que los libres vientos del nuevo mundo desarraigarian de cuajo en cualquier intento de transplante.

Muy Oriental salió la prole a ese matrimonio, Fulgencio, que casó con Adela Iglesias Lavalleja, sobrina del General, fué ardiente patriota. Otra hija, María, casó con Carlos Catalá hijo del viejo maestro junto a quien su tío Lázaro tanto luchara por la enseñanza y la Patria. (1)

Corría 1824, año de la crisis histórica que desembocó en la independencia brasilera, y al desprenderse el Brasil de Portugal, nos arrastraba consigo. La dominación portuguesa se cambiaba, pues, en la dominación brasileña. Ayer, el Rey de Portugal; hoy, el Emperador del Brasil. Pero el brasileiro sería más celoso y estricto que el lusitano. Corrió peligro la Escuela Lancasteriana. El nuevo dominador dictó orden de destierro contra el Director Catalá y el Ayudante Gadea, convictos de simpatías y conexiones con los patriotas Orientales que en esta hora de choque entre el Brasil y su metrópoli presentían también una hora propicia a la Patria. Sin embargo se dejó en suspenso, el extrañamiento del Director. Su doble carácter de español e irremplazable, lo mantuvo en su puesto frente a los bancos lancasterianos del Fuerte. Pero se confirmó la orden en todo su rigor, para el Ayudante. Y a igual del Padre Larrañaga en tiempo de los españoles, el Presbítero Gadea fué expulsado de la ciudad. Mientras Lázaro buscaba en campaña los patrióticos contactos con los núcleos pre-revolucionarios, en la gran mesa paterna aparecía vacía una nueva silla.

También campanas de boda, como cuando Martina, señalaron esta ausencia. Habían tañido esta vez para la más joven de las hijas de don Patricio. Para Eugenia. En la Villa, en la Hacienda, y más allá, y hasta en la propia familia, esta boda hizo sensación y gran sorpresa. Eugenia, bellísima y de altivo y majestuoso porte, había desdeñado hasta entonces los mejores partidos. Orgullosa y sin corazón, la reputaban. Levantando las miradas de sus hermosos ojos por encima de la maraña bravía, como una prisionera nacida allí por equivocación, parecía contemplar las aguas del Río Uruguay, soñadoramente. El despecho de muchos murmuraba:

—Eugenia Gadea espera al Príncipe...

(1) Carlos Catalá fundó San Eugenio del Cuareim, hoy ciudad de Artigas, el 12 de Setiembre de 1852. Falleció en 1864, durante el sitio de Paysandú. Expulsado de la plaza por pertenecer al Partido Colorado, le derribó al partir el caballo que montaba, fracturándole una pierna. Declarada la gangrena, falleció. Su padre, don José Catalá y Codina, había fallecido en Montevideo, en 1844, durante el Sitio Grande.

¡Y oh, prodigio! El Príncipe llegó, y por el camino azul del río. Llegó hasta ese apartado rincón perdido entre las selvas, matorrales e indios. Llegó encarnado en un brillante marino brasileño. Era, nada menos, que el Almirante en Jefe de la Escuadra del Imperio del Brasil, don Jacinto de Sena Pereira, alta figura de la Corte de don Pedro 1º, y, de añadidura, inmensamente rico. De cruceiro por el Río Uruguay el Almirante había recalado en Soriano. Se conocieron. Y no pasó mucho tiempo sin que la bella Eugenia, del brazo de su esposo, pusiera el pie en la empavesada nave que debía llevarla a Río de Janeiro, donde residiría. ¿Una nueva deserción de la mesa patricia? No. Como en el caso de Martina, se había pactado en el campo neutral del amor. También ésta, como aquella Gadea, nunca dejaría de ser una patriota. En el suntuoso palacio de la Isla das Cobras, residencia habitual de doña Eugenia, latió siempre un corazón Oriental. Sin descanso, la mano de la esposa del Almirante brasileño se tendió infatigable para aligerar la dura carga del cautiverio a muchos ilustres jefes Orientales, de quienes fuera triste cárcel, esa verde isla suspendida en la maravilla de la bahía de Río.

Quizá aún navegaba el barco de Eugenia cuando, otra silla se mostraba vacía ante la mesa familiar de sus padres. Santiago había marchado. ¿Adónde? Sin que nadie tuviera previa noticia, de la mañana a la noche, desaparecía de su casa. Era mozo ardiente y decidido. Al parecer, sólo los padres estaban en el secreto de esta partida, pero en vano preguntaban los hijos. Los labios de padre y madre permanecían sellados. Pero en las pupilas de doña Clemencia se adivinaba cierta mal disimulada inquietud, mientras en los ojos de don Patricio brillaba un chispazo de resuelta aprobación. Algunos servidores de confianza solamente sabían que Santiago había cruzado el Río Uruguay, rumbo a la Banda Argentina.

No pasó mucho tiempo. El misterio de esa ausencia quedó desvanecido. En un punto del río, aguas abajo, y no muy lejos de la casa paterna, Santiago Gadea volvía a la Patria. Pero no solo. Con él, también volvían treinta y dos compatriotas. Sigilosamente, envueltos en las últimas sombras del amanecer del 19 de Abril de 1825, desembarcaron en la Playa de la Agraciada. Traían un jefe: Lavalleja. También una bandera, y en ésta, escrita con tinta eterna, una disyuntiva de hierro: «Libertad o Muerte». Desembarcaban, sí, ni lejos de los lares de Santiago, y harto cerca de los camalotes del Juncal donde la Escuadra de su ilustre cuñado, el Almirante Sena Pereira, sería batida por las carronadas de Brown. Quizá Eugenia, allá en la isla lejana y en el telar de Penépole tejería con los más sutiles deseos y las más íntimas fibras del corazón, una bandera de libertad para su Patria. (1)

(1) En su larga vida, doña Eugenia visitó varias veces su patria. Su último viaje lo hizo en 1884. Vuelta al Brasil, falleció. Pareció presentir su próximo fin, y no quiso morir sin volver a la patria por última vez, para rezar en la tumba de los suyos. Lázaro había muerto en 1881, siendo el penúltimo sobreviviente de los Constituyentes del año 30. El último fué Don Carlos Chucarro. En ese último viaje, Doña Eugenia se hizo fotografiar en Montevideo. Hay un ejemplar en el Museo Histórico.

Pocos meses después del desembarco en la Agraciada, fueron la Declaratoria de la Florida y el resonar de las batallas libertadoras que darían valimiento y real efecto a la voluntad de independencia y libertad, atascada como pólvora en aquella Declaratoria.

Paralelamente, Catalá y Gadea se reencontraron en campaña. El maestro español había sido encarcelado por el invasor, que descubriera en el pedagogo harta y activa afición a la causa de los Orientales. Fué luego puesto en libertad. Pero las puertas de la Escuela Lancasteriana habían cerrado al abrirse para su Director, las puertas de la cárcel. En el campo cerca de los patriotas en armas, retomó su denodada tarea de enseñar. La misma Asamblea que declarara la independencia nacional, encaraba en Ley del 19 de Febrero de 1826, la creación y organización de la Escuela Pública, para confiar su dirección a don José Catalá y Codina, en Decreto del 1º de Marzo.

Entre el ruido de las armas, el viejo maestro tuvo que crear de la nada, el foco que hace fecunda y elevada la paz de los pueblos. El principio lancasteriano, sufrió entonces la prueba del fuego. Y apenas si pudo contar con la preciosa colaboración de su antiguo Ayudante, porque otros deberes obligaban a Lázaro Gadea. Debíó dejar su pupitre de maestro para ocupar un escaño en la Asamblea Constituyente, en representación de Soriano, su región natal, para aplicar su talento claro y sus patrióticas virtudes a la gestación de la Carta Magna. Entre otras, tuvo una idea que defendió con ardor en una «alocución de hora y media», pero que no logró encarnar en el cuerpo de leyes fundamentales juradas el 18 de Julio de 1830. Era un Proyecto de Poder Ejecutivo pluripersonal. Nihil novum sub solem. En el Acta del 26 de Noviembre de 1828 el señor Gadea «explicó la necesidad que se tenía de nombrar un gobierno de dos o más personas consultando de este modo reconciliar las diferencias de opinión y el choque de partidos que se sentían en el país». Pero no podía triunfar esta tesis, entre otras razones, por pesar demasiado en los espíritus, la creación presidencial de los Constituyentes de Filadelfia.

Al terminar su labor legislativa, Lázaro Gadea dejó su escaño para retornar a los bancos de sus antiguos amores. Se hacía necesario formar los ciudadanos de la nueva República, en cuya ley fundamental había dejado rasgos de su espíritu. Esta vez, el antiguo Ayudante de la Escuela Lancasteriana sería exaltado a Director General de las Escuelas del Estado, sucediendo en 1832 al también Presbítero don Ignacio Zufriategui, quien había recogido la herencia del primer Director, don José Catalá y Codina.

Al largo de esos gloriosos y trabajados lustros, allá, en Soriano, la mesa grande de los Gadea se tornaba más vacía, de año en año. Menudeaban las sillas inútiles. Unos se marchaban para formar su hogar. Otros, llevados por espíritu de cambio y andanza, se avecinaron en la Argentina. Pero así que en los cabezales de la gran mesa se sentaron los padres, llegadas fechas de señal y reverencia, la vieja mesa del gran comedor volvía a rebosar vida en un refloramiento

de sus días mejores. Y con mayor florecer. Porque junto a los hijos que cubrían leguas de viaje para honrar a los ancianos padres y recoger su bendición, venía también la bulliciosa cauda de los nietos. Pero este rebrote primaveral sólo medra a costa del polvo de las precedentes generaciones. El tiempo, con una mano siembra, con la otra, siega.

Y llegó para la mesa grande el fin de su historia, micra, en reflejo, de una grande historia. Un día, no se sentó más al cabezal, el venerable padre. Otro, la amantísima madre. Y como la vida dispersó a los hijos que aún quedaban, y no haber ya razón de cita para los dispersos, llegó un día en que, en adelante, solamente uno de los hijos, se sentaría a la gran mesa como único y solitario comensal. Era Tadeo. Hasta el final, fué báculo de la paterna ancianidad. Para mejor cumplir, no se casó. Y al irse todos, él quedó en la vieja casona a guardar la heredad. Allí envejeció. Allí murió, como artillero al pié del cañón. Fieles servidores cerraron sus ojos. Muerto Tadeo ¿quién guardaría la Hacienda? Todos y ninguno. Y a espera de los legítimos dueños, los viejos servidores, hijos y hasta nietos de indios y de antiguos esclavos, libres al nacer, guardaron la heredad. Pero los legítimos dueños no volvieron nunca. En la Hacienda, ya no tenían intereses morales. Sólo, materiales intereses. Y los desdeñaron. El tiempo se encargó de aventar una riqueza que el dueño abandonaba.

Cierto día, al comienzo del corriente Siglo XX, se presentó en casa de una biznieta de don Patricio Gadea, con un rollo de papeles bajo el brazo, un experto en achaques judiciales. Dijo haber estudiado los antecedentes de la «Sucesión Gadea», de cuyo estudio sacó la seguridad de que la estancia realenga de Soriano, jamás había sido vendida, ni enajenada, ni cedida. Que, consecuentemente, los actuales poseedores de las muchas estancias comprendidas hoy dentro del perímetro de la posesión de don Patricio Gadea, carecían de títulos saneados. Se trataba, pues, de un caso de reivindicación de derechos. Afirmó existir un precedente. En efecto, hubo ya una estancia realenga del departamento de Salto, en idénticas condiciones. Los descendientes del primitivo poseedor del título realengo, iniciaron juicio contra los actuales usufructuarios, — que son muchos — y éstos se vieron forzados a transar. Casi medio millón redondeó esta transacción colectiva. Y concluyó el experto:

—Traigo aquí, en estos papeles, copia de todo. Si usted no desea tomarse la molestia de pleitear, estoy dispuesto a comprar sus derechos.

El leguleyo era una sirena cantando en un mar de papeles.

Pero pueden dormir tranquilos los de la zona amenazada. La cera del deber, del buen sentido y la dignidad, taponeó esta vez los oídos de Ulises en la conquista del Vello de Oro. Dignos de don Patricio, sus descendientes directos nunca intentarán sacudir el polvo de más de siglo y medio caído sobre el viejo título que firmara un Rey de España a favor de su noble antepasado. Su biznieta le dijo

al experto, con éstas o parecidas palabras: «si es posible molestar a los actuales poseedores con interminables pleitos que les obliguen a transar, discutiendo las prescripciones legales, existe, en cambio, una prescripción moral, indiscutible, ilevantable, absoluta, que hace pertenecer esas tierras con el mejor y más saneado de los títulos, a quienes, de buena fe, las adquirieron y trabajaron».

Y es así que el inmenso y antiguo solar de don Patricio Gadea, fué a parar, partido en cien pedazos, a manos extrañas, no sabemos porque azar de la fortuna, pertenece hoy, sin disputa, a quienes hicieron producir y prosperar esas tierras, de las mejores del agro nacional. Reivindicarlas en nombre de los muertos es un agravio a la vida. Reclamarlas en nombres de leyes escritas y frías, es desconocer una ley viva, cálida y profunda que rige la historia americana. En Europa, el viejo solar quizá proseguiría incólume en poder de un descendiente, tal vez un ocioso, que la cercaría para coto de caza, en celosa, estéril y egoísta guarda de una tierra y un nombre. Es la historia estática de las viejas sociedades cuyo suelo se ha sedimentado y endurecido en inmutable geología; estratificación de capas que detiene el progreso en lo social, y que, de tarde en tarde, suelen sacudir dolorosamente los sismos revolucionarios.

Por lo contrario, dinámica es la historia de América. La preside y rige una ley viva y fecunda de cambio y renovación, de inquieto y movedido rebrotar, que sin cesar la engrandece bajo un signo feliz de libertad.

CARLOS M. PRINCIVALLE.

RESEÑA DE LAS ACTIVIDADES ARTISTICAS DE 1944

I

EL ARTE EN EUROPA

Aunque en verdad no es mucho lo que se puede saber de cosas del Arte en Europa, algunas referencias de que disponemos valen la pena de ser resumidas.

Según la revista norteamericana «Time» el Señor Taylor, Director del «Metropolitan Museum of Art» de Nueva York —del que ha de recordarse la conferencia pronunciada a su paso por Montevideo hace más o menos dos años— ha podido avaluar, en una jira bastante extensa, las destrucciones inflingidas al patrimonio artístico de Occidente. Dice Mr. Taylor que Gran Bretaña es la nación que más ha sufrido por la desaparición de obras de arte. Cuatro mil iglesias han sido dañadas y dos mil ochocientas fueron totalmente destruidas, entre las cuales cabe lamentar especialmente la Catedral de Exeter casi en ruinas. En Francia el balance no sería tan terrible aunque la región de Calais, Cherburgo y Rouen ha sufrido bastante, sobre todo la Catedral de Rouen.

Pero la retirada precipitada de los alemanes no les permitió llevarse obra de arte alguna de París. Nada sabemos sin embargo de lo que se llevó antes y en lugares menos conocidos, por ejemplo en la Biblioteca Nacional de París y se conoce la vergonzosa extradiición del retablo de Gand de los hermanos Van Eyck, custodiado en Francia.

Un relato preciso publicado en «Burlington Magazin» demuestra el cuidado ejemplar de los ingleses para la conservación de las obras de arte en Italia. Aparte de la destrucción de Monte Cassino se deplora la misteriosa desaparición de dos telas del Tiziano y de la famosa tela de Breughel el Viejo, en el museo de Nápoles.

Este cuadro es, sobra decirlo, muy incompleto, pero por fortuna no es del todo descorazonante. Agreguemos que el foco del arte contemporáneo, París, ha recuperado muy pronto la vieja tradición de grandeza, a pesar de haber experimentado pérdidas por demás sensibles como es la muerte de uno de los más grandes escultores de nuestro tiempo, Aristides Maillol, a los 83 años de edad, ocurrida a consecuencia de un accidente de automóvil cerca de su ciudad natal, Banyuls. Murió igualmente el conocido pintor Soutine y recién W. Kandinsky, el primero campeón del arte abstracto en los tiempos modernos. Como tenemos representantes de esta escuela en Mon-

tevideo, parece útil consagrar algunas palabras a este pintor fallecido en Diciembre de 1944 en París. Nació en 1866 en Moscú. Después de estudios de Derecho pasó a los 34 años, alrededor de 1900, a Mónaco y se dedicó a la pintura. Después de una rápida evolución de un realismo decorativo a base de elementos de folklore ruso, Kandinski desarrolla entre 1909 y 11, año de su primera composición abstracta, sus concepciones personales, las cuales, desde luego, se amplifican en sus «improvisaciones» o «composiciones» e «impresiones» y se formulan sin demora en su famoso libro sobre «Lo Espiritual en el arte», donde los sucesores en el camino pueden encontrar ya realizadas las teorías del arte abstracto. Citamos algunas frases sumamente características: «(Para alcanzar la composición pura), la pintura dispone de dos medios: color y forma. El rojo que no se ve en la naturaleza, pero que se imagina en abstracto, despierta una cierta precisa e imprecisa imaginación interna, la cual tiene un sonido psíquico interno: ... la forma, aunque sea abstracta y geométrica, tiene su armonía interna, es un ser espiritual dotado de cualidades idénticas con esta forma. Un triángulo... es tal ser con su perfume espiritual y particular. Relacionándose con otras formas este perfume se diferencia, adquiere matices consonantes, pero permanece inmutable como el perfume de una rosa que nunca puede ser confundido con el de la violeta... En una composición donde el aspecto corpóreo es más o menos superfluo, se puede más o menos prescindir de este aspecto y sustituirlo por formas puramente abstractas o por formas reales completamente traducidas en formas abstractas. En cualquier caso de traducción o de la integración de la forma pura y abstracta el único juez, conductor y árbitro, debe ser el sentimiento. Y por cierto, cuanto más necesita el artista estas formas abstractas, tanto más se familiariza con ellas. Igualmente el espectador guiado por el artista entra más profundamente en estos dominios, aumentando constantemente sus conocimientos del lenguaje abstracto hasta poseerlo finalmente». Se ve perfectamente los principios de la pintura abstracta tal como se desarrollaba desde 1911 hasta la fecha y perdió el arte su protagonista más audaz y consecuente, Kandinski.

Callamos los muertos espirituales, es decir, quienes se han comprometido con el nazismo, como Vlaminck, Friesz, Derain y el escultor Despiau si las noticias son ciertas (1) y pasamos de los muertos a un aniversario que sería imperdonable no mencionar en esta reseña, el 75º aniversario de Henri Matisse nacido el 31 de Diciembre de 1869 en Le Cateau.

Dejamos a los curiosos el trabajo de informarse en los libros acerca de la carrera del maestro, sus comienzos en el taller de Gustavo Moreau, sus primeros envíos, los «Independientes» (Salon au Champs de Mars), su pasaje, sus estadias en el Sur de Francia de 1898-99,

(1) No lo fueron por lo menos con respecto a Maillol a propósito del cual se puede consultar mi relato de los hechos en los «Cahiers Français» de Enero 1944 bajo el título: «El arte francés contemporáneo o David y el Rey de Prusia».

la apertura de su escuela-taller en 1906, sus vinculaciones con otros pintores contemporáneos, su viaje a Marruecos en 1911-12 y 12-13 y su parte preponderante en el movimiento de los «Fauves», su viaje a los Estados Unidos de 1929 y sus importantes trabajos para la «Barnes Foundation», —para conformarnos lo mejor posible a una palabra de Matisse que las circunstancias actualizan: «Quisiera no ser juzgado sino por el conjunto de mi obra, la curva general de mi línea». Lo que quiere decir, que a pesar de los numerosos tanteos, a pesar de las desarmonías aparentes o de divergencias escondidas, una aspiración continúa la búsqueda de un objetivo siempre presente constituyen el hilo rojo de la evolución artística de Matisse. Esa «curva», para ser «general», desprende una ley o leyes firmemente determinadas por la experiencia del artista. El punto de partida de Matisse es la búsqueda de la expresión. Pero, ¿qué es lo que Matisse entiende por «expresión»? Escuchémosle y captemos por allí su método sin temor de oír teorizar a un pintor en contradicción con su pintura. Raramente la congruencia de palabra y de pintura ha sido más perfecta que en Matisse. He aquí lo que ha dicho: «No puedo diferenciar el sentimiento que tengo de la vida y la manera de traducir en pintura este sentimiento. La expresión reside para mí, no en una pasión que se desencadena sobre un rostro o se manifiesta por un movimiento violento (1) sino más bien en el ordenamiento total de mi cuadro: el espacio llenado por los cuerpos, las partes vacías a su alrededor, las proporciones... La composición es el arte de ordenar de una manera decorativa los diversos elementos de que dispone el pintor para expresar sus sentimientos. En una tela cada parte debe ser visible y desempeñar el papel que le conviene, sea este principal o accesorio. Todo lo que no sea útil a la tela, le es por eso mismo perjudicial. Una obra incluye una armonía de conjunto y cada detalle superfluo se alojaría en el espíritu del espectador en detrimento de otro detalle esencial».

Este planteamiento del problema excluye los malentendidos de los imitadores: la yuxtaposición de planos de colores violentos, de un simbolismo pseudo-místico donde los sentimientos y el instinto parecen desprenderse del pincel «mágico» o la reducción de la pintura a escala de arte infantil, la confusión de simple y simplista. Las exigencias de Matisse fueron en acuerdo estrecho con su don más sobresaliente: una sensibilidad matizada, muy francesa, para las exigencias de las relaciones decorativas del conjunto. Esta unidad no es obtenida por el azar o por el poder arbitrario de arreglos a priori. Una sapiencia suma, una concisión, que conduce a las abreviaciones más inesperadas tiene el ojo atento al número y a los detalles de la forma. Esas ordenaciones que no desdeñan ayudas materiales tales como la plomada, se hallan, sin embargo, lejos de un intelectualismo esquemático como el que se le ha reprochado al maestro. Los sentimien-

(1) Bifurca aquí el expresionismo alemán, tan distinto en esto a Matisse.

tos son condensados, y su continuidad interior crea esa armonía maravillosa de colores, ese impulso que resulta del acomodamiento interno de matices. Esa vibración singular que contiene toda la intensidad de la óptica de Matisse es secundada por la línea, por un contorno relleno de vida, a veces disminuída por los esplendores coloristas de lo que encierra —(Matisse admira el equilibrio entre color y dibujo de Ingres). Interviene entonces el ritmo, y en la combinación de esos elementos la constante fuga de la tercera dimensión anuncia tal vez los límites productivos del método de Matisse.

Así, éxtasis y equilibrio, consciente e inconsciente luchan entre sí y la reconciliación se opera en la calma de la realización. Una vez concretados los dramas intensos de la gestación, ha querido Matisse un arte puro cuyo carácter huye el enigma, a la escala de un espectador. Desatar insensiblemente, pero con una potencia asegurada, las fuerzas disponibles de las capas de la sociedad a las cuales corresponde la pintura de Matisse, tal es el sentido de la frase a menudo citada del maestro: «Lo que sueño es un arte de equilibrio, de pureza, de tranquilidad, sin motivos que inquieten o reclamen una atención sostenida, un arte que para el trabajador intelectual, para el comerciante o para el artista sea un lenitivo espiritual algo así como un buen sillón que permite descansar de las fatigas físicas».

Pero ese descanso no quiere decir fijar una tela de Matisse frente al sillón aludido, sentarse en él después del trabajo, entrecerrar los ojos y esperar el resultado, —muy probablemente una dulce somnolencia. No se trata de un soporífero espiritual de este género. Veo allí más bien el problema de encontrar el máximum posible de goce artístico bajo ciertos principios sociológicos de una época, un promedio posible de excitación bajo el infortunio de condiciones ineluctables; de allí la búsqueda de la plenitud del color, de los ritmos (no hablemos de arabescos, pues la de Matisse no es jamás un arreglo fortuito) y esa extraña densidad que hace de Matisse un maestro exquisito del retrato y que vuelve tan atrayente el estudio de sus grandes composiciones o de sus naturalezas muertas para quienes se atreven con los problemas de la pintura mural.

Ante una personalidad como Matisse cada comentario queda fragmentario. Nuestro solo deseo es rendir homenaje al gran pintor que por otra parte, parece hallarse muy enfermo y atraer la atención a una fecha memorable que ha de hallar un eco espontáneo por la irradiación sin par del arte del maestro y gran pedagogo Henri Matisse.

Sus obras formaron parte importante del Primer Salón de Liberación inaugurado con brillo y no sin algunos incidentes pintorescos, aunque tradicionales. Un grupo de estudiantes de la Escuela de Bellas Artes «anticapicassistas» (pido perdón por este horrible neologismo que es sin embargo un hallazgo de los adversarios del maestro) hizo una demostración en el Salón, gritando ante las telas del mismo: «¡descuelguen!» No faltaron visitantes quienes contestaron: «explíquen-se!». Esos jóvenes pasaron luego a los hechos descolgando por sí mis-

mos varias de las telas aunque con el cuidado propio de perfectos técnicos y sin causarles daño. Fuera de ese incidente que no dejará aumentar la popularidad de Picasso, se vieron obras de la mayor parte de los artistas conocidos.

De tal suerte la resurrección del arte francés prosigue tranquilamente, pero con la rapidez explicable por la vitalidad de una tradición. Ella no renace, no hace más que volver a la superficie con toda la pujanza cumplida en el trabajo subterráneo. La cadena invisible desde 1940 hasta el día de la liberación está bien forjada y todo el mundo tiene perfecta conciencia del hecho de que para continuarla no hay más que ponerse a la obra. No dejará por cierto de hacerse.

II

EL ARTE EN EL URUGUAY

El año 1944 significa, para el arte uruguayo un adelanto cierto, pero desigual en los distintos sectores que comprende.

Tuvimos el pesar de perder al pintor Sommarivilla que había desarrollado en el pasado una actividad importante como profesor de dibujo. Constituyó como un lazo entre la época de Blanes y las generaciones siguientes.

La muerte del fino dibujante y grabador José Bravo, nos privó de un talento que había realizado cosas hermosas como ese emotivo dibujo «La niña», que nos fué dable admirar en el último Salón Nacional.

En lo que se refiere a los distintos centros de exposición, la Comisión Nacional de Bellas Artes presentó tres exposiciones de un interés considerable. La del retrato de Cayetano Gallino fué una contribución importante al estudio de la pintura uruguaya del siglo XIX. El 8º Salón Nacional ofreció un aspecto distinto de los precedentes por la incorporación de obras de Joaquín Torres García, que cumplió en el año sus setenta de edad, así como de pinturas de su taller, lo que dió un aspecto más objetivo al Salón que debe abarcar todas las tendencias artísticas del país.

La misma observación se impone para el Salón Municipal, que fué quizás la exposición que dió la mejor idea sintética de la pintura uruguaya que haya podido verse desde hace largo tiempo.

La Comisión Municipal de Cultura tomó, por otra parte, como la de Bellas Artes, la iniciativa de organizar exposiciones en las principales ciudades del interior. Por la magnífica exposición de obras de arte provenientes de colecciones privadas de Montevideo, se ha sabido crear la ilusión de un museo de arte antiguo, cuya ausencia en esta capital es notable.

Por último, la exposición de arte norteamericano permitió al pú-

blico familiarizarse con esa pintura hasta ahora poco conocida fuera de fronteras de los Estados Unidos.

La exposición de dibujos, pinturas y grabados de niños, fué una iniciativa particularmente feliz; quizás estén allí los verdaderos artistas espontáneos, sin pretensiones, originales.

«Amigos del Arte» continuó su contribución importante al desarrollo del arte mediante exposiciones numerosas, pero de un valor muy desigual. Se han visto allí obras de Méndez Magariños, de Edgardo Ribeiro, de Joaquín Torres García, de Guillermo Rodríguez, de Piñeiro Pareja, de Josefina Buxareo, de Adolfo Halty Dubé, de Roberto Saenger, de Ramón Pereyra, del Arquitecto Payssé Reyes, de Miguel Angel Chiappe.

La Asociación Cristiana de Jóvenes organizó igualmente un gran número de excelentes exposiciones, especialmente el primer Salón de Grabados, cuya importancia fué evidente.

El Ateneo fué lugar igualmente de exposiciones artísticas de jerarquía elevada, entre las cuales las diferentes exposiciones del taller de Torres García, a propósito del cual son de señalar las muy numerosas realizadas en el interior del país, prueba de vitalidad y entusiasmo de este grupo.

Numerosas fueron también las notables exposiciones en lo de Caviglia y Berro antiquaires, así como en los clubes sociales. Estos últimos las multiplicaron y merece estimarse este aporte de valor a la difusión de la cultura artística porque de este modo, medios generalmente poco interesados por el arte, pueden ser atraídos insensiblemente a sentir placer en ello.

Falta todavía mencionar una relación en el ámbito de la pintura mural: la decoración del pabellón Martirené de la Colonia Saint Bois por Torres García y su taller, que desencadenó una polémica acerba a veces distante de las obras en cuestión.

Después del sintético desfile de lo esencial en las numerosas exposiciones que acabamos de formular, debemos referirnos a las distintas iniciativas nuevas, de carácter oficial, que procuran estimular el arte y que han de ampliar, de tal suerte, las perspectivas futuras.

La ley de Edificación Escolar que asigna a obras de arte cierto porcentaje de las sumas destinadas a la ejecución de las construcciones, proporciona de improviso a los artistas una gran posibilidad que les planteará no pocos problemas. Otra iniciativa es la institución de concursos departamentales de bellas artes.

En fin, la Comisión Municipal de Cultura instaló una valiosa biblioteca de arte en uno de los locales del Subte. Los artistas mismos han resuelto formar un sindicato para la mejor defensa de sus intereses.

Esto último nos lleva a ocuparnos una vez más de la situación tan particular de nuestros artistas. Se sabe que un porcentaje mínimo vive de su arte. La mayor parte dedica la mayor porción de tiempo al ejercicio de las más variadas profesiones, desde mozo de café o

«croupier» de casino hasta la de funcionario de la mayor jerarquía en la administración pública. Resulta de ello que el arte, en vez de ser el foco central de la vida del artista, no es a menudo más que una actividad lateral que puede ir de un simple pasatiempo hasta el ejercicio formal del oficio de pintar. Como consecuencia suele ser difícil determinar el límite que separa al aficionado y al pintor. Ocurre así que las energías del artista son desviadas hacia otras ocupaciones y el resultado de sus momentos libres apenas aspira a provocar la benevolencia para sostenerlo en sus esfuerzos.

El Estado ha hecho bastante, hay que reconocerlo, para paliar esos inconvenientes, pero el Salón Nacional no puede, por sí solo, resolver el problema que es por otra parte: primero, la formación insuficiente de los artistas; luego, la falta de un público capaz de adquirir obras de arte. Fuera de algunos mecenas no hay todavía una clientela para los artistas.

Habrà quien, con verdad, me objete que, si el arte fuera de una calidad superior, el público se sentiría más impulsado a comprar. Pero estamos lejos de tener gustos tan bien formados.

Viene a mi memoria un hecho de la vida del gran pintor Pissarro. Es conocida la famosa confitería de Murer en París. Aquel hombre tan original, en cuya casa se daban cita los pintores impresionistas, trocaba a veces algún cuadro por un pastel. Cierta día de 1878 Pissarro escribió a Murer: «Me va muy mal y no veo probabilidad de socorro.» Murer organiza una pequeña lotería de cien números a un franco, que coloca entre su clientela y para la cual el propio Pissarro dona cuatro cuadros. Obtiene el premio una joven sencilla que no tarda en presentarse ante el confitero, el que le muestra uno de los cuadros colgados encima de una mesa que contiene esos pasteles de crema que se llaman en francés «St. Honoré». Defraudada, la mirada de la chica oscila entre los dulces y las telas, para terminar diciendo: «Si para usted es lo mismo, señor Murer, preferiría un St. Honoré.» Su deseo fué satisfecho y Murer guardó para sí el cuadro de Pissarro.

Lo esencial sigue siendo interesar a la gente por el arte; si éste llegara a ser tan necesario como el pan, se habría hecho un progreso positivo. Una parte importante correspondería en ese terreno a los arquitectos que mucho pueden influir al respecto en los espíritus y en la educación estética escolar.

El segundo punto es más grave. La educación profesional de los artistas en un país sin tradición de arte antiguo plantea problemas arduos. Es un hecho incontestable, que los artistas modernos han aprendido lo más por sus estudios en los museos y sólo en segundo lugar por sus estadas en academias, talleres, etc. La carencia de un museo de arte antiguo es una gran tara que no puede ser extirpada por simples colecciones de reproducciones en colores. Sólo el estudio de obras originales puede hacer comprender algo.

No puede menos que tenerse eso en cuenta para comprender las dificultades que nuestros artistas deben afrontar continuamente. Hay

un cierto heroísmo al lanzarse en medio de esos problemas. Los que aun así lo hacen seriamente y sin reparar en el éxito barato, pueden estar seguros de que sus sacrificios tendrán la recompensa que confiere, tarde o temprano, la perennidad del arte.

CLAUDIO SCHAEFER.

JOSE OXILIA

Y LA GLORIA DE LOS CANTANTES DE LA OPERA

¿Habéis visto alguna vez, desde la orilla de un río, en la quietud de un remanso, sobre las aguas encendidas en un espejeo de mercurio por la luz solar del mediodía, volar enjambres de diminutos insectos como briznas de acero, como fibrillas iridiscentes, como aristas de cristal? Son unos insectos pequeñitos y leves, de unas seis u ocho líneas de largo, con dos alitas membranosas de color pardusco, semitransparentes, y una cola de tres filamentos, que los naturalistas clasifican entre los neurópteros y llaman «cachipollas» (el vulgo, más gráfico y exacto que los sabios, les da el nombre de «efímeras», porque tales insectos apenas si alcanzan a vivir un día). Frágiles, encendidos como trocitos de nácar bajo la lumbre solar, volando caprichosamente de un lado para otro, viven fugaz existencia persiguiéndose, amándose, reproduciéndose, dando al observador atento la sensación de la miseria de las cosas de la tierra ante la aplastante eternidad. Pero, ¿qué más importan los veinte, sesenta, los cien años de vida de que gozan los organismos superiores para crecer, desarrollarse y reproducirse, completando en su lapso el círculo de sus placeres, de sus afanes, de sus luchas y rivalidades, de sus deseos y triunfos? La «efímera» hace lo mismo en veinticuatro horas: nace, ama, irradia en un rayo de sol y desaparece en el seno de la madre Naturaleza. De unos y de otros seres no queda el rastro; apenas la minúscula impresión de un levísimo resplandor que nació repentinamente del misterio y se ahogó muy luego en la tiniebla eterna. Si la memoria de los hombres es mucha y el resplandor fué inusitado, acaso la idea de la «efímera» o del «hombre» alcance en los tiempos un círculo más dilatado que el habitual para tan deleznales cosas. Mas, al cabo, ¿qué será de la memoria de lo que no es, por su esencia misma, inmortal?

El caso se agrava y asume relieves trágicos cuando contemplamos el que nos ofrece un «virtuoso» (artista admirable del piano, verbigracia, Liszt, o del violín, verbigracia, Brindis de Sala; cantante de ópera cuyos armoniosos acentos desaparecen con la onda musical; danzarina de movimientos y actitudes dibujados en el aire, perdidos para siempre apenas enunciados). De un escultor, de un poeta, de un dramaturgo, de un pintor, queda la obra, y los que sobreviven y los que vienen después de él a la vida, pueden contemplarla y sentirla en toda su plenitud y belleza, es decir, resucitar la emoción estética que la engendró con sólo sacarla de nuevo a luz. Pero, ¿cómo evocar la imagen de una danzarina que no hemos visto nunca, de la que no poseemos otros informes que los que nos han dejado otros hombres que la admiraron, desaparecidos también ellos para siempre?

¿Cómo representarnos los acentos extraordinario de un cantante, el timbre de su voz, su extensión y colorido, la modalidad de su escuela, su modo de frasear y de emitir las notas, etc., etc., si no nos es dable procurar a nuestro oído una sensación que ha cesado de ser una sensación, que no cabe ya en lo posible, por lo tanto, poder juzgar por nosotros mismos? Oímos hablar del *Moisés* de Miguel Angel, de la *Gioconda* de Leonrado, de los tercetos luminosos de Dante Alighieri, de las tragedias torvas de Shakespeare; y no nos es imposible situar todas esas obras, glorificadas por sucesivas generaciones, bajo el juicio y la apreciación de nuestras facultades intelectivas y revivir la misma emoción que experimentaron los que la contemplaron antes que nosotros; pero, ¿cómo examinar lo que fué y ya no es?, ¿cómo deleitarnos con lo que vino a la vida y pareció luego, antes de nuestra vida y no puede, por consiguiente, impresionar directamente a nuestros sentidos corporales?

Nosotros hemos oído mencionar a Adelina Patti como una artista extraordinaria: su voz de soprano sobreaguda, purísima, cristalina; su perfecta vocalización; la agilidad de su garganta y sus grandes características de comediante, siempre puesta en situación e interpretando a conciencia el personaje concebido por el autor de la obra, según los informes llegados hasta nosotros, le atrajeron todos los sufragios y voluntades, provocando esos triunfos clamorosos cuyos ecos aún resuenan en el aire. Recorrió Europa y América, y así la conocieron nuestros padres, aureolada de gloria, cuando vino a Montevideo en el año 1888 con los tenores Stagno y Cardinali, con las sopranos Pantaleoni y Gemma Bellincioni, con las contraltos Guerrini y Fabbri, con los barítonos Battistini y Giraldoni padre, y con el bajo Navarrini, — un cuadro fantástico de gloriosos cantantes como no nos lo ofrece hoy ninguna empresa teatral. Nosotros hemos oído hablar del bajo profundo Luis Lablache, tan grande en los papeles dramáticos como en los cómicos, artista de singular relieve, de una voz pastosa, redonda, sonora, que brillaba y seducía en el *Fidelio* de Beethoven; en el *Don Pasquale*, *Lucia de Lammermor*, y *L'elixir d'amore* de Donizetti; en *Robert le Diable*, *L'Etoile du Nord* y *Les Huguenots* de Meyerbeer; en *Elisa e Clodio* de Mercadante; en *Ser Marc-Antonio* de Pavesi; cantando asimismo con gran talento y maravillosa técnica el Elmiro del *Otello*, el Asuero de *Semiramide*, el Enrique VIII de *Ana Bolena*, el Jerónimo del *Matrimonio segreto*, el don Bartolo del *Barbier de Séville*, el Podestá de la *Gazza ladra*, el don Magnifico de la *Cenefentola*, el mismo Leporello del *Don Juan* de Mozart; imponiendo en fin la torrentada de su voz poderosa en los grandes conjuntos, tales que en la introducción de *Lucrecia Borgia*, en el tercer acto del *Moisés* y en el final del *Otello*. Tan grande era el arte de este artista incomparable y tan hermosa su voz, que cierta vez, en el ensayo general de *L'Esule di Roma*, en el famoso trío que comenzó la gloria de Donizetti, el director de orquesta suspendió la ejecución y quedó con la batuta en alto, como enajenado. —

«¿Qué sucede?», preguntó sorprendido el cantante. — «Lo escuchamos a usted», replicó el maestro, mientras toda la orquesta y los invitados rompían a aplaudir entusiasmados. — Y así, del mismo modo, hemos oído hablar también del celeberrimo tenor sevillano Manuel Vicente García, padre de la Malibrán, que ha hecho del *Almaviva* de la obra rossiniana, más que una figura escénica, un arquetipo deslumbrador, cantando como nadie ha podido cantarla nunca la cavatina «*Ecco ridente in cielo*», esa deliciosa página musical que tiene la frescura de unas gotas de rocío sobre la opulenta corola de una rosa; — y así hemos oído hablar de Galli, cuya voz hacía temblar el teatro; — de Tamberlick, que también visitó a Montevideo en 1859, cantando en el Teatro Solís recién inaugurado, como quien dice (pues lo fué el 25 de Agosto de 1856), y de quien perdura el recuerdo de su formidable *do* de pecho; — de la Malibrán, que acabamos de mencionar, joven soprano muerta en la flor de la edad, que hizo delirar de entusiasmo a los públicos de Londres, París, Milán, Bologna, Nápoles y New York; — de la Pasta, para quien Bellini escribió *Norma* y que cantó casi todas las óperas del inspirado maestro siciliano, — en 1827, *El Pirata*, con el tenor Rubini; en 1828, *La straniera*, y en 1831, *Scenámbula*, con Rubini también; — de la Grisi, otra magnífica «virtuosa» que estrenó en París *I Puritani* con Rubini, Lablache y Tamburini (el conjunto más grandioso que haya cantado jamás el famoso cuarteto «A te, o cara»); — del propio tenor Rubini, cuyo registro abarcaba más de dos octavas, desde el *mi* bajo hasta el *fa* agudo, maestro en el arte de pasar con naturalidad de la voz de «pecho» a la voz de «cabeza», cantando entonces en un «falsete» dulcísimo que hacía las delicias de los aficionados. — Pero, llegados aquí, fuerza nos es declarar que ya no conocemos tan bien, porque no hemos oído hablar de ellos frecuentemente (si es que acaso sus nombres no nos resultan desconocidos por completo), de Jenny Lind, la magnífica rival de la Alboni; de Henriette Sontag, la soprano más grande al decir de algunos críticos y maestros de música, que recorrió Alemania, Francia, Italia y Rusia, de triunfo en triunfo, etc. Todos esos nombres pueden vivir en la memoria de algún entusiasta aficionado al género operístico anclado desde hace medio siglo en el «paraíso» del Teatro Solís, o aparecer bajo la pluma de uno de esos curiosos eruditos que revuelven periódicos antiguos a la caza de noticias que ya han dejado de interesar a las gentes. Al fin y al cabo, son los nombres de unos «virtuosos» del canto que llenaron un día el mundo con su fama. Pero, ¿cuántos otros nombres, igualmente célebres a su hora, de grandes y verdaderos artistas permanecen olvidados? ¿Cuántos otros, tan dignos de recordación como éstos, al ser traídos ahora a colación, sonarán a hueco, así, como suenan los nombres desconocidos, parecerán invención del momento o superchería del que habla y quiere aparecer como bien documentado? No obstante, la verdad no es otra que ésta: nosotros no sabemos nada de los cantantes que maravillaron

a nuestros antecesores. ¡Cuántas glorias olvidadas! ¡cuántas noches de triunfos desconocidos! ¡cuántas horas de purísimo deleite desvanecidas para siempre! El «divo» que arrebató de entusiasmo al público con sus «agudos» tremolantes lo mismo que soles y la soprano que desgranaba de su garganta privilegiada rosarios de perlas, han caído en el olvido, están muertos y sepultos para todos. ¿Quién recuerda hoy a Nourrit, por ejemplo, insuperable en *Robert le Diable* y a Duprez no menos extraordinario en su interpretación de *Guillaume Tell*? ¿Quién conoce los nombres de Mario y de Roger, que fueron dos grandes tenores; los de Levasseur y Tamburini, Noté y Renaud, dos bajos y dos barítonos admirados y queridos del público? Ausentes de la escena y de la vida, sus nombres gloriosos se perdieron en la tiniebla que lapida lo que fué. Como aquellos pequeños insectos de que hablábamos al principio, revoloteantes un instante no más bajo la lumbre del sol para poner ante nuestros ojos el milagro de un chispazo de nácar, se han ido para siempre y ya no interesan a nadie. ¿Quién sabría decirnos quién fué la Alboni, la Pisaroni, la Catalani, la Tosi, la Frezzolini, Crescentini y Veluti, Vignanoni y Crivelli, etc., etc.? Sin embargo, no son estos nombres menos dignos de recordación que los que hemos mencionado antes. La Alboni fué la más prodigiosa voz de contralto que nunca se haya oído: abarcaba la gama del *sol* bajo al *do* agudo de las sopranos, y en sus ejercicios, según se afirma, iba desde el *fa* bajo al *re* y al *mi* bemol agudo. Cantaba magistralmente, sin esfuerzo, con una técnica perfecta e imponía su magnífica voz en *La Cenerentola*, *La donna del Lago* y sobre todo en el rol de Arsace de *Semiramide*. En Londres llegó a cantar en el Covent-Garden la parte de don Carlos en el *Ernani* de Verdi porque se había enfermado el barítono de la compañía!! La Pisaroni, que cantó en Milán con Lablache la ópera *L'Esule di Granata*, escrita para este último por Meyerbeer, demostró en la ocasión que al lado de ese cantante formidable no cedía ni un ápice, y hasta le aventajaba por momentos, arrancando a los espectadores interminables ovaciones. Y con la Pisaroni, las contraltos Gafforini, Mariani, la Malanotte, injustamente olvidadas, todas ellas precursoras de la Alboni. En cuanto a la exquisita Angélica Catalani, que ya nadie menciona, hay que decir que fué una verdadera gran soprano, una excepcionalísima cantante, cuya voz iba del *la* en el registro grave hasta el *fa* sobreagudo. Cantando el *Monina e Mitridate* de Nasolini, conquistó toda Florencia. En Lisboa con la *Semiramide* de Portogallo obtuvo tan grandes simpatías que estuvo poco menos que secuestrada allí, pues no se le permitía salir a cantar a otras capitales. De la Tomeoni apuntaremos un dato bien elocuente de suyo: Cimarosa escribió para ella el rol de Carolina de su *Matrimonio segreto*. Y de la Marcolini hay que decir que fué la creadora del papel de Isabella en *L'Italiana in Algeri*. La Tosi era otra admirable cantante que arrebatava los públicos con *L'Esule di Roma*, de

Donizetti, sobre todo en su dúo con el tenor Winter. La señora Morichelli es otra delicadísima intérprete de Sarti, Pasiello, Cimarosa y Paër, injustamente olvidada, y de cuya categoría artística podemos hacernos cargo atendiendo a que cantaba nada menos que con Vignanoni, Mandini y Rovedino. No eran cualquier cosa, tampoco, sino artistas de renombre en su época, la Coltellini, la Strinasachi, la Grassini, que tanto estimaba Napoleón; la Frezzolini que recuerdan con grandes elogios los más exigentes críticos musicales; Crescentini y Veluti —los últimos castrados— cuya voz de «sopranistas» fué sustituida por Rossini por la voz de las contraltos; la Maivielle-Fodor, magnífica en la *Ninetta de la Gazza ladra*; Mme. Medori, que dejó unido su nombre al *Profeta* de Meyerbeer; Vignanoni, de gran notoriedad en su época, admirable en *L'Agnese de Paër*; Crivelli, magnífico cantante que sobresalía en el *Pirro* de Paisiello; la Borghi Mamo, de quien se dijo que cantaba el aria de Leonor en *Favorita* «O, mio Fernando» como un verdadero «angiol di Dio»; Bordogni, con quien se resistió a cantar en Nápoles la orgullosa Colbrán, considerando que una cantante de su categoría no podía alternar con un joven entonces desconocido, y que llegó a adquirir una nombradía más dilatada que la de la engreída soprano, escuchando ovaciones clamorosas en el rol de Giannetto de la *Gazza ladra*, en el de Argirio del *Tancredi*, en el de Paolino del *Matrimonio segreto* y, sobre todo, en el brillante dúo de *L'Italia-na in Algeri*, «se inclinasi a prender moglie», etc.

¿Recuerda alguien los nombres de los cantantes que escogió Mozart para el estreno de su *Don Juan*? Evidentemente, hacia el fin del mil setecientos no era cosa de exigir «divos» de condiciones vocales extraordinarias. Los maestros de música y directores de conjuntos corales tenían que conformarse con los aficionados al arte del canto que andaban como perdidos por el mundo. A pesar del éxito estruendoso logrado por Mozart con su *Idomeneo* en Munich, no podía el pobre músico mostrarse demasiado exigente en la elección de intérpretes; pero, de todos modos, la significación de su *Don Juan* y la justa fama que en seguida conquistó en el mundo del arte, debían haber influido para que la memoria del público celebrara, agradecida, a los intérpretes primeros de la sin igual maravilla. Pues bien; ¿quién recuerda hoy los nombres de esos cantantes? Yo estoy seguro que después de leer el reparto que tuvo *Don Juan* en su estreno, el lector se quedará tan en ayunas como antes de su lectura a propósito de tales cantantes, de sus antecedentes y de su verdadero mérito. Véase:

Don Juan	Sr. Bassi, barítono
Doña Ana	Sra. Catalina Micelli
Doña Elvira	Catalina Bondini
Zerlina	Sra. Teresa Saporiti
Don Octavio	Baglione, tenor
Leporello	Félix Ponciano, bajo cómico
Masetto	José Lolli

Y bien; ¿es que alguien conoce a estos cantantes? ¿quién podría suministrarlos a su respecto los más sucintos rasgos biográficos? Por lo visto, ni la circunstancia de haber sido escogidos por el propio Mozart para animar los personajes de su obra y defenderla ante el público con sus recursos vocales, ha sido suficiente mérito para rescatarlos al olvido. E igual cosa sucede con los cantantes que estrenaron *Nozze di Figaro*. Pocos años después de ese estreno que debía constituir un hecho memorable en los fastos de la ópera, el público, la crítica y los cronistas ignoraban sus nombres. Tanto lo ignoraban, que algunas personas llegaron a lamentar que se hubiera perdido para siempre el elenco de los que estrenaron la magnífica partitura. Ese elenco lo ha hallado, sin embargo, con un poco de paciencia y buena voluntad, el señor Scudo, crítico al que debemos varios volúmenes de literatura musical interesantes, editados en el año 1859. He aquí la nómina de esos cantantes, según el señor Scudo: señoras Storace, Laschi, Mandini, Russani, Gottlieb; — señores Benucci, Mendi- ni, Ochely y Russani. La señora Storace cantó la parte de la Condesa y el señor Mandini, barítono, la de Almaviva.

Pues bien; la gloria que ciñó un día sus laureles a las sienes de todos estos escogidos, voluble, efímera o desmemoriada, ha cesado de aureoelar sus nombres. Hoy lanza a los vientos otros nombres para recomendarlos a la atención de las nuevas generaciones. Inconstante, lo mismo que cualquier mujercita de café-concierto, abandona sus viejos amores por estos otros nuevos que aperecen en su vida. Humo, al cabo, según el decir de los escépticos, se desvanece en el aire, y lo más tremendo y abominable es que con él se van horas y recuerdos que debían vivir y perdurar en el corazón de las gentes. Nosotros, los que hemos llegado después, más tarde, y no los hemos conocido personalmente, ni siquiera tenemos noticias de sus luchas y afanes, de sus triunfos y momentos de gloria. ¿Qué interés hay en conservar la memoria de algo que se desvaneció en el aire? ¿Qué nos importa la vida de esos insectos neurópteros que vuelan sobre el remanso del río, poniendo, durante un instante, ante nuestros ojos, una brillazón de filamentos de nácar? ¿Qué nos importa la «efímera»?

II

Y he aquí que José Oxilia, después de aquella breve temporada de espectáculos líricos organizada en el Teatro Solís allá por el año 1890, ha vuelto a Montevideo. Ha vuelto algo cansado y enfermo; un poco escéptico y no poco ofendido con sus compatriotas: en todo caso, no cabe ningún género de duda, en condiciones irregulares, sin el completo dominio de sus facultades vocales, que le conquistaron, en las grandes escenas de Europa y ante públicos exigentes y entendidos, la fama que aureola su nombre.

Ahora, nuestra prensa, que nunca se le mostró muy favorable, le recibe en una postura rebeladora de nuestros antipático charruís-

mo, de una manera adusta, entre hostil y conmisericordia. Para estos buenos críticos artísticos que aquí tenemos con carácter de infalibles, muy entendidos en música (que no han estudiado) y muy imparciales (no hay más que leer sus artículos para apreciar su imparcialidad y el valor de sus adjetivos), la opinión de la crítica europea, que celebró la voz y el arte de nuestro compatriota con los mayores elogios, y el aplauso con que las plateas electrizadas consagraron su nombre, denominando al tenor uruguayo «el sucesor de Tamagno», no valen absolutamente nada. Aquellos juicios extranjeros, formulados por quienes habían oído personalmente a Oxilia en la plenitud de su maravillosa voz, no eran suficientes para atemperar la opinión desfavorable que ahora nos hacíamos al oír la voz «quebrada» del cantante en su ocaso... Había que castigar implacablemente al temerario que aspiró a empinarse sobre la turbamulta de medianías que andan maullando por nuestros escenarios y salas de conciertos, para destacar su figura entre los grandes cantantes; había que apagar ese resplandor de gloria que llevaba el nombre del Uruguay ante las cultas sociedades de Madrid y Barcelona, de Milán y Nápoles, porque no éramos «nosotros», sino «otro que nosotros» quien oficiaba de mensajero artístico. Y así, una vez más, nuestro inveterado charruismo se salía con la suya, evidenciando ante los observadores menos atentos porque nuestro pequeño Uruguay es tan pequeño en el concierto de las naciones civilizadas. ¡Si nosotros mismos somos los que nos encargamos de decir y propalar que no tenemos nada propio, nada que merezca ser admirado y aplaudido! ¡Si nosotros mismos somos los que nos disminuimos y empequeñecemos! ¿Qué mucho que no tengamos poetas, ni músicos, ni pintores, ni sabios, ni nada?

Giuseppe Oxilia está entre nosotros, y, no pudiendo cantar una ópera completa, ha accedido a tomar parte en un concierto que se ha organizado. El gesto es simpático. Nada hay de reprochable en él. Parece que debiéramos mostrarnos agradecidos para quien, no estando en condiciones normales, consiente sin embargo en prestar el concurso que se le pide, desinteresadamente, para un festival artístico. Y bien; he aquí el tono con que nuestra prensa, por medio de sus «autorizados e imparciales» críticos, acoge al tenor glorioso: «Cuando Oxilia vino a Montevideo no valía indudablemente lo que se había dicho. Europa, que había aprovechado las primicias, las galas de su voz hermosa por el arte, nos lo devolvía decaído para que recogiéramos migajas, restos, que ella, vieja lúbrica y golosa, desdeñaba. Todo el entusiasmo de la nacionalidad no pudo sufrir ni disculpar lo que faltaba en aquel cantante que estimábamos como maestro, con este orgullo casi egoísta, natural en un pueblo que quiere a sus hijos, queriendo resarcir con los recursos del arte la potencia de voz que le faltaba; era un consuelo, y más bien un engaño así propios el decir: «está enfermo; ya recuperará la voz; esperemos; pronto será el gran cantante de *Otello*». Pocos confesaban la desilusión que sufrían al ver a aquella garganta acostumbrada a emitir notas

con todo el vigor y maestría que la juventud y el estudio perfecto reunían, debilitada entonces, rebelde a las inflexiones fuertes. Después de un rápido paso por la escena, en el año 1890, Oxilia se fué para volver más tarde humillado por la desaprobación del público. Y esta vez no se le recibió ya como en la primera, en grupo, ni se le acompañó como a un príncipe a su alojamiento, ni se oyeron serenatas bajo los balcones de su casa. Había desaparecido el fanatismo producido por la trascendencia de una fama bien ganada pero mal mantenida».

Los párrafos que reproducimos de un artículo que vió la luz en un diario de Montevideo, son típicos de la malevolencia: destilan veneno. Descubren hasta al más cerrado de entendederas la perversidad del sujeto que los ha escrito. Evidencian el odio, la envidia, la estulticia. Proclaman, al mismo tiempo, la salvaje alegría, el íntimo placer del individuo que ve el fracaso de un semejante, la caída de un artista glorioso, el derrumbe de una nombradía. En ese escrito in noble se da en el recurso de reprochar a un triunfador su decadencia: es lo mismo que si se reprochara a aquel inconmensurable bajo que fué Lablache, glorioso en su juventud, el que tuviera que dejar de tomar parte en espectáculos públicos por haberse puesto extraordinariamente obeso; es como si se censurara a Tamberlick, el gran tenor que fanatizó las plateas de los centros líricos más famosos del mundo, porque en sus últimos años de París, a su regreso de una jira por América, no conservara de su voz prodigiosa las notas de los registros bajo y medio, evidenciando fatiga o desgaste en la emisión de su inigualado *do* de pecho, que hacía tremolar tal que un sol en sus buenos tiempos. Todos esos recuerdos de la época en que un cantante ha triunfado para colocarlo en línea de confrontación con el triste espectáculo de la decadenecia, está diciendo a gritos la amargura del envidioso que no ha llegado donde el otro llegó en su día. En todo caso, es la grosería del sujeto que fingiendo compasiva benevolencia, le recuerda a una mujer la edad en que ha sido hermosa.

Y bien; ¿es correcta, es noble, es humana esta clase de crítica? Hemos asistido al concierto al que se hace referencia en esa malevolente crítica, y sin mostrarnos en exceso benévolos, sin pecar de condescendientes siquiera, podemos afirmar, con la seguridad de que no nos desmentirá ninguno de los que asistieron al festival, que Oxilia cantó la romanza «Giunto sul passo estremo», de *Mefistófeles*, con un arte, con una delicadeza, con una dulzura arrebatadoras, sin que su voz flaqueara en una sola nota; que después, solicitado, obligado por el público, cantó la célebre «siciliana», de *Cavalleria Rusticana* con una pureza de dicción, un fuego pasional y tal derroche de voz, sobre todo en el final, donde dió muestras de su «fiato» y de su habilidad extrema para «modular», que el público, delirante de entusiasmo, no cesaba en sus ovaciones. Y fué en esas circunstancias que se le reclamó otra romanza, en la que el tenor, enardecido él mismo, sin tener en

cuenta que ya no era el amo absoluto de su voz como en sus buenos tiempos, se lanzó a cantar la romanza del *Don Carlos*, de Verdi, «*Io l'ho perduta*». La garganta, no obstante estar encauzada bien en el registro bajo, no respondió lo mismo en el registro alto. No es que la romanza en cuestión tenga «agudos» difíciles; apenas, aquí y allá, la voz se ve obligada a subir en el pentagrama, sobre la palabra «*Fontainebleau*», por ejemplo, o en el final «*Ahimé, io l'ho perduta*». Pero es que las cuerdas vocales enfermas, si alcanzan la «tesitura», no rinden el timbre limpio que hace agradable el canto. El tenor alcanza la nota que debe dar; no desafina; no «cala», como se dice en la jerga del oficio; pero el sonido de la nota es cascado.

Oyendo esa garganta que emite un canto un si es un no es oscilante, áspero, con un resabio de madera, — lo mismo que cuando oímos un «gallo» a otro cantante — no se nos ocurre regocijarnos por el tropiezo o la enfermedad de esa garganta: lamentaremos el mal o la decadencia del artista, nada más; y si somos amigos del pobre hombre, le aconsejaremos en privado, con las mejores razones, «que se corte la coleta». Para ser un gran cantante es necesario tener voz, buena escuela y juventud. Cualquiera de esos atributos se pierde; mas no es razón la de haberlos perdido para que a nuestro turno le perdamos todo respeto al paciente y encima nos alegremos de ello.

Y esto es, acaso, lo más vituperable en la ocurrencia. Haber sido un soberano artífice, un cantante sin igual; haber conquistado el aplauso del público y el juicio de los más autorizados críticos; reinar un día en el mundo del arte para verse al día siguiente vilipendiado y escarnecido por cuatro mequetrefes pedantes y otros tantos analfabetos, es cosa que clama venganza al cielo. ¿No existe, allá arriba, un poder justiciero que transforme de hombres en pollinos, con un buen par de orejas puntiagudas, a estos animalitos que se empeñan en olvidar y en desconocer un pasado glorioso para atender la decadencia presente, con la única finalidad de babosear la mezquindad de su alma sobre la estrella que brilló en el firmamento?

Volviendo los ojos hacia el pasado, todavía se nos hace presente en nuestros recuerdos una noche de ópera en el teatro Solís, a la que asistimos con el entusiasmo de nuestros veinte años y de cuyo espectáculo revivimos los detalles que nos impresionaron. Era la noche del día 3 de junio de 1890. Se cantaba *Favorita*, de Donizetti. La sala de nuestro viejo coliseo desbordaba concurrencia. Palcos, platea, tertulias, cazuela, paraíso, todo, todo estaba atiborrado de gente: hasta en los pasillos se amontonaban los espectadores que no habían logrado otra localidad. La sala ardía de luces como en las grandes noches de fiesta y allá abajo, en la escena, que nos representaba el claustro de un convento español, un novicio confiaba al prior de aquel su amor por una joven desconocida que había advertido entre los fieles del templo. La suavísima melodía batía sus alas inmateriales ascendiendo a la altura. Era como un canto votivo, que el actor que estaba en escena decía con una dulzura infinita. La sala entera, en si-

lencio, muda, permanecía como suspendida de aquel hilo de notas musicales que Fernando arrojaba al aire, tal que un sortilegio. Y de pronto, al modular la última frase de la romanza, «Una vergine, un angiol de Dio», en un fiato que moría igual que un suspiro, fué el delirio, la ovación clamorosa, el tributo de la sala entera al tenor extraordinario que durante los breves instantes de su aparición ante las candilejas la había enajenado con su arte, haciéndola experimentar la más pura y grande de las emociones.

Todavía me parece que lo veo al triunfador de aquella noche, reeditando una vez más tantas y tantas otras noches de gloria como aquella. Un poco pálido, muy serio, se había adeleantado en el proscenio y se inclinaba ante los espectadores, que no cesaban de aplaudir. Y así continuó desarrollándose el espectáculo hasta el célebre «Spirto gentil», que, cantado maravillosamente, con un sentimiento profundo y una dulzura que parecía una caricia, enloqueció al público y le hizo estallar en interminables ovaciones. Giuseppe Oxilia, se decía entonces, no era ya el creador formidable del *Asrael* de Franchetti ni el portentoso *Otello*, de Verdi, que llegó a disputarle a Tamagno el cetro de la interpretación de la bravía partitura; pero aún conservaba arrestos para imponerse y domeñar a los públicos. Su debut con *Favorita* ante sus compatriotas rayó en la apoteosis. Probablemente, muchas almas oscuras se sintieron esa noche humilladas y de ahí esas tristes comprobaciones hechas algunos años más tarde, con mal disimulado regocijo, en ocasión del regreso del célebre tenor a Montevideo: «no se le recibió como a un príncipe, ni se le acompañó en grupo a su alojamiento, ni se oyeron serenatas bajo los balcones de su casa».

Durante esa breve temporada del año 1890 se cantaron ocho óperas, — cuatro por Oxilia y cuatro por GabrieleSCO, que fué el otro tenor que vino con nuestro compatriota. Bajo la dirección del maestro Giuseppe Pomé, GabrieleSCO cantó *Aida*, *Rigoletto*, *Gioconda* y *Hugonotes*, y Oxilia *Favorita*, con la Kitzu, en el rol de Leonora, *Mefistófele*, con la señorita Serra y el bajo Meroles, *Lucrezia Borgia* cantando en un intervalo nuestro tenor la admirable romanza de *Il Duca d'Alba* «Angelo casto e bel», y *Otello*, de Verdi, con la señorita Serra y el barítono Barbieri en el papel de Yago. Los críticos hacían sus reservas: Oxilia «no era tan grande como se había dicho»; indudablemente, «el exceso de amor patrio» nos había hecho exagerar el elogio; su voz era «un tanto áspera y sonaba a guitarra con las cuerdas flojas» (textual en el artículo de marras); no era, en fin, un tenor como para parangonarse con el enorme Tamagno. Y entretanto los periódicos de Montevideo que apenas si daban noticia de la actuación de Oxilia en breves sueltos de «gaceta» o sencillamente en el anuncio de la «sección espectáculos», reproducían con grandes titulares, columnas enteras de los diarios argentinos consagrados a entonar las loas a Tamagno y al barítono Maurel que, un mes antes, había cantado el *Otello* precisamente en

Buenos Aires. Para la actuación del tenor compatriota, la reserva o el silencio; para los cantantes extranjeros (muy grandes, es verdad, y dignos del elogio y el aplauso que se les tributaban), que actuaban en la vecina capital, no en la nuestra, el generoso pfrecimiento de la publicidad más premiosa y difundida. Se ofrecía al público la crónica de espectáculos realizados allende el río; se olvidaba escribir la sobre otros espectáculos ofrecidos la noche antes en nuestra ciudad.

Lo más grave de esta actitud y lo más torpe de semejante crítica, es que no existe recurso alguno contra su injusticia, sus errores y demasías luego de haber transcurrido algún tiempo, o cuando el artista ha cesado en su actuación. ¿Cómo avalorar las condiciones de su voz, su calidad y timbre, su técnica y su sentimiento, su expresión, su fraseo, su arte propio? ¿Cómo medirle y compararle con otros cantantes, si el retiro de la escena o la decadencia han hecho imposible la comparación de las facultades? Ahora, en este instante, una persona cualquiera del montón, un sujeto anónimo, porque dispone de un periódico o cuenta con algún amigo en él, da a publicidad un fallo como el que nos ocupa, y luego, más tarde, años más tarde, un estudioso, un historiador de arte, un crítico curioso y frecuentador de archivos y papeles viejos, encuentra ese fallo y por él se inclina a juzgar al cantante que no puede oír, que le es imposible justipreciar sino por referencias. Y he ahí cómo y de qué manera aquel juicio malévolo e injusto se prolonga en el futuro y hace el mérito o el demérito de los artistas: de los unos, para entronizarlos en las nubes; de los otros, para rebajarlos al abismo más profundo del des-crédito.

De todas suertes, tendría que merecer más respeto quien, como Oxilia, ha logrado escalar la cumbre del éxito en prueba tan ruda como lo es cantar el *Otello* delante de su creador, del mismo Verdi, y obtener del maestro este fallo rotundo y definitivo: «Eres tú, *mio caro*, quien mejor ha inteerpretado mi personaje y salvado las dificultades de la partitura». Parece que la opinión de Verdi debe valer un poquito más que la del caballerito que con tanta conmiseración nos habla del cantante a quien elogiáramos «más por exceso de patriotismo» que por lo que valiera realmente, toda vez que «no valía lo que se había dicho».

Oxilia, cantando *Otello*, era sencillamente formidable. Su entrada en escena, en el 1er. acto, cuando ha de lanzar a los ámbitos el resplandeciente «*Esultate*» con que el compositor ha puesto a prueba la garganta de los cantantes, se imponía a todos con el ímpetu indomeñable de una fuerza de la naturaleza.

Esultate! L'orgoglio musulmano
sepolto è in mar, nostra e del cielo è gloria;
dopo l'armi, lo vinse l'uragano!

Esta frase, escrita en el pentagrama de manera que el cantante

tenga que escalar súbitamente la cumbre, sin reposo, en un esfuerzo continuado, era dicha por Oxilia en cinco emisiones de voz; pero la última, correspondiente al último verso, la de mayor extensión dado que abarca varios compases después del agudo, era dicha con una valentía y una sonoridad que hacía parpadear las luces del teatro. Sólo a Tamagno le hemos oído cantar la frase así, como Oxilia, de un solo «fiato» y demorándose a propósito en la emisión de las notas correspondientes a las palabras «l'armi» y «l'uragano» (1). Lanzar esta frase del moro verdiano, como un grito potente, acaso lograra hacerlo ese Tamberlick de quien nos hablan las memorias del teatro, si volviera a la vida; pero decirla «cantando», con toda la fuerza del aliento sin desnaturalizar la calidad del sonido, ya no lo hace sino quien posee un íntimo y profundo sentido de la musicalidad y a la vez recursos o medios vocales como para alcanzar el máximo de vibración de las células de la glotis. Por los escenarios del mundo andan unos cuantos tenores de gran potencia de voz, que dan unas notas agudas extraordinarias; pero tales agudos, sorprendentes por su intensidad, no son gratos al oído: en vez de halagarlo con un timbre musical, lo hieren perforándolo como un chillido, con el agrio chillido propio de la curva de un riel. En arte, ha de diferenciarse el canto del grito. Indudablemente, en la ocurrencia, la técnica y el estudio hacen mucho para que nuestro tenor haya logrado el dominio del «fiato» que le consiente decir en una sola frase el último verso del «Esultate»; y eso, es condición que ha de celebrarse en él. Tamagno lanza sus agudos formidable en *Otello*, *Guglielmo Tell*, *Aida*, sin mayor esfuerzo, porque es dueño de un caudal de voz fantástico; pero esos agudos son duros, metálicos. Duc, un tenor francés, de nombradía también, canta el «Oh, mia figlia diletta», de la *Hebrea de Halevy*, disparando unas notas que estremecen el aire tal que petardos de dinamita; pero esas notas, en contraste con las notas bajas del cantante, que son veladas y sordas, suenan agrias, con vibración de acero. A entrambos tenores les falta delicadeza, gusto, — ese sentido íntimo que ha de regir a un hombre para que la rudeza material, la fuerza, el grito, no reemplace al arte y pretenda pasar por expresión musical. Y eso es lo que posee Oxilia sobre los tenores dramáticos de gran potencia de voz: una calidad de voz pastosa, regida por una escuela de canto perfecta y un gusto artístico extraordinario.

Esta superioridad de Oxilia la advertimos en otros dos pasajes de su interpretación de *Otello*: en el dúo final, «Quando narravi», del primer acto, y en la frase «Niun mi tema s'anco armato mi vede», que precede a su suicidio. En varios trozos de su «particella», el tenor nos ha dado la medida de sus facultades, — en el «Ora e per sempre addio, sante memoria»; en su dúo con Yago: «Si, pel cielo marmoreo giuro!»; en la dolorosa romanza «Dio mi potevi scagliar

(1) Después, oyendo el «Esultate» a los más afamados tenores, sin excluir a Zenatello, Lázaro y De Muro, nadie lo ha cantado como estos dos tenores, sino Paoli.

tutti i mali»;— pero en ninguna, como en aquéllos. El dúo «Quando narravi» es de una poesía que tiene mucho de sortilegio o encantamiento. Desde la frase de Otello, «Venga la morte», hasta el final: «Venere splende», que remata en un agudo luminoso, cristalino, puro como el astro que invoca en los cielos el enamorado moro, todo él es de una orfebrería musical tan delicada y perfecta, que sólo con una dicción cuidada puede interpretársele. Oxilia escala aquí cumbres que no ha alcanzado tenor alguno, y que Tamagno mismo ni ha sospechado siquiera, — puesto que canta: «Un bacio, ancora un bacio», sin expresión alguna, lo mismo que cualquiera otro pasaje de la ópera. Sin embargo, esa misma frase la repetirá Otello al morir, cuando baja el telón sobre la última escena de la ópera: «Un bacio... un bacio ancora... un altro bacio»; pero esta vez, no es ya la frase que dicta el Amor, sino la frase que dicta la Muerte. Y nuestro tenor, con indudable acierto e inteligencia poco común en los tenores de ópera, ha sabido dar a la misma línea musical dos expresiones distintas: allá, en el 1er. acto, Otello expresa a Desdémona su ánimo de amor, y aquel «un bacio, ancora un bacio», surge en un arrebató de fiebre, en un estremecimiento de pasión; aquí, al final de la tragedia musical, Otello se despide para siempre de la mujer que ha amado y que acaba de herir por los pérfidos consejos de Yago, y su «un bacio, ancora un bacio», impregnado de dolor, de arrepentimiento, suena como un alelato de sombra, como un sollozo desesperanzado. Esta diferencia fundamental en la dicción, que ningún otro tenor ha tenido el talento de establecer, la descubrimos en evidencia oyéndole a Oxilia cantar el otro trozo musical a que nos hemos referido, ese terrible «Niun mi tema». Cuando el celoso moro se vuelve hacia Desdémona muerta, clama:

E tu, come sei pallida! e stanca, e muta, e bella,

arrepentido ya de su gesto homicida, que ha destruido en el instante mismo una vida inocente y su propio amor; pero es menester haberle oído a Oxilia decir esa frase para avalorar su sentimiento, su dolor, y su arte excelso. ¡No! No existe tenor alguno que haya dicho de ese modo la amarga frase de despedida; no habrá nadie que la diga con tal justeza y medido buen gusto. Sin caer en la exageración y ridiculez del dolor que se produce con ademanes y voces descompuestas, Oxilia ha hablado al corazón como sólo puede hacerlo un eximio artista de gran temperamento. Oyéndole, nos ha parecido ver la música de Verdi materializada.

Y esto es lo que no comprenderá nunca, aunque mil años viva, el pobre hombre que ha escrito su diatriba contra el glorioso tenor.

VICTOR PEREZ PETIT.

LOS RUISEÑORES CIEGOS ⁽¹⁾

I

SONETO

La selva — entre delicias y pavores,
aves de amor e inexorables fieras—,
guarda cautiva dentro sus fronteras
una especie de raros ruiseñores.

Privados de visión cual muertas flores
sus ojos, hay señales valederas
de que abiertos están a otras esferas:
los fantásticos mundos interiores.

Es que al aire el misterio de su trino,
imperturbablemente cristalino,
dan, y les tiembla la garganta pura.

Cruzan el bosque aniquilantes fuegos,
mas el coro impertérrito perdura.
—Cantad aun, oh ruiseñores ciegos.

II

LA SOLEDAD

—Estás solo, poeta. En aislamiento
fosco, estéril, helado, no conoces

(1) JULIO GARET MAS, nació en Montevideo, el 17 de diciembre de 1899. Cursó estudios primarios en el Colegio del Sagrado Corazón (Padres Salesianos) y en la Escuela de Aplicación para Varones y secundarios en la Universidad de Montevideo. Desde la adolescencia se dedicó a las letras. Dirigió las revistas juveniles «Samuel Blixen» y «Osiris», y durante la primera etapa de su actividad literaria colaboró profusamente en «La Razón», «La Semana», «El Fogón» y «Mundo Argentino». En 1924-27 efectuó una jira de conferencias en las que dió a conocer los valores intelectuales del país en la Argentina, Chile, Perú, Bolivia y Brasil. Trabajó por entonces conocimiento con figuras continentales de excepción. Publicó prosa y versos en «Zig Zag» de Chile, «Perricholi» y «Mundial» de Lima y «Azul» de Buenos Aires. Obtuvo por entonces la Flor de Oro en los IV Juegos Florales de Valparaíso. Más tarde, de 1928 a 1940, continuó realizando disertaciones, casi siempre de difusión de las letras uruguayas, en especial a través de la República Argentina, con el apoyo de gobiernos provinciales e instituciones de cultura. Ha ocupado, entre otras tribunas, la de El Círculo, de Rosario de Santa

el parloteo de amicales voces,
ni el camaraderil soplo de aliento.

—La soledad... mi soledad.

—Cuán lento

el rodar de tus días, sin los roces
que dan gusto al vivir; faltos de goces
de sociedad.

—Decid, de aturdimiento.

—Estás solo, poeta, en el olvido.

—Sigo internas visiones y el sentido
de una música undívaga que adoro.

—Harto sufres; te haremos compañía.

—Gracias, oh buena gente hermana mía,
pero la soledad es mi tesoro.

III

CONTIGO

Ancora providente de mis naves;
luna que adoras el amor —eterno,
según de boca del silencio sabes—;
alba ante cuyos tintes me prosterno.

Sol que inundas de azul ámbitos graves
y difundes un rayo sempiterno
que despierta en el pico de mis aves
el ansia de un trinar sensible y tierno.

Fe, la Universidad del Litoral, la Biblioteca Sarmiento, de Tucumán; la Universidad de San Andrés, de Bolivia; el Instituto de Educación de Porto Alegre. Ha publicado los siguientes libros de poesías: «Estrellas Errantes», «Versos», «Fuego y mármol», «Poesías», «Cantos del viajero», «Nuevos cantos», «Tempus fugit»; y en prosa: «Por una causa noble», «Un viaje por América del Sur», «Conferencias literarias». Las antologías de A. Artucio Ferreira, de Julio J. Casal y de León Medina, insertan algunas de sus poesías. Edita actualmente en Montevideo, el boletín literario titulado «Numen». Es vocal de la Comisión de Cultura Tradicionalista del Río de la Plata. Poeta de rica sensibilidad, sus versos son reflejo de su profunda vida interior. La intimidad, la confidencia subjetiva, las vibrantes emociones que en su espíritu ha dejado el renovado panorama de la vida, observado y sentido desde la ventanilla del viajero impenitente, desbordan en sus poemas, cuyo acento, grave y melancólico, invita al ensueño, y a dejarse mecer por la suave música del verso que prefiere la sordina a las estridencias. Este noble poeta maneja también la prosa con castiza elegancia y pone en ella, como en el verso, el sugestivo encanto de su sensibilidad y la docta gravedad de su espíritu. Este hombre de letras viene realizando de años atrás una ahincada labor de difusión de la cultura del país que ha tenido verdadera resonancia en los centros intelectuales de varios países de América.

—*Quiéreme*, ardiendo de ilusión te digo.
—*Te amo*, respondes natural y blanca.
Júbilo ingenuo en tu mirada brilla.

... Hasta la muerte caminar contigo.
Hasta la muerte, cumbre y puerta franca.
¡Cómo ignoras tu propia maravilla!

IV

VANIDAD

La obra pueril que sale de mis manos,
de durable apariencia revestida,
me hace adoptar esa actitud erguida
con que muestran su faz los soberanos.

—«Esto he creado. Sueños sobrehumanos
encarnas tú, forma de mí nacida,
natural fuerza virgen, fe de vida
tal como un bosque de árboles ancianos».

Ah, pero anduve hacia región tremenda.
Cae de mis ojos la engañosa venda
y en la corriente especular de un río,

miro al fin lo que soy y lo que puedo:
ínfima sombra y pálido remedo
colmos de absurda vanidad, Dios mío.

V

EL MALETIN

El que viajó tras fugitivo encanto
y a la par eludiendo la torpeza
de la rutina, que le causa espanto,
por salvar su emoción y su tristeza;

el que, en vicisitudes sin belleza,
tiene perdido mucho tiempo —¡tanto!—
que dado hubiera al suave amor y el canto,
amigo fiel de la Naturaleza;

—Hoy, que mi juventud quiere dejarme
—dice— y que soy quien fui, sin un adarme
de buen tino y la vieja sed me abrasa;

pienso en el maletín, gracia de un hado,
donde guardar, en éxodo obstinado,
lauros, libros, mis gentes y mi casa.

VI

EL ODIO

Para que, adulto, al cuello me saltara,
crió con agrio jugo en su bosque,
el odio, un tigre. El fósforo salvaje
aun no enciende su pupila clara,

y la bestia su sino intuye... Ampara
la selva su cruel aprendizaje;
definense las manchas del pelaje
y de los dientes la firmeza rara.

Crecida ya, me aguarda cautelosa.
Es la escena de horror: salto violento,
un ¡ay!, roja y morada mordedura.

Sangre perdía la garganta hermosa
de la que amo antes que al propio aliento.
Y tornó el animal a la espesura.

VII y VIII

A DON ROQUE ANTONIO GOMEZ

No es importante cuánto has vivido,
sino cuán bien has vivido. — Séneca.

Porque tu vida fué pródigo río,
amparo de extensísimas comarcas,
medito, a tu recuerdo, en lo que abarcas
egregio y noble antepasado mío.

De un senador romano el señorío,
viril franqueza en las pupilas zarcas,
y nostalgia de rías y de barcas,
vides grumosas y feraz plantío.

Mano de mando y protección; sapiente,
cava surcos o arroja la simiente
tras las graves faenas del gobierno.

Pero asimismo, al huérfano propicia,
sabe auxiliar, amable como el tierno
cielo de tu paisaje de Galicia.

*
* *

¡Cuán bien viviste, abuelo generoso!
Desde el antiguo marco del retrato
que impartieras diríase un mandato
a la vez inflexible y bondadoso:

*—Has el bien por el bien, sin aparato.
A tu labor aplicate afanoso.
Ama tu oficio. Y que el dolor ingrato
te dulcifique hasta el final reposo.*

*Sé blando con el débil y el caído;
con el perverso estalla como fusta.
No temas a la bruma del olvido.*

¡Cuán bien viviste, abuelo, y cuánto abarcas
al efundir tu admonición robusta,
río caudal en fértiles comarcas!

IX

HENRI GARET

Igual que si te hubiera conocido
te rememoro; igual que si te hubiera
oído historias en mi edad primera,
sé de tu hablar fluente y contenido.

Entre libros de estudio, retraído,
creo verte, al plural viento de fuera
sensible, o en la cátedra sincera,
o sobre todo en el amado nido.

¡El abuelo francés! Alma irradiante
por gracia de su erguido Pirineo
y de su cuna, Pau, quieta y fragante!

¡Cuánto deseara su virtud la mía
para usar sus potencias sin empleo
en la pasión de la sabiduría!

X

OTROS DONES

Dadme el frescor de solariega parra
 hoy de otro dueño; dadme la sonrisa
 de abuela en que mi infancia se desliza
 hasta erigirse en juventud bizarra.

Dadme la imprevisión frente a la garra;
 dadme, angustiado por vivir aprisa,
 noches de ardor, y el ir tras imprecisa
 visión en un deleite que desgarrar.

Dadme dones que tuve con largueza
 —aun míos: su recuerdo me es amable—,
 y los que gano a la contraria suerte.

Pero dadme, además, otra riqueza...
 Ah, sin ella, desnudo y lamentable,
 soy un puñado de oro ante la muerte.

XI

A TIENTAS

¡Qué apagadas las cosas en tu ausencia!
 Casa, calle, urbe, cielos han perdido
 su claro sello desde que te has ido.
 ¡Que turbiedad donde hubo transparencia!

Hallo, de noche, tan extraño el nido...
 Me estoy como entre brumas de inconsciencia,
 y desvelado, por no haber tenido
 la seda amante de tu confidencia.

Supe de rara plenitud. En vano
 la busco; ¿en dónde haberla sin tu guía?
 Quizá impresiona mi mirar lejano.

Mi razón misma tórnase insegura,
 y, sabiéndote ausente, con porfía
 inquiere en mi redor por tu ternura.

XII

EL TREMENDO TEMOR

De regreso del fondo de un abismo,
lenta mirada en su redor pasea.
En las pompas solares se recrea
y recóbrate, el buzo de sí mismo.

Vértice, luego, de hondo dramatismo
ve... y que un grupo de arcángeles guerrea
—por espada, la flor—, áurea presea
defendiendo con mártir heroísmo.

Mas otras veces se le caen los brazos.
¡Observa un tan sin normas y confuso
y disperso vivir de torpes lazos!

Teme al contagio que desmedre y mate
lo divino que en él Dios mismo puso;
y a solas, mustio, la cabeza abate.

XIII

SOL DE TERNURA

Ven a mi lado tú, ven a mi lado.
Pues sabes con primor ser compañera,
un relato me oirás, que pareciera
el miraje de artista enamorado.

Erase un caminante ilusionado.
Sufre. Hiérela el mal que dilacera,
mas incorrupto sale, el alma entera,
de lidiar con lo innoble y lo menguado.

Alcanzó cumbres de alegría franca
—mujer de rostro bello y psiquis pura
junto a él— y la hiel de las derrotas.

Pero cuando vencido —historia blanca—
ella lo quiso más. Sol de ternura
que haces redivivir las alas rotas.

XIV

TIEMPO QUE TE NOS VAS

Tiempo que te nos vas sin haber sido.
Apariencia de mar indiferente,
de nave y viento y rápida corriente
que conduce al olvido, si hay olvido.

Tiempo que te dijeras detenido
en lo insondable del dolor pungente,
e ironista veloz cuando, inocente,
el amor, de dos almas se hace un nido.

Tiempo impávido, fino, poderoso;
mirajes urdes, robas el reposo,
abres la sin remedio única herida;

pero lo más aciago es no tenerte
para beber el vaso de la vida,
para esperar el reto de la muerte.

XV

LO SOBREHUMANO

¡Cuán simple dar el curso de las horas
flores rítmicas, sólito el acento
cual el tinte de miel de las auroras
y como de almas limpias el aliento!

Muy fácil traducir las creadoras
pugnas, si rige su sacudimiento;
vivo, apresar en cláusulas sonoras
el tumulto del arduo pensamiento.

Pero, qué loco afán y empeño vano
el de lanzar la estrofa que al humano
arranque a sus angustias o su hastío;

o concebir el poderoso verso
que abra de par en par otro Universo
donde digamos:... «El Arcano es mío».

XVI

AL NUMEN

Soy quien para elevar con firme pulso
la copa, en brindis por deidades nuevas;
aprisionar el talle de las Evas
con tacto ya tranquilo, ya convulso;

y dialogar, sin sesgos a lo insulso,
contigo, que levantas y renuevas
—recio el Pegaso tras mortales pruebas
guarda el vigor del primitivo impulso—.

No soy quien sólo de miseria sabe,
pues genio maternal dióme una llave
del universo de la melodía;

mas, ay, no puedo suprimir la fuga
del tiempo y, como el ave que madruga,
con alma fresca saludar el día.

XVII

EL CORO AQUEL

El coro aquel, de ciegos ruisñores,
no se extinguió, ¿sabéis? La transparencia
de su trino señala su presencia,
aislada «entre delicias y pavores».

Ah, pero adivino un tiempo de rigores.
Persiste el canto de divina esencia,
pero acaso se nubla la conciencia
de los fértiles mundos interiores.

El coro aquel prosigue, prisionero
de su bosque natal, que sufre entero.
Da el coro su mensaje cristalino,

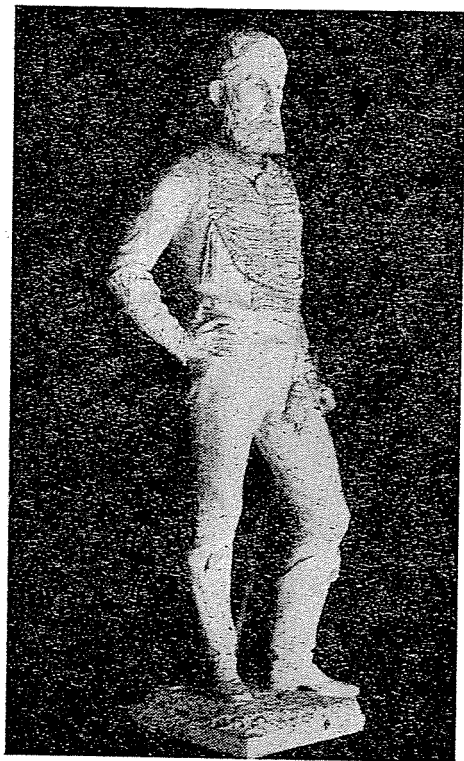
mas a su lado la congoja es tanta
que quizás entumezca su garganta,
¡y no quede memoria de su trino!

JULIO GARET MAS

PAGINAS DECONOCIDAS

EL GENERAL EUGENIO GARZON (1)

«Si aquel soldado del Río Bamba (Lavalle) hubiera sentado en el banquillo de Santa Fé al General Garzón, ¿sabéis qué cabeza habría caído? la de uno de los libertadores del Río de la Plata. Los Generales Urquiza y Garzón fueron los dos Libertadores de las Repúblicas del Plata en 1851», dice don Félix Frías.



Estatua del General Eugenio Garzón,
por el escultor Ferrari

«El General Garzón era un dechado de virtudes», manifiesta el General Batlle.

«El General Garzón era una de as glorias más puras de mi patria», — expresa Enrique Muñoz.

«El General Garzón, dijo una vez Urquiza, era un héroe y un ángel». (Referencia del Coronel Anderson, de Concordia).

El venerable anciano don Joaquín Suárez, nos dejó escrito lo siguiente:

«Hace años que estamos separados de usted, sin más recuerdos que el interés natural que da la nacionalidad y el porte digno y decente de un hombre de mérito y de capacidad en la carrera como usted, de que tanto carece nuestro pobre país y de quien tantos servicios espera para su libertad y bienestar futuro. Ha llegado el tiempo, General y amigo, que sus servicios a su patria

(1) Este trabajo, que ha permanecido inédito hasta ahora, sirvió de base a la conferencia que el ilustre historiador y hombre público dictó en el Club Oriental de Buenos Aires, el 4 de agosto de 1928, en ocasión de la erección en Montevideo, del monumento al General Garzón, obsequiado por la República del Perú al Uruguay.

le proporcionen esta felicidad y a usted un nombre glorioso e inmortal».

«Felicito a usted, decía el Presidente de la Confederación Argentina, doctor don Santiago Derqui, cordialmente, por la completa libertad de su patria. Esta felicitación no es un mero cumplimiento, es un desahogo de la sincera amistad que siempre le profesé desde que tuve el honor de tratarle, y la expresión del placer que tengo al verle en el elevado rango de que es tan digno y siendo al mismo tiempo el objeto de las esperanzas de la patria y de la estimación general a que siempre fué tan acreedor».

El General don Wenceslao Paunen decía que «indisoluble son los vínculos de gratitud que me ligan a los que llevan el ilustre nombre de Garzón».

Por su parte el historiador don Juan M. Pelliza, deja escrito que Garzón tenía inteligencia descollante, valor militar y mucho tacto político. Vinculaba a Urquiza después de su ruptura con el titulado Presidente (Oribe), ayudóle en sus campañas con sus consejos y su espada y por tales servicios el Gobernador de Entre Ríos, estábale agradecido. Después de «Vences» Garzón era para Urquiza el más influyente de sus amigos y no es dudosa la participación que tendría en la política que les separó primero de Oribe y luego de Rosas, aliándose a los enemigos de la dictadura. (*Historia Argentina*, tomo IV, página 390).

El ilustre poeta de Olegario Andrade, expresa que «en este día de inmortal recuerdo saludamos a los vencedores de Caseros con toda la efusión de nuestra alma y rendimos un tributo de veneración a los restos inanimados del ilustre General don Eugenio Garzón». (De una publicación hecha recientemente en Gualeguaychú por el historiador argentino señor Echegoyen).

El Ejército Libertador que pasó el Uruguay en 1851, iba compuesto por un solo hombre: el General Garzón en persona (1), ha dicho el Dr. Don Nicolás Avellaneda.

«Sin el concurso de Garzón — había dicho Don Manuel Herrera y Obes — hubiera sido una insensatez pensar en la caída de Rosas. Yo no conocía a Urquiza y tenía recelo para conferenciar frente a frente por la falta de garantías, sobre todo cuando no eran soluciones concretas y entraban en juego las intrigas; pero cuando ví empuñada la noble interposición de Garzón, firme, absoluta y su gran ascendencia sobre el Caudillo entrerriano, no titubí y consideré factible la alianza. Por eso será siempre eterna la gratitud de los orientales hacia Garzón, en aquel momento memorable de nuestra histo-

(1) Manifestación personal hecha en Tucumán a Eugenio Garzón, su pariente, por el Presidente don Nicolás Avellaneda, y que se publica por el honor que aquella refleja sobre el General Garzón y Avellaneda y porque coincide con la del señor don Benito S. Chain y otros adversarios del General Garzón.

ria». («El General Garzón, 1851». Artículo publicado en «La Mañana» de Montevideo, del 23 de abril de 1921, por Plácido Abad).

Carlos María Ramírez, el nunca bastante llorado político uruguayo, decía que: *«Algún día, frente a la estatua de Suárez, se alzarán la del General Garzón, personificando el concurso que los orientales prestaron a la Independencia americana desde las cuevas de Chacabuco hasta los volcanes del Ecuador y caracterizando el momento histórico en que aquel veterano de las guerras legendarias pone su espada al servicio de los enemigos de Rosas y reconcilia a la familia oriental en la común execración de los tiranos».*

Y, por último, el General Rivera en carta al General Garzón le decía que «poseído de la mayor satisfacción me hago un deber en felicitarlo por la parte importante que Vd. ha tenido en el pronunciamiento manifestado por el señor Gobernador Urquiza en sostén de los principios de civilización y orden». (*Mi año político*, por Alberto Palomeque, tomo 7º, pág. 62 del Apéndice).

Esto es todo lo que me ha sido dado conocer en la premura del tiempo para preparar esta *causerie*.

El biógrafo de *El Indiscreto*, citado al comienzo, trae, con motivo de la actitud de Garzón al pensar en su regreso al Río de la Plata, algo que considero inverosímil, dadas las consideraciones que el ilustre guerrero peru-boliviano, don Andrés Santa Cruz, siempre guardó para el compañero de Zepita, y porque el acto en sí nada tenía de censurable. Pensar en la patria no es un crimen, ni así pudo considerarlo el sano criterio de Santa Cruz, dada la nobleza del pensamiento, hijo de un corazón bien puesto. En la foja de servicios de Garzón, que existe en el Archivo de la Nación, no hay una sola falta anotada en toda su carrera militar. Allí se lee lo siguiente:

Valor: Acreditado muchas veces.

Aplicación: Incomparable.

Capacidad: Muchísima.

Conducta: Muy buena.

El biógrafo en cuestión, dice lo siguiente: «...pero en su corazón de oriental bullía un sentimiento de entusiasmo por la causa del caudillo heroico que en aquellos momentos (1819) defendía el territorio de la patria contra la invasión lusitana. El y otros oficiales orientales fueron acusados de cooperar en favor de Artigas. El General Cruz, sucesor de Belgrano, los destituye y los remite presos e incommunicados al ejército del General San Martín que debía en breve negar obediencia al Gobierno de Buenos Aires para marchar a la campaña del Perú».

En parte alguna he encontrado confirmado semejante aserto, lo que sí, Garzón aparece al lado de San Martín frente a Lima, y, cuando más tarde piensa realmente en regresar a su tierra natal para servirle hace lo que realiza todo militar conocedor de su deber: solicita el permiso de Bolívar, y así, con su foja de servicios limpia y sus con-

decoraciones en el pecho, entra al Río de la Plata, donde, como veremos, Rivadavia en el acto utiliza sus servicios en 1825.

Un punto muy importante para el historiador es conocer a fondo la genealogía del personaje que estudia, es decir, el hogar en que se mecío su cuna y empezó a educar su sentimiento.

Toda Democracia tiene su Aristocracia, y es muy noble conservar la tradición de la familia, que viene a ser como la *tradición de la casa* en la organización del Senado de una nación republicana.

El homenaje a rendirse al General Garzón tiene su repercusión no sólo desde las orillas del Río de la Plata al Ecuador, a las repúblicas hermanas de Sud América, sino que se extiende a quienes, como dignos descendientes de don Joseph Eusevio González Luna y Cevallos, Marqués de Montesclaros y doña Juana Josefa de Sáyas Bazan y Zamudio de González, fueron los fundadores por la línea materna de la noble familia cuyos vástagos viven esparcidos en Nueva York, Barcelona, Cuba, Madrid, París, Toledo y Paraguay, hasta quienes llegarán los ecos de estos festivales realizados en ambas ciudades situadas en la desembocadura del Río de la Plata.

El General Garzón era sobrino de Artigas, e hijo de don Vicente Garzón, de origen nobiliario, ingeniero civil, y de doña Antonia Avellaneda de Garzón, de la misma familia de los Avellaneda de Tucumán y de Córdoba, siendo aquel de la rama de Avellaneda que se quedó en Montevideo. De aquí que cuando el ilustre doctor don Nicolás Avellaneda hablaba del coronel don Félix Garzón, hermano del General Garzón, le llamaba: *Mi tío*.

El General Garzón nació el 6 de septiembre de 1796, en Montevideo, y se casó en esta ciudad con doña Angela Furriol de Garzón, Marquesa de Montesclaros, siendo sus abuelos los ya mencionados, de cuyo enlace nacieron seis hijos de los que solo sobrevive Eugenio Garzón, nuestro ilustrado escritor y político tan conocido por sus bellas cualidades morales e intelectuales. (1)

SU NIÑEZ Y SU AMOR

Se educó, en los ejércitos de América al lado de los más grandes hombres de la revolución. A los 17 años ya calzaba espuelas y tenía una espada al cinto.

Hay una pequeña anécdota de su niñez contada por su madre a su hijo Eugenio: Cuando salía de la escuela primaria (no sé si de la de San Francisco) iba siempre solo, muy severo y muy pensativo. No se juntaba con nadie, ni con su hermano Félix que era altanero; y pensaba siempre en ser soldado, hasta que Doña Antonia Avellaneda de Garzón, su madre, se lo entregó a Artigas el 30 de Agosto de 1811, en el Naranjal, Provincia de Entre Ríos.

(1) Archivo de Eugenio Garzón.

El General Garzón —como he dicho— era sobrino de Artigas, de Don José, como le llamaba su madre y sus tías las Garzón. Así se explica que doña Antonia Avellaneda atravesara la campaña para ir hasta el Naranjal a entregarle el sobrino al tío Don José.

En una carta que el joven Coronel escribe el año 31 a Don Francisco Joaquín Muñoz le habla de amores y le dice:

«Mi corazón se me ha quedado en la calle de San Juan» que era donde vivía la señorita Doña Angela Furriol de González y Luna, que fué después su esposa.

Cuando el ejército oriental entró a Montevideo, después de la campaña del Brasil, Garzón iba a su frente.

Al pasar por delante de la casa de Don Miguel Furriol, antiguo Regidor de Montevideo, una niña arrojó de su azotea una corona, que acertó a ensartarse en una de las charreteras del joven Coronel, quien fijó sus ojos de combate en los ojos de la que distribuía sus laureles. Así empezaron los amores del joven soldado del Naranjal con la que fué su esposa después. El día en que el joven Coronel Garzón pidió la mano de Angelita Furriol, como se la llamaba en la época colonial, quiso la poesía del momento que en el primer patio de la casa de sus padres hubiera un rosal del cual el apuesto Garzón arrancó una rosa en botón y se la regaló cortesmente a su prometida como símbolo futuro del camino a recorrer juntos, cubierto de flores, que el destino fatal lo cubrió de espinas, aunque siempre se amaron como dos tristes, como dos románticos, a tal punto que Garzón, veinte años después, al pasar el parte oficial al Gobierno de Montevideo del cese de la Guerra Grande, le dirige uno familiar a su Angela, como él la llamaba, y que firma así: Tu siempre Garzón. (Las Piedras, Octubre de 1851).

El botón de rosa de la referencia lo guardó su esposa en una pequeña y primorosa cajita junto con las medallas del héroe, cosas ambas que aún conserva religiosamente la familia del General Garzón.

PORQUE SE ERIGE LA ESTATUA

¿Cómo? ¿Es posible que en la ciudad de Montevideo, donde domina el partido que le fué adverso, se levante la estatua del General don Eugenio Garzón?

Una circunstancia especial, favorable a tan noble acto, ha sido la causa del fenómeno político, a lo que no ha dejado de contribuir esta época de rectificación de valores históricos.

No ha sido la población de Montevideo, por más que lo deseara, la que ha pensado en tal homenaje, sino que el Gobierno del Perú, agradecido a los servicios que allá prestó aquél ilustrado militar, durante la guerra por la Independencia Suramericana, quiso demostrar su agradecimiento, exponente de solidaridad entre las nuevas

nacionalidades venidas a la vida después de la Revolución de Mayo, y con gentileza diplomática, ofreció aquel monumento, seguro de que sería aceptado con júbilo por el pueblo uruguayo en esta transición sesuda de su historia nacional.

La nación uruguaya es parca en esto de rendir homenaje a la memoria de sus servidores, sin duda porque ha vivido en constantes luchas civiles hasta poder echar los cimientos de granito sobre los cuales ha levantado su mansión institucional.

No ha tenido tiempo para pensar en ello. Esto ha sido un bien, pues durante más de sesenta años de dominación absoluta del actual partido político se ha tenido la sensatez de juicio de no exaltar a ninguno de sus afiliados, aun en los momentos en que alguien lo pretendió, humeante la sangre de la víctima, dejando a la posteridad la tarea de pronunciar su fallo.

Esa parsimonia se revela en los dos únicos monumentos políticos, se entiende, levantados en los sitios públicos de aquel país: el de Artigas y el de don Joaquín Suárez, ambos personificación de nobilísimos pensamientos, cuales, el de la fundación de la nacionalidad y el de la lucha contra la tiranía argentina en defensa de la soberanía nacional.

El pueblo uruguayo despertó al sentir que el Perú le tocaba en lo hondo del corazón, y ante la nobleza del acto, y la justicia que éste encarnaba, se puso de pie, y con ademán firme, sentimiento levantado, y brazos abiertos, recibió agradecido el valioso obsequio que se le remitía, sahumado con la pólvora de las batallas en que el ilustre guerrero tomó parte a las órdenes de varones inolvidables como San Martín, Bolívar, Alvear, Sucre, Gamarra, Olazabal y Santa Cruz.

FOJA DE SERVICIOS

La foja de servicios del hombre objeto de nuestro homenaje tiene, como se ve, el Visto Bueno de estos capitanes legendarios, algunos de los que figuraron no sólo en el mundo de las leyendas militares sino en el de las letras y de la política por lo brillante de sus acciones y lo hondo de sus pensamientos.

Ellos le han abierto al General Garzón las puertas de la inmortalidad y colocándolo en el lugar merecido, sellándolas luego con el calor de su propia sangre derramada en los combates y con la fuerza expansiva del pensamiento que lo animó en vida, para solo abrirlas, como ahora, con la llave de la gratitud nacional, en la hora grande de conversar con su espíritu inmortal.

La posteridad, que lo somos nosotros, ratifica el juicio de los contemporáneos, pues del examen imparcial de los acontecimientos de aquella época memorable, resulta que los luchadores, que, como el General don Eugenio Garzón, salieron jóvenes del Río de la Plata

para libertar pueblos hermanos y arrojar la semilla de la concordia, cuyo fruto se recoge hoy en la jornada fraternal iniciada por el Perú, son acreedores a que sus nombres brillen en el Altar de la Patria consagrado a la memoria de los benefactores de la humanidad.

Tenía apenas quince años, cuando la autora de sus días, doña Antonia Avellaneda lo entregó a la suerte de las armas, brillantes en el brazo hercúleo del caudillo uruguayo.

El niño se convirtió, más tarde, en un Libertador de América para regresar al terruño cargado de honores, una vez exhibida su fortaleza de ánimo en las jornadas de Cerrito, Zepita, Junín, Pichincha, Ayacucho, Lima, campaña de Alto y Bajo Perú y cuantas se libraran, hasta llegar al Ecuador, durante los diez años de incesante batallar contra la fuerza prepotente del conquistador español, rival digno del soldado suramericano.

La actuación de Garzón en las batallas de Junín, Pichincha y Ayacucho está además perfectamente demostrada por la declaración que el General don Cipriano Miro hizo en 1876 en nota dirigida al Ministro de la Guerra y Marina de Montevideo, reproducida en estos días por el escritor don Plácido Abad en un artículo publicado en Montevideo y en Buenos Aires. De ella resulta que Garzón, después de Ayacucho, lo primero que hizo fué «preocuparse de que se ejecutase el rescate de los prisioneros que se hallaban presos en las plazas del Perú cargados de cadenas y en medio de la mayor miseria, entre los cuales se encontraba el que suscribe», dice el General Miro.

Vencedor en Pichincha tiene la fortuna, agrega Miro, de ser custodia de los estandartes de los realistas que se pasearon por las calles de Quito cuando la entrada de las fuerzas patriotas y el día que Bolívar revistó a los heroicos vencedores».

INFORME DE CARLOS GUIDO Y SPANO (1)

Señor Presidente de la Contaduría General de la Nación:

La foja de servicios del guerrero de la Independencia Don Eugenio Garzón, que corre en este expediente a fojas 11 a la cual nada ha tenido que observar la Comandancia General de Armas, es por demás deficiente, tratándose de tan bravo y distinguido soldado. En ella se citan sólo algunas de las acciones de guerra a que asistiera; mereciendo por su irreprochable conducta los elogios de los Generales Bolívar, Sucre, Santa Cruz, Gamarra, Alvear, Paz y otros jefes

(1) El Director del Archivo General de la Nación, Augusto S. Malla

Saluda muy atentamente a su estimado amigo Dr. Alberto Palomeque, y se complace en enviarle la foja de servicios del General Don Eugenio Garzón, que le solicita en su afectuosa del 16 del corriente.

S/c. Buenos Aires, Julio 18 de 1928.

de renombre. Esta deficiencia subsanada en parte por los brillantes testimonios auténticos adjuntos a la solicitud precedente, no han podido serlo a pesar de las más prolijas investigaciones, por las que debieran obrar en este Archivo y que, o no se han custodiado nunca en él o se extraviaron. Pero cuando se trata de un jefe tan justamente afamado no es difícil compulsar sus antecedentes en nuestros anales militares. Refiriéndome, pues, sumariamente a datos y documentos no controvertidos, y que son ya del dominio de la Biografía y de la historia, paso a completar la que establece la foja de servicios mencionada, la cual sólo consigna el grado de Sargento Mayor concedido en 1815 con la que llegando a 1822 lleva al pié la firma del General Don Félix Olazábal y que fué publicada en Montevideo en 1876 en ocasión de trasladarse las reliquias del General Garzón en testimonio de gratitud nacional, al mausoleo allí erigido a los servidores de la patria.

De aquel documento resultan en favor del causante los nombramientos siguientes:

3er. Comandante del Estado Mayor General, 19 de Junio de 1820.

Capitán graduado, 10 de Octubre de 1820.

Capitán efectivo, 1º Noviembre de 1820.

Grado de Sargento Mayor, 18 de Junio de 1822.

Sargento Mayor efectivo, 14 de Septiembre de 1822.

Con estos comprobantes y los despachos que el recurrente acompaña, firmados por el Presidente Rivadavia y el General Alvear, el Teniente Coronel el uno (1826) y de Coronel efectivo el otro (1827), queda sellada la carrera del causante en la época de nuestras grandes guerras nacionales.

En el certificado honrosísimo del General Alvear que se registra a f. 9, están señalados los hechos de armas en que el entonces Coronel Garzón se distinguió y los mandos que tuvo durante la campaña del Brasil.

Refiriéndose a un período anterior se expresa lo siguiente en la foja de servicios autorizada por el General Olazábal que se ha hecho mención:

Campañas y acciones de guerra

En toda la campaña de la Banda Oriental en 1812 y sobre el ejército portugués. En el sitio y toma de la Plaza de Montevideo. En la acción del Yapebí contra los portugueses. En la acción del 31 de diciembre en el Cerrito. En diferentes guerrillas sobre Montevideo. En la 3a. campaña del Perú. En las acciones del Cerro de Wiloma. En la campaña sobre Santa Fé. En la gloriosa expedición libertadora. En la campaña de la Sierra (Perú). En el sitio del Callao. Disfruta de la medalla designada a los libertadores del Perú, y es benemérito de la orden del Sol.

Notas del Coronel

Valor: Acreditado muchas veces.

Aplicación: Incomparable.

Capacidad: Muchísima.

Conducta: Muy buena, etc.

Estos testimonios se hallan comprendidos y se corroboran en los datos que a continuación se reproducen:

Quince años contaba el General Garzón cuando estalló, en 1810, la revolución americana. Hizo toda la campaña de la Banda Oriental desde el año 11 hasta el año 14 en que evacuó el ejército español la ciudad de Montevideo, ocupándola las fuerzas patriotas.

Marchó al Alto Perú el 17 de agosto de 1814 a tomar parte en la guerra contra el poder de la metrópoli.

Alistado en las filas del ejército del Perú militó en él hasta fines del año 19, en cuya época fué destinado al ejército de los Andes en Chile.

Hizo la campaña del año 20 que llevó la libertad al Perú y asistió a la segunda campaña de la Sierra.

Hizo también la campaña del año 23 a Intermedias, siendo ya Jefe del Batallón al mando del N° 2 de Infantería.

Concurrió a la campaña del año 24 en clase de Ayudante General del Estado Mayor Libertador, ascendiendo el 21 de Diciembre de 1825 al grado de Coronel en la ciudad de Chuquisaca (Despacho original firmado por Bolívar f. 8).

Tan brillante carrera fué premiada con las condecoraciones más honrosas. A las ya señaladas habría que agregar la que en 26 de Agosto de 1823 confirió a Don Eugenio Garzón Comandante del Batallón «Vencedor de Pichincha», el General Don Andrés De Santa Cruz, General en Jefe del Ejército Libertador del Sur, competente-mente autorizado para ello; y la medalla con el busto de Bolívar que el mismo personaje Gran Mariscal entonces y Presidente del Consejo de Gobierno de la República del Perú, le ofreció en testimonio de honor por sus gloriosos servicios. Enumerar estos por completo sería por demás ante la ilustración histórica de la comisión que ha pedido este informe, el cual juzgo ha de considerarse suficientemente a los fines que la misma se propone.

Por tanto terminaré la presente reseña trasladando aquí un fragmento de carta que a 3 de Mayo de 1832 el General Don Carlos de Alvear dirigió al benemérito Jefe de quien se dan estos breves apuntes:

«Señor Don Eugenio Garzón: Mi muy querido amigo
..... V. es joven, lleno de servicios, y Vd. obtendrá más hoy,
más mañana la recompensa de aquellos y de su honrosa comportación.

Mi amigo: siempre he recordado y he dicho a todos su parecer

de Vd. la víspera de Ituzaingó; y así como no puedo echar de mi memoria que todos nuestros Generales eran de opinión de esperar al enemigo en el llano traidor de la margen de Santa María, Vd. debe vanagloriarse de haber juzgado muy bien lo que debía de hacerse y que se hizo en efecto; y esto lo he contado a todos porque le hace a Vd. honor y porque es una justicia que me complace en hacer a su mérito».

Las palabras que anteceden son demasiado expresivas en sí mismas para necesitar ser comentadas.

En cuanto a pagas o buenas cuentas con referencia al causante, el único antecedente que se ha encontrado es un ajuste por sueldos devengados en su clase de Ayudante Mayor hecho en Tucumán a 31 de Diciembre de 1816, ajuste correspondiente a todo ese año e importante 519 pesos 5 reales: cantidad abonada en Buenos Aires a solicitud de la Sra. Antonia Avellaneda, madre del Sr. Garzón a 20 de Febrero de 1818.

Carlos Guido y Spano.

17 Diciembre de 1878.

AMOR A LA PATRIA NATIVA

Los agasajos de que era objeto por parte de aquellos pueblos hermanos, a cuya libertad había contribuido desempeñando no solo funciones militares sino las civiles y administrativas, no le hacían olvidar su tierra nativa, por lo que, cuando hasta él llegó la noticia de que Bolívar, por razones especiales, no concurriría a la guerra contra el Imperio del Brasil, iniciada bravamente por los «33 Orientales», pensó, y pensó juiciosamente, que su deber consistía ahora en retornar al Río de la Plata, al sacro suelo, en unión de su compañero de armas Ventura Alegre, para prestar el concurso de sus talentos militares puestos en juego durante la lucha por aquellas comarcas contra jefes aguerridos.

No pensó con criterio autonómico, con espíritu regional, federativo o independiente de la época, sino como uno de los tantos ciudadanos pertenecientes a las Provincias Unidas del Río de la Plata. Regresaba después de 1825 con el espíritu amplio que le había llevado a prestar sus servicios en la Banda Oriental, a las órdenes de Artigas durante los años 11 a 14, hasta confundirse con los soldados del Cerrito. Los tiempos crudos venidos después, que no lo arrastraron en su carrera, habían pasado, y otros eran los pensamientos que trabajaban su cerebro después de haber luchado por cosas grandes al lado de ínclitos varones como los ya mencionados.

Rivadavia, que sabía utilizar a los hombres de condiciones, cual lo hizo con el coronel don Ramón Estomba, nacido en Montevideo; venido también de aquellas regiones del Callao, para fundar Bahía

Blanca y combatir al salvaje, hizo otro tanto con Garzón, y allí fué éste a engrosar las filas del Ejército Republicano que Alvear comandaría en Ituzaingó.

ESPIRITU CONCILIADOR

Su acción en el ejército no fué solamente la del guerrero, la del militar organizador de hombres indisciplinados, sino la del político astuto y previsor, para lo que hay que darse cuenta del estado de aquella masa humana comandada por Alvear. Las rencillas entre los jefes y el general que los dirigía eran muy serias y notorias. Llegóse hasta sostener que se preparó un motín militar, o un complot, para deponer al general en jefe y sustituirlo por Lavalle, por Lavalleja, etc., el que habría fracasado debido a la actitud enérgica, se asegura, por Saldías, aunque nosotros no lo creemos, del oficial subalterno don Ignacio Chilabert.

Garzón se dió cuenta de los males que aquello traería consigo, y entonces, como hombre dotado de alcance político, se acerca al Coronel Brandsen para tratar de buscar el medio de cortarle la cabeza a la hidra de la anarquía. Así lo consigna Brandsen en las páginas del interesante *Diario de la Campaña del Brasil* que escribió hasta la víspera de su muerte heroica frente a la zanja de Ituzaingó; y esta fuerza moral e intelectual, que en nuevas y serias ocasiones aparecería, para atraerse la buena voluntad de sus superiores, fué el vínculo entre Alvear y sus subalternos desde ese momento solemne, según lo consigna el nombrado coronel Brandsen.

ERROR HISTORICO DE ALVEAR

Este importante antecedente no lo olvidaría Alvear, y puede hallarse en él la explicación de la actitud que años después asumió cuando se trató del punto relativo a la designación del lugar donde se libró la batalla de Ituzaingó.

En efecto, andando los años, el revuelto mar de la política colocó a Alvear y Garzón en unas mismas filas partidarias, y entonces aquél, inspirado indudablemente en un estrecho preconcepto político, hijo de las circunstancias, entregó a Garzón un documento honroso para éste en el que reconocía que la elección del lugar donde se libró la batalla de Ituzaingó le fué sugerido por el varón que motiva estas líneas.

Garzón nunca creyó de su deber militar publicar semejante honroso documento, pero su hijo Vicente, pasados cerca de treinta años, con motivo de colocarse el corazón de Garzón en el Panteón de los Hombres Ilustres, lo dió a conocer, en 1876.

¿Era verdad lo que Alvear afirmaba? ¿Por qué Garzón reservó ese documento?

Este interrogante lo tengo contestado en mi estudio «¡Ituzaingó!» Creo firmemente que solo una razón política del momento, pudo motivar el hecho como lo insinúa el Coronel Baldrich en su interesante libro sobre *La Guerra del Brasil*.

En verdad, Garzón no necesitaba de tal certificado para destacar su personalidad militar; le bastaba su figuración anterior, la actual conducta caballeresca y militar observada en el momento de la batalla, al frente del N° 3, para aparecer dignamente en las páginas de la historia, en su doble representación de luchador por la Independencia Sudamericana y por la Independencia Provincial a que en su consecuencia se arribó en el Tratado de Paz celebrado muy luego con el Imperio.

En el parte oficial de la batalla de Ituzaingó dice Alvear que «los Coroneles Olazabal, Oribe, Garzón y Correa, y los Comandantes Oribe, Arena y Medina han sostenido la reputación bien adquirida en otras batallas, igualmente que el 2º Jefe de Estado Mayor Coronel Deesa».

PARTIDARISMO POLITICO

Aquí comienza una nueva faz de su vida, no ya solo militar sino política, pues va a verse envuelto en los disturbios civiles que azotaron el terruño a que se mantuvo fiel.

Hasta entonces habíase considerado simplemente ciudadano de las Provincias Unidas del Río de la Plata, como que había nacido el 6 de setiembre de 1796; pero, declarada la independencia de la Provincia, optó por la nacionalidad débil venida a la vida en medio de la horrasca internacional, convencido de que era ella la que más necesitaba de los esfuerzos de los hombres con experiencia gubernamental.

Fué entonces Ministro de la Guerra del Gobierno Provisorio de 1829, para muy luego, durante la Presidencia del General Rivera, en 1830, colocarse nuevamente al frente de su batallón de cazadores N° 3, comandado en Ituzaingó.

En esta difícil ocasión dió, sin embargo, en 1832, el triste ejemplo de imitar a Lavalleja; se rebeló, produjo un motín militar contra la autoridad constitucional. Felizmente fueron vencidos los sediciosos, afirmándose que la derrota se debió a que Oribe, comprometido en el movimiento, se habría decidido, sin embargo, por sostener el principio de orden, encarnado en la persona del Presidente Rivera.

Aquí se hallaría la causa determinante de la separación de estas dos entidades; la línea quedaría tendida desde entonces, aunque sin cavarse del todo el abismo que más tarde los separaría, en medio de las acciones y reacciones de esa época tumultuaria.

El general Garzón, como todos los prohombres surgidos de la revolución de Mayo, con excepción de San Martín y Rivadavia, no cre-

yeron de su deber rehuír las luchas por la Libertad una vez concluída la de la Independencia.

¿Hicieron bien o hicieron mal? Creo que llenaron su misión civilizadora. En éstas se mezclaron, sufriendo sus consecuencias, a veces desastrosas, yendo ellos más lejos que lo que su voluntad y sana intención querría. Fué así que a Garzón se le vió militando en las filas del llamado partido federal argentino; se confundieron los intereses de las dos asociaciones políticas que comenzaron a diseñarse en ambas orillas del Río de la Plata después del fusilamiento de Dorrego, de la implantación de la dictadura y luego de la tiranía sangrienta de Rosas. Lavalleja, Oribe, Garzón y otros tantos, se vieron unidos alrededor de Rosas o Urquiza para luchar contra el gobierno constitucional de Rivera y el que le sucedió, en la Defensa de Montevideo.

ABISMO QUE SEPARA

En esa conmixti6n de los partidos y cosas del Río de la Plata, sucedió un hecho que, sin duda, trabajó muy hondo el espíritu de Garzón, para mayormente distanciarlo de Oribe. Me refiero a cuando Garzón fué hecho prisionero por Lavalle en Santa Fé, salvado de la muerte por obra de la humanidad del vencedor, en aquellos tiempos en que el *Vae victis* era un apotegma político indiscutible, pues la victoria daba derecho de vida o muerte sobre el vencido.

Es conocida la hermosa acci6n de enviarse al ilustre prisionero al campamento de Oribe, acompañado del joven parlamentario don Rufino Varea, dándole libertad, y que en recompensa se cometió el monstruoso crimen de ultimar, sacrificar al noble portador del digno prisionero.

Este hecho labraría más y más el espíritu de Garzón, a cuya educaci6n militar repugnarían procedimientos sanguinarios, en los cuales alguna vez pudo hallarse comprometido. Su situaci6n le impuso la ley del silencio hasta llegar el momento de romper el vínculo que le unió a su jefe superior.

Y así sucedió. La simulaci6n no siempre pudo ocultarse cual debiera para salvar la vida, por lo que un día el militar pundonoroso vióse objeto de una orden terminante transmitida a él, Jefe de Estado Mayor, firmada por Oribe, para que en el término de cuatro horas se alejase del campamento. Ella, decía así:

«Cuartel General en marcha, a 23 de Noviembre de 1842. — Año 33 de la Libertad, 27 de la Independencia y 13 de la Confederaci6n Argentina. — Por cuanto pasa hasta la Capital de Paraná, el General Don Eugenio Garzón, separado del Ejército, debiendo salir de él dentro de cuatro días. — Por tanto, los maestros de postas le auxiliarán hasta su destino. — *Manuel Oribe*. — El General en Jefe Interino del Ejército de Vanguardia de la Confederaci6n Argen-

tina. — ¡Viva la Confederación Argentina! ¡Mueran los Salvajes Unitarios!»

Y Garzón, esa misma noche en que la recibió, sin asistente siquiera que le sirviera y obedeciera, ensilló su caballo, y con lo puesto, salió del Ejército, marchando toda aquella noche, para, durante el día, dormir en el monte, oculto a las miradas de sus perseguidores.

Siete noches consecutivas marchó el general Garzón, solo, guiado por su estrella protectora, hasta llegar al Paraná, y desde entonces, 1842, aquellas líneas tendidas en 1832, cuando el motín militar, se convirtieron en el abismo que separó a esos dos hombres para siempre, hasta su desenlace en el Cerrito de la Victoria, frente a Montevideo, en aquel mismo lugar donde, cuando joven, peleó contra el español conquistador en nombre de la independencia de América, como en ese instante pelearía por la de su patria contra la tiranía argentina.

URQUIZA Y GARZÓN

Garzón permaneció desde entonces, 1842, al lado de Urquiza, ¿para qué?

Es una página hermosa de su vida solitaria, digna de describirse con todos sus detalles minuciosos por el futuro historiador.

Garzón desempeñó en Entre Ríos, con respecto a Urquiza, la misma tarea que Lamas acerca de Pedro II, en Río de Janeiro. Comenzó por captarse las simpatías del caudilla poniendo a su servicio los conocimientos militares que en alto grado poseía, lo que tanto impresionó al omnipotente *mandón* de aquellas regiones.

En dos serias ocasiones se pusieron de manifiesta esas disposiciones naturales del oficial de escuela, desarrolladas en guerras regulares, al lado de hombres superiores. Una, cuando aconsejó a Urquiza retrocediera frente al enemigo en Potrero de Ubajay, a lo que el prejuicio del campesino, del guerrillero criollo, de no aparecer cobarde, huyendo del peligro, le hacía rechazar el consejo que dañaba el hombre observador, ya hecho un psicólogo del corazón humano. No, le decía Garzón, la retirada no es la fuga, es la victoria, no necesitamos derramar la sangre del enemigo, exponiéndonos entonces a una derrota, dada nuestra debilidad, porque la anarquía reina en sus filas y esa lo destruirá. Conocía la situación de Madariaga y de sus aliados, por lo que así opinaba. Y Urquiza, quien no obstante su terquedad de hombre avezado a mandar y a ser obedecido, reflexionaba muy luego y se dejaba conducir por el buen criterio, así lo hizo, y la retirada fué el triunfo sobre el enemigo. (1).

Otro día, se hallaron frente al boquerón de Vences donde las bo-

(1) En este momento se había tomado prisionero a Juan Madariaga, quien fué tratado con toda clase de consideraciones por Garzón.

cas negras de los cañones del artillero Paz, que desgraciadamente pagó con la vida su valor y pericia, acio que deslustró el triunfo de Urquiza, impedían el avance, seguro de una derrota para quien se atreviera a romper aquella muralla. No había más entrada para librar la acción, pues los costados estaban defendidos por esteros casi invadables. Garzón, entonces, consultado sobre el plan a desarrollarse, lo dió, aconsejando que se atacara con energía al boquerón, donde seguramente se perderían muchas vidas, mientras la infantería montada atravesaba el estero y tomaba al enemigo por retaguardia, quien habría concentrado toda su atención en el ataque llevado a cabo sobre aquel baluarte formidable. Así se hizo, y la victoria coronó los esfuerzos del atacante, aunque manchada, porque Paz fué indignamente fusilado por Urquiza; no respetó su valor militar, a título de que le había muerto muchos soldados, como si a la guerra se fuera a pelear con confites.

Esta intervención de Garzón en Vences, no solo la atestiguan escritores como de la Barra en sus *Narraciones Históricas* y S. González Oliver en un profundo artículo publicado en 1921 en el diario «La Mañana» de Montevideo, sino el mismo Urquiza en el parte oficial a Rosas en el que lo presenta como un gran soldado y, como un hombre virtuoso.

Estos hechos causaron impresión en Urquiza, y Garzón desde entonces ejerció influencia honda en su espíritu. Así se explica que el caudillo no imitara a Ibarra, de Santiago del Estero, cuando Cullen fué remitido a Rosas en vista de la insistente solicitud de este, unida a la de la zalamera Manuelita, para ser degollado en el trayecto; ni a Oribe, cuando éste envió, desde el Cerrito, en las postrimerías de su mando, al caballero Don Gregorio Lecocq, para que el tirano lo fusilara en el cuartel del Retiro o en Palermo por el delito de opinar en política!

Urquiza lo conservó a Garzón como consejero, porque en el fondo ambos ya pensaban lo bueno, y éste fué a su lado, no el genio del mal que pone límite a todas las cosas, sino la ninfa Egeria que tanto contribuyó para que el caudillo se decidiera a la lucha contra el tirano.

Nuestro prócer, una vez al lado de Urquiza tuvo el mando de la Reserva del Ejército de Entre Ríos desde el año 1842 a 1851, hallándose no solo en la acción de Arroyo Grande sino en todas las batallas que dió Urquiza, tanto en Corrientes como en el territorio uruguayo.

EMPRESA ARDUA

Es aquí donde se perfila del todo la personalidad de nuestro prócer. Ya no es solamente el guerrero ilustrado y afortunado en la pelea, para libertar pueblos hermanos y contribuir al nacimiento de

su patria, sino el hombre político, el hombre de Estado, desde entre telones, que toma participación en la solución de los negocios públicos contrariando las tendencias del tirano argentino y de su decidido servidor el general Oribe. La lucha es arriesgada; es árdua la empresa, pero el arte de la guerra también posee su diplomacia, y enseña al militar como se ha de usar de la prudencia, de la astucia, del sigilo, y aun de la simulación, para arribar al triunfo de la verdad y de la justicia.

Esta fué la misión confiada a su talento político, después de estudiar el terreno donde debía actuar.

En efecto, profundizó el ánimo del general Urquiza, y se dió cuenta de tres hechos importantes en la vida de este hombre singular: su influencia y significación después de India Muerta al ponerse en relación con la Defensa de Montevideo por intermedio del Ministro don Francisco Magariños de Cerrato; la impresión causada en el espíritu de Urquiza cuando Rivera, ignorante de la negociación entablada, atacó a Paysandú, estando convencido que se respetaría la fuerza dependiente del caudillo entrerriano que allí dominaba; y la actitud de Rosas al reprobar el tratado de Alcaraz por Urquiza con los Madariaga, obligándolos a éstos a cantar la palinodia y pasar por las horcas caudinas.

LA NINFA EGERIA

Manuel Herrera y Obes, ministro omnipotente de la Defensa, desde 1847 hasta la conclusión de la guerra en 1851, había opinado, aunque sin mayor influencia política en 1845, al llegar a Montevideo la noticia del desastre de India Muerta, en que parecía todo perdido, que la esperanza de salvación se concentraba en Urquiza. Así opinaba la generalidad de los emigrados argentinos; pero, esa esperanza se defraudó después de la toma de Paysandú. El caudillo desde ese momento no tuvo más confianza en los hombres de Montevideo ni en su prudente reserva para una negociación tan vidriosa, pues la noticia de tales *pourparler* había llegado a conocimiento de Rosas debido a una indiscreción de los propios sostenedores de la Plaza, según nos lo hacía saber don Manuel Herrera y Obes en 1882.

Esta era la situación en que Garzón encontraba las cosas, en cuyo desarrollo no poco habían influido Cuyás y Sampere y don Benito J. Chain, antes de ahora, este último, vecino de Entre Ríos, y pariente de Herrera y Obes.

Como se comprende, había que proceder con mucha cautela, pues si bien era dable suponer que el espíritu de Urquiza, llegado el momento psicológico, se inclinaría a la alianza para vencer a Rosas y a Oribe, también lo era que había necesidad de organizar los elementos y de hacer desaparecer la desconfianza hija de aquel ingrato suceso de Paysandú.

La personalidad de Rivera desapareció de la escena política, una vez que Herrera y Obes y Andrés Lamas llegaron al gobierno en 1847, y allá fué a Río de Janeiro a purgar los errores cometidos, lo que influiría favorablemente en el ánimo de Urquiza.

Comienza entonces la correspondencia de Herrera y Obes con Garzón. Este leía y meditaba las epístolas recibidas, y, allá, en los *tête-a-tête* con Urquiza, sin hablarle de lo que en ellas se trataba, en un momento que consideraba propicio, se las entregaba para que no fuera a suponer que su subalterno lo estaba traicionando!

Poco a poco la gota de agua horadó la roca, y un buen día, el caudillo, que comenzaba a sentir la comezón productora del amor a la popularidad basado en el cumplimiento de una misión moralizadora, habló para sí, exigiendo una prenda de seguridad, temeroso de ser objeto por segunda vez de un acto como el realizado en Paysandú.

Y esa prenda la dió Herrera y Obes contra la voluntad del ministro brasileño Pontes, celoso éste del hecho, trasladándose a la mansión de Urquiza, donde, después de varias conferencias, y de escenas memorables, se selló la alianza que daría en tierra con el poder de Oribe, y de Rosas más tarde.

LA VICTORIA DECISIVA

Mientras tanto, Garzón se dirigía a sus amigos en el ejército de Oribe, y cuando todo lo tuvo preparado por su influencia en el seno de esos hombres ya cansados de servir la causa de la tiranía argentina, convencidos de que peligraba la independencia nacional, la invasión se realizó, victoriosa desde el primer momento, sin que se derramara una sola gota de sangre más que la ya vertida. Oribe quedó aislado; muy pocos hombres le acompañaron en su derrumbe. No se oyó el *Vae Victis* de los Romanos, sino el hermoso grito de los Orientales de «Ni vencidos ni vencedores» que Lamas había lanzado desde Río de Janeiro en uno de sus tantos documentos políticos, y que Urquiza, ahora, con elevación de alma, hacía suyo, al consumir la obra de emancipación política de estos países, aunque con violación de la cláusula contenido en el tratado celebrado con la Defensa de Montevideo, aquella de arrojar del país al general don Manuel Oribe.

Es curioso este detalle. En el convenio de paz celebrado entre Urquiza y Oribe, enviado al Gobierno de la Defensa, cuyo portador fué un joven oficial llamado Ricardo López Jordán, célebre más tarde en los sucesos que dieron origen al asesinato de Urquiza en Marzo de 1870, se declaraba que Oribe podía permanecer en el territorio uruguayo. Urquiza, en carta dirigida a don Manuel Herrera y Obes, según éste lo aseguró en esos días en la pasada a Lamas, le decía que no se pusiera obstáculos al convenio, si bien reconocía que en esa parte no se ajustaba al Tratado, pero que había tenido que

acceder a ello en vista de que le debía la vida a Oribe en una de las tantas escaramuzas de las guerras civiles. Cierto o incierto el hecho, la verdad o la mentira hablaban a favor del caudillo, si bien no se ennobleció otro tanto cuando después de Caseros fusilaba por la espalda a Chilavert, en Palermo, como traidor!

Así las líneas tendidas en 1832 entre las dos entidades uruguayas aquí rememoradas, después de cavar el abismo que los separó, tuvo su desenlace, a los veinte años, obteniendo la victoria, quien fué el heraldo de la causa del bien, lo que no siempre acontece en el mundo, tocando a Garzón, entre otros, clavar, por segunda vez, en la cumbre del Cerrito, la bandera celeste y blanca de la Patria redimida al lado de la azul y blanca argentina y de la autonómica entrerriana.

NI VENCIDOS NI VENCEDORES

El hombre había llegado a la cumbre por no haber echado en saco roto que el tiempo es el gran colaborador de los hombres que saben tener paciencia, y, como buen Oriental, usando de aquella simulación de que hablaron Guido y Balcerce en 1828. Había sido en su juventud soldado defensor de su terruño contra el conquistador; en su adolescencia libertador de pueblos hermanos y contribuido a forjar la independencia de su tierra nativa; y ahora, en la edad madura, al llegar a los 58 años, defensor de esa misma independencia contra la tiranía argentina y los malos hijos que la apoyaban.

Su personalidad estaba completamente modelada en las luchas del bien contra el mal. Era ya un varón consular respetado por todos los habitantes, desde el Gobierno de la Defensa que lo incorporó desde luego a las filas del Ejército Nacional a que pertenecía, hasta el último servidor de la República. Nadie se atrevía a recordar el pasado. Una nueva era se abría para el país. El que era bueno en ese momento, lo era, sin necesidad de escudriñar su vida anterior, como lo diría Lamas en su notable panfleto político de 1855.

Ni *Vencidos ni Vencedores*, decían Urquiza y Lamas, y así lo repetía a grito herido el país, incorporando esa frase, que era todo un programa político fecundo para el porvenir, al Tratado de Paz del 8 de Octubre de 1851. Todos arrojaban el pasado al fuego de una pasión generosa, como dijo Adolfo Alsina en una ocasión solemne, y al nombre de conciliación, de olvido, de fusión, de organización de una nueva colectividad política que fuera el fiel trasunto del hecho realizado, aparecía la personalidad del general Garzón como el heraldo de la nueva idea, de la nueva era, llamado, en ese instante, a vincular los esfuerzos de los bien intencionados, a ocupar el sillón presidencial de la República.

SU MUERTE

Habent suâ fata libelli, decía el poeta latino, pero también lo tienen los pueblos. Dos veces en la historia de aquel país se ha visto cómo repentinamente se han cambiado sus destinos: Hoy, sería con Garzón, como mañana lo sería con Diego Lamas, muertos ambos cuando la Patria los necesitaba para arrojar el Puente del Olvido sobre el Abismo de la Intransigencia.

Apenas han transcurrido dos meses de su gran jornada en pro de aquel país, cuando el rumor corre entre la gente del pueblo de que el Pacificador, título más grande que el de Libertador, porque él trae el sosiego al alma nacional, ha muerto envenenado el 1º de Diciembre de 1851. La sociedad se siente consternada ante semejante desgracia nacional, al ver que el prócer, cual nuevo D'Artagnan, muere al llegar a las altas rocas donde «habita la Virtud Generosa», después de dar muestras de «una excelsa y sublime fortaleza», como decía Simonides. No, dice el Gobierno, para demostrar que nadie era capaz de atentar contra la vida de quien tenía por centinela al pueblo agradecido, y manda enseguida hacer la autopsia de aquel cadáver glorioso, que sólo presentaba herida en su noble corazón, conservado hoy día en el Panteón de los Hombres Ilustres. El duelo nacional se decretó por sí mismo. En «El Comercio del Plata», diario redactado por el ilustre ciudadano argentino doctor don Valentín Alsina, se enaltecíó su memoria, publicándose su foja de servicios, con la descripción completa de la ceremonia fúnebre, en cuyo acto usaron de la palabra el Ministro de Guerra y Marina, coronel don Lorenzo Batlle, y el Coronel don Bernabé Magariños. Moría pobre, y el pueblo levantó una suscripción con cuyo producto se compró una casa donada a su inconsolable viuda. (1)

A los 77 años de su muerte la posteridad hace la autopsia moral de su conducta militar y política. Coloca en los platillos de la balanza de la Justicia todas las acciones realizadas durante esa vida accidentada, y encuentra que es más pesado el de las virtudes y talentos. Por eso ha merecido reinar en el corazón de su pueblo, porque solo los hombres que borran con sus francas y transcendentales resoluciones un pasado que pueda contener algo de censurable, no por su voluntad, sino porque así lo impusieron las circunstancias, como lo expresa el coronel don Lorenzo Batlle en el momento de sepultar los restos del general Garzón, son los que tienen derecho a entrar en el seno de la Inmortalidad.

Garzón libertó pueblos sudamericanos, contribuyó a fundar su patria nativa, y a derrumbar el poder de la tiranía argentina, abriendo nuevos horizontes políticos para que las futuras generaciones los utilizaran si eran capaces de comprender y honrar sus sacrificios.

(1) El Secretario de esa Comisión era el doctor don José G. Palomeque.

¡Por eso ha sido grande! ¡Por eso lo enaltecemos!

No es solo una gloria uruguaya, sino argentina, peruana, boliviana, ecuatoriana, en una palabra, un prócer sudamericano, cuyo nombre es hoy rememorado desde el Plata al Ecuador resplandeciente, ante las miradas de San Martín, Bolívar, Artigas, Alvear, Sucre, Santa Cruz, Olazabal y Gamarra.

ALBERTO PALOMEQUE.

REVISTA SOCIAL Y POLITICA

EL ACTA DE CHAPULTEPEC

Insertamos a continuación este histórico documento que contiene las declaraciones de la Conferencia de México, que reunió a los representantes de las Naciones de América, y en la cual cupo brillante intervención a la Delegación del Uruguay, presidida por el Dr. Dn. Jacobo Varela Acevedo:

Asistencia recíproca y solidaridad americana

Los Gobiernos representados en la Conferencia Interamericana sobre Problemas de la Guerra y de la Paz,

Considerando:

Que los pueblos americanos, animados de profundo amor a la justicia, permanecen sinceramente adictos a los postulados del Derecho Internacional;

Que son sus deseos que tales postulados, no obstante las difíciles circunstancias actuales, prevalezcan todavía con más fuerza en las futuras relaciones internacionales;

Que las Conferencias Interamericanas han proclamado más de una vez ciertos principios fundamentales, pero que estos deben ser reafirmados en el momento en que se trata de construir las bases jurídicas de la comunidad de naciones;

Que la nueva situación del mundo hace cada vez más imperiosa la unión y la solidaridad de los pueblos americanos para la defensa de sus derechos y el mantenimiento de la paz internacional;

Que los Estados Americanos han venido incorporando a su Derecho Internacional, desde 1890, por medio de Convenciones, Resoluciones y Declaraciones, las normas siguientes:

a) La proscripción de la conquista territorial y el desconocimiento de toda adquisición hecha por la violencia. (Primera Conferencia Interamericana, 1890);

b) La condenación de la intervención de un Estado en los asuntos internos o externos de otro. (Séptima Conferencia Internacional Americana, 1933 y Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz, 1936);

c) El reconocimiento de que toda guerra o amenaza de guerra afecta directa o indirectamente a todos los pueblos civilizados, y pone en peligro los grandes principios de libertad y de justicia que constituyen el ideal de América y la norma de su política internacional (Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz, 1936);

d) El sistema de las consultas mutuas para buscar un procedimiento de cooperación pacifista, en caso de guerra o amenaza de guerra entre países americanos. (Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz, 1936);

e) El reconocimiento de que todo acto susceptible de perturbar la paz de América afecta a todas las naciones americanas y a cada una de ellas y justifica la iniciación de los procedimientos de consulta. (Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz, 1936);

f) La adopción de la vía de conciliación, del arbitraje amplio, o de la justicia internacional, para resolver toda diferencia o disputa entre las Naciones de América, cualesquiera sean su naturaleza y su origen. (Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz, 1936);

g) El reconocimiento de que el respeto de la personalidad, soberanía e independencia de cada Estado americano constituye la esencia del orden internacional, amparado por la solidaridad continental manifestada históricamente y sostenida por declaraciones y tratados vigentes. (Octava Conferencia Internacional Americana, 1938);

h) La afirmación de que el respeto y la fiel observancia de los tratados constituye norma indispensable para el desarrollo de las relaciones pacíficas entre los Estados y que ellos solo podrán ser revisados mediante acuerdo de las partes. (Declaración de Principios Americanos. Octava Conferencia Internacional Americana, 1938);

i) La proclamación de su interés común y de la determinación de hacer efectiva su solidaridad, coordinando sus respectivas voluntades mediante el procedimiento de consulta, y usando los medios que en cada caso aconsejen las circunstancias, en cualquier ocasión en que la paz, la seguridad o la integridad territorial de las Repúblicas Americanas se vean amenazadas por actos de cualquier naturaleza que puedan menoscabarlas. (Declaración de Lima. Octava Conferencia Internacional Americana, 1938);

j) La declaración de que todo atentado de un Estado no americano contra la integridad territorial o la inviolabilidad del territorio, contra la soberanía o la independencia política de un Estado Americano, será considerado como un acto de agresión contra todos los Estados Americanos. (Declaración XV de la Segunda Reunión de Consulta de los Ministros de Relaciones Exteriores, La Habana, 1940);

Que el perfeccionamiento de estas normas, practicadas constantemente por los Estados Americanos para garantizar la paz y la solidaridad entre las naciones del hemisferio, es un medio eficaz de contribuir al sistema general de seguridad mundial y de facilitar su implantamiento;

Que la seguridad y solidaridad del Continente se afectan lo mismo cuando se produce un acto de agresión contra cualquiera de las Naciones Americanas por parte de un Estado no-americano, como cuan-

do el acto de agresión proviene de un Estado contra otro u otros Estados americanos.

Parte I

Declaran;

1º Que todos los Estados soberanos son jurídicamente iguales entre sí.

2º Que todo Estado tiene derecho al respeto de su personalidad e independencia por parte de los demás miembros de la comunidad internacional.

3º Que todo atentado de un Estado contra la integridad o la inviolabilidad del territorio, o contra la soberanía o independencia política de un Estado Americano será, de acuerdo con la Parte III de esta acta, considerado como un acto de agresión contra los demás Estados que la firman. En todo caso se considerará como un acto de agresión la invasión, por fuerzas armadas de un Estado, al territorio de otro, traspasando las fronteras establecidas por tratados y demarcadas de conformidad con ellos.

4º Que en el caso de que se ejecuten actos de agresión o de que hayan razones para creer que se prepara una agresión por parte de un Estado cualquiera contra la integridad o la inviolabilidad del territorio, o contra la soberanía o la independencia política de un Estado americano, los Estados signatarios de la presente Acta se consultarán entre sí para concertar las medidas que convenga tomar.

5º Que durante la guerra, y hasta tanto se celebre el tratado que se recomienda en la Parte II de esta Acta, los signatarios de ella reconocen que tales amenazas y actos de agresión, definidos en los párrafos tercero y cuarto, constituyen un obstáculo al esfuerzo bélico de las Naciones Unidas y exigen que se adopten dentro del alcance de sus poderes constitucionales generales y de guerra, los procedimientos que se estimen necesarios, a saber: el retiro de los Jefes de Misión; ruptura de las relaciones diplomáticas; la ruptura de relaciones consulares; la ruptura de las relaciones postales, telegráficas, telefónicas y radiotelefónicas; la interrupción de las relaciones económicas, comerciales y financieras; el empleo de las fuerzas militares para evitar o repeler la agresión.

6º Que los principios y procedimientos contenidos en esta Declaración entrarán en vigor inmediatamente, por cuanto cualquier acto de agresión o amenaza de agresión durante el presente estado de guerra se opone al esfuerzo bélico de las Naciones Unidas para obtener la victoria; y que, en el futuro, y con el objeto de que los principios y procedimientos aquí estipulados se acomoden a las normas constitucionales de cada República, los Gobiernos respectivos tomarán las medidas necesarias para perfeccionar este instrumento con el fin de que esté en vigor en todo tiempo.

Parte II

La Conferencia Interamericana sobre Problemas de la Guerra y de la Paz,

Recomienda;

Que, con el fin de hacer frente a las amenazas o actos de agresión que después del restablecimiento de la paz se presenten contra cualquiera de las Repúblicas Americanas, los Gobiernos de estas Repúblicas deberán considerar, de acuerdo con sus procedimientos constitucionales, la celebración de un tratado que estipule las medidas encaminadas a conjurar tales amenazas o actos, por medio del empleo, por todos o algunos de los signatarios de dicho tratado, de una o más de las siguientes medidas: el retiro de los Jefes de Misión Diplomática; la ruptura de las relaciones postales telegráficas, telefónicas y radio telefónicas; la interrupción de las relaciones económicas, comerciales y financieras; el empleo de las fuerzas militares para evitar o repeler la agresión.

Parte III

La Declaración y la Recomendación anteriores establecen un acuerdo regional para tratar asuntos concernientes al mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales susceptibles de acción regional en este Hemisferio. Tal acuerdo y los actos y procedimientos pertinentes deberán ser compatibles con los principios y propósitos de la Organización General Internacional, cuando ella se establezca.

El presente Acuerdo se conocerá con el nombre de «Acta de Chapultepec».

REVISTA LITERARIA

LA MISIÓN FRANCESA EN LA ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

La Misión Cultural Francesa, presidida por el eminente Profesor Pasteur Vallery Radot, miembro de la Academia Francesa y de la de Medicina, y nieto de Pasteur, el ilustre hombre de ciencia, fué objeto en Montevideo de la más cordial acogida por parte de las autoridades y del pueblo.

La Academia Nacional de Letras recibió en sesión solemne a la misión cultural, y en esa recepción le fué otorgado al Profesor Vallery Radot la dignidad de miembro correspondiente de la Corporación. El acto, que fué brillante, se vió honrado con la presencia del Ministro de Instrucción Pública, Dr. Adolfo Folle Juanicó, y el Ministro de Francia, señor Grandin de L'Epervier. En él se cambiaron los siguientes discursos entre el Vice Presidente de la Academia, Doctor Víctor Pérez Petit y el Profesor:

Señor Ministro de Instrucción Pública y Previsión Social,
Señor Ministro de Francia,
Señor Vallery Radot,
Señores Académicos:

La Academia N. de Letras del Uruguay tiene el honor y el placer de recibir hoy la visita de la brillante delegación que envía Francia Liberada a los pueblos y naciones de nuestro continente para traernos el saludo de aquella gran democracia y reanudar los lazos espirituales y culturales interrumpidos por la tremenda vorágine de la guerra desde la ocupación de Francia por las hordas de los enemigos de la civilización, hoy felizmente dominadas, rechazadas y vencidas por los soldados de la libertad, de la justicia y del derecho. Preside esa embajada extraordinaria, de tanto relieve y de tan singular significación, el profesor señor Pasteur Vallery Radot, de la Academia Francesa y de la de Medicina, profesor de la Facultad de París, director del Consejo de Administración del Instituto Pasteur, ilustre sabio que ha divulgado la obra de su glorioso antecesor; — realza la delegación, el señor Ministro Plenipotenciario de Francia acreditado ante nuestro país, señor Grandin de L'Epervier; y la completan con sus preclaros nombres y su excepcional valía, la señora Pasteur Vallery Radot, el conde Emmanuel de Siéges, que fué secretario jurídico del Banco de Francia, y director de compañías de seguros, eminente financista que agrega a la ciencia de los números la condición de licenciado en letras, habiendo escrito y hecho representar en el «Vieux Colombier», de París, varias obras teatrales hermosas, llenas de fina espiritualidad; el señor Raymond

Ronze, profesor agregado de la Universidad, gran conocedor de nuestra historia y de nuestra literatura, según lo acreditan varios de sus libros, entre otros, los intitulados «Sarmiento educador» y «Las Doctrinas panamericanas de Drago y Baltasar Brum»; el señor Albert Ledoux, antiguo conocido nuestro, pues poco antes de comenzar la guerra desempeñaba el cargo de primer secretario de la Embajada de Francia y aquí dejó el recuerdo de su fina caballerosidad y de su bien cultivada inteligencia; y el capitán Gabard, que hizo sus campañas, en el Sudán, en la Somalia Británica y en Egipto, dando su sangre de soldado por la civilización y la redención de su patria, como lo atestigua su noble cuerpo mutilado.

Yo no tengo necesidad de encarecer la importancia de esta misión, que cualquiera puede avalorar, ni hacer la presentación de todos y cada uno de sus miembros: son éstos suficientemente conocidos en nuestro ambiente intelectual y se recomiendan por sí solos por sus altos merecimientos. Han menester de aquella presentación los desconocidos; pero huelga el de unos espíritus superiores que, salvando la inmensidad atlántica y venciendo la indiferencia de los hombres, han conquistado de mucho tiempo atrás nuestra admiración y todas nuestras simpatías. Los nombres ilustres de Francia nos son familiares y los repetimos con el orgullo conque solemos repetir los grandes nombre de nuestro solar nativo, — por los menos, con el mismo aprecio y premurosidad.

Pero, si no digo aquí la virtud esencial que asiste a cada uno de los integrantes de esta embajada, puedo muy bien referirme al propósito que persiguen al venir a nosotros. Es éste ajeno por completo a todo interés político y a cualquier circunstancia de bandería o de secta. Como lo dije al principio y lo consigna en su nota el señor ministro de Francia dirigida a nuestro ministro de Instrucción Pública y Previsión Social doctor don Adolfo Folle Juanicó, es solo de carácter espiritual, y siendo esto así, presumo y me atrevo a pronosticar que dicha misión encontrará fácil y natural andamiento entre nosotros.

Y lo hallará por los múltiples lazos que nos ligan a esa Francia que queremos y veneramos como nuestra gran patria espiritual; por todo ese caudal de enseñanzas y virtudes que a su pensamiento le debemos; por el conocimiento que tenemos de sus hombres, muchos de ellos vinculados a nuestra sociedad, a nuestras empresas, a nuestros trabajos, y hasta a nuestra historia, ya que no es dado olvidar que en momentos difíciles de nuestra azarosa vida política, estuvieron a nuestro lado y nos brindaron su sangre, confundiendo su vida con nuestra vida para hacer suya la causa que defendíamos y los principios que sustentábamos.

Pero, lo esencial, lo que más importa, es que en la formación de nuestro pensamiento y en el cultivo de nuestras idealidades, ha sido siempre Francia nuestra más grande y diligente maestra; la que supo encender nuestros más fervorosos entusiasmos, la que conquistó

nuestro corazón. Nuestra cultura es fundamentalmente francesa; y no obstante nuestra raigambre hispana y el respeto que mantenemos por otras grandes cumbres del genio humano, originarias de comarcas extrañas y tierras extranjeras, — pues en nuestro cosmopolitismo intelectual no hacemos diferencias de nacionalidades y admitimos y celebramos todo lo que es noble y grande, hermoso y educador, por el solo hecho de serlo; no obstante esa natural propensión, digo, a recoger y admitir lo que nos envía el saber de otros pueblos y otras culturas, invariablemente y de preferencia nos hemos vuelto al genio de Francia para mantenerle nuestro afecto, para jurarle nuestra obsecuencia, para abreviar nuestra vida en el caudal de su propia vida. Y no podía, señores, ser de otro modo, porque Francia es, para nosotros, la verdadera cuna de la idealidad latina, el norte imantado de nuestra raza, el fanal cegador de nuestras admiraciones.

¿Qué otra región de planeta ofrece a los corazones entusiastas, a las inteligencias despiertas más rico venero de grandes hombres? En las ciencias más variadas y contrapuestas, en todas las más altas especulaciones del espíritu, son nombres franceses los que siempre llevan la primacía. Si de ciencias físicas se trata, de ciencias naturales, de ciencias exactas, de astronomía o medicina, de derecho o bacteriología, de geología o moral, levanta esos nombres admirables que fueron los nombres de Lavoisier y de Gay Lussac, de Lamareck y de Cuvier, de Mariotte y Champollion, de Laplace y Leverrier, de Reaumur y Fresnel, de Malte-Brun y de Reclus, de Claude Bernard, de Becquerel y Arago, de Ampère y de Fizeau, de Lalande y Poincaré, de Fresnel y Berthelot, de Saint-Hilaire y Quatrefages, de Brown-Sequard, de Foucault, de Charcot, de Pinel, de Courtois, del inmenso Pasteur y sus sabios discípulos los doctores Calmette y Vidal, de Pierre Emile Roux, de monsieur et madame Curie. Si de filósofos se trata, nos ofrece los nombres inmortales de Descartes, Condillac, Montesquieu, Helvétius, Nicole, Guinguené, Laromiguière, Condorcet, Maine de Biran, Malebranche, Augusto Comte, Renan, Gassendi, Jouffroy, Víctor Cousin, Edmé A. Caro. Si explayando el espíritu por los dominios del arte, nos enfrentamos a los que nos han dado una hora de ensoñación con el lenguaje divino de la música, tropezamos con los nombres de Rameau y de Lalo, de Reyer y de Litolff, de Vieutemps y de Boieldieu, de Lecoq y de Auber, de Thomas, Delibes, Halévy, Gounod, Bizet, Berlioz, Vincent D'Indy, Saint-Saens, Massenet, Charpentier, Paul Dukas, Gabriel Fauré, Ravel, Debussy. Si visitamos un museo de arte, el alma se nos ilumina con los colores primaverales de Watteau, de Boucher, de Chardin, de La-Tour, de Fragonard (los milagrosos evocadores de la Mujer en el siglo XVIII); con Le Poussin, David, Courbet, Ingres, Delacroix, Troyon, Décamps, Theodore Rousseau, y los famosos artistas de la «banda negra» Cotet, Ménard y Danchez; con Corot, Puvis de Chavannes, Manet, Cézanne, Monet, Pissarro, Sisley, Francois Millet, Rénoir, Daumier, Henner, Meissonier, Bonguereau, Bonat, Lucien Simon, de la Gándara; con

Matisse, con Gauguin, con Vlaminck; — y en el arte escultórico, con los no menos ilustres y celebrados de Carpeaux, de Clodion, de Fremiet, de Houdon, de Rude — el creador de «La Marselleise», — de Rodin — el creador de «Les bourgeois de Calais», — de Bartholdomé — al autor de «Le monument aux morts». — Y si a las letras nos volvemos para apacentar el alma en las creaciones portentosas, en la belleza perfecta, en la dicción armoniosa y cautivante, entonces la afluencia de nombres gloriosos asume las características de una torrentada: el inmenso Rabelais y el profundo Montaigne preceden a los grandes creadores del siglo clásico, Molière, Corneille, Racine y Boileau, Pascal, Bossuet y Fenelon, a los que subsiguen los eminentes pensadores de la Enciclopedia, D'Alambert, Voltaire, Diderot y Rousseau; los geniales precursores del romanticismo Mad. de Staël y Chateaubriand, el enorme Honorato de Balzac y la evocadora de los rincónes de Berry, la genial Jorge Sand; los extraordinarios líricos Alfredo de Musset y Lamartine con el inmenso Víctor Hugo que llena por sí solo el siglo XIX; la falange de los renovadores Leconte de Lisle, Banville, Baudelaire, Gautier y Heredia; los soberbios maestros del naturalismo Zola, Daudet, Maupassant y Flaubert, los hermanos Edmond et Jules de Goncourt, los hermanos Víctor y Paul Marguerite, los hermanos Rosny; y entre la turbamulta innumerable de admirables espíritus que en las postrimerías del siglo pusieron una constelación de astros en el cielo del arte francés, Anatole France, el de las ironías relampagueantes como un puñalito de plata, y Paul Verlaine, poeta cuyo verbo tenía claridades místicas y parpadeos de azufre luciferino. Y si, finalmente, nos volvemos a los políticos, a los estadistas, a los constructores de un pueblo grande y libre, de un pueblo que supo arrasar la Bastilla y proclamar los derechos del hombre para bien de sí mismo y de la humanidad, ahí está toda la galería de apóstoles y salvadores que va desde Gambetta hasta Georges Clemenceau, — que si alguna vez en el curso de los tiempos y en el desarrollo de la vida, fué dado observar el lamentable espectáculo que ofrecían traidores y vendidos al enemigo, como los nefastos gobernantes de Vichy, jamás faltó a la nación francesa un varón insigne, un verdadero patriota, un soldado de honor como el general Charles De Gaulle para salvar el buen nombre de la nación ultrajada y reivindicar la libertad de la nación.

¿Cómo no admirar a ese pueblo; cómo no venerar esas glorias? ¿Cómo no mostrarnos orgullosos de esa nación cuya grandeza arrastra nuestros corazones? ¿Cómo no celebrar sus triunfos, compartir sus alegrías y padecer con sus sufrimientos? No hace mucho tiempo todavía, en ocasión de la noticia que nos trajo el telégrafo de que París había sido liberada, Montevideo, mi ciudad, ofreció al mundo el espectáculo de un pueblo en delirio, de todo un pueblo exaltado por el triunfo de la buena causa: hombres, mujeres, ancianos y niños, con el primer magistrado de la nación a la cabeza, con el doctor Juan José Amézaga, se lanzaron a la calle, sin distinción de credos ni de

ideologías, para manifestar su júbilo, para aclamar el nombre de Francia, cantando su himno patrio y tremolando su bandera. El ministro de Francia, llegado ese día de Buenos Aires, monsieur Lancial, fué sacado de su coche por la multitud y conducido en andas hasta la sede de la Legación, entre aclamaciones y vítores. El buen pueblo de Montevideo olvidó de comer ese día y recorrió las calles en incensantes manifestaciones hasta que la noche y la fatiga apagaron los ánimos. Tal muestra de simpatía, improvisada y repentina como lo fué, evidencia que nuestro amor por Francia no es cosa del momento ni capricho de la hora: evidencia su honda raíz en lo más profundo de la entraña.

He ahí por qué, señores delegados, me he atrevido a pronosticar que vuestra misión de entendimiento intelectual con nuestro pueblo será tarea fácil y hacedera. He ahí por qué he adelantado que vuestra palabra amiga, que nos traéis en nombre de Francia, os será correspondida por nosotros de todo corazón.

Luego, al regresar, cumplida la misión que os trajo a tierras de América, llevaréis con vosotros la palabra de gratitud que ha provocado vuestra visita, y con élla, flor viva y augural del más recóndito sentimiento, el voto ferviente de las almas uruguayas porque Francia renazca cuanto antes de esta dura hora de prueba, mostrando ante el mundo que es siempre la Francia gloriosa de nuestros amores, aquella misma Francia que proclamó, en una hora de prueba también, los derechos del hombre y la libre decisión de los pueblos a regir y encauzar sus destinos.

Y entonces, señores delegados, acaso os ocurra decir, recordando que habéis cruzado tantas tierras extrañas recogiendo siempre las bellas rosas de Francia: «*Nous rentrons a la maison sans - être sortis*».

A continuación el Profesor Pasteur Vallery Radot, pronunció esta elocuente alocución:

Señor Ministro de Instrucción Pública:

El 29 de octubre de 1943, al inaugurar esta Academia de Letras, decíais: «Nuestras miradas se vuelven en este momento, con emoción, hacia la Francia inmortal, en razón de su grandeza en el pasado y del resurgimiento glorioso que le deseamos, hacia la Francia que fué cuna y guía de la cultura universal». Estas palabras, señor Ministro, las pronunciabais en una hora en que Dios había puesto el destino de Francia ensangrentada, herida y esclavizada, en manos del General De Gaulle. Teníais fé en él porque encarnaba para vos a la Francia de San Luis, de Juana de Arco, de Luis XIV, de Bonaparte, la Francia de Richelieu, de Racine, de Voltaire, de Hugo, de Pasteur, *nuestra* Francia, *vuestra* Francia. En nombre de Francia, ¡gracias!

Señor Presidente Víctor Pérez Petit:

Es un insigne honor para mí ser acogido en el seno de vuestra eminente compañía por un hombre como vos, ilustre en la literatura

y en el periodismo y que por medio de notables obras poéticas y teatrales tanto ha enriquecido el patrimonio espiritual del Uruguay. Las palabras que acabáis de pronunciar me han conmovido profundamente. Habéis hecho, en un resumen conmovedor, un cuadro magnífico del pensamiento y del arte de Francia.

Señores Académicos:

La Academia de Letras del Uruguay, a la que le está reservado el más brillante porvenir, ha querido rendir un solemne homenaje a mi país, ese país que consideráis como una segunda patria y al que os sentís unido por tantos lazos morales e intelectuales. Os lo agradezco.

La simpatía, o más bien el amor que habéis demostrado hacia Francia en sus años de dolor, de lucha y de esperanza, permanecerá en nuestros anales como el testimonio más conmovedor de los sentimientos que esta Francia inspiró en América Latina desde los días sublimes de fines del siglo XVIII en que dió al mundo la Carta de la Libertad. Durante los cuatro años que vivimos en la más horrenda prisión que ha podido conocer un pueblo libre, puesto que nuestros carceleros del exterior y del interior habían unido su acción nefasta, nos sentimos alentados por el apoyo moral que vosotros nos aportabais. No abandonasteis jamás a la Francia herida, pisoteada y amordazada por el cruel vencedor. Habéis tenido fé en el que esperó contra toda esperanza y que, con una intuición genial y una voluntad indómita, inyectó a la Francia expirante, una nueva vida, creó de nuevo su alma y su fuerza y la condujo a la victoria.

¿Qué misterioso atractivo une el Uruguay a Francia?, me preguntaba hace poco un francés, ignorando todo lo que existe más allá de su horizonte. Le respondí: «El amor del Uruguay por Francia lo comprendí el día en que uno de mis amigos uruguayos me dijo: Francia es la eterna novia espiritual del mundo y de mi país particularmente». ¡Qué exquisitas palabras, que sólo podía pronunciar uno de esos hombres de inteligencia y de corazón como vuestro país se complace en formar!

Habéis probado vuestro amor a Francia en la forma más conmovedora en el momento de la liberación de París; lo habéis demostrado nuevamente en estos días, por la acogida dispensada a la Misión Francesa que llega a vosotros con fervor y que recibís con la unanimidad de vuestros espíritus y de vuestros corazones.

¡La Francia que vosotros habéis amado está más viva que nunca! Ha proseguido, atada de pies y manos, en la vía de su sorprendente destino contra el cual ninguna fuerza material puede prevalecer. Los germanos quisieron destruir hasta el recuerdo de lo que fué su pensamiento desde hace cuatro siglos; pero consiguió estimular sus energías. Héla aquí rejuvenecida, regenerada por sus sufrimientos, orgullosa con la lucha heroica que sostuvo, resuelta a dar al mundo, en colaboración con todos los hijos espirituales de la Revolución Fran-

cesa, ya sean de Europa, de América o de Asia, un nuevo ideal y una nueva razón para esperar en el porvenir del Hombre .

El espíritu francés, este espíritu hecho de claridad, de lógica, de medida y de matices, que ama la síntesis y sólo sabe sintetizar, este espíritu que sólo puede desarrollarse en la libertad y que la ama apasionadamente porque siente que sin libertad sólo habría para él esterilidad y muerte, ha estado en peligro. Si los germanos lo hubieran ahogado, es a vosotros, naciones de la América Latina, a quienes les hubiera sido dado continuar su tradición.

Los dos mensajes que dos grandes pensadores, dos grandes amigos de la América Latina, mis ilustres colegas de la Academia Francesa, Georges Duhamel y Paul Valéry me han encargado trasmita a la América Latina os han de mostrar con cuánta confianza los intelectuales de Francia se vuelven hacia vosotros.

He aquí el de Georges Duhamel, Secretario perpetuo de la Academia Francesa:

«En las más crueles horas de esta guerra devastadora, nuestro pensamiento, el pensamiento francés tan nuestro, se volvía hacia las Repúblicas Americanas y tomaba, a veces, una solemnidad testamentaria. Hoy podemos creer que la civilización Occidental se salvará; no dejamos por eso de decir hoy a los pueblos americanos que, en nuestra tremenda angustia, los consideramos guardas y garantías de esta civilización que ha producido obras tan grandes y debe aún producir más».

He aquí el mensaje de Paul Valéry:

«No pudiéndolo hacer personalmente, yo que posiblemente nunca tenga la dicha de ir hasta vosotros queridos amigos conocidos y desconocidos, que mi voz os dirija estas pocas palabras de afecto espiritual y de confianza en vuestros sentimientos sobre nuestros ideales y nuestras esperanzas.

«Pensad en nosotros, que, en una Europa en ruinas, entregada al fuego, a la miseria, a la devastación, tratamos de preservar algunos restos de los bienes más preciosos, algo de nuestro tesoro intelectual de pensamiento y energía creadora.

«Pensad que vemos en vosotros los testigos de lo que fuimos y los depositarios de nuestras tradiciones de arte, de poesía, y cultura superior y noble.

«Vosotros sois nuestra esperanza, amigos de la América Latina. He aquí lo que os dice de todo su corazón el poeta más allá del Océano».

Amigos del Uruguay, eminentes colegas de esta Academia de Letras, vosotros que habéis dado al mundo poetas y escritores como Zorrilla de San Martín, y esos tres grandes que se han vuelto nuestros, Lautréamont, Laforgue y Supervielle, vosotros que amáis a Mauriac, Valéry, Gide, Duhamel, Aragón y todos los que hoy son honor de las letras francesas, mirad en los ojos a la Francia inmortal, que, fraternalmente, os tiende la mano.

LA PALABRA DE JULIO SUPERVIELLE ANTE LA CASA EN QUE NACIO
JULES LAFORGUE —

La Misión Cultural Francesa concurrió a la ceremonia en que fué descubierta una placa recordatoria colocada en la casa en que nació, en Montevideo, el gran poeta francés Jules Laforgue. Otro gran poeta nacido en Montevideo, Julio Supervielle, pronunció en ese acto las siguientes preciosas y evocativas palabras:

Laforgue y Lautreamont: Francia y el Uruguay acuden a reanimar la llama de vuestra gloria en este día de mayo.

No os conocisteis en vida. Ahora sois inseparables en la muerte y en esta placa de bronce podréis proseguir indefinidamente vuestro diálogo de las sombras.

La vida fué muy dura para vosotros y no habéis podido describir vuestra curva. Si no fuese porque acabamos de salir de una guerra donde el heroísmo brilló con una llama tan terrible y tan pura, diría que la poesía también tiene sus héroes. Vosotros dos, que habéis muerto en pleno brote de juventud, lo sabéis. La miseria, la incompreensión os mataron al uno a los veinticuatro años, al otro a los veintisiete, porque no quisisteis sacrificar nada de vuestro sentido de la vida y de la poesía.

Habéis dejado un nombre valioso en la literatura francesa. Y la influencia de vosotros dos en Francia y en el extranjero fué considerable. Ojalá pudieseis llegar a saberlo en vuestra soledad eterna.

Laforgue, vos que presentisteis sin duda, cuan corta sería vuestra existencia, decíais que no queríais hacer arte sino vida, nada más que vida. Estas palabras vuestras nos desgarran hoy. Debéis poco al Uruguay porque le habéis abandonado muy niño aún. Pero ¿acaso el nacer lejos carece de importancia para el poeta? El desarraigo siempre lo moldea más o menos. Laforgue, habéis introducido el verso libre en Francia. Es verdad que Gustave Kahn os precedió de cerca, sin embargo fuisteis el precursor, porque en arte, la invención sólo tiene verdadera existencia cuando se apoya en una obra duradera. Hasta vuestros desfallecimientos encuentran en seguida el camino de nuestro corazón. Gracias a vuestra humanidad exquisita, y digo exquisita como los médicos cuando dicen dolor exquisito, es decir, algo que arranca lágrimas. Pero como sois de origen francés, tenéis pese a todo, la sonrisa, esta arma del rostro, delicada y valiente, que es también una armadura.

Isidore Ducasse «grave montevideano» que tomasteis el nombre de Lautreamont, sois mucho más uruguayo que Laforgue y no solamente porque abandonasteis Montevideo a los diez y siete años como lo pusieron en evidencia vuestros excelentes biógrafos, mis amigos Alvaro y Gervasio Guillot Muñoz. Por vuestra afición a lo desmesurado y a lo enorme, por vuestro ímpetu, por vuestra ausencia de mo-

destia ante el tema, por vuestro tono totalmente nuevo en la literatura francesa, pertenecéis, querido Lautreamont, a tierras nuevas, donde no está permitida la duda, y que parecen trabajadas aún por la geología.

Cuánta es vuestra familiaridad con los elementos, con el océano, «ese célibe» a quien interpeláis como a un hermano mayor, o mejor dicho, seamos justos, como a un hermano menor. Y habéis traído a la literatura universal, Lautreamont, un soplo nuevo, inmenso espacio de cielo y de océano.

Laforgue y Lautreamont, qué importa que uno de vosotros alce la voz y el otro la sofoque, que uno se adelante y el otro se retraiga voluntariamente, que uno cante y el otro murmure, que uno sea más francés que uruguayo y el otro más uruguayo que francés, sois dos poetas, dos hombres bien definidos bajo las estrellas y habéis merecido del planeta Tierra, quien hace girar suavemente vuestras cenizas en Francia y casi en los antípodas, esta placa y su gloria: la Tierra elemento para los poetas desaparecidos a quienes hizo sufrir y quienes le cantaron.

UN JUICIO HONROSO PARA LA REVISTA NACIONAL

Damos a continuación el texto del informe producido por la Comisión Asesora de adquisiciones de obras, del Ministerio de Instrucción Pública, respecto a la REVISTA NACIONAL y su difusión por medio de la Biblioteca Nacional:

Señor Ministro:

Evacuando el informe dispuesto, cumple esta Comisión en manifestar que la REVISTA NACIONAL, que dirige el señor Raúl Montero Bustamante, es una publicación que hace honor al país. Compuesta con un espíritu superior de razonada tolerancia — y ajena, por consiguiente, a todo sentimiento de secta o de bandería; — seria, educadora, marcando siempre rumbos en las sendas del arte y de la cultura, — y, por eso mismo, digna de respeto como cátedra e interesante por todas las ideas que divulga, — y además de ello, que no es poco en estos tiempos de improvisación y de novelorías, bien escrita, en una prosa castellana que no es frecuente en publicaciones que presumen de literarias y aspiran a encarrilar el buen gusto del público, se impone y recomienda entre las mejores que ven la luz pública en nuestro continente y constituye un signo perfecto del grado de adelanto intelectual alcanzado por nuestro país. Muy pocas revistas, en efecto, en América son dignas de competir con ella, así por la variedad de los temas, la preparación y competencia con que ellos son tratados, el equilibrio y dignidad que los anima, como por el noble afán de divulgación de la enseñanza que persigue, constantemente puesto de manifiesto en los más mínimos particulares. Sólo

conocemos unas pocas publicaciones de verdadera jerarquía intelectual que puedan enfrentársele — *Cubana contemporánea*, de La Habana, *Nosotros*, de la Argentina, la *Revista de Indias*, *Civilización*, la de la Academia de Colombia, *Atene*, de Chile, — por citar algunas de las que han logrado mayor nombradía y autoridad en los centros intelectuales de América. Desconocer esto que decimos es ignorar lo que está en la conciencia de todos.

No obstante, no han faltado descontentadizos y malintencionados que, solapada o abiertamente, adujeran por ahí que la REVISTA NACIONAL es demasiado seria, pesada, aristocrática; que en sus páginas se publican estudios harto extensos, en demasía documentados y un sí es no es aburridos. Agregan aún tales censores, mostrando con ello su criterio y sus preferencias artísticas, que en sus páginas no lucen, con la abundancia que fuera de desear, esos versos y prosas de la mal denominada «nueva sensibilidad» que traduce las normas y rumbos de los escritores jóvenes, de los espíritus revolucionarios, de los cultores de la nueva estética. Para estas personas afiliadas a una tendencia literaria, a una capilla que trata de convertir una moda transitoria y efímera en patrón de alta literatura, la REVISTA NACIONAL debiera dar acogida preferente y premurosa a composiciones compuestas de acuerdo con esa tendencia y cuyo mérito es sobrado discutible; habría que empezar por demostrar que así, hecha de ese modo, la revista estaría mejor, y después, que esos escritores nuevos son mejores que los antiguos, y sus trabajos de mayor valimiento que los de éstos. No se hacen cargo, por otro lado, que por su misma índole, una publicación que presume de ser fiel exponente de la alta intelectualidad uruguaya, no debe ser vehículo de realizaciones equivocadas, de formas reñidas con el buen gusto, los principios básicos del idioma y hasta del buen sentido. No es que se trate, por supuesto, de resistir a las ideas nuevas y de cerrarles el paso a las corrientes renovadoras; es la consideración que no siempre lo último es lo mejor, ni lo más nuevo lo más bueno, que en lo «nuevo» también, como nos lo enseña Vaz Ferreira, el ilustre maestro a quien nadie osará tachar de retrógrado, hay lo bueno y lo malo, lo que es digno de seguirse y lo indigno de ser imitado, lo que por sí mismo importa un avance y lo que en realidad no es más que un retroceso sobre las conquistas adquiridas. Dígalo la literatura de los «preciosos», en Francia; el «marinismo», en Italia; el «culteranismo» y el «conceptismo», en España; dígalo toda esa literatura «decadente» de las pos-trimerías del siglo XIX, que se ahogó en un maelström de incoherencias, de la cual no recordamos hoy media docena de obras (y eso mismo debido más al nombre de sus autores que a la valía propia de las encalabrinadas elucubraciones); díganlo todos esos «pianos bizcos», esos «gritos verdes», esos «mástiles de arena», esos «rostros sobre el párpado», etc., etc., que pretenden ser expresiones refinadas y artísticas, sugerentes y originales y se quedan en ingenuas expresiones

de un espíritu que quiere decir una cosa y no sabe decirla, o en ingratos balbuceos de alguien que ignora que la lengua castellana, por rica y bien arquitecturada, consiente la expresión de todas las ideas, así de las más abstrusas como de las más difíciles de expresar. Es que el arte literario es algo más que el espejo y relumbrón de una piedra de similor; si la realidad de una verdadera piedra fina no pone sus fuegos en la joya trabajada, la joya no pasará de ser jamás una pieza de chafalonía.

Volviendo a la REVISTA NACIONAL, cabe agregar que su publicación honra la cultura del Uruguay. En sus páginas lucen los nombres y los escritos de todos cuantos han contribuido con su talento al desenvolvimiento de dicha cultura. Compuesta por una conciencia que sabe sacrificar la propia vanidad al claro lustre de la ajena inteligencia, que posee el amor y el respeto del arte, que sabe encauzarlo y dirigirlo, ningún nombre de alguna significación está excluido de sus páginas y los valores, que por diversas causas aún no han colaborado, no abrigamos la menor duda, que se incorporarán, en un futuro no lejano, a esta jerárquica publicación. Por reflejar con exacta fidelidad el movimiento intelectual cumplido en nuestro país, también ha acogido las páginas olvidadas de eméritos compatriotas fallecidos, que fueron en su hora conciencias directrices, agujas imantadas reveladoras del rumbo a seguir. Y junto a estos «pionners», los atisbos y descubiertas, los acentos reveladores y los gritos de rebelión de los escritores noveles, de los muchachos que traen en realidad algo nuevo, algo honradamente bello y personal, — de los que serán nuestras glorias futuras, porque ya son más que una promesa en este instante que vivimos.

Una revista, concebida y realizada así, merece el apoyo de los Poderes Públicos, si éstos han de ser los propulsores y vigilantes del progreso de la nación. La iniciativa privada, el esfuerzo personal, logra muy poca cosa en nuestro medio. Las mismas industrias, las más progresistas, las más provechosas, las más necesarias, se ven amenudo malogradas cuando les falta el concurso del poder público. Para ceñirnos a nuestro asunto, cabe decir que no se logra éxito cumplido con el aporte que pueden prestar algunas instituciones. Y es de esperar ansiosamente, que el Ministerio que posee entre sus facultades la de propender a la expansión de la cultura pública, aporte con mayores recursos presupuestales para tener la seguridad absoluta que en ningún momento la REVISTA NACIONAL, dejará de aparecer en el ambiente cultural del país, siendo de destacar que otras entidades del Estado que no tienen aquella misión, contribuyen en la medida de sus posibilidades a su circulación y difusión. Es absurdo que éstas, como en el caso ocurrente, se suscriban a veinte o cincuenta ejemplares de la revista, y que la Biblioteca Nacional no pueda suscribirse más que a sesenta ejemplares.

Por todo lo expuesto, considera esta Comisión que la Biblioteca

Nacional, arbitrando los fondos que sean necesarios, debe suscribirse por lo menos a ciento cincuenta números de cada uno de los que se vayan publicando de la REVISTA NACIONAL con destino a canje, de preferencia en el exterior. Que éste será el mejor medio de hacer conocer el alto grado de importancia y significación alcanzado por las letras en el Uruguay. — *Víctor Pérez Petit*. — *Juan Antonio Zubillaga*. — *Aurelio Pastori*.

DIFUSION DE NUESTRA CULTURA POETICA

Nos hemos referido ya, con elogio, a la obra de difusión de nuestra cultura literaria que viene realizando en revistas extranjeras nuestro distinguido colaborador, el poeta y escritor Gastón Figueira. Hoy, jeando ahora los últimos números de la revista «La Nueva Democracia», que aparece mensualmente en Nueva York, editada en idioma castellano por el *Committee on Cooperation in Latin America*, hallamos en ellos poemas de los autores nacionales Alejandro C. Arias y Ernesto Pinto, con noticias biocríticas del señor Figueira que definen la posición de ambos poetas en nuestro parnaso. Del señor Arias se insertan cuatro bellos sonetos, y del señor Pinto cuatro breves e intensos poemas. Uno y otro poeta representan con verdadera jerarquía la actualidad de nuestra lírica.

En la sección bibliográfica de la misma revista, que está a cargo del señor Figueira, entre numerosas notas críticas que demuestran la copiosa lectura del autor, hallamos dos juicios sobre libros de Carlos Rodríguez Pintos y Francisco Alejandro Lanza, que transcribimos a continuación.

Sobre «Doce poemas», de Carlos Rodríguez Pintos, preciosa antología de la que oportunamente nos ocupamos en nuestras páginas, escribe el señor Figueira:

«En este magnífico libro está bien representada la poesía de los más puros y finos valores de la actual lírica uruguaya y americana. Poesía esencial, libre de todo elemento superfluo; poesía de cálida onda emotiva y, a la vez de sabia depuración expresional, límpida, ardua, sutil, confesional, cuya nueva visión, cuya penetración en el misterio poético, nos hace evocar la bella afirmación de Pascal: «Dios ha representado, en las visibles, las cosas invisibles».

Dentro de la riqueza de matices, este libro posee una perfecta unidad. Comienza con el «Canto al cielo de América», en el que resulta difícil decir cuál es el aspecto que más valoramos: si la nobleza y autenticidad de su emoción americana y universal a la vez o la perfección alquitarada de su forma. Una imaginación ardorosa rutila en las estrofas de ese canto en que «el poeta levanta su espejo de alabanza, hacia la forma pura» de ese cielo, «río, más que río cisterna».

Ese canto es a manera de ancho pórtico para los poemas que

Rodríguez Pintos ha hermanado en este libro. La mayoría de ellos son romances, ductilizados por la música propia del poeta. Romances cuya agilidad y frescura tienen a veces una como estilización de la esencia popular. El poeta sabe embellecer, con la gracia alada y la sonrisa niña, la dramaticidad de sus imágenes. Así, junto a visiones de un diáfano angelismo, aparecen — como en un claroscuro que sería un fiel reflejo de la vida misma — «la ardiente rosa triste», «puentes de finas derrotas», y «la sangre que muere todos los días, abrazada a su soledad, como a una espada».

Amalia Nieto, artista uruguaya, ha interpretado cabalmente la simbología de estos poemas, en dibujos de muy depurada belleza, que se reproducen a toda página. La edición de este libro, de gran formato y exquisita impresión, se destaca por el refinamiento que revelan hasta los más mínimos detalles».

En cuanto al emotivo libro de Francisco Alejandro Lanza, «Hoy, padre, es Navidad», dice lo siguiente el señor Figueira:

«Heme aquí, padre, heme aquí. Tú que eras tan locuaz, y yo tan silencioso, platicaremos dulcemente ahora. Tu recuerdo está más firme cada día en mí, como una roca en la montaña o como estaba en tus labios aquella sonrisa buena que no te abandonó nunca. Heme aquí, padre». Con estas palabras inicia este poeta uruguayo su bellísimo libro de poemas cuya tónica ya queda entreoída. Un libro de estrofas plenas de emoción y de musicalidad, que reflejan el ennoblecimiento del dolor. Llena está la literatura de libros en que se evoca a la amada muerta. Algunos tomos de más reciente publicación expresan la tristeza frente a la ausencia de la hija. ¿Por qué no había de cantarse también, con la amplitud y la intensidad con que la hallamos aquí, la desolación que deja en el espíritu la muerte del padre? Oigamos al poeta:

Hoy, Padre, es Navidad y vengo
junto a tu puerta en esta luminosa
mañana de verano
que hace arrullar a las palomas.
Y pienso en los regalos que traías
sin fallar una vez, en las remotas
Navidades que fueron.
Mi corazón palpita en esta losa
que el sol caliente dulcemente. Traigo
la vida buena en realidad y hosca
en apariencia que me diste, padre,
y que ennoblece tu recuerdo ahora.

Siempre hallaremos en este libro la misma honda sensibilidad, hermanada a una belleza expresional pura y armoniosa. En algunos pasajes, el poeta dice su dolor con palabra sintética, evocando — por la densidad emocional — a la gota de esencia que resume el sinfín de rosas que le dió vida».

REVISTA ANECDOTICA

LAS VACAS NO TIENEN DIVISA

En la Cámara de 1938 el doctor don Carlos María Ramírez sostenía con gran brillo y vigor una interpelación hecha al Ministro de Gobierno, doctor don Julio Herrera y Obes, amenizando su elocuente discurso con curiosas referencias y anécdotas. En cierto pasaje de él dijo lo siguiente:

—«Hace algunos años, en épocas de perturbaciones, un capitanejo se propuso formar una tropa de vacas ajenas. La hizo, creyendo que pertenecían a sus adversarios políticos, y resultó que el dueño de las vacas era un compañero de causa, el cual fué a reclamarlas. El capitanejo reflexionó sobre la cosa, y concluyó por llevarse las vacas diciendo: *las vacas no tienen divisa*».

EL BUEN HUMOR PARLAMENTARIO

El doctor don Julio Herrera y Obes hacía constante uso en su oratoria parlamentaria, con mucha eficacia, del ingenio y del buen humor. En la misma interpelación a que nos hemos referido, al contestar el discurso del doctor Ramírez, empezó con los siguientes palabras:

—«Usando y abusando de su preclaro talento y de su fogosa imaginación, el señor diputado por Treinta y Tres, después de haberme comparado con Orestes y con Faraón, me presentó como Moisés, abriendo las aguas del Mar Rojo para pasar a pie enjuto, el mal paso de esta interpelación, y finalmente me transfiguró en Jehová deteniendo con gesto imponente no sé qué ola que amenazaba arrebatarme. No creo, señor Presidente, que mi situación sea tan mala y apurada en este debate, que necesite para salir de ella, de la omnipotencia, de la protección directa de Dios. Hasta ahora veo que piso terreno firme; no siento que me llegue el agua a la boca, y creo que he de salir adelante con facilidad, sin más auxilio que unos cuantos raciocinios, la colección de leyes de Alonso Criado y el recto juicio de la Honorable Cámara».

Y luego de breves conceptos preliminares, inició así su refutación:

«No voy a seguirlo paso a paso en su amena y larga disertación mitológica, económica, política, histórica, jurídica y legal, brillante y estruendosa como los inofensivos fuegos artificiales que se queman en nuestras fiestas patrias para divertir al pueblo».

EL VOTO DE UN PROSCRIPTO

En un cementerio de Buenos Aires, sin que el mármol o el bronce proclamen su gloria, duerme el último sueño Eduardo Acevedo Díaz. Se cumple así el deseo del ilustre autor de «Ismael» quién, en horas para él solemnes, escribió estoica y melancólicamente estas palabras: «Por razones que deseo llevar a la tumba, es una de mis últimas voluntades que mis restos descansen en la tierra argentina, que tanto he amado, patria de mi esposa y de todos mis hijos, y que de ella no sean removidos jamás».

Su mandato de ultratumba ha sido cumplido; la tierra argentina que le vió llegar desterrado en su mocedad romántica; que le dió nuevamente asilo y calor de hogar en la plenitud juvenil, y le tendió su mesa para que escribiera sus inmortales libros; que le vió, por fin, volver, en silencio, al caer el invierno de la vida, adusto el continente, oscurecida la noble frente por la sombra del desencanto y del dolor que en ella pusieron los azares de su tormentosa historia, abraza para siempre sus mortales despojos. El destierro que fué para él casi constante camarada se ha tornado así eterno.

EMPLAZADO ANTE LA HISTORIA

En una ardorosa discusión parlamentaria de 1888 sobre el extrañamiento del General Don Máximo Santos, Don Francisco Bauzá, que sostenía la revocación de la ley de destierro, impugnando un severo discurso del doctor don Aureliano Rodríguez Larreta, que había sido Ministro de la Conciliación y que juzgaba implacablemente al General Santos, exclamó en un arranque de elocuencia:

«—Las palabras del señor Diputado, como las mías, han caído en esos agentes de la Providencia que se llaman Taquígrafos; han caído al fondo de la Historia, y lo emplazó al señor Diputado para el juicio del porvenir».

REVISTA ECONOMICA Y FINANCIERA

UN JUICIO SOBRE EL AÑO 1944

El Directorio del Banco de la República ha formulado, como lo hace todos los años en su memoria, el juicio sobre la situación económica universal, relacionándola con la situación del país. Dice así ese documento:

«Esta Memoria la formula el Directorio en un momento de excepcional significación histórica. La República acaba de declarar, por medio de sus órganos constitucionales competentes, que se halla en estado de guerra con Alemania y el Japón, adquiriendo así forma plena la actitud de solidaridad que, desde los días más difíciles y de mayor incertidumbre y peligro para las naciones aliadas, fué afrontada por el país sin vacilaciones, obedeciendo a sentimientos que provienen de su vocación democrática, de su limpia tradición internacional y de su invariable adhesión a los principios de derecho, de justicia y de libertad. El Poder Ejecutivo, luego de ser autorizado por la Asamblea General, también acaba de suscribir, por mano de su Embajador en Wáshington, la Declaración de las Naciones Unidas formalizada en la misma ciudad el 1º de Enero de 1942, mediante la cual fué ratificada la Carta del Atlántico y se resolvió que, «para defender la vida, libertad, independencia, libertad religiosa, y para preservar los derechos y justicia humana», cada Gobierno se compromete a emplear sus propios recursos militares o económicos contra los países del Eje, a cooperar con los Gobiernos signatarios y no hacer la paz o armisticio por separado con el enemigo. Quedó así el Uruguay jurídicamente habilitado para intervenir en las conferencias de paz en que se echarán las bases del nuevo orden internacional, político, social y económico que se ha de implantar en el mundo una vez concluídas las operaciones bélicas y tener participación en la formación de esas bases.

La histórica Conferencia de Crimea ha reunido a los gobernantes de las tres grandes potencias aliadas, y en ella se han concertado los planes militares que han de ponerse en práctica para dar fin a la guerra, mediante el sometimiento de las naciones del Eje, y las normas generales a que debe sujetarse la reconstrucción del mapa de Europa y la restauración pacífica del mundo.

Nos hallamos ahora en víspera de la celebración de la Conferencia de San Francisco de California, a la que asistirán los representantes de las Naciones Unidas y en la que se estructurará, en forma definitiva, el instrumento de la paz universal, instrumento jurí-

dico internacional que alcanzará a todos los países de la tierra y determinará, seguramente, transformaciones esenciales en todos los órdenes de la actividad humana.

Entre tanto, los representantes de las naciones de América acaban de congregarse en Méjico, y, mediante actas y protocolos memorables, han consolidado el bloque físico, moral e internacional de las naciones del continente, las que, de acuerdo con su tradición, deberán ser guiadas y movidas en su acción futura por los altos postulados del derecho internacional, por los principios democráticos y por las más amplias y solidarias normas económicas. En esa histórica conferencia se ha ratificado el principio de la igualdad jurídica de las grandes y pequeñas naciones; se han establecido las normas comunes de defensa y sanción contra los países agresores; se han definido y declarado los derechos inherentes a la persona humana; se han establecido directivas para regir las futuras relaciones económicas de los pueblos y se ha convenido, también, en que las economías nacionales, dentro del concepto puro de solidaridad, se fortifiquen, se coordinen, y, en lo posible, y en aquellas cuestiones asequibles a ello, se adapten a normas de unidad que faciliten la explotación de las industrias y del comercio, la circulación y distribución de la riqueza, las formas de pago internacional y creen los medios para que la sociedad en general, y especialmente las clases proletarias, disfruten de un mayor bienestar físico, moral y económico.

Ha de advertirse que este proceso de estructuración de la paz en las Conferencias de carácter internacional ha sido precedido por el estudio individual que todas las naciones, grandes y pequeñas, que se han unido para defender la civilización y la cultura amenazadas por las potencias agresoras, han hecho, mediante la acción de sus Cancillerías y de los órganos y corporaciones oficiales de carácter técnico, de los problemas llamados de post guerra. Nos asistió pues razón, cuando dijimos en la Memoria correspondiente al ejercicio anterior que, el año 1943 sería señalado en la historia de la crisis esencial que agita al mundo civilizado como un período de definiciones y de preparación de normas técnicas para ser aplicadas después de ganada la guerra. Esas definiciones, y las normas que han surgido de ellas en el orden nacional, lograron en el transcurso del año 1944 coordinación y ajuste en las reuniones internacionales de Dumbarton Oaks y de Bretton Woods, en cuyo seno se prepararon los elementos que acaban de ser tenidos en cuenta en la Conferencia de Méjico y que serán considerados, en definitiva, en la Conferencia de San Francisco, a fin de darles la forma y el alcance que más convenga al nuevo orden que van a crear en el mundo las Naciones Unidas, dentro del sentido de solidaridad, coordinación, cooperación y racionalización que procura alcanzar.

La futura estructuración económica

Al comentar en la memoria correspondiente al ejercicio 1943 el plan de reconstrucción económica cuyos elementos estaban en vía de estudio, dijimos que, por lo que de esos estudios preliminares había trascendido, parecía desprenderse que las leyes de la economía clásica que fueron alteradas, por imposición de los sucesos, desde que estalló la guerra de 1914, iban a ser restablecidas, por vía de evolución, en todo o en parte; que se tendería a estructurar los regímenes monetarios hacia el patrón oro o teniendo como base una relación de las monedas con el valor del oro, buscando la armonía de medida para los pagos internacionales, y que se procuraría la restitución paulatina de la libertad de comercio y de la libertad de pagos, atenuando las tarifas aduaneras y la restricción de los controladores de cambios, exportaciones e importaciones, aunque contemplando la razonable protección a las industrias de incipiente desarrollo en países de economía rural y mientras no alcancen la consolidación suficiente, vigilado todo ello por órganos técnicos oficiales destinados a mantener el equilibrio y una justa distribución de la producción universal.

La «Carta Económica de América» proclamada por la Conferencia de Chapultepec constituye la confirmación del expresado comentario. En la declaración de principios de ese documento se establecen aspiraciones como las siguientes: «Alcanzar, a la mayor brevedad posible, la aspiración común de las Repúblicas americanas, de encontrar fórmulas prácticas internacionales para reducir las barreras de toda índole que dificulten el comercio entre las naciones, dentro de normas que aseguren a todos los pueblos de la tierra altos niveles de vida y el desarrollo de sus economías, sobre bases sólidas y para promover la acción cooperativa que deberá tomarse en todos los terrenos, particularmente la estabilización monetario y las inversiones internacionales; buscar una pronta acción convenida entre los gobiernos, para impedir las prácticas de los «carteles» u otros arreglos internacionales comerciales particulares que perturban el comercio, sofocan la competencia y encarecen el consumo; cooperar con las demás naciones para hacer posible que todas ellas disfruten, en igualdad de condiciones, del libre acceso al comercio y materias primas y para que disfruten, además, de una igualdad de acceso a los bienes de la producción, indispensables a la industrialización y desarrollo de todos los pueblos; cooperar en la adopción general de una política de colaboración económica internacional, que elimine los excesos a que conduce el nacionalismo económico, evitando las restricciones excesivas a las importaciones y el «dumping» de los excedentes de la producción nacional en los mercados mundiales; actuar individual y conjuntamente entre sí y con otras naciones por medio de tratados, convenios u otros arreglos para ase-

gurar un tratamiento justo y equitativo de aliento a las iniciativas, especializaciones y capitales llevados de un país a otro; aprobación de las proposiciones financieras y agrícolas como medidas positivas en la colaboración internacional, para la estabilización de la moneda y para facilitar el desarrollo de los recursos; buscar una pronta intervención por parte de los gobiernos, con vistas a poner en juego el Fondo Monetario Internacional, el Banco de Reconstrucción y Fomento y la organización de víveres y agricultura de las naciones unidas.» La tendencia es clara y confirmatoria de nuestras previsiones, aunque desde luego, su aplicación deberá contemplar la situación de economías similares a la del Uruguay, a los efectos, no sólo de no provocarles serias perturbaciones, sino de permitirles una evolución progresiva.

Puede, pues, afirmarse que si el año 1943 fué un período de definiciones y preparación de normas técnicas, el año 1944 lo ha sido de examen crítico, depuración y coordinación de tales normas, las cuales deben ser sometidas todavía a la última instancia de la mesa de la paz.

Las características económicas del año 1944

Este proceso de preparación de paz y de orden se desarrolló mientras se desarrollaba la más gigantesca campaña militar que recuerda la historia. Los ejércitos aliados, luego de haber dominado el litoral africano, iniciaron la gran ofensiva sobre Europa, ocuparon casi toda la península itálica, rescataron a Grecia, invadieron el Continente por el Norte, libertaron casi todos los países ocupados por Alemania y cruzaron el Rin. Rusia desató también su poderosa ofensiva sobre el Oeste; ocupó los países conquistados e irrumpió en el territorio alemán hasta llegar a los suburbios de la capital del antiguo imperio. Mientras Alemania se veía así estrangulada por los ejércitos aliados, en Oriente se reconquistaban las tierras ocupadas por el Japón y se encerraba a éste en un círculo de fuego que, al igual que en Alemania, se va estrechando día a día. A la reconquista de las tierras de todas las latitudes se agregó el dominio de los mares, ya casi libres de piratas, y el dominio de los aires de donde casi han desaparecido los aviones alemanes.

Tan gigantesco esfuerzo no ha podido ser realizado sin que la economía mundial experimentara sensibles trastornos y acentuados fenómenos de enrarecimiento. Las necesidades siempre crecientes de los ejércitos y el auxilio indispensable para salvar del hambre a las poblaciones de los países liberados han obligado a los Estados Unidos de Norte América y a la Gran Bretaña a restringir las cuotas de abastecimiento a las naciones compradoras de sus productos, las cuales se han impuesto severos regímenes de racionamiento y se han visto privadas de las mercaderías que no son indispensables, o han

visto restringidos sus contingentes a cifras mínimas. Las materias primas, los combustibles, los metales, las maquinarias, los productos manufacturados, los elementos de sanidad y todo aquello que es indispensable en el campo de batalla o no puede ser producido para el consumo ordinario porque los talleres y las usinas están totalmente absorbidos por la producción de material bélico han sufrido este enrarecimiento. A esto se ha agregado aún la disminución de los medios de transportes marítimos, puesto que las potencias aliadas requirieron casi todas sus unidades, cualquiera fuera su tonelaje, para ser utilizadas en las gigantescas operaciones de conducción de tropas, máquinas de guerra y abastecimientos que demandó la invasión de Europa. También fueron requeridos de los mercados productores todos los productos necesarios para alimentar y equipar a los ejércitos y a las poblaciones de los países liberados. Por lo que se refiere a los países ganaderos y agrícolas, las lanas, las carnes, los cueros, las cosechas, los productos de granja, fueron adquiridos sin discriminación. Se vieron así aumentar las cifras de exportación de los países productores y disminuir el índice de importación, a la vez que los saldos positivos de los balances comerciales de los países vendedores daban lugar al crecimiento de las reservas de divisas o de oro de los mismos.

Tales han sido las características económicas mundiales del último año transcurrido durante el cual el espíritu de solidaridad de las Naciones Unidas se ha impuesto sobre toda preocupación egoísta, colaborando así los pequeños países con las grandes potencias aliadas con el objeto de hacer más eficiente el esfuerzo que están éstas realizando para poner fin a la guerra.

La situación general del país

La situación general de la República en el año 1944 fué semejante a la del año anterior. Los mismos fenómenos siguieron actuando en su economía, acentuados unos y atenuados otros, pero sin que se hayan experimentado trastornos ni sobresaltos que comprometan su marcha próspera, el desarrollo siempre creciente de su industria y de su comercio, la solvencia de su posición en el comercio internacional y la estabilidad de su moneda. El país ha seguido atesorando oro, producto de su balanza comercial favorable y de los capitales extranjeros que buscan asiento tranquilo y remunerativo dentro de nuestras fronteras y, por lo tanto, ha seguido aumentando sus medios de pago y su capacidad adquisitiva; pero estos fenómenos que hoy son comunes a todos los países con organización económica semejante a la nuestra, no han dado lugar a que la inflación alcance en nuestro país igual nivel de gravedad, ni a que los índices del costo de la vida hayan sufrido aumentos tan agudos. Sea que la población del país se ha impuesto una pru-

dente conducta de disciplina y de ahorro, sea que nuestra organización de economía dirigida haya alcanzado la eficiencia deseada, sea que las medidas adoptadas por el Banco oficial hayan dado resultados favorables, sea que el mismo Banco ejerce natural hegemonía sobre la banca privada y determina una unidad de conducta favorable al interés público, el examen de los índices bancarios demuestra que la elevada masa de medios de pago, moneda en potencia como se le define, no ha dado lugar a exageradas inflaciones en la zona del crédito, que son las inflaciones realmente peligrosas. Las grandes reservas de disponibilidades se mantienen tranquilas en forma de depósitos, o en inversiones de Deuda Pública, o han adquirido carácter de estabilidad al emplearse en colocaciones estables que favorecen el desenvolvimiento de nuestras industrias, o mantener el prestigio y el valor de nuestra propiedad territorial, sin que se haya creado el estado psicológico colectivo que suelen determinar las grandes crisis de prosperidad merced al cual se movilizan y aplican las masas de numerario disponible en peligrosas especulaciones o en las más aventuradas empresas.

Los índices de crédito

El examen de los índices de crédito, que se hace más adelante, demuestra que se mantiene la ordinaria topografía de su distribución en las zonas de la industria, del comercio y de los negocios, y si alguna alteración sensible se ha producido está justificada por la aparición de nuevos organismos industriales o comerciales, o por el desarrollo de las operaciones que realizan los nuevos organismos llamados Cajas Populares. Con estas excepciones, las colocaciones, en general, han disminuído, así, en la banca ~~comercial~~ como en la privada.

Lo dicho no quiere decir que se deba desconocer el peligro que significa la considerable masa de medios de pago que gravita sobre la economía nacional. Al contrario, es por no desconocerlo y prevenirlo, o al menos limitarlo, que el Banco, a las medidas que fueron anunciadas en la Memoria del ejercicio anterior, ha agregado durante el año otras que tienen por objeto neutralizar o diferir la liquidez de parte de esos medios, hasta que ellos tengan aplicación que favorezca a la economía del país, bien porque sean aplicados a la cancelación de obligaciones reales, bien porque se incorporen a la economía activa en forma de nuevas y necesarias explotaciones industriales o de obras de progreso que favorezcan a la comunidad.

Los índices económicos

El examen objetivo de los índices económicos del país correspondientes al año 1944 confirma las consideraciones que se acaban

de hacer. Las operaciones de intercambio de productos y mercaderías sumaron en total, al 31 de diciembre, Dlls. 170.005.000.—, de los cuales Dlls. 72.446.000.— corresponden a Importaciones, y Dlls. 97.550.000.— a Exportaciones. En consecuencia, la balanza comercial arrojó un saldo favorable al país de Dlls. 25.113.000.—. Estas cifras, comparadas con las del año anterior, dan un aumento en la suma total de los negocios, de Dlls. 6.176.000.—.

El monto de las importaciones aumentó en Dlls. 8.639.000.—, aumento que corresponde especialmente a los rubros materias primas, almacén y sus derivados, barraca y artículos de construcción, tienda y mercería, drogas y productos químicos y ferretería; las exportaciones, como consecuencia de la escasez de ganado en condiciones de faenar, a que dió lugar la terrible sequía que azotó al país en el año 1943, circunstancia que limitó las compras de los frigoríficos a sólo la mitad de reses mayores y dos tercios de ovinos que el año anterior se retrajeron en Dlls. 2.463.000.—. Es interesante consignar que si bien, por la razón apuntada, hubo merma en los embarques de carnes, en cambio se produjeron importantes aumentos en las lanas, cueros, agricultura, granja e industrias extractivas.

En cuanto a los precios obtenidos por los productores pecuarios destinados a la exportación, fueron muy favorables. La merma en el volumen de las compras de frigoríficos fueron compensadas, en parte, por el aumento de los precios que alcanzó para los bovinos un promedio de 178 milésimos, siendo así que el año anterior solamente se obtuvo un precio promedial de 143 milésimos. La carne ovina obtuvo también una mejora de 11 milésimos, pues alcanzó un promedio de 145 milésimos. Las compras de bovinos, ovinos y porcinos hechas por los frigoríficos, que alcanzó un volumen de 310.506 toneladas, importaron un total de \$ 55.384.000.—.

Las lanas exportadas, integradas por 8.582 toneladas de lavadas y 51.314 toneladas de sucias y semi lavadas, acusaron, con respecto al año anterior, una leve disminución en las primeras y un aumento de 5.125 toneladas en las segundas. Estas exportaciones alcanzaron a un monto total de dólares 40.919.000.—, o sea Dlls. 1.648.000.— más que en el año 1943. Los precios logrados oscilaron entre \$ 9.75 los diez kilogramos para las merinas supras y \$ 8.73 para las cruza fina superior, precios muy semejantes a los del año anterior. Los cueros alcanzaron en todos sus tipos excelentes precios, que representaron un aumento hasta de \$ 1.75 cada 10 kilogramos en algunos tipos de cueros secos. El volumen de exportación de cueros vacunos salados y secos disminuyó, pero, en cambio, se cuadruplicó el volumen de los cueros lanares. Con un volumen de 11.765 toneladas de cueros vacunos salados, 2.630 toneladas de secos, 8.599 toneladas de lanares y 3.084 toneladas de curtidos, estas exportaciones alcanzaron un monto de Dlls. 10.004.000.—.

La producción agrícola sufrió la acción de los meteoros que castigaron especialmente los avenales y trigales, y se vió así reducida. El área cultivada en el año 1944 fué de 855.586 hectáreas, o sea 5.736 hectáreas más que el año anterior. De acuerdo con la primera estimación de la cosecha de lino, que fué de 108.293 toneladas, puede calcularse que ésta superará en 35.799 toneladas a la del año 1943; la cosecha de maíz llegó a 237.231 toneladas, a sea 190.741 toneladas más que la cosecha anterior; la del girasol, que fué de 40.368 toneladas, superó en 34.622 toneladas la última cosecha. El maní, con un rendimiento de 4.423 toneladas, duplicó con usura el resultado de 1943. Los precios de los productos agrícolas, en general remuneradores, se hallan actualmente en acentuada suba que alcanza especialmente al trigo, al lino, al maíz y a la cebada.

El cambio comprado correspondiente a las operaciones generales de exportación durante el año 1944, alcanzó a 106.174.000 dólares de los Dlls. 111.735.000 del cambio total comprado que registra el índice correspondiente. Estas cifras superan en más de cinco millones cada una a las del año anterior. En las exportaciones realizadas, que totalizaron la suma de Dlls. 97.599.000, figuran los Estados Unidos de Norte América como el primer país comprador con Dlls. 46.538.000, o sea, el 47,70 %; le sigue la Gran Bretaña, con Dlls. 31.295.000, esto es, 32,08 %. El saldo restante se reparte entre Suecia, Brasil, Argentina, Unión Sudafricana, Suiza, etc.

En cuanto a nuestros mercados de abastecimiento en el exterior, absorbieron Dlls. 36.422.000 sobre un total de cambio vendido controlado de Dlls. 47.376.000.

Un rubro de ingresos que está tomando verdadera importancia, es el llamado «turismo». Año tras año aumenta el número de personas que visita el país en la estación veraniega y dan singular movimiento y auge a la industria y al comercio que sirven las necesidades y requerimientos de esta población flotante. Los medios de transporte, la industria hotelera, los bazares y tiendas, los sitios de diversión y esparcimiento experimentan la influencia económica de los millares de viajeros que afluyen al país, y mediante ella se desarrollan y prosperan.

Si el comercio exterior se ha desarrollado en términos favorables, también el comercio nacional ha prosperado, no obstante las dificultades de abastecimiento en los mercados exteriores, supliendo varios de sus rubros con mercaderías elaboradas por la industria nacional. La conducta y solvencia del comercio está abonada por el número de concordatos gestionados en el año 1944 que sólo se ha elevado a 69, esto es, 10 menos que el año anterior, y 31 menos que el año 1942. Se registraron en el año 1944, 57 quiebras, con un pasivo de \$ 1.641.000.— frente a un activo apreciado en pesos 1.082.000.—.

Los medios de pago

El país ha contado durante el año, como se ha dicho, con voluminosos medios de pago generales, los cuales el 31 de diciembre se cifraban en \$ 752.671.000, esto es, pesos 150.690.000.— más que el año anterior y \$ 265.987.000.— más que el año 1942. Estos medios de pago se constituían así: billetes emitidos, \$ 181.285.000.—; depósitos bancarios, \$ 571.386.000.—. De estos medios de pago, los que realmente se hallaban a la inmediata disposición de la plaza eran \$ 322.235.000.—, constituídos por \$ 120.210.000.— en efectivo en poder del público y \$ 202.025.000.— en depósitos a la vista en los bancos.

Respecto a la masa de depósitos generales es interesante consignar que su cifra global, o sea, \$ 571.386.000.—, es superior en \$ 128.672.000.— a la de 1943 y \$ 235.577.000.— a la de 1942.

Estos cuantiosos medios de pago originados por los saldos positivos de la balanza comercial y los capitales que han buscado refugio en nuestro país, dieron a éste un poder adquisitivo extraordinario que ha ido previsoramente restringido por las medidas de orden interno, tomadas por el Banco oficial, y por la imposibilidad de adquirir productos en el exterior.

Debe decirse que a estos medios de pago se ha agregado todavía la influencia psicológica ejercida por las grandes cantidades de oro acumulado por el país. Sin tener en cuenta el oro atesorado por los particulares, del que no existen datos oficiales, el Banco de la República en el Departamento Bancario poseía el 31 de diciembre \$ 126.531.000.— en oro amonedado y en lingotes, de los cuales mantenía en sus tesoros, \$ 21.990.000.— y \$ 104.541.000.— depositado en custodia en el exterior. En el Departamento de Emisión existían \$ 111.594.000.— en oro, de los cuales \$ 81.148.000.— era oro amonedado y \$ 30.446.000.—, oro en lingotes. La cantidad total de oro amonedado y en lingotes que en la fecha indicada poseía el Banco en sus departamentos era por consiguiente de \$ 238.125.000.—. Este oro, que representa una unidad de \$ 105.— oro por habitante del país, constituye una verdadera hipertrofia aurífera que aun habría adquirido mayores proporciones a no ser por las medidas tomadas por el Banco oficial para limitar la inmigración de capitales. Esa riqueza coloca sin embargo al país en excepcional situación frente a los problemas monetarios de la post guerra y a las nuevas disciplinas que se proyectan implantar en el futuro sistema de pago internacionales.

El departamento de Emisión ha emitido billetes que importan \$ 182.672.000.—, pero de esa masa fiduciaria solamente circulaban el 31 de diciembre, \$ 156.202.000.—, o sea \$ 15.492.000.— más que el año anterior. La proporción entre el oro poseído por el Banco por todo concepto y los billetes en circulación, es de 152,45 %, es decir,

que por cada 100 pesos de billetes en circulación, el Banco posee pesos 152,45 en oro. El Departamento de Emisión mantiene también en sus tesoros \$ 11.157.000.— en monedas de plata. El total del incremento de circulante monetario se cifra en el año 1944, como hemos dicho, en 15.492.000.— y en relación al año 1942, que fué cuando comenzó a producirse la gran afluencia de capitales en dólares ofrecidos a nuestro mercado, se cifra en \$ 43.438.000.—, cantidades éstas que, como puede advertirse, no están en relación ni con el monto de divisas adquiridas, ni con los saldos que provienen de los saldos positivos del balance de pagos, ni mucho menos con la masa de oro atesorada por el país, siendo lógico atribuir estos incrementos, en gran parte, a la expansión de negocios operada bien visiblemente en el mercado interno, a las modificaciones de precios originadas por los factores exteriores, y los particulares fenómenos climáticos que actuaron sobre determinadas cotizaciones.

La posición del crédito

Las grandes masas de medios de pago constituídas por los billetes en circulación y los depósitos no han originado, como se ha dicho, inflación de los créditos, merced a las prudentes directivas del Banco del Estado, seguidas, a su vez, por la generalidad de la banca privada y apoyadas por la mesurada conducta del público en sus solicitudes de crédito.

La banca del país, con un promedio de recursos en el año 1944 de \$ 775.994.000.—, solamente tenía colocados \$ 391.494.000.—, de los cuales \$ 178.834.000.— correspondían al Banco de la República; \$ 164.347.000.— a los bancos nacionales; \$ 24.325.000.— a los bancos extranjeros y \$ 23.988.000.— a los bancos y cajas populares del interior del país. El año 1943, con recursos promedios de pesos 641.652.000.—, colocó \$ 388.402.000.—, lo que significa una proporción mayor de colocaciones para dicho año; pero esa proporción fué mucho mayor en el año 1942, en que con recursos que sólo sumaban \$ 532.388.000.— tenía colocados \$ 401.502.000.—, la mayor cifra del quinquenio. Quiere decir, pues, que la política del crédito, no obstante el inusitado aumento de los recursos bancarios en los dos últimos años, ha sido prudentemente llevada, y más prudente y beneficiosa se muestra esa política cuando se observa que en la masa general de colocaciones se han retraído sensiblemente aquellos rubros que podrían llamarse anti económicos y han aumentado en cambio las colocaciones de carácter agropecuario, así en la zona de la grande como de la pequeña industria.

La actividad de los negocios

El enriquecimiento del país ha dado naturalmente motivo a una

mayor actividad de negocios. La Bolsa ha reflejado, en primer término, esa actividad. Las disponibilidades que buscan colocación sedentaria pero tranquila han acudido a ella determinando constante e inusitada actividad que, naturalmente, ha influido sobre las cotizaciones sujetas a la ley de la oferta y la demanda. El total de las operaciones bursátiles durante el año 1944 alcanzó a \$ 180.886.000.—, lo que da un aumento de \$ 44.473.000.— sobre la cifra de 1943 y de pesos 101.236.000.— sobre la de 1942. De la cantidad de \$ 180.886.000.—, \$ 97.959.000.— correspondieron a Deudas Nacionales; \$ 25.827.000.— a Títulos Hipotecarios; \$ 12.496.000.— a Deudas Municipales y pesos 44.604.000.— a Acciones y Obligaciones.

En cuanto a las cotizaciones de las Deudas Nacionales internas, Títulos Hipotecarios y Deudas Municipales se mantuvieron inmediatas a la par o rebasaron ésta en uno, dos y tres puntos. Las cotizaciones de las acciones de las sociedades privadas experimentaron en general acentuados aumentos.

La propiedad territorial y los inmuebles experimentaron también notable aumento en su valor, y las operaciones de compra-venta sobre los mismos se extendieron en número y volumen. La estadística es arbitraria al establecer los porcentajes de aumento de valor; pero de cualquier modo, éste ha sido muy sensible, así en las tierras destinadas a estancias como en los terrenos urbanos y en los edificios. En cuanto al monto de las operaciones de compra-venta realizadas en el Departamento de Montevideo en 1944, alcanzó a \$ 49.759.000.—, esto es, alrededor de nueve millones más que el año anterior y once más que el año 1942.

En cuanto al movimiento de hipotecas constituídas operado en la República alcanzó en su monto a \$ 49.586.000.—, casi ocho millones más que el año anterior y en su número llegaron a 7.580, o sea 226 más que el año 1943. Las cancelaciones llegaron a 6.501, esto es, 1.015 más que el año anterior y sumaron \$ 36.764.000.—, cifra que es superior en casi cuatro millones a la de 1943, lo que demuestra la situación desahogada de los deudores hipotecarios.

El precio de arrendamiento de las tierras destinadas a explotaciones agropecuarias ha subido, en general, como consecuencia de la valorización de los productos.

La conducta a seguir

Tal era, en resumen, la posición de los factores económicos del país al terminar el año 1944. Frente a esta expansión económica *sui generis*, como la hemos calificado, y frente al momento histórico que atraviesa el mundo, ¿cuál es la conducta que cabe observar? Tributario como económicamente lo es el país de las grandes potencias, y políticamente lo es de los sucesos, obligado como está por pactos internacionales solemnes, lo que corresponde, en este interregno que

nos separa de la paz mundial, es sanear las finanzas nacionales mediante la solución racional y democrática de los problemas financieros y una sana y prudente orientación económica; mejorar, ampliar y disciplinar las explotaciones industriales; crear la técnica que dé a éstas su máximo rendimiento; buscar nuevas fuentes de riqueza en la tierra y en el agua que limita e irriga el territorio de la República; producir más y mejor; mantener la calidad y el prestigio de los productos de exportación o ampliar las posibilidades del consumo interno dentro de un criterio técnico económico y social, y, armado como lo está de sus reservas de oro, de su moneda estabilizada y de su economía sana, esperar con optimismo la solución de la crisis mundial.

El Banco de la República debe ser el eje de esta evolución económica que nos conducirá desde la inquietud e incertidumbre de la guerra a los serenos días de la paz; pero para ello es necesario que la acción común tienda a fortalecer al Banco del Estado y a favorecer el desarrollo armónico de sus funciones; que se perfeccione su estructura jurídica a fin de darle mayor agilidad y mayor eficacia para regir el gobierno del crédito y de la moneda; que se siga respetando su autonomía que es la verdadera fuerza de su prestigio; que no se le fijen cometidos no remunerados que gravitan sobre la economía y los servicios del Banco; que se mantenga la integridad de este poderoso organismo que ha sido el eje sobre el cual ha girado la economía y las finanzas del país durante el medio siglo de existencia que está próximo ya a cumplir el Banco del Estado».

BIBLIOGRAFIA

MEMORIA DEL MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA Y PREVISION SOCIAL. AÑOS 1943-44. — Imprenta Atenas. — Montevideo, 1945.

En un denso volumen de 700 páginas esta Secretaría de Estado ha recogido los elementos y antecedentes de la obra realizada bajo la dirección del Ministro, Dr. Don Adolfo Folle Juanicó, durante los dos primeros años de su labor de gobierno. No es ésta una mera memoria administrativa, pues el Ministro ha precedido la parte objetiva, relativa a la administración, con los discursos por él pronunciados en función de gobierno, y en los cuales se contienen los conceptos de su programa ministerial en el plano de la cultura y de la administración, el comentario de sus iniciativas, proyectos, realizaciones e ideas, y observaciones relacionadas con la obra ya cumplida y con la que aspira a cumplir. Estas piezas oratorias que, dicho sea de paso, tienen, además de su valor conceptual, un valor formal que no es común hallar en discursos oficiales, se refieren a temas tan fundamentales y sugestivos, como la orientación de la política educativa del Ministerio, escuelas rurales, formación del maestro, descentralización y orientación de la cultura, enseñanza técnico industrial, concepto de Democracia, educación física, enseñanza primaria, fraternidad en el arte, la cultura como vínculo internacional, la cultura y la técnica armas del Estado, el culto de los héroes, la cultura artística elemento de civilización, artes plásticas. Basta la enumeración de este temario para advertir la importancia y extensión de la labor del Ministerio; pero aún a ello se agregan otros temas afines tratados por el Secretario de Estado en conmemoraciones o actos oficiales, tales como el informe sobre orientación profesional y psico técnica y los discursos pronunciados en la ceremonia de la colocación de la piedra fundamental del monumento a O'Higgins, en las realizadas con motivo de la donación de objetos que fueron del General Lavalleja y de José Enrique Rodó y en la Convención Nacional de Abogados. Si en todas estas piezas hay conceptos, juicios y comentarios que ofrecen verdadero interés, y todos ellos demuestran las preocupaciones del hombre de gobierno, su preparación y su moderna orientación, la que no desdén, sin embargo, el elemento histórico y tradicional, justo es destacar el interés especial que ofrecen las dos conferencias en que el Ministro, apenas se hizo cargo de sus altas funciones, pronunció en el S.O.D.R.E., con el objeto de establecer su programa en materia de política y organización educativas, trabajo en que el Secretario de Estado expuso el amplio concepto de su función ministerial, en el que, dentro del celoso respeto a la autonomía de los órganos que tienen a su cargo el gobierno de la educación en todos los planos, cabe la colaboración eficaz del Ejecutivo, el cual no puede permanecer impasible y ageno en absoluto a los problemas de la educación. En ese trabajo expuso el Ministro la obra realizada por el Estado en materia educacional, las conquistas obtenidas, las deficiencias anotadas, las necesidades que es preciso llenar, y formuló un vasto plan que abarca la reorganización de los órganos de la cultura pública, y su extensión a todas las zonas de la actividad nacional. Comprende ese plan la reforma esencial de la enseñanza primaria y media y el mejoramiento de la superior, mediante el perfeccionamiento de los organismos existentes y la creación de otros de carácter técnico, y la reforma de la escuela normal, industrial y artística, creando también vínculos de lógica coordinación entre los diversos planos de la cultura. El plan estudia todos los aspectos técnicos, sociales y administrativos del vasto problema y ofrece soluciones concretas que el Ministro enumera, en forma

objetiva, acompañándolas de sesudos comentarios. Hay en este estudio puntos de alto interés, tales como los que se refieren a la obligatoriedad de la enseñanza secundaria, creación de cursos pre-profesionales y de alta cultura, creación del Instituto Politécnico, etc. Conceptuamos que la lectura de estas conferencias y de las piezas subsiguientes, es de gran utilidad para todos aquellos que sientan la inquietud de la cultura y se interesen por los problemas de nuestra enseñanza. A esta especie de proemio de la Memoria, que juzgamos de verdadera importancia, sigue la parte objetiva de la tarea realizada por el Ministerio, movimiento estadístico, relaciones con los organismos autónomos que gobiernan la enseñanza, fomento de la cultura general, funciones de previsión social, relaciones con la Corte Electoral, relaciones con la Administración Judicial, etc., todo lo cual ha dado origen a numerosas leyes, decretos y resoluciones encaminados a lograr una mayor difusión de la cultura y de los servicios confiados al Ministerio. Hay en estos antecedentes, datos muy ilustrativos sobre los trabajos de la Escuela Nacional de Bellas Artes, Museo Nacional de Bellas Artes, Museo Zorrilla de San Martín, Biblioteca Nacional, Archivo General de la Nación, Museo Histórico Nacional, Servicio Oficial de Difusión Radio Eléctrica, Academia Nacional de Letras, REVISTA NACIONAL, Arte y Cultura Popular, Museo de Historia Natural, Fotocinematográfica, etc. Son también muy interesantes los capítulos consagrados a la función de previsión social y a las relaciones con los organismos judiciales. En suma, se trata de una Memoria completa, que ilustra plenamente sobre la obra realizada por el Ministerio de Instrucción Pública, y contiene los elementos para apreciar los fundamentos de esa obra y los propósitos que con ella se persiguen.

RIVERA. CAUDILLO Y CONFIDENTE, por E. de Salterain y Herrera. — Talleres gráficos «Al Libro Inglés». — Montevideo, 1945.

Este notable estudio sobre el General Don Fructuoso Rivera vió la luz en nuestras páginas. Ahora ha tomado forma de libro; hallará así mayor difusión, y con ello ganará el conocimiento del personaje, y, acaso más que del personaje, del hombre, puesto que este precioso ensayo histórico, realizado con el auxilio de cartas y documentos inéditos, es, sobre todo, un estudio psicológico del ilustre caudillo, cuyo carácter y cuya silueta moral aparecen, nítidos, sobre el fondo del paisaje histórico en que se movió el prócer. El retrato es de cuerpo entero, de excelente factura literaria y de cuidada probidad histórica. Aparece primero la imagen física, tomada de la versión de sus contemporáneos y de quienes luego completaron ésta, y en seguida las facetas del hombre: el caudillo, primero, con sus rasgos propios que lo singularizan entre los de su estirpe, pues une a las peculiaridades de quien domina y dirige las masas campesinas, las del que acaudilla por igual las muchedumbres urbanas, y conquista y pone a su servicio a los hombres cultos más ilustres de la época. Surge, en seguida, el carácter, que desborda en la acción, y que ha quedado estereotipado en sus confidencias epistolares. Las cartas inéditas que glosa el autor no hacen más que confirmar la inteligencia, la agudeza, la agilidad, la magnanimidad, el ferviente patriotismo del hombre. Con ello revela también el conocimiento que tenía de los hombres, la generosidad con que los perdonaba, la fortaleza con que sobrellevaba los sucesos adversos. No oculta tampoco sus pasiones, sus arrebatos, sus afectos. Todo desborda en sus cartas, como desbordaba en su vida inquieta, entregada sin tasa a la lucha y al servicio de la patria. Todo ésto y mucho más aparece en este libro, glosado y sabiamente comentado por el autor, quien contribuye así a dar mayor fundamento histórico al retrato moral de Rivera y a aproximarnos al hombre, realmente extraordinario, que hubo en él. Este hombre está siendo develado, y libros como éste lo arrancan al mito de la historia para ponerlo al alcance de nuestro conocimiento y de nuestra sensibilidad. Prescindiendo del tema, digamos, además, que

el estudio de que damos cuenta es un ensayo ejemplar, que debiera ser imitado, a fin de que otros próceres de nuestra historia, que sean dignos de ello, logren también resurgir como hombres, y dictarnos la lección de sus íntimas virtudes. Es justo, también, consignar, que el autor de este estudio lo ha completado, gráficamente, con una valiosa galería iconográfica que se refiere a la vida y a la época de Rivera.

ARTIGAS ANTES DE 1810, por *Lorenzo Barbagelata*. — Segunda edición. — Impresora Moderna, Milton Reyes y Cía. — Montevideo, 1945.

Antes de cumplirse el primer aniversario del sensible fallecimiento del autor de este libro, sus deudos, con excelente acuerdo, han enriquecido la bibliografía nacional con una segunda edición del «notable trabajo de investigación y crítica histórica», como clasifica el prologuista, doctor Felipe Ferreiro, al concienzudo y documentado estudio del eminente historiador sobre la vida de Artigas antes de producirse la revolución de 1810. Es este el mejor homenaje que se podía tributar a la memoria del extinto escritor, y lo sería aun más completo si a este volumen sucedieran otros que comprendiesen la totalidad de los estudios de investigación y crítica histórica que realizó el autor con verdadera maestría y con singular abnegación, desde que, la mayor parte de ellos los conservó inéditos. El libro que da origen a esta nota, escrito en limpia y sencilla prosa, se abre con una introducción en la que se expone la «leyenda artiguista» creada por los implacables enemigos del héroe y destruida por la crítica histórica, que ha demostrado la falsedad de los cargos acumulados contra Artigas y la limpieza de sus antecedentes personales. Buena parte de esta rectificación ha cabido al autor de este libro, cuya paciente investigación acerca de los orígenes y formación de Artigas hasta el momento en que se incorporó a la revolución dió lugar a la formación del más rico e interesante cuerpo documental relacionado con ese capítulo de la biografía del prócer. Comprende luego cuatro capítulos en los que se exponen y analizan los orígenes domésticos de Artigas, su educación, actividades rurales, servicios militares en la época colonial, actuación junto a Don Félix de Azara en la obra de poblar la frontera con Portugal, así como diversos accidentes de su vida, su casamiento, su gestión para abandonar el servicio militar, su intervención durante las luchas de las invasiones inglesas, etc. etc. Completa el libro el repertorio de documentos a que hemos hecho ya referencia. Muy oportuna es esta reedición después de los treinta y siete años que han transcurrido desde que vió la luz este estudio. Corresponde ahora difundir el libro, especialmente entre la juventud, y bueno sería para ello ponerlo en manos de los estudiantes liceales y universitarios a fin de que se penetren de la verdad histórica respecto a los antecedentes del héroe nacional, que tan calumniado ha sido, pero cuya memoria se hace cada vez más límpida y más digna de respeto y admiración. El prologuista, que es autoridad indiscutida en la materia, luego de conceder a este ensayo carácter magistral, dice de él que «es el estudio histórico mejor logrado del doctor Barbagelata». «En su tipo monográfico, agrega, este trabajo debe ser considerado, además, entre los de primera categoría en el país». Juicio tan lisonjero, suscripto por tan eminente crítico, constituye una verdadera consagración. Nosotros adherimos a él aprovechando esta oportunidad para hacer justicia al historiador desaparecido, cuya silenciosa labor, realizada con espontánea modestia, enriqueció con materia perdurable la cultura nacional.

POESIA, por *Emilio Oribe*. — Editorial Mundo Libre. — «Impresora Uruguaya» S. A. — Montevideo, 1944.

Esta bella edición tiene carácter de antología. Recoge en ella el insigne poeta las más hermosas piezas líricas de sus ocho volúmenes de poesías, titulados: «El nardo del ánfora», «El castillo interior», «El alconero astral y otros can-

tos», «El nunca usado mar», «La colina del pájaro rojo», «La transfiguración de lo corpóreo», «El canto del cuadrante», y «La lámpara que anda». Estos libros contienen la producción poética del autor realizada de 1915 a 1944. A ello ha agregado una breve colección de composiciones tituladas «Poemas recientes», una introducción, escrita en castiza prosa, en la que el autor expone su concepto filosófico sobre la poesía y un apéndice de aforismos cuyo título: «Poesía e inteligencia» es bastante para juzgar de su contenido. Todo esto forma un nutrido tomo de 330 páginas en que el poeta ofrece a los lectores aquello que, sin duda en su concepto, debe persistir de la labor lírica realizada hasta la fecha. Comencemos por decir que, no obstante las distintas épocas a que pertenecen las series de poemas contenidos en este volumen, en cuya creación naturalmente el autor tuvo que experimentar la influencia de las encontradas corrientes estéticas que agitaron el ambiente literario y las solicitudes de las escuelas en boga, hallamos en la obra una gran unidad de concepción, de realización y de técnica lo cual demuestra que estamos frente a un hombre poseído realmente por la vocación y por el delirio platónico de que habla el prefacio, que no es otra cosa que el numen o el furor divino de Lucano, *Numen conceptum pectore*, que permitía a los hombres convertirse en dioses, adquirir el don de adivinación y profetizar el porvenir. Esta unidad basta para identificar los poemas del autor, cualquiera sea la fecha en que fueron escritos, de lo que se deduce que este poeta tiene el don del estilo personal, y que así sea la forma que dé al verso, la sustancia conceptual, la sensibilidad y cierto sentido litúrgico que imprime a la estrofa denuncian el origen del poema. Este artista posee, pues, aquel sello personal con que al decir de Bourget, Leconte de Lisle troquelaba todas sus obras, lo que en buen romance quiere decir que nos hallamos frente a un poeta original, de personalísima inspiración y acento. No es esto decir una novedad, puesto que el autor de «Poesía» de muchos años atrás ha sido consagrado por la crítica continental, la que lo ha reconocido como uno de los más eminentes poetas de su generación, pero de todos modos es conveniente repetirlo, lisa y claramente, sin el hermetismo esotérico que suele usar la crítica actual en esto de juzgar poetas y escuelas poéticas. No mucho más podemos decir en esta que es una simple nota bibliográfica informativa, en las que no cabe el juicio amplio y analítica que merece este libro fundamental, que llena un brillante capítulo de la historia del desenvolvimiento de la poesía en el Uruguay y en los países hispanoamericanos.

HISTORIA UNIVERSAL. — ORIENTE. — GRECIA. — ROMA. — EDAD MEDIA. — EPOCA MODERNA. — EPOCA CONTEMPORANEA, por O. Secco Ellauri y Pedro D. Baridón. Seis volúmenes. — Editorial Kapelusz y Cía. — Buenos Aires.

Estos dos distinguidos profesores de Enseñanza Secundaria han culminado con esta edición en seis volúmenes la ardua y compleja labor de escribir un texto completo de Historia Universal, dentro de un concepto moderno que hace de la enseñanza de esta materia, no un curso nemotécnico de hechos, nombres y fechas, sino un vasto y animado panorama humano en que el hombre y la sociedad no se ofrecen como objetos de vitrina de museo; aparecen a través de los siglos como un fenómeno en constante evolución, cuyas coordinadas etapas son simples eslabones de la misma cadena. El mundo griego es hijo del mundo de Oriente, como el romano lo es de aquél y la edad media de éste y las edades moderna y contemporánea proceden del medioevo. El hombre de hoy, al examinar el pasado, no puede sentirse humanamente desprendido de él, sino considerarlo, examinarlo y sentirlo como propia sustancia, puesto que de él procede. Y si eso decimos del hombre, lo mismo debemos decir de la sociedad que no es otra cosa que la congregación de los hombres. La historia así considerada como cosa propia pierde el carácter que le daba la antigua pedagogía de cosa de museo, *caput mortuum* como solía llamársele, para transformarse en cosa viva y palpi-

tante, que es como la ofrecen en esta sucesión de libros los eminentes profesores señores Secco Ellauri y Baridón. Cuando fueron editados por primera vez los primeros volúmenes de esta serie tuvimos ocasión de comentarlos en estas páginas y hacer su cumplido elogio. Ahora, frente a la colección completa, no podemos menos de reiterar lo ya dicho y experimentar la patriótica satisfacción de que la población estudiantil que cursa en los liceos y en las escuelas normales tenga un texto nacional de Historia Universal que nada tiene que envidiar a los textos extranjeros ni por el plan, ni por el método, ni por las excelencias didácticas y ni siquiera por la parte material que se refiere a la impresión y a las ilustraciones. Dentro del concepto de la historia a que nos hemos referido, los autores han realizado una admirable síntesis que comprende, dentro de cada período histórico, todos los aspectos de la civilización y la cultura, así se refieren ellos al hombre, a la sociedad, a la religión, a la política, a la economía, a las ciencias o a las artes. Ningún aspecto o problema ha sido desdeñado, y en lo que se refiere a la edad contemporánea, los autores han sido tan prolijos que el lector hallará en el tomo correspondiente hasta los últimos problemas de carácter político, social y económico que han agitado al mundo. Agreguemos como comentario final que los seis volúmenes de esta extensa obra mantienen, dentro del natural carácter didáctico que les han impreso los autores, singular corrección de lenguaje y nobleza de estilo que hace fácil, comprensible y amable la lectura. Y aún digamos que muchos de sus capítulos, no obstante las exigencias del plan sintético, son verdaderos ensayos, elegantemente escritos, que pueden servir de fuente de información a quien desee tener una visión panorámica de determinada etapa histórica y aún acerca de acontecimientos esenciales o instituciones que ofrecen importancia política, social o económica. Este notable texto, que está enriquecido con numerosas ilustraciones seleccionadas con verdadero sentido crítico y que comprenden todos los aspectos de la vida física y moral del hombre, ha sido adaptado a los programas magisteriales y de bachillerato.

CIPRES DE PURPURA, por Sarah Bollo. — «Impresora Uruguaya» S. A. — Montevideo, 1944.

Este volumen de poesías es obra de plenitud. La poetisa ha alcanzado en él la madurez de su estro lírico. Forma y fondo, continente y contenido han llegado a aquel grado de evolución y perfección que permite afrontar, sin temor, la gran crítica, y ésta se ha pronunciado en este caso, por boca de Américo Castro, quien, en un bello prólogo, consagra con su autoridad magistral la obra poética de la autora, a quien llama «gran artista uruguaya» y en cuyos poemas había ya encontrado «muy bellas vivencias del trasfondo de la naturaleza» y halla ahora «reiterada originalidad». «Su arte, leal y auténtico a la emoción y a la ajustada expresión, se define indefiniéndose». He aquí un hondo atisbo crítico que llega al fondo de la poesía de la autora donde, dentro de esa «indefinición» que a veces parece imprecisión, se hallan elementos líricos de sutil y rara belleza que proceden, sin duda, de la subconciencia y que dan a estos poemas singular profundidad y jerarquía. Al referirse el prologuista a la «noble, bella y auténtica poesía» que hay en este libro, dice, también con verdadero acierto crítico, que no quiere quebrar «con reflexiones inoportunas el ritmo de las voces milenarias, tan dulcemente moduladas por Sarah Bollo». Realmente la autora más que cantar, más que decir, modula sus poemas, y esta dulce modulación es un nuevo encanto que les agrega, dándoles con ello extraordinaria fuerza de sugestión. Se refiere también el prologuista a la «poesía tan cálida y tan bellamente angustiada» que encierra este libro y esas palabras definen el sentimiento que experimentamos al leer estos versos en que el calor de la vida se mezcla al frío de la muerte, en que el ardor de la pasión se confunde con la impassibilidad de la indiferencia, en que la agonía de la angustia se hermana con la calma de la melancolía. Acaso en todo el libro lo más hondo, lo más expresivamente poético es la colección de elegías tituladas «Sombras ardientes», en las que el lirismo

alcanza el acento patético de los poetas antiguos. En las baladas, canciones y otros decires que forman la colección titulada «Hélices holladas» afloran, aquí y allá, sobre la melancolía esencial, fragmentos de romances llenos de ingenio y gracia, interrumpidos por el angustioso y no saciado deseo admirablemente expresado en aquel breve verso, que bien pudo repetir Hamlet:

Quiero, sin querer, morir...

Completa el volumen una colección de sonetos de moderna factura, titulados «Ángeles del destierro», en los que el lirismo, el amor y el sentido filosófico forman bellísima urdimbre. Concluamos, diciendo que es este un libro de dolor, pero no de desencanto. Quien posee el estro, la sensibilidad y la fuerza lírica que desbordan en este bello libro es capaz de hallar sendas de paz y sosiego y darnos otro libro, en que la vida, el amor y la belleza sonrían a la esperanza.

BOLETIN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL, dirigido por *Juan Silva Vila*. — Impresora L.I.G.U. — Montevideo, 1945.

Esta interesante publicación que ha comenzado a editar la Biblioteca Nacional viene a llenar un sentido vacío y constituye una de las muchas iniciativas del plan de reformas que viene implantando aquel organismo del Estado que, dentro de algunos meses, se instalará en el hermoso edificio que ha sido construido para albergarlo. Ese plan comprende especialmente la formación de nuevos catálogos dentro del concepto técnico más adelantado, mediante el cual se ofrecerá al consultante el material bibliográfico que se refiera al tema que le interese. Este sistema facilitará enormemente la consulta y la investigación. El número 2 del Boletín que tenemos a la vista inserta, entre otros materiales, las declaraciones hechas por el Ministro de Instrucción Pública, Dr. Adolfo Folle Juanicó sobre descentralización de la cultura, concepto de gobierno que viene desarrollando con éxito el Ministro y que fué propiciado desde el día inicial de su mandato por el Presidente de la República, Dr. Juan José Amézaga; apuntes sobre bibliotecas infantiles de la señorita Albona Larrinaga; notas críticas sobre obras nacionales aparecidas en 1943 de la señorita Ema Santandreu Morales; nómina de los diarios, periódicos y revistas que se editan en el interior del país y otras notas e informaciones de interés bibliográfico. También en este número se da cuenta de la designación de nuestro distinguido colaborador, Profesor Nicolás Fusco Sansone para el cargo de Sub Director de la Biblioteca Nacional y se inserta con tal motivo una noticia biocrítica del notable escritor y poeta.

BANCO COMERCIAL

MONTEVIDEO

ESTABLECIDO EN EL AÑO 1857

EL MAS ANTIGUO DEL RIO DE LA PLATA

Casa Central: CERRITO N.º 400

Agencia AGUADA: Rondeau N.º 1918

Agencia CORDON: Constituyente 1450, esq. Médanos

Sucursales en

MELO - SALTO - PAYSANDU - MERCEDES

REALIZA TODA CLASE DE
OPERACIONES BANCARIAS

BANCO DE SEGUROS DEL ESTADO

Creado por Ley de 27 Diciembre de 1911

DIRECTORIO. — *Presidente:* Dr. Carlos M.^a Sorín; *Vicepresidente:* Dr. Melchor Pacheco; *Vocales:* Dr. Carlos Vilaró Rubio, Dr. Guillermo Rodríguez Guerrero, Dr. Benigno Paiva Irisarri; *Secretario:* Dr. Humberto Boggiano; *Prosecretario:* Don Diego Martínez Vázquez.

ADMINISTRACION. — *Gerente:* Sr. Ignacio Reyes Molné; *Sub-Gerentes:* señores Américo Calamet, Julio D. Laguna y Luis J. B. Badetto; *Actuario:* Agr. Hugo Hormaeche; *Contador:* Sr. Francisco Castro; *Asesoría Letrada:* Dr. Aristides Delle Piane y Pedro P. Berro.

REALIZA TODA CLASE DE OPERACIONES DE SEGURO

CAPITAL TOTALMENTE INTEGRADO Y RESERVAS: \$ 25.025.570.55

Agraciada esq. Mercedes

Montevideo - Uruguay

CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL

DIRECTORIO

Presidente: Dr. Carlos M.^a Sorín; *Vicepresidente:* Dr. Eduardo Jiménez de Aréchaga; *Vocales:* Arqto. Carlos Pérez Montero, Don Andrés Martínez Trueba, Don Eirique Givogre.

Gerente: Gualberto Mendioroz

La Caja Nacional de Ahorro Postal es una institución del Estado, y sus disponibilidades se invierten en la construcción de caminos, carreteras, mercados públicos y otras obras de beneficio general.